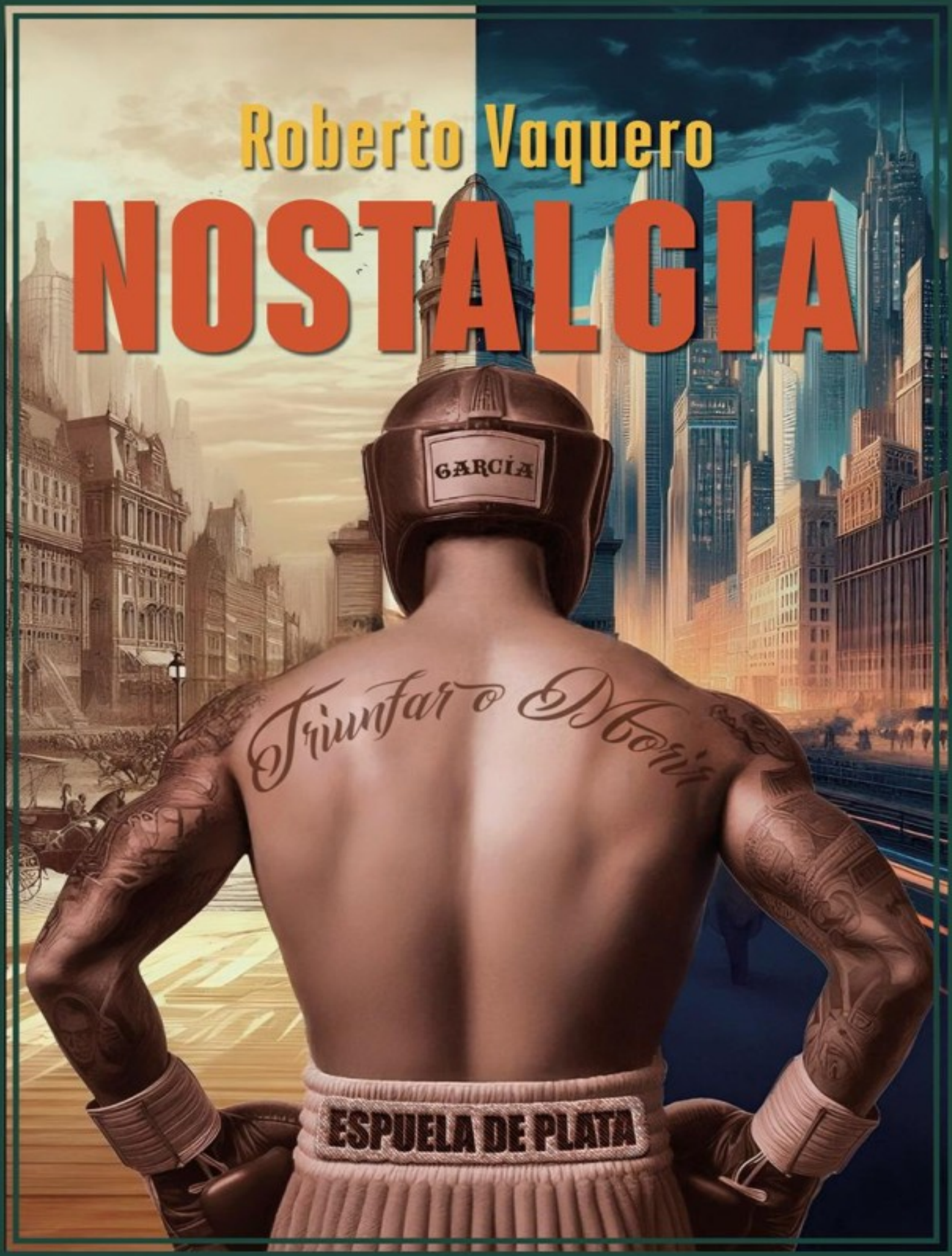
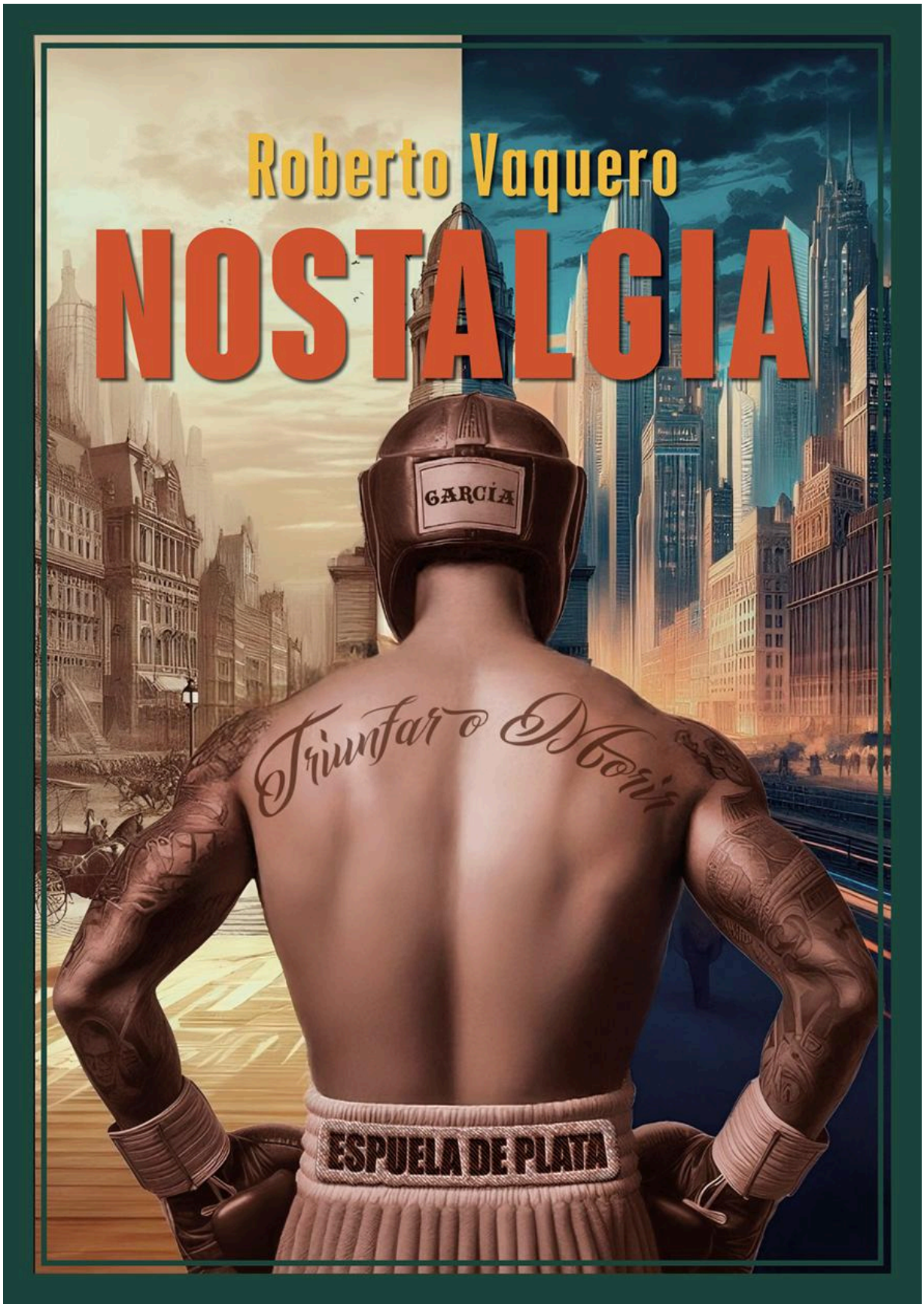

Roberto Vaquero
NOSTALGIA
GARCÍA
Triunfar o Morir
ESPUELA DE PLATA


Roberto Vaquero
NOSTALGIA
GARCÍA
Triunfar o Morir
ESPUELA DE PLATA

Roberto Vaquero

NOSTALGIA



© Roberto Vaquero

© 2025. Ediciones Espuela de Plata

www.editorialrenacimiento.com

polígono nave expo

, 17 • 41907

valencina de la concepción (sevilla)

tel.: (+34) 955998232 • editorial@editorialrenacimiento.com

librería renacimiento s.l.

Diseño de cubierta: Equipo Renacimiento

sobre una ilustración de Sara Ramírez

isbn ebook

: 978-84-19877-52-9

Nostalgia

A Alicia Sanz, por ser la luz que guía mi cabeza en las neblinas y tempestades.

También a Sara Ramírez, por impulsarme a escribir, hacerme las mejores portadas que pueda tener y motivarme siempre.

Por último, le quiero dedicar también esta novela a Sandra, la mujer de mi vida. Te amo.

Distopía

El

teléfono comenzó a vibrar encima del mostrador de la librería, la pantalla se iluminó y llamó mi atención. Me froté los ojos cansados antes de coger el teléfono y ver con sorpresa que me estaba llamando un número fijo que no tenía guardado en la memoria. Me parecía raro que rayando la hora de comer una nueva editorial me llamara. «Debe ser algo de publicidad», pensé mientras dejaba el móvil de nuevo en el mostrador y continuaba con mis labores. De forma pausada, enfilé la caja de libros que debía colocar en las estanterías o en el escaparate.

Sin embargo, el móvil volvió a vibrar, respiré con resignación y agarré el teléfono con la mano derecha mientras renegaba con la cabeza. Para mi sorpresa, vi que en la pantalla del móvil salía el nombre de mi mujer: Sara.

—¿Sí? Dime, cariño –dije con voz apagada.

—Ramón, ¿no te han llamado del colegio? –preguntó de forma directa, sin miramientos.

—Me ha llamado un número que no conocía, pero…

—Pues era el colegio, tu hijo la ha vuelto a liar –me interrumpió tajante y visiblemente enfadada–. Siempre estamos igual, Ramón. No puedo estar yendo al instituto de David cada dos por tres. ¿Te puedes encargar tú por una vez?

—Bueno… yo también estoy trabajando, cariño. –La pausa que realizó Sara fue suficiente para que me diera cuenta de que tenía poco que rascar a la situación–. Bueno, vale, ¿a qué hora tengo que ir?

—Pues ahora, en cuanto cierres la librería. Este año he ido yo cinco veces, ya es hora de que conozcas el instituto de tu hijo.

—Yo me encargo, voy a hablar con la tutora. Se llamaba Teresa, ¿no?

—Eso es, no llegues tarde –respondió colgando el teléfono, enfadada.

Tenía cuarenta y dos años, llevaba con mi mujer desde los veintidós, ella tenía cuatro años menos. Tuvimos a nuestra primera hija, Alba, al año de empezar la relación y a mi segundo hijo, David, cuatro años después. Ella iba a la Universidad Complutense, a la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología en Somosaguas, y David iba al instituto, a cuarto de la ESO. Sara trabajaba como nutricionista y entrenadora personal en una pequeña oficina en la Avenida de la Universidad, junto a la casa de su padre, José María.

Cerré la librería y me encaminé hacia el instituto de mi hijo. Por suerte para mí, estaba emplazada en la calle peatonal de Mejorada del Campo, en Leganés, en el barrio de Batallas, a apenas diez minutos andando. Crucé por el medio de la calle Sabatini con el resultado de que casi me atropelló una furgoneta gris. El conductor me pitó de forma agresiva y haciendo aspavientos por cruzar por donde no debía. Ignoré al conductor y continué hacia el centro de mayores, luego por el Paseo de la Ermita hasta girar a la derecha, enfilando el instituto de mi hijo.

Iba con una chaqueta de cuero marrón, con las manos en los bolsillos, cabizbajo y alicaído. Me daba pereza tener que ir a hablar con la tutora del niño. Sin duda, había pasado por mejores épocas. En cierta manera seguía aún con la crisis de los cuarenta, las canas

se estaban multiplicando en mi barba castaña y en mi cabeza, y aunque no había tenido una vida de mucho castigo, el tiempo me estaba golpeando. Había dejado de entrenar por mucho tiempo, aunque había vuelto hace poco a apuntarme al gimnasio Sculpture, a pesar de que seguía sin cuidar mi alimentación. No era un tipo grande en exceso, pero era algo corpulento; la mayoría de la gente me consideraba alto, aunque no pasaba del metro ochenta y poco.

Cuando llegué era la hora de la salida, me crucé con la mayoría de los chavales saliendo del instituto. Estaban haciendo una algarabía fuera de lo normal, todo eran gritos y carreras de un lado para otro. Me llamó la atención que más de la mitad de los chicos eran marroquíes, senegaleses o latinos. «Mi suegro estaría refunfuñando con que cada vez hay menos españoles, aunque en esta ocasión puede que tenga algo de razón». Me encogí de hombros y me interné en el instituto, nunca le había dado mucha importancia a mi suegro, yendo directo al despacho del director. Allí, en una silla, enfurruñado, estaba mi hijo David; enfrente, tras una mesa atiborrada de documentos y libros, estaba el director y la tutora de mi hijo, Teresa.

—Buenas, señor Peláez, haga el favor de sentarse –me saludó el director con un gesto señalando a una silla junto a mi hijo. David carraspeó nervioso.

—Buenas tardes, perdonen que haya llegado con un poco de retraso. ¿Qué ha sido esta vez? –pregunté mirando a los docentes, tras lo cual me giré hacia mi hijo y continué–: ¿Qué ha liado mi hijo esta vez?

David, lejos de sentirse abatido levantó la cabeza, me miró fijamente y luego al director, manteniendo la seriedad, con el gesto firme y con fuerza. Se cruzó de brazos y se enderezó hacia atrás contra el respaldo.

—Su hijo no sabe comportarse en sociedad. Ha iniciado una disputa en clase, primero contra una compañera y luego, cuando he intervenido, contra mí. De forma bastante altanera y agresiva, diría yo –soltó con voz seca y estridente la profesora.

—Hijo, no puedes hacer esas cosas…

—No es cierto –me interrumpió elevando el tono–. Era un debate dentro de la propia clase. Lo que pasa es que mi compañera no sabe de lo que habla y la profesora se ha metido a defenderla, y como no le han gustado mis respuestas me ha castigado y te ha llamado.

—¡David! –le respondí, y me giré hacia los docentes para continuar–: perdonen a mi hijo, esto es intolerable –renegué con la cabeza.

El director miraba de forma fija a David, sin mover ni una pestaña. La profesora renegaba y hacía aspavientos afirmando que nada de eso era permisible. Yo, por mi parte, intentaba quedar bien con ellos; pero David se mantenía firme, con los brazos cruzados y hablando con voz serena.

—¡Estoy harto de que me traten como si fuera tonto! Si no comparto una opinión pues no la comparto. No tengo por qué aceptar lo que me digan sin más –dijo David abriendo las manos y encogiéndose de hombros.

—Esto es intolerable, David. No vuelvas a hablar hasta que se te indique –sentenció el director visiblemente alterado. La cara se le había puesto roja y tenía el ceño lo más fruncido que le permitía su rostro.

Tras unos segundos de silencio incómodo en los que yo no sabía ni cómo reaccionar, me atreví a hacer una pregunta:

—¿De qué estabais hablando cuando David se comportó de mala manera? –pregunté intentando reconducir la situación.

—De la necesidad de usar el lenguaje inclusivo en la escritura y el habla en el desarrollo de las clases en favor de la igualdad

–respondió Teresa enfadada mirando a David.

—¿Y qué dijo él? –pregunté señalando a mi hijo–. ¿Qué hizo?

—Ponerse a porfiar, aprovechar su superioridad en la oratoria, sus privilegios de hombre y humillar a su compañera con argumentos machistas. Ante lo cual me tuve que meter para defender un elemento de progreso contra la discriminación –respondió la profesora temblando de rabia y lanzando miradas reprobatorias a David.

—Ya no se puede ni opinar, no hice nada machista –respondió David levantándose de la silla.

—¡Siéntate, David! Y cállate ya, lo estás empeorando –le ordené, ante lo cual obedeció a regañadientes en medio de una secuencia de aspavientos, preso de la impotencia que sentía–, y habla bien. ¿Dónde has leído o visto que el lenguaje inclusivo está mal? Tienes quince años, no deberías preocuparte de este tipo de cosas, pareces un viejo con esos pensamientos. –«Un momento», pensé, «eso me suena a…».

—Lo hablé con el abuelo –me respondió David, interrumpiendo mis pensamientos, con la cabeza gacha, pero en actitud chulesca.

—¡Lo sabía, maldición! Es que lo sabía, tu abuelo siempre anda metiéndote sus tonterías en la cabeza. Eres un niño, David. Vives en el siglo

xxi

, no en 1960, no debes de hacer caso a alguien que está acabado, es de otra época, hijo –contesté poniéndole una mano en el hombro.

—Exacto, David, tienes que vivir tu propia época, no el arcaísmo de épocas pasadas… –comenzó a decir la profesora con tono paternalista y poniendo cara de pena, pero fue interrumpida por un arrebato de furia de David.

—¿¡Qué estáis diciendo, por favor!? No habléis así de mi abuelo. –Se levantó gritando y señaló a la profesora–. Tú ni siquiera has sabido defender nada de lo que decías con sentido. ¡Respeta a mi familia!

—Hablas como un viejo loco, David –afirmó el director renegando con la cabeza–. Esta es la gota que colma el vaso, vas a ser expulsado por tres días por tu actitud, sal de mi despacho –dijo señalando hacia la puerta–. Fuera de aquí.

Me quedé reflexionando, absorto por unos instantes. «No sé qué hacer con mi hijo ni con el inconsciente de su abuelo, a todo el mundo le cuesta adaptarse a los nuevos tiempos, pero el viejo estaba haciendo que David cayera en actitudes machistas y discriminatorias. No puedo permitirlo».

Salimos juntos del instituto sin mediar palabra, caminamos pensativos y taciturnos hasta la Plaza Navarrevisca, pasando por delante del Bar Izquierdo, que ya no era de los Izquierdo, lo había comprado, como tantos otros negocios en el barrio, un chino. Había pasado de ser un bar de barrio típico a convertirse en un sitio sucio y extraño de cerveza barata donde iban todos los matados del barrio. La clientela no es que fuera agradable precisamente, había cambiado bastante desde que el señor Izquierdo se jubiló. Tras pasar por el bar continuamos hasta nuestro portal, a escasos metros de distancia.

Una vez en casa, ordené a David que fuera a su cuarto sin ni abrir la boca, tenía que hablar con su madre. David era de pelo castaño, aún no le salía apenas barba, pero ya era igual de alto que yo, aunque mucho más delgado, sin duda alguna me terminaría superando.

Sara se encontraba mirando su ordenador portátil en el salón, levantó la vista solo para ver como su hijo desaparecía pegando un portazo en su cuarto.

—¿Y bien? –preguntó cerrando el portátil y apoyando las dos manos en la mesa.

—Tenemos que hablar de tu padre –respondí serio, procediendo a sentarme justo enfrente de mi mujer.

Sara era una mujer imponente, alta, atlética, morena y de rasgos finos. El pelo liso le llegaba hasta la parte baja de la espalda. Aunque ya estaba cerca de los cuarenta seguía estando en su esplendor, a mí cada día me daba más pereza, dicen que la convivencia durante mucho tiempo mata la pasión. Sé que gustaba mucho, pero yo hacía tiempo que estaba perdiendo el interés.

—Tu padre la ha vuelto a liar con el niño –respiré de forma pesada–. Me tiene harto de que le llene de pájaros la cabeza, no le hace ningún bien. Le ha dicho que el lenguaje de género es una tontería y le ha pasado vete tú a saber qué textos de loco para que se forme por su cuenta. Le está adoctrinando. Sara, tenías que haber visto cómo hablaba, parecía un viejo de un mitin. Tu padre es peligroso.

Sara cruzó los dedos de sus manos, hizo una pausa para no soltar una barbaridad y, tras respirar profundamente, renegó con la cabeza y me preguntó:

—¿Por qué no lo hablas tú con él?

—¿Con tu padre? Ni de broma. –Hice un gesto con la mano abierta hacia fuera–. Tu padre va a intentar convencerme de que tiene razón e incluso si se le va la cabeza es capaz de pegarme.

—Por favor, Ramón, mi padre, aunque pueda físicamente contigo, jamás te va a pegar. –Abrió ambas manos y miró hacia el techo para acompañar su afirmación.

—No entiendo cómo un señor de sesenta años está tan en forma y sigue boxeando, no es apropiado para su edad, no es una buena influencia para David. Tiene que ser un chico más abierto de mente y más sensible. Tu padre es un modelo de masculinidad tóxica.

—Según tú, ¿promover que entrene, que sea duro ante los problemas y fomentar que sea una persona crítica es tener una masculinidad tóxica? No quiero que te enfades, Ramón, pero he de decirte que a mí lo del lenguaje de género me parece una tontería también.

—Pero si eres una mujer, por favor, Sara…

—¿Qué pasa? ¿Por ser una mujer soy imbécil, débil, frágil o tonta? –Hizo una breve pausa mirándome a los ojos y continuó mientras me señalaba con el índice de la mano derecha–: No me trates de forma paternalista, sabes que lo odio. No quiero discutir contigo, castiga a David por sus formas, pero no le trates como si fuera un monstruo, porque no lo es. Y con respecto a mi padre, puedes hablar con él perfectamente, no es ningún demonio. Es una persona dialogante y encantadora.

—Vivimos en el siglo

xxi

, Sara, hay que adaptarse a cómo ha evolucionado la sociedad –me levanté, sonreí y me fui a prepararme algo de comer.

Pude ver que Sara se quedó meditativa, sabía que llevaba tiempo frustrada con su vida, que se aislaba de lo que pasaba a su alrededor. Encima su padre seguro que le decía que afrontara sus problemas conmigo y me dejara. A decir verdad, eran solo suposiciones mías, pero me daba miedo que lo hiciera, no quería quedarme solo, aunque yo también pensaba a menudo en dejarla. Me di la vuelta justo antes de entrar a la cocina y pude ver que ya estaba de nuevo trabajando enfrascada en su ordenador portátil.

* * *

Estaba sentada en el pasillo de la cafetería de la facultad, a unos diez metros del puesto de chuches, junto a dos amigos. Tenían el rollo que me gustaba de aspecto sucio y underground, uno de ellos me resultaba más atractivo, aunque me había liado hacía tiempo con los dos. Una vez que mi abuelo los vio me dijo que su ropa parecía adquirida en un mercadillo de ropa usada tras sufrir un abandono de diez años en un vertedero.

Llevábamos fumando porros toda la mañana, no habíamos ido a ninguna clase. Además, mis amigos estaban bastante borrachos, uno de ellos estaba dormido apoyado en la pared, el otro con la boca abierta y los ojos desenfocados. Yo estaba apoyada en una columna, con la cabeza hacia atrás, el porro en una mano y en la otra un botellín.

Tenía el pelo corto, una media melena, y me había teñido de rubio hacía poco. Llevaba las uñas moradas con dos rastas marrones largas, un labret[1] en el labio y un tatuaje de unas rosas con alambre de espino en el hombro derecho. A mi madre no le gustaba cómo iba, pero yo me veía pibón total. A mis pies tenía el móvil con Morodo puesto a todo volumen. A mi alrededor, estaba todo lleno de carteles de nuestra lucha: anarquistas y feministas. La facultad estaba lleva de grafitis y murales; pero, sobre todo, de caos. El decano decía que había mucha suciedad, pero a mí me parecía un desorden bendito.

Hice el esfuerzo de incorporarme en parte para agarrar el móvil, miré la hora y maldije para mis adentros: estaba fumada y era hora de ir para casa. Me levanté con esfuerzo, la cabeza me daba vueltas,

y me dirigí hacia el hall, no sin antes saludar a mis amigos del puesto de chuches. Choqué la palma con Patri, la chica con rastas con la cara llena de granos que estaba atendiendo el puesto y continué hacia la salida.

Subí la cuesta hacia la Facultad de Económicas para coger el bus, para pillar el H, que me dejaba en la estación de Renfe de Aluche, desde allí podía llegar rápido a Leganés. El trayecto era más o menos de una hora. Los primeros meses de ir a la facultad, por indicaciones de mi abuelo, llevaba un libro y aprovechaba la hora de ida y de vuelta. Ese año estaba en segundo de carrera y ya me daba pereza, prefería ver vídeos de TikTok o de Instagram, vídeo tras vídeo, el viaje se me hacía un instante.

Iba con la cabeza apoyada en el cristal del autobús mientras miraba mi móvil, de repente, me acordé de algo y sonreí. «Fue gracioso cuando el pollavieja de mi abuelo me cogió el móvil y se metió en Bienestar digital y control parental, casi le da un infarto cuando vio que me metía una media de diez horas al día en el móvil. Menos mal que mi padre pasa de ese viejo y que mi madre está deprimida y no se mete en nada, está demasiado centrada en su amargura», pensé.

Cuando llegué a Leganés Central, a pesar de que todavía estaba un poco atontada, pude ver que unos jóvenes marroquíes empujaban a una vieja, le robaban el bolso y salían corriendo. Agarré el bolso con fuerza y pensé: «Mejor ella que yo». Me encogí de hombros y seguí mi camino hacia casa. Cada vez había más robos por la zona, pero eso mientras no me tocara a mí, no me interesaba en absoluto.

Cuando llegué ya estaba bien, no se me notaba lo que había estado haciendo toda la mañana, solo tenía ganas de llegar y encerrarme en mi habitación. Pero cuando entré por la puerta de casa mi padre estaba esperándome en el salón, el cual se encontraba nada más abrir la puerta. Tendría que hablar con él antes de adentrarme por el pasillo que llevaba a mi habitación, al final del todo.

—¿Qué tal las clases, Alba? –me preguntó.

—Bien, papá. La verdad es que algunas se me hacen durillas, pero siempre aguanto –mentí con desparpajo, tirando mi bolso negro encima de una silla.

—Hoy he tenido que ir al instituto de tu hermano…

—¿En serio? Debe ser la cuarta vez, ¿no? –respondí renegando con la cabeza, haciendo que mis dos rastas cambiaran de lado.

—Pues si te digo por qué ha sido… –Sonrió a medias–. Se ha puesto a discutir con una alumna y con la profesora por el lenguaje inclusivo. Dice que es una tontería sin sentido, en pleno siglo

xxi

…

—Será machista, seguro que tiene que ver algo en esto el abuelo. El futuro será feminista o no será –dije con firmeza.

—Claro que sí, hija, estoy muy orgulloso de ti. Tú sí que tienes un pensamiento crítico y eres una persona responsable y trabajadora –habló en voz alta para recalcar lo que decía a mi madre, que estaba en la mesa con el ordenador mientras mi padre me pasaba el brazo por el hombro y me apretaba contra él.

Mi madre cerró el portátil y tras soltar un soplido a modo de reniego se dirigió a encerrarse a la habitación, ya había tenido demasiado por un día. No quería iniciar una discusión.

Me zafé de mi padre y me marché a mi habitación a seguir mirando las redes sociales y a ver una película. Pasaba de hacer ejercicio ni esfuerzos físicos de ningún tipo, excepto los relativos a follar, del resto pasaba.

* * *

Mi abuelo Pepe llegó sobre las cuatro de la tarde, debió entrar con su llave, pues no le oí llamar. Iba con una camiseta apretada, marcando brazo. Tenía el pelo canoso, pero aún tenía porte guerrero, medía uno noventa. En su juventud había sido boxeador, peso pesado, y tras retirarse, entrenador. Tenía un gimnasio pequeño en la Avenida de la Mancha. Se había dedicado toda la vida al deporte. Ese era el motivo por el que seguía fuerte y en forma a pesar de tener sesenta años. Su mujer, mi abuela Leonor, murió a los pocos años de tener a mi madre. Ante la falta de figura materna, se crio en un ambiente de veladas de boxeo, entrenamientos espartanos y gimnasios. Por ese motivo, acabó estudiando nutrición, además de competir en boxeo durante muchos años. Llegó a ser campeona de España de la WBC en 2015. Lo cual a mí me llenaba de orgullo.

—Buenas, familia. ¿Cómo estáis? ¿No salís a recibir al abuelo Pepe? –saludó a gritos nada más pasar la puerta.

Fui a salir de mi habitación, pero mi padre se interpuso y me mandó volver a su interior.

—¿Se puede saber por qué no dejas que mi nieto venga a saludarme, Ramón? –preguntó el abuelo con tono osco y seco.

—Porque está castigado por crear problemas en el colegio

–respondió mi padre intentando ponerse firme y agravando de forma ridícula su voz.

—Deja de hacer el tonto, Ramón. –Le miró con una mezcla de ternura y pena–. Podrá estar castigado, pero cómo no vas a dejar que salude a su abuelo.

—¡Esta es mi casa y aquí mando yo! –gritó dando un respingo y dejando escapar un gallo.

El abuelo sonrió y se acercó a escasos centímetros de la cara de mi padre. Sin levantar la voz, prácticamente en un susurro, pero de forma amenazadora, le contestó casi al oído.

—Esta también es la casa de mi hija, Ramón. Como vuelvas a hablarme así, te voy a agarrar, te voy a arrastrar fuera y te voy a enseñar los modales que tus padres no te dieron. ¿Me has entendido, pequeño petimetre? –Tras hablar le dio una toba con el dedo índice en el pecho.

La cara de mi padre se había descompuesto, su rostro se puso pálido; lo intentó, pero no consiguió tragar saliva. Quería echarlo, pero se arriesgaba a que le pegara un tortazo y a hacer el ridículo. El abuelo respiró profundamente y se giró hacia el pasillo. Mi madre, que había oído todo, no se movió de la cama, no quería problemas con nadie. Sin embargo, mi padre se fue a su habitación sin mediar palabra, indignado a quejarse.

Antes de que el abuelo pudiera llegar a la puerta de mi habitación, yo me había quedado frente a ella, viéndolo todo sin volver a su interior, salió de la suya Alba, que era contigua.

—¡Maldito cromañón! Respeta a mi padre –le espetó gritando, roja de furia y con los brazos hacia atrás con los puños cerrados–. Ya que él no te lo dice te lo voy a decir yo. Eres una maldita mala influencia para David, eres un machista de mierda. No me extraña que estés contra el lenguaje inclusivo si eres un viejo patriarcal que pertenece a otra época.

El abuelo sonrió a modo de respuesta.

—Eres un facha de mierda y un machista –le señaló Alba con el índice de su mano derecha.

—Siempre será mejor eso que ser una hippie drogadicta y alcohólica. ¿Qué crees, que los chavales del barrio que van a mi gimnasio no te conocen y no vienen a contarme a lo que te dedicas? –preguntó con una sonrisa sardónica–. Si quieres, te adivino cómo van a ser tus notas este semestre. Yo con tu edad estaba trabajando y viviendo fuera de casa, tú eres un niñata consentida y mimada que depende de otros para vivir. Encima, para desperdiciar tu vida, ya que los estudios no te los vas a sacar.

Alba se puso roja y empezó a respirar con fuerza mientras miraba fijamente con un odio exacerbado al abuelo. De repente, rompió a llorar.

—¡Eres un fascista de mierda, viejo cabrón! Me está dando un ataque de ansiedad por tu culpa. –Tras gritar, se tapó el rostro con ambas manos y corrió a su habitación dando un sonoro portazo.

Se oía discutir a mis padres y sollozar a Alba desde sus respectivas habitaciones. Al abuelo no le importó. Me dio un toque en el brazo y señaló el cómic de Spawn que yo llevaba en la mano y que no había ni soltado desde que llegó para no perderme un solo detalle.

—Buen cómic, chaval –señaló con una sonrisa.

—Buenas, abuelo. Me alegro mucho de verte –respondí abrazándole.

—Ya imagino, ya. Entiendo que te alegres –rio con fuerza.

Cuando nos separamos continuó hablando:

—¿Vamos a dar una vuelta o qué? Si esperamos lo mismo pierdes la oportunidad. Ya tendrás tiempo para los castigos de tu padre luego. Ahora está ocupado discutiendo y dando la murga a tu madre.

—Claro, abuelo. Vámonos rápido.

Nos fuimos sin hacer ruido, salimos a la plaza y caminamos por la calle peatonal donde mi padre tenía la librería. No tardaría en volver al trabajo, debería haber abierto a las cinco de la tarde, pero con todo el lío que habían tenido suponía que abriría a las seis, por lo que no perdimos el tiempo y continuamos andando hacia la Universidad Carlos III.

El campus tenía una zona agradable donde la gente iba a pasear a los perros. Era un buen lugar para sentarse en un banco o en el césped a charlar de forma tranquila. El motivo para no alejarnos mucho no era otro que la posibilidad de que mi madre nos llamara para que yo volviera a casa. Si por el abuelo hubiera sido habríamos ido a Polvoranca. Era uno de sus lugares favoritos.

* * *

Llegamos juntos al campus, entramos por la parte de abajo, por donde está la guardería El Sol. Nada más entrar nos saludó amablemente el guardia de seguridad, se llamaba Luis y conocía al abuelo de toda la vida. Avanzamos hacia el banco preferido de mi abuelo, estaba situado a la derecha junto a las hileras de columnas. Eran bancos anchos, bastante compactos y relativamente cómodos.

El abuelo entrecerró los ojos mirando hacia las columnas, vio que habían pegado nuevos carteles, apretó el paso de forma acelerada hacia ellos y se detuvo en seco enfrente de unos de color rojo.

—Putos trotskistas de los cojones, putos hippies progres –renegó mientras procedía a arrancarlos todos con furia.

Yo me encogí de hombros y riéndome me puse a ayudar a mi abuelo con su labor de limpieza. Un señor nos miró extrañado, pero cuando mi abuelo se dio la vuelta con cara de pocos amigos se puso a disimular y siguió con sus cosas. Cuando terminamos fuimos a tirar los restos arrancados a la papelera más cercana y nos sentamos en nuestro banco habitual.

Nos pusimos mirando hacia la explanada, dando la espalda a las columnas. En el césped estaban jugando y correteando unos perros mientras sus dueños hablaban tranquilamente entre ellos. Un husky corría junto a un podenco, mientras un carlino respiraba con dificultad con una entrañable sonrisa en su cara. A mí siempre me habían hecho mucha gracia este tipo de perros, me daban ganas de cogerlos en brazos.

—Bueno, qué, chaval –me sacó del ensimismamiento mi abuelo–. ¿Me vas a contar ya por qué se ha liado tanto en tu casa?

Levanté media sonrisa y miré al horizonte con las manos entrelazadas.

—Tuve una discusión en clase con una compañera feminista petarda y se puso a llorar. Se metió la profesora y me acabé peleando con ella también.

—¿Un debate sobre qué? –Mi abuelo estaba intrigado. Se le notaba en la tensión en las manos y por las cejas levantadas.

—Sobre feminismo, inclusividad y esas mierdas. ¿Te puedes crees que la profesora dobla los géneros y que se equivoca la mitad de las veces? El otro día hizo como Maduro y dijo «millonas»…

Reímos a carcajadas.

—Menuda mamarracha. Entonces por lo que cuentas peleaste por tus convicciones hasta el final.

—Hasta que me echaron de clase. –Los dos volvimos a reír. El abuelo me pasó el brazo por encima del hombro.

—¿Te pusiste a insultar o a gritar? –preguntó enarcando una ceja.

—No, solo al final cuando se puso a gritar ella porque no daba pie con bola.

—Muy bien, ese es mi nieto. En la vida hay que pelear por lo que uno piensa y cree. Vivimos en una época líquida, donde todo es efímero, de decadencia moral, individualismo y consumismo enfermo. Ya no quedan hombres de valores, con principios y con honor.

—No me gusta la gente sin valores, abuelo.

—¡Ay, David! –me respondió riéndose–. La sociedad está destruida. Yo creo en la humanidad y en el progreso. –Miró unos segundos al

frente echado hacia delante con los codos apoyados en los muslos y sujetando su cabeza con las manos–. Con gente como tú cómo no vamos a conseguir cambiar las cosas. –Se enderezó y me dio una palmada cariñosa en la espalda–: Es imposible. Tienes que tener una actitud positiva, ¿qué te digo siempre sobre las dificultades de la vida?

Pensé un segundo y contesté:

—Pues que hay que afrontarlas, que hay que seguir peleando…

—Eso es, rendirse no es una opción –respondió mirándome y sonriendo.

Pasados unos minutos sonó mi teléfono, era mi madre. Quería que volviera a casa, no quería que la situación se quedara así, detestaba los conflictos familiares de siempre. Me despedí de mi abuelo, que se negó a volver a casa ese día para no afectar más a la tranquilidad de mi padre, y me encaminé por donde había venido hacia la Plaza de Navarrevisca. El abuelo fue tranquilamente andando hacia su gimnasio.

1. Tipo de piercing situado justo debajo del labio, por encima del mentón.

Obsesión

Hacía calor, el sol era de justicia, pegaba con fuerza aquella tarde en Leganés. Además, no había ni la más mínima brisa que mitigara las altas temperaturas que se sufrían en aquellos días. La gente decía a modo de broma Me gusta Leganés por lo fresquito que es . Estaba achicharrándome, el camino desde el Legafitness hasta el Bar Salvador me estaba haciendo volver a sudar, me había duchado para nada. Me entretuve entrenando de más y mi amiga Verónica debía de estar subiéndose por las paredes.

Mi amiga estaba en la terraza del bar, con las piernas cruzadas y oscilando levemente el pie de la pierna derecha. Iba con un vestido blanco ajustado, corto y con sandalias con unos tacones demasiado altos. Tenía complejos con su altura, y con otras muchas cosas. Los tapaba, o lo intentaba, con un estilo excesivo, y dándole gran importancia a lo artificial: pechos operados, ácido en los labios, bótox y dos operaciones de nariz. Cuando me acerqué, mi amiga estaba enfrascada con el móvil.

—Buenas, Verónica. Perdóname por la tardanza –dejé la bolsa de entrenar a un lado de la mesa y me senté enfrente.

—Uy, ni me había dado cuenta. –Sonrió mientras se quitaba las gafas de sol, se peinaba su pelo rubio hacia detrás y dejaba el móvil sobre la mesa–. Estaba entretenida con el Tinder.

Sonreí y me crucé de brazos.

—¿Cuántos van esta semana? –pregunté riéndome.

—Dos chicos y dos chicas –contestó Verónica volviendo a coger el móvil.

—Y eso que solo estamos a viernes –sentencié riéndome.

—Ay, chica. ¿Qué quieres que haga? No puedo evitar gustar –respondió acariciando con las manos de arriba abajo su torso mientras sonreía.

—¿No crees que el ritmo de uno por día es algo excesivo? Quizá deberías ser más selectiva y relajarte un poco, vas a acabar con una adicción. –Pensaba firmemente que mi amiga tenía una grave adicción y que lo hacía de forma compulsiva para tapar sus carencias.

—Anda, anda. Simplemente no me gusta repetir. –Hizo un gesto con la mano quitándole importancia–. No hago daño a nadie con esto. Lo dices de una forma que me da que pensar que te gustaría hacerlo a ti. ¿Te aburres mucho con Ramón o qué?

Pegué un respingo. La verdad es que no me iba muy bien con Ramón en ese ámbito, pero lo que hacía Verónica me repugnaba. Era un consumo enfermizo de cuerpos, tenía más de 40 años y seguía actuando como una veinteañera. Estaba sola, no tenía hijos y vivía en un pisito pequeño en Zarzaquemada junto a sus tres gatos.

Aunque se hacía la dura se ponía muy mal cada dos por tres porque iba a acabar sola. ¿Cómo iba a encontrar pareja si no paraba de acostarse con gente de forma frenética? A Enrique, su exnovio, le engañó cientos de veces en los cinco años que estuvieron juntos. Encima, ella hablaba mal de él e iba diciendo que lo habían dejado porque él se portó mal. Surrealista. Sentía pena cuando la miraba.

—En realidad quiero echarme novio, pero no encuentro a nadie desde que lo dejé con Enrique. Tendré que probar para conocer a alguien, ¿no? –preguntó Verónica.

—¿No deberías intentar conocer a una persona y no probar tanto? –respondí torciendo el gesto.

—Qué va, qué va –respondió Verónica agitando la mano derecha–. Si no conozco a gente reduzco oportunidades. Hay que probar, necesito encontrar a alguien que esté a mi nivel. Lo que pasa es que a estas edades que tenemos es más difícil, el mercado está muy mal. Los buenos ya están cogidos.

—¿Por eso te acuestas con gente casada?

—No –rio–, eso lo hago por puro placer. Es algo que me pone –respondió con una sonrisa pícara.

—Te ponen unas cosas… Estás con un

fomo

² importante. Deberías rebajar las expectativas y portarte bien.

—Siempre me he portado bien, ¿lo dices por Enrique? –respondió nerviosa, frunciendo el ceño.

—Sí…

—Con él me porté bien –me interrumpió hablando de forma acelerada–. No sé por qué siempre sales con eso.

—Enrique era perfecto para ti y le engañaste muchas veces. Me cae genial.

—Eres mi amiga, sabes –respondió inclinándose hacia delante y señalándome con el dedo índice–. No puede caerte bien, me hizo mucho daño.

Suspiré de forma pesada y miré hacia otro lado. Verónica bebió un trago largo de su cosmopolitan, renegó con la cabeza y se quedó unos segundos callada. A los pocos segundos empezó a surgir la otra Verónica, a veces parecía bipolar.

—Joder, tía. Hablo contigo y me pongo mal. Al final me voy a quedar sola. –Mientras hablaba no paraba de sonar el sonidito del Tinder.

—Deberías tomarte las cosas con más calma y quererte un poco más a ti misma, ya no tenemos veinte años…

Paré de hablar cuando vi con horror que Verónica no me estaba atendiendo, ya que un par de chicos, en un grupito junto a la puerta del bar, nos estaban mirando. Debían de tener veintitantos. Pasó lo inevitable. Verónica empezó a mirarlos cada dos por tres y a sonreírles. Era cuestión de segundos que se acercaran a hablar con nosotras.

—Tía, van a venir a hablarnos –dijo Verónica mirando fijamente a mis ojos, removiéndose en la silla, inquieta y excitada–. Yo me quedo con el alto y tú con el rubio de la barba.

—Verónica, estoy casada. Deja de decir tonterías. ¿No puedes quedarte un rato con tu amiga sin estar ligoteando con alguien? No nos vemos desde hace más de una semana…

—Ay, chica. Hay que aprovechar las oportunidades. ¿Por qué no te desmelenas y disfrutas un poco de la vida? Están buenos.

La verdad es que estaban buenos, no lo negaré, pero eran unos niñatos y, ¿qué coño?, estaba casada, me repugna la gente que se dedica a engañar. Yo soy una mujer de honor, no iba a perderlo por nada del mundo. Me daba igual que no estuviera bien con Ramón. Renegué con la cabeza, miré a Verónica a los ojos y di un golpe a la mesa con la mano abierta.

—¡Para ya, Verónica! Me tienes harta de que priorices estas mierdas a nuestra amistad. Si te vas a poner a ligotear me voy –sentencié haciendo amago de levantarme–. Estoy casada, yo no engaño a mi marido. Para de una vez.

—Eres una mojigata, Sara. Te vendrá bien un poquito de diversión. Nadie se va a enterar y además a saber lo que hará Ramón cuando no estás tú.

Se me torció el gesto, estaba a punto de explotar y montar una buena a Verónica cuando vi que subiendo la calle venía mi padre. «Mierda, lo que me faltaba», pensé. Anulé mi enfado con Verónica y comencé a preocuparme por el bullying que nos iba a hacer, y más si se acercaban los chicos, lo cual era inminente.

Llegaron casi a la vez, los dos chicos se acercaron y Verónica, que aún no había visto a mi padre, estaba desplegando todos sus encantos. No sabía dónde meterme, mi padre estaba en la recta final hacia nosotras.

—Buenas, chicas. ¿Qué tal estáis, guapas? –preguntó el chico alto y moreno con un tono un tanto creído y repelente.

Además de ser unos cutres nos entraban de aquella manera… A Verónica parecía que le daba igual que fueran así de simples, a mí me dieron un poco de grima.

—Hola –saludó Verónica con voz seductora y dulce y levantándose para darles dos besos. Se presentó y me señaló para hacer lo propio.

Antes de que pudiera reaccionar, Verónica me estaba haciendo gestos para que fuera de nuestra mesa a la de ellos. No me levanté para darles dos besos, pues ya llegaba mi padre.

—Siento interrumpir, pero a pesar de que su marido no es que me caiga especialmente bien –me señaló con el dedo–, he de decir que esta señorita está casada. Así que, si podéis dejarla en paz, os lo agradecería –habló mi padre, Pepe, con su característica voz fuerte, ronca y varonil.

No hubo discusión alguna. Mi padre tenía sesenta años, pero seguía dando miedo. Tenía tatuado el brazo derecho hasta la muñeca, y a

pesar del avance insondable de las canas seguía aparentando bastante menos edad de la que tenía.

—Vale, vale –respondió el chico alto–, no lo sabíamos. –Levantó ambas manos abiertas a la altura de su pecho, se dieron la vuelta y volvieron a la mesa junto a la puerta del bar.

Mi padre sonrió de forma sardónica y tomó asiento en nuestra mesa sin parar de mirar mal a los dos chicos.

—José, nos has fastidiado el ligue –dijo Verónica con el ceño fruncido y con aspereza.

Mi padre me miró antes de contestar, no supe muy bien por qué. Ambos sabíamos que iba a decir alguna barbaridad y que poco importaba lo que yo pensase al respecto.

—¿Comprendes el concepto de estar con alguien, bonita? –El «bonita» fue pronunciado de una forma que pareció una puñalada–. No, no respondas, es una pregunta retórica –le cortó antes de que pudiera contestarle.

Verónica ni contestó, le clavó una mirada asesina a mi padre y se levantó al baño para hacer tiempo y evitar así contestar mal. Sabía que no tenía nada que ganar, mi padre la humillaría dijera lo que dijera, era una batalla perdida. Se conocían desde hacía treinta años.

—No sé cómo te sigues llevando con esta chica. No tiene nada que ver contigo, y lo sabes –me recalcó mi padre sin miramientos de ningún tipo.

—Papá… es mi amiga desde la infancia. –Me encogí de hombros y renegué con la cabeza intentando abroncarle. No dio resultado.

—¿Y qué? Lleva sin tener que ver nada contigo desde hace veinticinco años. Enseguida empezó a torcerse. ¿Cuándo has estado

tú obsesionada con gilipolleces como ella? –Señaló hacia la puerta del bar por donde había desparecido y no pudo evitar resoplar cuando vio que se había quedado con los chicos que él había espantado–. Lo ves, está enferma, es una petarda, lo que le hace falta es ir al psicólogo y que la ayuden.

Quería defender a mi amiga, pero cuando vi que se despedía desde lejos y se iba con el chico alto, desistí. Llevaba tiempo sin verla y se iba así, a la mínima de cambio, a hacer algo que, para su desgracia, hacía todos los días. Esa misma noche Verónica volvería a llamarme para contarme su aventura y, en un par de días, otra vez para quejarse de que habían pasado de ella y para volver a repetir que se iba a quedar sola.

—¿No podrías presentarle a alguien del gimnasio o de tus rollos para ver si conseguimos que siente la cabeza? –pregunté acariciando el hombro de mi padre.

—Ni muerto. ¿Para que le arruine la vida a alguno de los chavales? Paso. Antes de que se aleje cien metros ya estará engañando a quien sea. La gente como Verónica está destinada a acabar sola tras dejar un cementerio de cadáveres emocionales. No pienso colaborar en ello. Es una viboreja.

—¡Papá! Es mi amiga –respondí elevando la voz.

—¿Y qué? Sabes que es la verdad. Deberías alejarte de ella. Te pone la cabeza como un bombo. ¿Y para qué? No te compensa.

—Bueno, cambiando de tema. ¿Cuándo vas a pasarte por casa?

—¿Crees que es buena idea estando como estás con Ramón? –Mi padre me miró levantando una ceja.

—¿Qué más da, papá? Ven a ver a los niños –respondí con gesto y tono serio.

—Con el chaval ya quedo y tu hija no me quiere ni ver. Soy un viejo facha y tránsfobo.

—Si tú eres facha entonces qué serán los demás…

—Pues sí, hija. Eso digo yo. Pero tu hija está muy perdida –respondió con pena en la voz y lanzando un suspiro final.

—Lo sé, por eso quiero que la veas. Quiero que seas igual de perseverante con ella que lo que lo fuiste conmigo.

—Tarea difícil, eh.

—Eso nunca te ha acobardado, papá.

Nos abrazamos y nos reímos. Mi padre se empeñó en pagar la cuenta y me marché a mi casa dando un paseo atravesando la universidad.

* * *

Cuando llegué a la Plaza de Navarrevisca había una trifulca en la esquina, en la terraza del bar de Yuan, el chino que regentaba el mismo. Dos chicos marroquíes estaban a la gresca con los borrachos del bar. El último mes habíamos sufrido más de diez robos y varias peleas en la zona. El barrio se estaba marginalizando por momentos. Cuando era pequeña era un barrio obrero tranquilo, es cierto que en la plaza del monumento a las Brigadas Internacionales había yonquis desde los ochenta, pero no había más problemas. Seguía habiendo yonquis, pero hacía ya bastantes años que el barrio de Batallas ya no era el mismo. Teníamos una gran concentración de inmigración,

sobre todo marroquí y senegalesa, y digamos que ni se habían integrado ni tenían intención de hacerlo.

Por lo que me contaron con posterioridad, la pelea fue originada debido a un intento de robo a uno de los vecinos. Los borrachos del bar se metieron y los dos chicos marroquíes no se lo tomaron bien, iniciando la pelea. Qué pereza me daba todo, la policía no tardó en llegar y a golpe de porra restablecieron el orden. Detuvieron a los chicos marroquíes por robo, pero ya sabíamos todos lo que iba a terminar pasando: nada de nada. Los soltarían al día siguiente, si no antes.

Me dirigí a casa con resignación, abrí a puerta del portal y de allí directa al bajo D. Entré como siempre, sin hacer ruido. Dejé las llaves y la bolsa en el armarito del recibidor y me dirigí a la habitación que compartía con Ramón. Antes de llegar, abrí la puerta del despacho para saludar. No me lo podía creer. En el ordenador estaba Ramón, que reaccionó de forma frenética subiéndose los pantalones mientras cerraba la ventana del explorador. No hizo nada bien, tenía medio pene fuera y me dio tiempo más que de sobra a ver qué estaba viendo antes de que consiguiera cerrar la ventana. Se puso rojo como un tomate, se recolocó la ropa e intentó hacer como si no hubiese pasado nada.

—Eh, hola, cariño –intentó normalizar la situación.

No dije nada, renegué con la cabeza frunciendo el ceño y me fui, cerrando con fuerza la puerta. Avergonzado, Ramón tardaría en salir de la habitación. Llevábamos fácil más de tres semanas sin acostarnos, lo cual se me hacía toda una eternidad. Por otra parte, la calidad de nuestras relaciones había ido bajando y bajando. Me estaba empezando a hartar, además, era como la cuarta vez que le pillaba viendo porno sin yo querer hacerlo bajo ningún concepto. Simplemente la casa era pequeña, y él estaba adicto, consumía todos los días pornografía, varias veces al día, según llegó a confesarme una vez. Desde que estaba todo el día con el porno bajó

el número de relaciones sexuales y la calidad de las mismas. Para colmo, una vez intentó convencerme de que veía porno feminista y que así no se sentía mal. «¿Porno feminista? ¿Qué coño es el porno feminista?», pensé. No quise ni que me lo explicara. Pasé del tema.

De seguir así no iba a acabar bien la cosa, llevaba tiempo pensando que Ramón debería de ir al psicólogo, llevaba varios años absorbido por las compañías que frecuentaba, no eran una buena influencia. Los amigos que había hecho en los últimos años por el trabajo eran gente extraña, drogadictos pseudointelectuales, bohemios y modernos que le metían ideas extrañas en la cabeza. Antes no era así, pero desde hacía un tiempo pensaba y defendía cuestiones que antes hubiera rechazado de pleno. El día que vino a intentar convencerme de la importancia de abandonar el binarismo en la especie humana casi me dio algo. Se había convertido en un hombre atormentado, acomplejado y que seguía las tendencias de sus nuevos amigos. De seguir así, no íbamos a acabar bien, nada bien.

* * *

Eran más de las doce de la noche cuando mi teléfono comenzó a vibrar. Ramón me miró con mala cara y siguió viendo la televisión refunfuñando para sus adentros, estábamos a punto de irnos a dormir en el salón, viendo una serie de policías en Netflix. Tampoco es que a mí me entusiasmara, así que cogí el teléfono y salí de allí rumbo al baño para poder hablar con privacidad. Los niños estaban en sus respectivas habitaciones, dormidos o a punto de estarlo.

—Es un poco tarde, Verónica. ¿Ha pasado algo? –pregunté con voz cansada y con resignación.

—Claro que ha pasado, vaya que si ha pasado –respondió con voz alegre y hablando rápido–. Te llamo para contarte lo de esta tarde.

—Vero… es martes, miércoles ya, de hecho. Mañana madrugo. ¿No crees que es mejor que hablemos mañana? Además, a Ramón no le gusta que por la noche se haga ruido, necesita descansar.

—Que le den a Ramón. Deja que te cuente mi aventura.

—Pero que es por mí, mañana madrugo y estoy cansada de trabajar y de entrenar. Necesito descansar.

—¿Me estás echando en cara que no trabajo otra vez? –respondió cambiando el tono.

—No… claro que no. ¿Ha pasado algo importante o podemos dejarlo para mañana?

—Claro que es importante. Tengo buenos cotilleos.

Me quedé callada con los ojos cerrados y con la mano derecha sujetándome la nariz con la cabeza gacha. Suspiré y me armé de paciencia.

—Dime rápido, por favor.

—Me fui con los chicos a tomar algo y tras estar un rato desplegando mis encantos –podía imaginarme los gestos que estaba haciendo Verónica en ese momento solo con oírla, la conocía demasiado bien–, acabé con Jorge en su casa, con el chico alto, tía.

—Ah, sí, suponía que era con ese. –Sin interés real alguno pregunté porque sabía que estaba esperando a que lo hiciera–: ¿Qué tal fue?

—Sin más, no valía para mucho. Pero ahora viene lo mejor.

«Miedo me da, a saber qué hizo Verónica», pensé de inmediato.

—Me di el teléfono con Fran, el otro chico, y quedé por la noche más tarde con él, cuando se fue Jorge. Resulta que vivía al lado de mi casa.

—Madre mía, Verónica, que son amigos. O se supone que lo son. ¿El primero sabe lo del segundo?

—Claro que no, pero como le dije yo: «Lo que pasa en mi casa se queda en mi casa». Ja, ja, ja.

—Es repulsivo. –Torcí el gesto–. ¿Cómo te puedes acostar con el amigo del que te liaste en primer lugar a sus espaldas? Y encima el mismo día. ¿Te das cuenta de que el segundo es una chusma salida de lo peor? No sabe ni lo que es la amistad. Es vomitivo.

—Eso a mí me da igual. Yo conseguí lo que quería. Si ellos son así no es mi culpa. Yo no estoy con nadie y puedo hacer lo que quiera.

—Cuando tenías novio también hacías lo que querías. –Hice una pausa larga–. No eres responsable.

—Ya estás otra vez con lo mismo…

—Sinceramente, creo que deberías seleccionar mejor con quién te acuestas. Ese tipo de gente no te aporta nada. Me dijiste que no quieres estar sola, ninguno de esos dos va a querer nada contigo.

—Ya veremos –contestó de forma seca–. Yo creo que los dos van a querer salir más conmigo. Ya te digo yo que han visto algo que les ha llamado la atención. No cualquiera puede estar conmigo.

—Verónica, son amigos, ¿crees que has dado una buena impresión con alguno de los dos?

—Jorge no se va a enterar. Además, no me gusta, y el otro era todavía peor. Solo valen para un ratito y fuera. La verdad es que los dos eran bastante sosos en la cama, yo necesito a un empotrador.

Tendré que ir probando si de verdad quiero encontrar a alguien, ja, ja, ja.

—Bueno, Verónica. Tengo que irme a dormir…

—Espera –interrumpió Verónica–, quedemos el jueves a echar un café, y te prometo que esta vez estaré contigo pase lo que pase. No te enfades conmigo. Lo de hoy ha sido una excepción.

—Venga, el jueves después de entrenar, quedamos igual que hoy. Cuídate.

Colgué, levanté las cejas de incredulidad ante todo lo que me había contado Verónica y me dirigí al salón. Según avanzaba iba pensando: «Lo de Verónica no es normal, parece una chica pequeña caprichosa y ha pasado ya los cuarenta. No sé cómo ayudarla. No va a acabar bien».

Estaba frustrada, aunque no me excitó la conversación con Verónica, que digamos, intenté algo con Ramón, hablar de sexo me recordó mi falta del mismo. Fui al salón, lo abracé y deslicé mi mano a su entrepierna a la vez que le besaba en el cuello, comencé a moverme para colocarme encima de mi marido, pero este me interrumpió apartándome con cuidado.

—Cariño, estoy cansado. Otro día mejor.

Parecía una broma de mal gusto, le di un beso en la mejilla y me fui resignada a mi habitación a tocarme. Siempre había sido muy activa sexualmente y Ramón parecía que ya no tenía ningún interés en mí. Era una mujer de bandera; pero Ramón estaba centrado en otros menesteres.

2. Fear of missing out.

Dudas

El telediario de La Sexta estaba puesto de fondo, Helena Resano estaba dando una monótona charla, como de costumbre. Yo estaba sentada en la mesita del comedor y mi marido Ramón y mi hija Alba en el sofá. Acabábamos de terminar de comer y mi hijo David se había ido a su cuarto. Estaba intentando leer, pero Ramón, como era ya tradición, no se callaba y no me dejaba concentrarme. Me recoloqué las gafas de leer y cerré el libro con un aspaviento. Estaba leyendo Las aventuras del capitán Corcorán , una vieja novela de aventuras que me recomendó mi padre, escrita por Alfred Assollant.

—Buah, no tratan el tema como deberían. No aguanto el casposismo patriota –gritó Ramón haciendo aspavientos–. Parecen imbéciles.

—Luego dicen que no se hace apología de estas cosas, hasta en La Sexta, no hay medios de izquierdas de verdad –completó mi hija cruzándose de brazos.

Miré la pantalla de la televisión, era excesiva, apenas cabía en la pared donde estaba colgada, Ramón se empeñó en comprar la más grande posible. Solo vi a un reportero con la camiseta de la selección haciendo preguntas sobre un partido.

—¿Dónde veis apología al patriotismo? –pregunté extrañada–. Solo es un señor con la camiseta de la selección porque juegan. Eso no es una cuestión de patriotismo, lo cual, por cierto, tampoco tendría por qué ser malo.

—¿Cómo que no? –preguntó Ramón incorporándose levemente del sofá donde estaba medio recostado–. Siempre hablando de España, las banderitas y todas esas cosas: nos lo meten hasta en la sopa, Sara.

—Pues no sé dónde lo ves, yo creo que es todo lo contrario. Siempre se hace de menos a España, parece que ahora es una vergüenza ser español –contesté extrañada de su comportamiento. Mi hija mientras tanto solo hacía aspavientos y refunfuñaba.

—¿Qué es España, Sara? ¿Qué es ser español? ¿Me lo puedes decir? –me preguntó Ramón con su petulante sonrisa de superioridad moral.

—¿Desde cuándo te has convertido en un globalista que odia a su país, Ramón? –respondí con una pregunta cerrando los puños de rabia.

—Ya estás usando términos de la extrema derecha del abuelo –sentenció Alba señalándome.

—Mira, hija. –Hice un esfuerzo y una pausa para no sonar alterada. El telediario de La Sexta seguía sonando con sus cantinelas de fondo–. En primer lugar, respeta a tu abuelo, no ser un hombre que siga modas y tener criterio no te convierte en parte de la extrema derecha. Tu abuelo es más rojo que tú, tu padre y todos tus amigos drogadictos juntos. –Intentó interrumpirme, pero levanté la voz y con un gesto tajante con la mano derecha se lo impedí–: ¡Cállate! No pienso permitir que faltéis al respeto ni a mi padre ni a mí. Puedo entender que tú estés con la edad del pavo, pero tú –señalé a Ramón–, me tienes harta, con tus modas, tus amigos de mierda y tus gilipolleces. –Estaba roja como un tomate, apretando los puños y echada hacia delante, parecía un pantera apunto de saltar encima de su presa–. En segundo lugar, solo un necio es incapaz de definir lo que es el país en donde ha nacido, se ha criado y la cultura que ha heredado de sus antepasados. Me tenéis harta con vuestras gilipolleces, me voy, no quiero saber nada de vosotros.

Cogí mi bolso, la bolsa de entrenar para después del trabajo y me fui a mi oficina en la Avenida de la Universidad. Siempre iba andando escuchando algún podcast. Ese día me puse a escuchar a Ángel

Codón con su programa Tiempo de Culto. En ese programa estaban hablando del capitán Alatriste con dos habituales, Julián y Eugenio, también habían invitado a un tal Roberto Vaquero.

* * *

Estaba en la habitación jugando al Vermintide II, un juego de Warhammer de matar hombres rata y soldados del caos. No pude evitar oír la discusión de mis padres y de mi hermana. Mi padre me daba mucha pereza, lo de mi hermana era ya de otro nivel. No pude evitar sonreír cuando mi madre los puso en su sitio, me imaginaba con satisfacción desde mi cuarto la cara de tontos que se les había debido de quedar. Me puse a tararear una canción, cogí mis cosas, preparé la mochila para ir a entrenar con mi abuelo, me puse una camiseta de la selección de baloncesto y salí al salón. Sonreí con malicia cuando me vieron mi padre y mi hermana y me dispuse a salir entre sus bufidos y reniegos. Me encantaba hacerles rabiar.

Salí a la calle San Pablo y continué por la Avenida de la Mancha hasta el gimnasio Club de boxeo García. En la puerta hablando con otros chicos estaba mi abuelo Pepe.

—Llegas puntual. –Me saludó con una sonrisa–. No sabes cuánto me alegro de que vayas a empezar a entrenar aquí. Este gimnasio es una institución, chaval. –Me pegó una sonora colleja–. Cámbiate, que la clase empieza pronto.

El gimnasio de mi abuelo se parecía más al de Rocky de las primeras películas que a un gimnasio moderno, pero a mí me gustaba. Me imaginaba a mi madre entrenando durante tantos años allí. Tenía una sala de pesas con máquinas antiguas, mancuernas y bancos que

habían pasado mejores épocas y una sala con tatami, para hacer boxeo, con un ring.

La parte de boxeo sí era más moderna, se notaba que era la que más le importaba al abuelo. De la sala de pesas llegaba el ruido del barullo de la gente hablando y moviendo hierros. De la zona de boxeo llegaba el sonido de alguien golpeando los sacos.

Aprendí a ponerme las vendas cuando mi madre aún peleaba, habían pasado años, pero de pequeño me dio por aprender. En apenas unos minutos las tenía listas y estaba saltando a la comba. La clase estaba llena, había por lo menos treinta chavales de edades similares a la mía. Mi abuelo tenía todos los turnos hasta arriba siempre, desde las clases de niños a las de competidores.

Cuando terminaron los dos asaltos de comba comenzaron los de sombra, un pitido del reloj nos avisaba de cuándo hacer los cambios; yo imitaba al resto de chicos que llevaban más tiempo que yo, era mi primer día. Mi padre me había prohibido ir, pero mi abuelo habló con mi madre y me dejó apuntarme.

Mi abuelo llegó cuando acabábamos el segundo asalto de sombra. Nos puso en parejas y explicó el ejercicio que íbamos a hacer. Nos puso a trabajar el jab y fue armando, asalto por asalto, otros ejercicios con la base del anterior. Me pesaban los brazos, iba a tener unas agujetas interesantes al día siguiente. «Hay que fortalecer los hombros, David. Levanta las manos», me repetía cada dos por tres. La verdad es que mi abuelo era buen profesor, estaba encima de nosotros todo el rato corrigiéndonos y jaleándonos.

En uno de los ejercicios, uno de los chicos me pegó un señor puñetazo en el ojo derecho, sin querer, obviamente; pero mi abuelo mostró algo de preocupación al observarme, o eso pensé yo antes de que empezara a reírse.

—No es nada, pero se te va a poner morado. Ya verás tu padre… – rio justo antes de darme una palmadita en la espalda.

Seguí entrenando con mi compañero tras chocar los guantes, se llamaba Juan, tenía un año más que yo y era un poco más alto. Cuando sonó el final del último asalto suspiré de alivio. No podía con mi vida. Mi abuelo gritó «guantes fuera» y sentí un gran alivio. Cuando iba a dirigirme hacia el vestuario, Juan me puso el guante rojo de la mano izquierda, que aún no se había quitado, en el pecho y con una sonrisa de maldad me dijo que aún no habíamos terminado, que quedaba el físico.

Mi abuelo sonrió al verlo y gritó nuevas órdenes.

—¡Treinta burpees, cien fondos y doscientos abdominales! ¡Vamos, chicos, ya queda poco!

Casi desfallezco durante el tiempo que estuve haciéndolo, ni siquiera pude terminarlo. Cuando acabaron mis compañeros hice como que había acabado y fui tras ellos al vestuario. Cuando salía del gimnasio mi abuelo me interceptó.

—Has entrenado muy bien, chaval –me dijo dándome una palmada en el hombro–. El primer día siempre es el más duro. Este deporte es disciplina, esfuerzo y constancia. Ya te irán saliendo mejor las cosas.

—Estoy contento, abuelo. Ya iré cogiendo forma física.

Mi abuelo estaba feliz. Para él, que otro García comenzara a entrenar el noble arte del boxeo era lo mejor que le podía pasar. Le di un abrazo y volví para casa, con el deseo imposible de que no se me pusiera el ojo morado. Mi padre se iba a poner pesado, pero me daba igual, pensaba seguir yendo a boxear. Me gustaba y así me desahogaba. Mi abuelo siempre me daba la chapa con que me iba a disciplinar y que me vendría bien.

* * *

Esta vez no llegué tarde a mi cita con Verónica. De hecho, llegué antes que ella, la esperé en la terraza del Lizarran de la Avenida de la Universidad. Por lo visto en el Bar Salvador tenían una fiesta y estaba hasta arriba, por lo que quedamos en un sitio más tranquilo. Llegó con su habitual andar, parecía que estaba desfilando o en la serie de Sexo en Nueva York, con un body rojo y un bolso a juego, gafas de sol y melena al viento. Se quitó las gafas, me dio dos besos y se sentó en una banqueta enfrente de mí.

—¿Qué tal la semana, Verónica? –pregunté con una sonrisa. La verdad es que me hacía falta quedar con alguien, la situación en mi casa no era saludable.

Se la veía nerviosa, miró a todos lados antes de mirarme con rostro serio, mordiéndose un labio y con una mirada triste y apagada.

—Tengo un problema, tía. –Repiqueteaba con sus uñas rojas la mesa mugrienta y pegajosa del bar. Respiró, volvió a mirar a los lados y con una voz casi susurrante continuó–: Creo que he pillado algo.

—¿Qué? –pregunté alarmada.

—Más bajo, por favor –rogó mirando hacia atrás y moviendo ambas manos para que redujera el volumen. La gente pasaba a nuestra izquierda sin prestarnos ninguna atención, pero entendía su incomodidad. El bar estaba en una calle muy concurrida, justo a la entrada del centro de Leganés. El ruido de la gente hablando cuando pasaban a nuestro lado, el sonido de los coches y el ajetreo del propio bar hacían que fuera difícil oír a Verónica cuando bajaba la voz.

—Me pica todo, tía. Ahí abajo. –Se señaló la entrepierna.

—Joder, ¿no te pusiste protección?

—No, tía. Por eso estoy preocupada –atinó a responder nerviosa.

—¿Con cuánta gente te has acostado esta semana pasada, Verónica? ¿Con quién de ellos (o ellas) no te has puesto protección?

—Con ninguno –dijo mordiéndose el labio de abajo y a punto de llorar.

—¿Qué dices? ¿Cómo haces eso? ¿Estás loca? ¿Has ido al médico? –Solté todas las preguntas de forma atropellada como si de un pelotón de fusilamiento se tratara. Vi cómo se hacía pequeña por momentos y me sentí mal–. Contéstame a la última anda, me levanté y la abracé.

—No –contestó hipando y comenzando a llorar–. Me da mucho miedo.

—No te preocupes, Vero. Ahora mismo te acompaño yo al hospital y depende de lo que te digan llamamos juntas a tus ligues para avisarlos.

* * *

Llevaba un rato en mi librería, en la calle Batalla de Trafalgar. Estaba ordenando los libros de feminismo en el escaparate principal cuando entró mi amiga Susi. Era una de las personas que llevaba Leganemos, la plataforma en Leganés de Más Madrid. Tenía puesto, no muy alto, el último disco de Ismael Serrano.

—Buenas, Ramón, ¿cómo andas? –saludó con una bella sonrisa. He venido a traerte unos folletos de Leganemos, por si te interesan.

—Muchas gracias, Susi. Claro que me interesan. –Me apresuré a cogerlos. Apenas tenía veinticinco años, su aura bohemia me tenía cautivado desde hacía tiempo. Incluso había soñado con ella.

—Recuerda que tenemos reunión del club de lectura el martes que viene –me dijo mientras ojeaba los libros de una de las estanterías.

—Claro, claro. Me acuerdo. No se me ocurriría faltar. –La verdad es que me aburría en aquellas reuniones, pero cada día me sentía más cerca de Susi y eso me hacía que las ganas de acudir a esas se incrementasen.

Comencé a hacer una disertación sobre lo último sobre feminismo que había leído. Susi me escuchaba con los ojos como platos. Si duda estaba haciendo grandes avances.

—Qué bien hablas, Ramón. Ojalá hubiera más hombres deconstruidos como tú. –Se acercó a mí y me dio un beso en la mejilla mientras me frotaba el brazo con la mano derecha. Noté la calidez de sus labios, se me ruborizó la piel.

—Te veo el martes, luego a ver si te quedas a tomar algo por el centro. Necesitamos más aliados como tú en nuestro movimiento –me lanzó un beso y se marchó a sus quehaceres.

Me quedé un rato pensando en lo que había pasado, relamiéndome de que las cosas me estaban saliendo bien. Me metí en la trastienda, me froté la entrepierna y decidí masturbarme antes de que viniera alguien a la tienda. No conseguía acabar, tuve que ponerme porno en el móvil para terminar rápido.

* * *

Fuimos a las urgencias del Hospital Universitario Severo Ochoa, tras pasar por admisión estuvimos casi dos horas esperando. Verónica estaba como un flan, con la cabeza apoyada en mi hombro y al borde de la neurosis. Me había dicho que no se había hecho pruebas desde hacía un año y que no tomaba ninguna protección desde hacía bastante más. Cuando salió su número en la pantallita indicando que pasara al médico pegó un respingo.

—No pasa nada, Verónica. Estate tranquila, te van a mirar y te van a hacer pruebas –le dije mientras acariciaba su cabeza.

Se levantó y fue cabizbaja a la consulta. Se quedaron con ella cerca de veinte minutos, después de los cuales volvió a mi lado.

—Me han dicho que tengo que esperar, pero que tiene toda la pinta de que puede ser un herpes –me informó con un hilo de voz y la cabeza gacha.

Dentro de lo que cabía no era lo más grave que le podía pasar, pero un herpes podía tener consecuencias serias a largo plazo para una mujer. A la media hora la volvieron a llamar, fue nerviosa frotándose las manos a la consulta. Cuando salió seguía cabizbaja. Llevaba los papeles del informe y de las pruebas en la mano en un sobre blanco.

—¿Y bien? –pregunté preocupada.

—Me han dicho que es un herpes, que tome Aciclovir durante cinco días, cinco veces al día y que después no tenga relaciones en una semana –hizo una pausa–, una puta semana entera según se me quiten los síntomas.

Estuve a punto de pegarle, la miré fuera de mí, me acerqué con el semblante serio para hablarle de cerca.

—¿Después de todo lo que te ha pasado lo único en lo que se te ocurre pensar es en lo desdichada que eres por tener que esperar una semana? –En mi tono de voz se notaba que estaba a punto de explotar–. No tienes remedio, eres una imbécil que no va a parar hasta destrozarse la vida del todo. Me voy, hasta que no madures no quiero volver a verte. –Me di la vuelta y me fui sin dar tiempo a que dijera nada y a ritmo rápido.

Al llegar a casa vi que en el móvil había un mensaje de Verónica pidiéndome perdón y dándome las gracias. También decía que iba a empezar a ser más responsable. Dejé el móvil cargando y me metí en el baño. Ya le contestaría al día siguiente. No estaba de humor para aguantar nada más de ella aquel día.

Ruinas

Hacía

más de un mes que mi abuelo se negaba a dar nuestros habituales paseos por Polvoranca si no estaba cerca el atardecer, si quedábamos antes me obligaba a hacer tiempo por Leganés antes de ir. Siempre entrábamos por la parte baja, dábamos un paseo y pasábamos por las ruinas de la Iglesia de San Pedro y los restos de casas nobles que había junto a la misma.

Mi abuelo siempre decía que era la mejor zona de Polvoranca, apenas pasaba gente en comparación de los alrededores del lago principal, en el cual siempre había grandes aglomeraciones de familias que iban a pasar la tarde y a merendar.

En sus orígenes Polvoranca había sido una aldea, que fue abandonada en el siglo

xix

, solo quedaban unas ruinas de aquel periodo. Aparte, claro está, de las palabras dedicadas por Benito Pérez Galdós a esta antigua aldea en su libro Nazarín. Mi abuelo me obligó a leer dicho libro el verano anterior.

Alguna vez en los lagos pequeños que antecedían el camino hacia las ruinas había jubilados pescando, era una zona de suelta donde solo podían pescar los jubilados. Mi abuelo siempre decía que no tenía sentido que fuera zona de suelta, en su opinión, ningún jubilado iba a llevarse a casa la única presa existente en aquellos lagos: carpas incomestibles. Era un camino agradable, bastante verde, teniendo en cuenta que estaba en Leganés. La existencia de

arroyos hacía que la vegetación creciera fuerte y densa a su alrededor.

Todo el perímetro de las ruinas era bastante diferente, había una plaga de conejos que había agujereado el endeble terraplén sobre el que daba inicio toda la construcción. Era una zona bastante seca y había sido vallada debido a incursiones nocturnas no deseadas que habían favorecido que la estructura se derrumbara aún más. Mi abuelo me había contado que una parte del edificio se había caído hacía mucho tiempo, pero que el destrozo grande fue producido porque comenzaron a venir grupos de jóvenes satánicos a hacer rituales, que un día se les fue de las manos y provocaron un incendio que hizo que la mitad del edificio se viniera abajo.

La verdad es que una parte entera del edificio se había desgajado en bloque y se sostenía de milagro, apoyado contra el resto de la estructura de la que se había separado. Toda la base del edificio estaba en una situación precaria. El techo que aún se mantenía en pie estaba negro, fruto del incendio, y las ventanas y los arcos estaban destrozadas. En el interior podían verse pintadas relacionadas con el satanismo, aunque también había simples firmas. Toda la zona se valló para evitar que pudiera haber heridos, pero según mi abuelo no era una medida muy efectiva.

Supuestamente, los satánicos venían en peregrinaje a Polvoranca porque toda la zona tenía fama de estar maldita desde hacía más de siglo y medio. Se había convertido en una zona atractiva para realizar ciertos ritos.

Recorrí ese camino varios días a lo largo de varias semanas, me encantaba, era estrecho y sinuoso, y continuaba mucho más allá de las ruinas. De hecho, uno de los itinerarios seguía el arroyo hasta desembocar en una exposición de rocas al aire libre que conectaba con la zona más concurrida. Siempre intentábamos identificar a los pájaros que veíamos por cómo volaban o por cómo cantaban, llegué a aprender mucho sobre ellos gracias a mi abuelo, durante todo el

camino su canto iba dándome pistas de qué especie nos rodeaba en cada momento. También me resultaba agradable el sonido del agua al golpear las rocas sobre la base de los puentes y las pequeñas presas que se habían construido.

Un día, como todos y cada uno de los días que íbamos, pasamos enfrente de las ruinas, mi abuelo siempre subía el terraplén y renegaba contra los conejos, que según él eran una plaga. Desde que se había vallado la zona se habían concentrado en su interior conscientes de que allí no corrían ningún peligro, multiplicando su número. Además, eran conejos enfermos, daba un poco de pena verlos.

Siempre miraba si veía a alguien dentro de las ruinas, se juró a sí mismo que algún día se cruzaría con los satánicos culpables de que las ruinas estuvieran en el estado en que se encontraban. Aunque también decía que la culpa era del ayuntamiento por tenerlo todo desatendido. Ponía el ejemplo de los millones de euros gastados en que los amigos de los sucesivos alcaldes decoraran las rotondas de la ciudad, en vez de hacer un plan de rehabilitación de las ruinas de Polvoranca. «Si hubiesen invertido en su día en la reparación jamás se hubiese llegado a la situación actual», repetía siempre con un gran enfado.

Aquel día, los últimos rayos del sol estaban desapareciendo, mi abuelo subió corriendo el terraplén y se apoyó en la valla metálica que evitaba que se pudiera entrar en las ruinas. De repente, pegó un respingo y me hizo un gesto para que me acercara en silencio.

—¿Oyes eso? –me preguntó casi susurrando y visiblemente excitado. Se escuchaba a alguien haciendo una especie de murmuración monótona, algún tipo de rezo extraño.

—Están ahí. Por fin…

—¿Los satánicos? –pregunté con interés. La verdad es que me encantaba mi abuelo, siempre podía pasar cualquier cosa, estar con

él era como una aventura continua.

—Espérame aquí un momento. No te muevas –me ordenó señalándome con la mano derecha y con gesto serio.

Saltó para agarrar la parte superior de la valla, la cual era de unos dos metros de altura, hizo un muscle up de manual y consiguió pasar al otro lado, pasando primero una pierna y luego otra por encima del límite de la valla metálica. Después, con sumo cuidado, se dejó caer al suelo.

Pude ver como avanzaba despacio, en sigilo y agachado. No lo pensé, trepé con mucha dificultad la valla, apoyándome como pude en los agujeros de la misma, y conseguí llegar hasta arriba. La bajada fue complicada, me descolgué por el otro lado, pero al tirarme caí mal y casi me di de bruces contra el suelo. Me levanté dolorido y sacudiéndome el polvo. Seguí a mi abuelo en dirección al ruido que llegaba del interior de la iglesia, si es que aún se le podía seguir llamando así a aquel edificio ruinoso.

Cuando llegué, mi abuelo ya estaba enzarzado con tres personajes alrededor de una hoguera, iban vestidos de negro, eran delgados en extremo y me recordaban por la forma de vestir a la película Matrix. Me quedé observando desde la oscuridad.

—¿¡Qué cojones estáis haciendo aquí, niñatos!? –preguntó gritando mi abuelo a uno de ellos mientras lo sujetaba por la pechera y lo zarandeaba.

El sujeto en cuestión estaba blanco, los otros dos solo miraban con la cara ida, parecía que estaban en algún tipo de trance.

—¡Putos drogadictos, niños de papá! –le espetó a la cara al satánico que tenía agarrado, le soltó con la mano derecha y le propinó un sonoro bofetón que no hizo que se cayera al suelo porque lo mantenía agarrado con fuerza con la otra mano. Lo volvió a

enganchar con las dos manos y lo arrojó al suelo, haciendo que rodase por encima de la hoguera.

Me asusté al ver que pasaba sobre el fuego, pero según se levantó se sacudió la ropa y pude observar que no le había pasado nada. Su hoguera apenas eran unos rescoldos rojizos, debió de pasar por encima demasiado rápido para que le sucediera nada. Los otros dos tenían la mirada ida, pero debieron de captar el mensaje. Se levantaron con lentitud y torpeza dispuestos a alejarse de mi abuelo.

—Vamos, pandilla de degenerados, os acompaño fuera del recinto. Como os vuelva a ver por aquí esto no se va a quedar en unas palabras y alguna caricia. –Mientras hablaba e iba hacia la valla les iba dando collejas y puntapiés.

Los dirigió hacia las vallas en otra dirección a la que supuestamente estaba yo, por lo que para evitar comerme una bronca épica decidí volver a donde me había dejado. Subí de nuevo la valla con gran dificultad y esperé a que volviera. Pasados unos minutos vi que aparecía al trote con una sonrisa en el rostro. Subió de la misma forma que antes la valla, pasó de lado y me dio una palmada en la espalda indicando que le siguiera.

—¿Te has divertido? –me preguntó mientras bajábamos el terraplén.

—¿Yo? Si no he visto… –Mi abuelo ya había llegado abajo y me miraba serio levantando las cejas. Al ver su cara paré en seco de hablar. Mi abuelo se rio.

—He visto tu ropa llena de polvo, sé que me has seguido. Había que dar un escarmiento a esos tipos raros. Se les han quitado las ganas de estar haciendo el tonto por una temporada.

—Sí, desde luego –reí. Esos tíos no iban a volver a Polvoranca en mucho tiempo.

Por el camino de vuelta mi abuelo fue contándome, por vigésima vez, todo el daño que esa gente había provocado a la estructura de la iglesia. Me pidió encarecidamente que no se lo contara a mi padre. No lo hubiera hecho de ninguna manera, no quería que intentara evitar de nuevo que pasara más tiempo con mi abuelo.

* * *

Pasaron meses y no volvimos a saber nada de nuevas apariciones de satánicos en Polvoranca, por lo visto se había corrido la voz de que un tío loco estaba acechando siempre por la zona y que era mejor no estar por allí. A veces mi abuelo me llevaba a montar en bicicleta por Polvoranca, después de hacer nuestro camino habitual de patrullaje de la Iglesia de San Pedro, íbamos hasta el lago principal, era otra de las misiones locas de mi abuelo.

Mi madre me contó que un día se encontraron a Andoni Muytriste, según mi abuelo un personaje siniestro y sin valor ninguno que se dedicaba a hacer de servil en grandes medios de comunicación. Siempre decía que era el mayor mamporrero que había conocido nunca, un títere al servicio del Gobierno. Había visto a ese señor en televisión, a mí me parecía una persona con cara de pan, envejecido en exceso para la edad que tenía y que no sabía muy bien de qué hablaba. Mi abuelo siempre se reía de él por decir que era un experto en fascismo y confundir a Ramiro Ledesma, fundador de las JONS, con Rafael Ledesma, un futbolista brasileño.

Siempre que íbamos en bicicleta pasábamos por el lago y los caminos principales. Según mi madre, la última vez que vio a Muytriste le dio un par de collejas y montó un espectáculo, desde entonces siempre que pasaba por la zona iba mirando por todos

lados por si se le volvía a encontrar. No había vuelto a tener suerte. Tras escudriñar toda la zona decidió que ya era hora de que fuéramos a merendar junto al lago, lo cual hacían centenares de familias todos los días.

Era mi momento favorito de nuestras caminatas y aventuras por allí, mi abuelo siempre se portaba bien y traía buena comida. El mejor jamón serrano y los mejores encurtidos que he probado en mi vida siempre los he comido junto al lago de Polvoranca.

Desde que encontramos a los satánicos volvimos a la normalidad, de nuevo íbamos más temprano a Polvoranca. Ese día el sol brillaba con fuerza, aunque en septiembre ya empezaba a refrescar, por lo que buscamos un sitio cómodo para sentarnos en la explanada junto al lago. A nuestro alrededor había familias con sus hijos y sus perros, y alguna que otra pareja de veinteañeros que venían a liarse al césped.

Cuando llevábamos unos quince minutos sentados comenzó a sonar música: eran canciones de trap. A nuestra espalda había llegado un grupo de cinco chicos que no tendrían ni veinte años con gafas de sol, cadenas al cuello y ropa ancha. Tenían pinta de ser sudamericanos, por lo menos cuatro de los cinco. La música estaba demasiado alta y, además, tenían una actitud chulesca y matona que no pasó desapercibida a mi abuelo. Comenzó a mirarlos con curiosidad. Un hombre se acercó y les dijo que si podían bajar la música, se rieron de él y la subieron aún más. Estaban riéndose todavía cuando la sombra de mi abuelo les tapó el sol.

—Os han pedido cortésmente que bajéis la música. Tanto ese hombre –señaló a la persona en cuestión–, como yo, tenemos el mismo derecho a estar aquí tranquilos, igual que vosotros.

Dos de los chicos se levantaron, mi abuelo fijó su mirada en uno de ellos y se acercó hasta estar cara a cara, tenía la nariz arrugada y tensión en las manos. Era mucho más corpulento que el chico que

tenía enfrente, debía de pesar cerca del doble y le sacaba más de una cabeza y media.

—Yo que tú tendría mucho cuidado con tu próximo movimiento, chavalín –le soltó mi abuelo con voz grave, lenta y firme. Aguantó la mirada unos segundos antes de que el chico se echara hacia atrás medio tembloroso.

El otro chico soltó, avanzando sin previo aviso, un puñetazo desde justo detrás de donde se encontraba su amigo, fue un golpe recto, ante el cual no me dio tiempo ni a levantarme ni a reaccionar de ninguna forma. Antes de que lograse ni pestañear, mi abuelo esquivó el golpe inclinándose hacia la izquierda, solo para golpear de vuelta un fuerte gancho a las costillas y un fuerte crochet de derecha a la cabeza del chaval: cayó redondo. Sus amigos se levantaron, pero solo para retroceder antes los pasos que daba mi abuelo hacia ellos.

—Recoged a vuestro amigo y fuera de aquí, niñatos malcriados –ordenó mi abuelo tajante señalándolos. Los cuatro se lo pensaron un segundo y, tras observar que mi abuelo no bromeaba y sus escasas probabilidades de éxito contra él, obedecieron. Ayudaron a levantarse a su amigo y se fueron en dirección al aparcamiento. La gente de alrededor aplaudió y alabó a mi abuelo, este sonrió y se sentó a mi lado a ver cómo se iban los traperos.

De vuelta

Los días de frío me dolía la rodilla, me daba una especie de pinchacito continuo al andar, por lo menos hasta que entraba en calor. Tuve una rotura fea de ligamentos en 2016, que además tardó más de lo normal en recuperarse. Entre eso, las responsabilidades familiares y el poco apoyo que tuve de Ramón me vi catapultada a la depresión y a no volver más al gimnasio, al equipo de competición de mi padre, me refiero. Al gym a hacer pesas y cardio no dejé de ir nunca, salvo en el periodo de recuperación, aunque sí dejé de ir la de mi padre. Me apunté a otro gimnasio de barrio de Leganés para no sentir nostalgia. Si veía a la gente de siempre me ponía mal, la ansiedad se me disparaba, tras ella llegaba una tristeza que me duraba varios días.

Fui campeona de España de peso ligero de la WBC en 2015, fue lo más grande que conseguí, antes de retirarme me hubiera gustado hacer alguna pelea más, pero me vi incapaz de volver, ni siquiera a entrenar. Hacía unas semanas vi a mi hijo preparar su mochila para ir a boxeo al club que llevaba nuestro apellido: el club García. Le observé desde la puerta, vi cómo enrollaba las vendas de forma metódica, cómo preparó con agua hirviente su bucal y se lo probaba frente al espejo de su habitación, y también cómo metió unos guantes negros de 14 onzas que, supuse, le compró mi padre. Me tuve que ir, me metí al baño a llorar. No pude evitarlo, tantos recuerdos en mi mente, tantas tardes entrenando, tantas noches subiendo al ring a por la gloria o la ruina, pero a darlo todo.

La discusión con Ramón para dejarle apuntarse al club fue de órdago, para él era un deporte de bestias analfabetas, yo lo veía como un noble arte y algo que te disciplinaba y daba un sentido más a tu vida. El boxeo me había dado tanto… Al final conseguí que su

padre cediera, aunque fuera de mala gana. Mi hijo se merecía entrenar lo que quisiera y le hiciera ilusión. ¿Quién era Ramón para prohibirle esa bonita experiencia?

Iba con las manos en los bolsillos, cargando con una pesada mochila a mi espalda, la Avenida de la Mancha estaba más concurrida de lo normal. Llevaba tiempo dándole vueltas a lo mismo varios días, me pasaba el día rumiando pensamientos, y no precisamente buenos. Según avanzaba me estaba poniendo peor, hasta el punto que tuve que parar y tratar de tranquilizarme intentando desacelerar mi respiración. Me senté un momento en un banco, me tapé la cara con las manos y bajé mi cabeza hacia mis rodillas. Tras un par de balanceos y expiraciones ahogadas volví a armarme de valor. Me levanté de golpe, con brusca rapidez y sin mirar atrás continué con paso firme hacia mi destino.

Miré el cartel ajado que se caía a cachos, lleno de polvo y que se mantenía a duras penas sobre la puerta: «Club de boxeo García», ponía en letras descoloridas. Tragué saliva y entré con determinación.

—Coño, Sara. ¿Cómo estás? Hace mucho que no te veía –me saludó sorprendido Antonio, el hombre que ayudaba a mi padre en la recepción y con los entrenos desde hacía muchos años. Le conocía desde que era una niña pequeña, de antes de empezar a hacer boxeo.

—Antonio, te quiero pedir un favor muy grande –le puse una mano sobre su antebrazo y apreté con fuerza para demostrar que era algo importante.

—Lo que quieras, Sara. Somos familia.

—Voy a venir todos los días a entrenar a las siete de la mañana cuando abras…

—Pero a esa hora no hay gente, las clases, bueno, tu padre, tendrías… –me interrumpió hablando nervioso solo para que le volviera a interrumpir yo.

—No, Antonio. No quiero que mi padre se entere. Voy a entrenar sola, y voy a venir a esta hora porque sé que estás siempre solo.

—Bueno, a veces viene alguna señora a entrenar a la sala.

–Miró de reojo hacia la sala de pesas.

—Necesito que me des tu palabra de que no le vas a decir nada, en caso contrario tomaré la puerta y no volveré.

El pobre Antonio era una gran persona, todo bondad. Me conocía desde que tenía tres años. Me vio crecer y yo a él envejecer, tenía la edad de mi padre, el pelo cano y se mantenía robusto. Tenía un gesto de preocupación, no le hacía ninguna gracia no contárselo a mi padre, pero si me daba su palabra la cumpliría: era un hombre honorable. Tamborileaba con sus manos gruesas en el mostrador y mirándome con cara de haberse metido en una encerrona sin posibilidad de una salida airosa. Suspiró y me miró con resignación.

—No me hace gracia la situación. Tu padre se va a volver loco cuando se entere y vea que no le he dicho nada –contestó de forma acelerada y atropellada–. Le haría mucha ilusión saberlo, Sara. Siempre ha querido que volvieras a entrenar, bueno, y a pelear también.

—Para mí es muy difícil, Antonio. Necesito mi espacio y que me dejen tranquila. Podría irme a otro sitio, pero necesito hacerlo aquí, donde empecé, donde crecí y viví mis mejores momentos, ahora necesito que este lugar me ayude a superar los peores.

Mi voz era entrecortada, triste y melancólica, pude ver cómo la obstinación de Antonio por hablar con mi padre desaparecía por momentos. Llevaba más de ocho años sin verle, pero me quería de

verdad, y se notaba. Su rostro se arrugó, apretó la boca y dio un fuerte golpe con la palma en el mostrador que por poco no lo partió por la mitad.

—Ya está, te voy a echar una mano, haré lo que sea por ayudarte. Tienes razón, tú dale duro. El día que se entere tu padre se enfadará, pero la alegría de verte en pie de nuevo hará que se le pase. –Hizo una breve pausa y pude ver esa mirada que tenían estos hombres de la generación de mi padre, esa firmeza y esa entereza que en nuestra sociedad era algo en extinción–. Estoy dispuesto a discutir con él, no me gana a tesón ni a cabezón. Si más adelante quieres que te ponga las manoplas me avisas. Esta es tu casa, ya sabes dónde está todo. Te voy a ayudar en tu proceso. Dale fuerte.

Le di un fuerte abrazo y se me escapó alguna lágrima. Había apartado a gente como Antonio de mi vida por mis frustraciones y complejos, por el miedo a ser juzgada. Pero eso se acababa en aquel instante. Fui a cambiarme y fui directa al ring que coronaba toda la sala destinada al boxeo. Había vuelto al templo.

Las botas de boxeo aún me valían, aunque tendría que comprarme unas nuevas más adelante. Llevaba mi calzón de cuando competía con mi apellido bordado en la parte de atrás y un top ajustado para ir cómoda. Me puse las vendas y comencé a hacer sombra. Por suerte a esas horas no había nadie, así que no tenía que preocuparme de que nadie juzgara la mala forma en la que estaba. Antonio se acercó al ring y me puso el reloj en marcha en asaltos de tres minutos con uno de descanso. Le di las gracias y me puse al lío.

Me veía lenta, aunque me dejó de doler la rodilla cuando calenté y me di linimento. El olor me golpeó más que plantarme ante el cartel de la puerta. Una oleada de recuerdos vino a mi mente, el olor a linimento, sudor y sangre era un olor muy característico que me recordaba a las grandes noches en las que fui el centro de atención, subida en el ring en una batalla, rodeada de un público que jaleaba cada golpe. Sacudí la cabeza y me concentré en lo que estaba

haciendo. Tras dos asaltos de sombra estaba que echaba el bofe. «Dios, qué mal estoy», pensé. Pero tenía la determinación de seguir.

Me puse los guantes e hice ocho asaltos de saco, si a arrastrarme y golpear poco y mal los sacos se le puede llamar así. Tenía ganas de vomitar, tras sonar el reloj me dejé caer al suelo y me quedé tumbada con brazos y piernas estirados boqueando por sobrevivir. Era solo el primer día, lo más difícil ya estaba hecho. Corrí a ducharme para irme rápido y evitar coincidir con alguien conocido y que se chivara a mi padre. Me despedí efusivamente de Antonio y me fui al trabajo. Al día siguiente volvería, la tontería se había acabo ya.

* * *

Me acerqué y solté una combinación de varios ganchos mientras intentaba cubrirme antes de que Juan contratacara, conseguí retroceder con rapidez antes de que me golpeara. Era un combate desigual, mi adversario era más grande y pesado que yo. Solo valía golpear al cuerpo y cada golpe de él lo sentía como un mazazo, me cubría como podía, pero pegaba su cuerpo al mío y soltaba andanas de varios golpes con gran potencia. Yo golpeaba y me movía, era el juego del ratón y el gato. Para mi fortuna, sonó el reloj cuando ya me estaba arrinconando y comenzaban a fallarme las fuerzas.

Me hubiera gustado sentarme o apoyarme en la pared, pero la última vez que lo hice me llevé una colleja y tuve que hacer veinte burpees, así que no era cuestión de arriesgarse. Toda la zona de boxeo era como una sauna, nos salía humo de la cabeza y los espejos estaban todos empañados. Tras un minuto de descanso intentando recuperar una respiración tranquila volvió a sonar el reloj.

—¡Tiempo! Solo jabs y directos de izquierda –gritó mi abuelo desde la base del ring. A veces a mi abuelo le daba por que en vez de hacer sparring normal hiciéramos asaltos usando solo determinados golpes o pegando solo a determinadas zonas, luego iba sumando lo que podías hacer hasta que hacías un asalto con todo.

Aquí tenía ventaja, era más rápido y más técnico. Había mejorado mucho esos meses. No había faltado ni un día de lunes a sábado desde que empecé. De hecho, había días que doblaba clase. Juan era aún más largo que yo, pero no tenía problema en esquivar sus jabs y entrar con fuerza. Ahora era él el que retrocedía y se iba ahogando. Me tiró un directo, esquivé y le golpeé en la boca del estómago. Se dio la vuelta y tuvo que agacharse con las manos en la tripa. Desde hacía un par de semanas ya no era el único que tenía que parar de vez en cuando. Antes de que pudiera recuperarse sonó de nuevo el reloj.

—¡Todo el mundo con casco! Vamos con todo. –Mi abuelo me miró y señalándome me dijo–: Cambiad de pareja todos. Hacemos dos asaltos. –Por supuesto, yo no me lo puse, era un García. Nosotros no nos poníamos casco.

Cuando estaba en el segundo asalto Antonio se acercó a la zona de boxeo, mi abuelo y él se conocían de toda la vida. Desde que se enfrentaron en el ring hacía por lo menos cuarenta años. Acabaron entrenando juntos y haciéndose amigos. Cuando a Antonio le echaron de su trabajo mi abuelo lo contrató en su gimnasio. Estaba en recepción, controlaba la sala de pesas, aconsejaba a todo el mundo y daba algunas clases de boxeo.

—Pega mejor que tú, Pepe. De aquí a nada te pega una paliza y te quita el puesto. Ja, ja, ja –rio dándole un manotazo en la espalda. Sonó el reloj dando por terminado el asalto.

—Bueno, mientras yo no pegue peor que tú me conformo, fósil cretácico.

—Pero si tú eres más viejo que yo. Además, yo seré un dinosaurio, pero soy el puto tiranosaurio rex. Tú eres más un triceratops, eres como una vaca vieja, hubieras sido mi comida en la prehistoria.

—¿Quieres ponerte los guantes y lo comprobamos, fofinosaurio rex? –respondió mi abuelo descojonándose.

—¿No decías que tenías que irte a hacer papeleos? –preguntó Antonio tirándole un guante sudado al estómago.

—Ah, coño. Es verdad, qué cabeza tengo. –Se golpeó con la palma derecha la frente.

—Que quede constancia ante tu nieto y el resto del gimnasio que te estás escaqueando –dijo sacando bíceps con ambos brazos.

Ambos rieron ante la mirada de toda la clase. Las peleas que tenían esos dos eran muy divertidas, no había visto a nadie nunca meterse así con mi abuelo.

—Mañana nos zurramos si quieres, hoy te has librado. Hace mucho que no nos echamos unos guantes.

—Dos semanas –se encogió de hombros.

—Eso es una eternidad teniendo en cuenta las ganas que te tengo y lo insoportable que eres, molusco. –Dio un par de palmadas girándose y nos gritó–: ¡Os quedáis con Antonio haciendo el físico! A ver si trabaja un poco, que lo hace menos que los políticos.

En seguida estábamos inmersos en un infierno de flexiones, sentadillas, saltos y escaladores. El físico con Antonio era mucho más duro y largo que el que hacíamos con mi abuelo. Al día siguiente tendríamos agujetas.

* * *

Izquierda, derecha, crochet de izquierda; esquivo ante recto derecha hacia delante, gancho al cuerpo, repito crochet con la izquierda arriba y directo de derecha; paso golpe circular con su derecha, respondo con gancho derecho, crochet de izquierda y derecha recta. Retrocedo y recupero posición. Sonó el viejo reloj con su estridente llamada al descanso. No hubo tal.

—Cincuenta rectos, Sara. –Antonio puso las dos desgastadas manoplas enfrentadas a mí–. ¡Vamos!

El sonido de las manoplas al chocar con mis guantes volvía a recordar al de antaño, volvía a recuperar la explosividad y la potencia. Poco a poco, llevaba solo tres meses de vuelta al boxeo, pero se veían visos de otra Sara muy distinta que pugnaba por regresar.

Me lancé como una fiera con hambre a darlo todo, al límite. Cuando terminé me senté en el suelo cabizbaja intentando recuperar el aliento, creando un charco de sudor a mi alrededor. Antonio me dio un golpecito con una manopla en la cabeza.

—Vas bien, Sara. Ya pareces otra –me dijo.

Su cara reflejaba ilusión, ternura y melancolía, aunque cada día más de las dos primeras y menos de la tercera. Siempre me había querido mucho y estaba orgulloso de mi cambio, no podía saber lo agradecida que le estaba por todo su apoyo y cariño. Sin él todo hubiera sido más cuesta arriba.

—Estás a punto de conseguir de nuevo una forma aceptable –añadió.

—Tu físico infernal, los cinco asaltos de manoplas y los ocho de sacos diarios creo que han tenido mucho que ver con ello –respondí sonriendo empapada en sudor con los brazos apoyados hacia atrás.

—Y te obligo a correr –contestó medio girándose sin detenerse en su camino hacia recepción–. Dale a los sacos, tienes muchos asaltos por delante.

Me levanté, pues el minuto de descanso estaba a punto de acabarse y me dispuse delante de un saco negro, largo y pesado para comenzar a golpear. Antonio me dejaba hacer un asalto de saco libre y después me hacía ejercicios que empezaban de forma simple y luego se iban armando y complicando por tiempo. Siempre acababa ahogada y al límite, cada día me veía mejor. Cuando sonó por última vez el reloj estaba pegando solo jabs y directos de izquierda a un saco redondo de agua. Me apoyé en mis rodillas para recuperar el resuello.

—Señorita, nos queda el físico –dijo Antonio.

Resoplé como única respuesta.

—Vamos, sin excusas –añadió.

Ese día tocó carrera por fuera del gimnasio, subir escaleras corriendo, los burpees marca de la casa, pesas rusas, sentadillas con pelota medicinal y abdominales. Cuando terminé me eché una botella de agua por la cabeza.

—Bien, bien. Te voy a buscar una compañera de sparring, no puedes estar sin pegarte. Ya llevas mucho tiempo entrenando. –Intenté decir que aún no quería, pero no me dio opción–. Ya he buscado a una chica, no conoce a tu padre, así que no va a decir nada. De todas formas, no queda mucho para que se lo tengas que decir o lo descubrirá.

Torcí el gesto y me dio un poco de ansiedad pensar en lo que me diría mi padre. La mano de Antonio sobre mi hombro me sacó del ensimismamiento.

—Es una cosa que vas a tener que hacer, y en cuanto te sueltes con el sparring ya vas a estar presentable. Tu padre, aunque sea un pesado y te vaya a sacar pegas de como estás y del nivel que tengas, va a estar como una niña de quince años con zapatos nuevos. Tenlo en cuenta, para él es como cumplir un sueño, aunque sea un refunfuñón.

La señora Puri pasó por delante nuestra y saludó con una sonrisa y levantando una mano a Antonio. Era una señora adorable con el pelo blanco que venía a estirar y montar en bicicleta estática por las mañanas a primera hora.

—Creo que le gustas, Antonio –le dije levantándome.

—Pero si tiene más de setenta años –respondió dando un respingo mientras miraba como se alejaba Puri.

—Una cosa no quita la otra –reí mientras le daba una palmada en la espalda.

—Las mujeres estáis locas –renegó con la cabeza–. Lo que me faltaba.

—Pero no podéis vivir sin nosotras –contesté empezando a quitarme las vendas. Me las dejaba puestas para el físico.

—Eso es verdad, pero más jóvenes –respondió abriendo las manos y encogiéndose de hombros.

—Eres el terror del

imserso

, Antonio. Ten cuidado que me tengo que ir y te quedas solo.

—Serás… –dijo mientras se marchaba para recepción riéndose.

Me apresuré a recoger mis cosas, me duché rápido y salí pitando de allí, no quería que nadie más que la Puri y sus amigas me vieran allí. El bueno de Antonio se las tenía ganadas y les pidió por favor que no dijeran nada. Me encantaba que ese grupillo de ancianas tuvieran tanta complicidad con nosotros.

El club

El

frío empezaba a apretar en Leganés a partir de noviembre, me puse una chaqueta vaquera de borrego y un palestino. Ese día quería gustar, lo necesitaba. Me había dejado físicamente en los últimos años, pero había cultivado lo mejor de mí, mi mente. Llegaba algo tarde al club del libro y debate en el que participaba desde hacía años. Aunque tampoco importaba mucho, a los miembros del grupo no nos caracterizaba en especial la puntualidad.

Avanzaba por la calle Getafe desde Plaza de España hacia La Libre de Leganés. Uno de los pocos espacios, mi librería era otro, donde se podían realizar este tipo de actividades. Éramos dos librerías asociadas, reuníamos el club cada dos semanas, una en La Libre y otra en mi local. Ese día íbamos a hablar sobre Neorrancios, un libro que varios autores decidieron escribir para confrontar con la nostalgia por lo antiguo que había impulsado Feria, de Ana Iris Simón.

Llegué a la puerta y no había nadie, debían de haber entrado ya. La fachada de la librería estaba como siempre, con pegatinas de sindicatos y partidos de izquierdas alrededor; en el escaparate tenían una bandera tricolor, carteles de la República y varios libros de la Guerra Civil. Sonreí y entré al local.

Encontré la sala principal con una mesa alargada y sillas alrededor. Resulta que fui el primero en llegar. Nicolás, el dueño de la librería se acercó a saludarme y nos tomamos una cerveza en lo que llegaban los demás. Cuando habían pasado veinte minutos llegó Susi

y, tras ella, el resto. Cuando quisimos sentarnos y empezar llevábamos unas cuantas cervezas encima.

Me quedaba embobado mirando a Susi, desconecté de lo que estaba contando Nicolás sobre el libro. Estaba tan atractiva, tenía un perfil precioso, estaba girada, concentrando su atención en quien hablaba y repiqueteando con sus deditos sobre el libro que tenía encima de la mesa. Estaba justo enfrente de mí y no podía dejar de mirarla. Cuando me sorprendía observándola, lejos de sonrojarse o incomodarse, me sonreía y seguía mirando a quien estuviera hablando en ese momento. Salí de mi ensimismamiento y volví a conectar con lo que estaba diciendo en ese momento Nicolás.

—Como dice el compañero –señaló hacia Rubén, un señor entrañable de pelo cano que estaba en el club desde los inicios de Podemos–. Está claro que un libro que intenta imponer la familia tradicional fomenta la opresión hacia las personas con orientaciones sexuales no cis, aparte de que ataca frontalmente la diversidad de familias y a la propia mujer. Me parece algo muy reaccionario, sin duda de ningún tipo –continuó mesándose su larga barba blanca.

—¿¡Reaccionario!? –saltó Susi inclinándose hacia delante y lanzando una mirada general a todos los presentes–. No, no solo reaccionario. Es fascista. Apuntar a las mujeres que no queremos tener hijos como malas mujeres para que se nos señale es un crimen. Traer hijos a este mundo horrible es una irresponsabilidad hacia la que las personas con conciencia no podemos dejarnos arrastrar.

Me parecía tan atractiva cuando empezaba a hablar de política, era tan inteligente y tan buena oradora. Era la persona que más me removía por dentro, además, era tan joven, tan prometedora…

Un bufido llegó desde nuestra izquierda, una señora mayor, bajita y con un abrigo viejo y gastado ocre renegaba con la cabeza mirándonos con cara de pocos amigos con un libro en las manos.

—Hombre, Aurelia, ¿ya has decidido el libro que te vas a llevar? –preguntó Nicolás levantándose y yendo hacia ella.

—Sí, es el nuevo libro de Eslava Galán. –Enseñó la portada del libro: La Revolución francesa para escépticos.

—¿Eslava Galán? –preguntó Susi frunciendo el ceño.

—Sí, es un gran escritor, deberías leerlo –respondió la señora sonriendo sardónicamente–. ¿Tienes algún problema con él, chiquilla?

—No, ¿y usted conmigo para llamarme chiquilla? –Saltó Susi mirando de forma fija a la señora, conteniéndose.

—Tengo 82 años, querida. Tú no creo que llegues a los 25. Además, escuchándote está claro que eres una chiquilla. –La señora contestaba con una voz pausada, pero sus palabras estaban afiladas como cuchillos.

—¿Ah, sí? –preguntó Susi apoyando ambas manos en la mesa y comenzando a levantarse.

—Sí. Pensar que la maternidad es algo ajeno a la mujer es haber perdido el norte. Espero que cuando cumplas más años se te pase la tontería. En ese libro que tienes ahí –señaló el libro de Feria de Susi–, no dice nada de obligar a nadie a nada. Estás siendo infantil y ridícula. Y que el resto de aquí presentes no te digan nada dice mucho y muy malo sobre ellos.

—Tengamos la fiesta en paz, por favor –intentó apaciguar Nicolás poniéndose en medio.

—Señora, usted pertenece a otra época, gracias a la lucha las mujeres –se señaló el pecho–, hemos conseguido avances, váyase con sus vivencias a otra parte, aquí sigue habiendo gente dispuesta

a luchar por un mundo mejor. –Susi se puso de pie mientras hablaba y terminó con un gesto de desdén con la cabeza.

—¿Lucha? –preguntó la señora extrañada, haciéndose la loca–. ¿Qué habéis luchado vosotros?

—¿Y usted, señora? –pregunté riéndome y recibiendo el apoyo de todos los presentes menos de Nicolás.

La señora lejos de acobardarse apartó a Nicolás y se acercó a mí para hablarme.

—Estuve en el PCE desde el año 58, pasé por la cárcel franquista, viví en la URSS y volví a España para intentar agriar la vejez del dictador. En los setenta me detuvieron y me torturaron, y lejos de dejar de hacer cosas continué militando en otros sitios, pues me di cuenta de que el PCE estaba putrefacto. He dedicado mi vida a la lucha. Ahora te pregunto, ¿qué has luchado tú? ¿Qué has sufrido tú por la lucha? –me preguntó dándome toquecitos en el hombro.

Me quedé callado y avergonzado ante la atenta mirada de todo el mundo. No sabía qué contestar. Las risas se apagaron, todos se miraban unos a otros sin saber reaccionar. Me daba mucha rabia haber intentado quedar bien con Susi y haberme convertido en un hazmerreír. Fui exclusivamente para verla y ahora iba a quedar como un memo.

—Eso pensaba –insistió la anciana–. Todos vosotros vivís de hablar de lo que hicieron otros. Me voy, no aguanto a la gente así.

Todos nos quedamos callados intentando no mirar a la anciana. Sin mediar palabra se acercó al mostrador con Nicolás, le pagó el libro y salió por la puerta. No sin antes clavarnos una última mirada de odio.

Nicolás nos explicó que la señora era una veterana en la lucha y que venía de vez en cuando a la librería, pero que con las cosas sociales

era una mujer de otra época y que era bastante conservadora, aunque buena gente. Retomamos el coloquio donde lo habíamos dejado, seguimos durante cerca de una hora. No volví a hablar, estaba preocupado por mi imagen.

—Bueno, amigos y amigas. Creo que hemos tenido un día fructífero –dijo Nicolás levantándose–. Así que podemos dar esto por terminado y pasar a las cervezas, al postcoloquio que tanto nos gusta.

Nos levantamos todos, ayudamos a recoger y nos fuimos a un bar que había en la calle Getafe.

El bar estaba vacío, no había un alma, por lo que pudimos avanzar por el pasillo junto a la barra y ponernos al final de forma cómoda en la parte de la sala más amplia. De los siete que estuvimos en la librería solo fuimos cuatro al bar. Sonaba Estopa en la radio, era un antro sucio de los que te quedas pegado y había múltiples servilletas y restos de comida por el suelo. Vamos, un bar de los que se limpian una vez al día y dando gracias.

Estuve listo para sentarme junto a Susi; Nicolás y Rubén se sentaron enfrente, la mesa tenía restos de lo que parecía haber sido una tortilla de patatas. Pedimos cuatro tercios de Mahou. Yo prefería Estrella, pero no tenían.

—Esa vieja asquerosa me ha enfadado mucho –dijo Susi con un tono osco y mirando al suelo con rabia.

—Me lo vas a decir a mí, que poco más y era la Pasionaria –reí para rebajar la tensión–. Menudo rapapolvo me ha dado.

—Me da igual lo que haya vivido, si ahora no está en posiciones de progreso es una facha de mierda –golpeó con las manos en su propia rodilla–. Además, no te ha dado ningún rapapolvo, solo has sido educado. ¿O me vas a decir que si no fuera una mujer mayor no le hubieras contestado?

—Sí –atiné a decir–, si no fuera porque era mayor lo hubiera hecho –dije para quedar bien, no sabía qué le podría haber dicho a una mujer que había vivido esas cosas. Yo no había tenido un problema en mi vida por política.

—Pues eso. –Bebió de su tercio y lo dejó con fuerza en la mesa.

—Es nueva clienta, compra muchos libros, pero se ha convertido en una facha de cuidado. A saber a quién vota –intervino Nicolás.

—Vox o Frente Obrero –terció Rubén–, sin duda.

—Pues que le den –respondió Susi–. Brindemos por los que siguen luchando. –Levantó el tercio y todos la acompañamos.

Tomamos un par de rondas y Susi nos dijo que tenía que marcharse por algo de su padre. En cuanto se fue pagué mis consumiciones, me despedí y me marché a casa. No tenía ningún interés en quedarme si no estaba ella allí.

* * *

Tenía mínimo entre quince y veinte minutos para llegar a casa desde donde estaba. Me puse los cascos y puse una lista de música clásica, me encantaba Pachelbel, así que la primera canción que sonó fue Canon en Re mayor. Este tipo de música me ayudaba a pensar, desde hacía bastante tiempo Susi venía de forma recurrente a mi mente. Había venido para quedarse, siempre que llegaba me olvidaba de mis problemas, en especial de mi familia y de Sara, mi mujer. Sacudí la cabeza al recordar su nombre e intenté centrarme en la música y pensar en otra cosa: funcionó.

Iba a ritmo rápido por la calle Antonio Machado, giré en calle Mediodía y de ahí a calle Butarque. No pude evitar que varias personas que conocía de la librería me pararan para saludarme. Tuve que quitarme los cascos y debí de perder unos cuatro minutos por cada uno. La gente no se conformaba con saludar, querían hablar un rato. Al ser importante para mi trabajo debía ser amable, aunque lo que me saliera de dentro fuera ignorarles y seguir con mi camino.

Crucé la Avenida de la Universidad y entré al campus para atravesarlo y atajar parte del camino. En uno de los bancos de la zona más ajardinada pude ver que estaba mi hijo David con una chica de su edad, una rubita. Se estaban besando y, aunque estaba seguro de que me había visto, no cesó en lo que estaba haciendo. Sara una vez le pilló con una chica cuando volvió antes de tiempo a casa del trabajo, por la descripción que me dio debía ser la misma chica.

No hice nada por demostrar que los había visto. De hecho, me alejé lo que más pude y me hice el tonto, pasando todo a la derecha de ellos que pude. Era un padre moderno, me daba igual, no era el hecho, sino la pereza que me producía mi hijo. Cada día quería saber menos de él. Solo era un foco de problemas que me amargaba la existencia y lo que yo quisiera hacer.

Una vez salí del campus me fui directo a casa, callejeé por el barrio de Batallas hasta la propia Plaza de Navarrevisca. En la plaza frente a mi casa estaban los chicos marroquíes de siempre, con sus patinetes aparcados a la derecha del banco en el que se encontraban. Los saludé y me ignoraron. El racismo que posiblemente sufrían los hacía ser previsores.

Entré en casa y vi a mi mujer en el salón, me quité los cascos y dirigiéndome a mi habitación me preguntó:

—¿Todo bien, Ramón? ¿Lo has pasado bien con los de La Libre? –preguntó girándose hacia mí.

—Sí, todo genial. Me voy a la cama que estoy reventado –contesté de forma acelerada mientras no me detenía en mi marcha al dormitorio–. Que descanses, Sara.

Cuando fui a cerrar la puerta pude observar que seguía mirándome con una cara que era una mezcla entre pena y asco. No me importó, cerré la puerta rápido por si me decía algo y me metí en la cama. No me apetecía escuchar sus monsergas. Quería estar tranquilo. Total, al final el día no había salido tan mal como creía cuando nos marchamos de la librería. No había quedado como un tonto con Susi. Me dormí con una sonrisa en la cara, entre sueños dulces, disfrutando de mis recuerdos y fantasías con ella.

Dime con quién andas…

—M

ira

a esos frikis, Alba –señaló mi amiga Claudia. Dos chicos en pantalones cortos, hacía un frío demencial, pasaron corriendo delante del banco de madera ajada en el que estábamos.

—Ya pueden correr si no quieren morir de frío –respondí. Hacía un par de años que no entrenaba. Mi amiga me pasó el peta y le di una buena calada mirando hacia el horizonte, las vistas no estaban mal en el Parque de Los Frailes, había muchos pinos y otros árboles cuyos nombres desconocía. El suelo era muy verde para ser Leganés y las fuentes eran bonitas. Estábamos cerca de las pistas de frontón.

—Yo no corro ni de la policía, ja, ja, ja. –Bebió un sorbo de la litrona que también estábamos compartiendo.

—Antiguamente salía a correr con mi madre, ella sigue saliendo. –Le di otra calada al canuto.

—Qué loca estabas, tu madre ya ni te cuento. ¿Cuántos años tiene?

—Treinta y ocho acaba de cumplir. Sigue en forma.

—No tiene edad ya para estas cosas –sentenció mientras se pasaba la mano por su melena corta a dos colores, la mitad rosa y la mitad gris.

—No sé qué decirte, el cromañón de mi abuelo tiene sesenta y sigue entrenando como un animal. Siempre me enseñaron que entrenar es

una cosa que hay que hacer toda la vida.

—¿Y por qué has dejado de entrenar entonces?

Bebí de la litrona con la mirada ida, sin fijarla en nada concreto. Pensé unos segundos y contesté.

—Supongo que pasaba de mi familia y sus tonterías, yo voy a lo mío.

Me quedé pensativa, dando caladas al canuto, expulsando el humo. En realidad, no recordaba por qué había dejado de entrenar.

Estábamos haciendo tiempo hasta las ocho de la tarde, a esa hora habíamos quedado con todo el grupo para ir a tomarnos algo al Stigma. Me apetecía pillarme un buen pedo, tenía uno de esos días en los que le estaba dando muchas vueltas a cosas en mi cabeza. No quería pensar en nada.

Cuando llegamos al Stigma, el local estaba a rebosar. Por suerte, Mario estaba junto a la barra, Claudia le dio un beso en la boca y yo le quité su cerveza, levantó la mano hacia el camarero y se pidió otra. Estábamos junto a la vieja diana que había enfrente de la puerta. No sabía por qué, pero ese día estaban poniendo música rock pastelera, me estaba cortando el rollo, los tercios fueron cayendo uno tras otro, empezaba a estar borracha.

Mi amiga empezó a liarse con Tomás, otro amigo del grupo, tenía una relación abierta y solía tener sus cosas con varios chicos de la pandilla, no me hacía mucha gracia que se liara con Tomás, porque yo también lo estaba haciendo y se me hacía un poco raro. Fui al otro lado del bar, donde estaba el futbolín y apoyándome en la barra intenté llamar la atención del camarero.

Fue una tarea imposible, me estaba comenzando a frustrar, de repente Claudia me abrazó por detrás, me dio la vuelta y me besó, liarme con otras mujeres no era algo que me gustara, ya lo había probado, un poco por moda supongo, y no me había gustado.

Claudia siempre insistía, y ya veía lo que me iba a decir. La respuesta era no, no iba a hacer nada con ella y con Tomás. Lo que me faltaba, ya no solo saber que estaba con mi amiga también, sino que además pretendía que lo viera. No iba a pasar bajo ningún concepto.

Claudia se enfadó y comenzó a liarse con Tomás en mi cara, al rato se lo llevó al baño, lanzándome una última mirada punzante antes de meterse en el mismo. No pensaba quedarme allí, me despedí del resto del grupo, cogí mi Harrington granate y salí a la calle. Me fui andando a casa, me apetecía dar un paseo, aunque me costaba ir recta, estaba bastante borracha, me había vuelto a pasar.

* * *

Eran las dos de la mañana pasadas, volví pasando por el centro peatonal. Me gustaban esas calles, de noche me parecía un camino especial, era de las pocas zonas de Leganés que eran bonitas. A la altura del Potitos me tuve que parar, no me encontraba bien. Estaba apoyada en una pared descansando cuando unos pesados vinieron a molestarme. Eran tres chicos más o menos de mi edad, chandaleros y vestidos de negro.

—¿Qué haces aquí solita, nenita? –me soltó uno de ellos arrimándose más de lo debido.

Lo empujé y le grité que me dejara en paz y que mantuviera la distancia conmigo. Reaccionó de forma violenta agarrándome de un brazo y acercándose a escasos centímetros de mi cara.

—Pórtate bien, zorrita. Trátame con suavidad –me susurró al oído con una mueca de crueldad en el rostro. Sus amigos rieron a coro sin intención ninguna de cortar a su amigo.

—¡Eh, basura! –se oyó en la noche sin que pudiera ver en un principio quién había gritado.

—¿Qué? –Tras mirar quién se lo había gritado, el chico que me tenía agarrada me soltó y relajó su tono de forma considerable–. Nada, no pasa nada, amigo.

—No soy tu amigo, aléjate de Alba u os reviento a los tres, escoria. ¡Largo de aquí! –ordenó gritando sin dar lugar a duda o desacuerdo alguno.

Me extrañó que supiera mi nombre, pero entre lo borracha que estaba y la poca luz del lugar no atinaba a ver más que una silueta. No dijo más, enganchó a uno de ellos y tras zarandearlo lo empujó y lo mandó fuera de mi ángulo de visión. Pude ver que era un hombre grande, nada más. Después, se movió rápido haciendo irse a los otros dos, al que me agarró le pegó una patada según intentaba irse. Ni se dio la vuelta, decidió continuar con su camino. Cuando se dio la vuelta vi quién era el hombre que me ayudó: era Rafa, un chico ocho o nueve años mayor que yo, amigo de mi abuelo de sus rollos de política.

—Déjame en paz –le espeté según se acercó a mí. No quería que le dijera nada a mi abuelo y me había puesto nerviosa.

—Tranquila, Alba. Solo quiero ayudarte –respondió levantando ambas manos y manteniendo la distancia. Yo estaba pegada a la pared, me costaba estar de pie, me encontraba bastante mareada.

—No le digas nada a mi abuelo, te lo advierto. –Le señalé con el índice–. No me gusta el facha de mi abuelo, menos me vas a gustar tú. Seguro que eres un rojipardo de mierda de esos.

—No te preocupes, eso da igual ahora. ¿Por qué no llamas a tus amigos para que te acompañen? ¿O quieres que te lleve yo? –se ofreció con un tono amable que me irritó aún más e hizo que me encolerizara.

—Llamo a mis amigos, puedes irte –contesté cortante, mientras intentaba desbloquear con torpeza mi móvil.

Por mucho que le insistí de mala gana no hubo manera de que se fuera, se quedó a una distancia prudencial esperando a que vinieran mis amigos. Tardaron más de una hora en llegar.

Por el callejón llegaron medio tambaleándose Tomás, Claudia y Mario. A mí ya se me había pasado un poco lo peor del pedo, ellos venían hasta arriba, y por sus pupilas tenía pista de que iban hasta arriba de «eme». Claudia me abrazó mientras Mario y Tomás miraban mal a Rafa, no lo hicieron mucho tiempo, este los estaba mirando fijamente y con cara de pocos amigos.

—¿Estás bien, tía? –preguntó Claudia. Le olía el aliento a vómito, algo le había sentado regular.

—Sí, ha sido el susto más que otra cosa. Gracias por venir

–respondí separándome de ella.

—Yo me voy a ir con Tomás a su casa, te acompaña Mario, ¿vale?

—Vale, me parece bien –contesté ocultando que no me gustaba que prefiriese irse con Tomás que mi bienestar.

Escuché un resoplido de Mario desde mi derecha.

—Tu casa está muy lejos, tía. Me da mucha pereza –comenzó a decir, pero no le dio tiempo a terminar.

—Ya basta, me tenéis hasta los cojones y acabáis de llegar. Idos a tomar por el culo de aquí. Ya la acompaño yo –dijo Rafa señalándome con el índice, y me espetó–: y no digas nada o llamo a tu abuelo para que venga él. Te acompaño yo y esta gente que se vaya a drogarse o lo que hagan a otro sitio.

—Yo haré lo que me dé la gana y tú no llamas a nadie, cretino –reaccioné con furia, pero me tuve que volver a apoyar en la pared.

—Eso, haremos lo que queramos –contestó Tomás sacando pecho.

Rafa le miró y habló, aunque no le hubiera hecho ni falta.

—O te vas a follar con tu amiga perroflauta o te estallo la cabeza, a ti y al mierda este.

Mientras lo decía le dio un golpe con la palma abierta del revés en el pecho. Mario se desequilibró y a punto estuvo de caerse.

Les cambió la cara a los dos, vi que se iban a ir y a dejarme tirada, así que actué. Agarré a Rafa del brazo y tiré de él hacia mí.

—Está bien, me voy contigo. Deja a mis amigos en paz. No os preocupéis, chicos, os podéis ir –dije finalmente.

Sabía que se iban a ir dijese lo que dijese, y no quería que mi abuelo se enterase. La discusión con mi madre iba a ser pequeña si no hacía algo.

Claudia no hizo como Mario y Tomás, que se acobardaron. Se encaró con Rafa y se puso a gritarle a la cara:

—¿Quién te crees que eres, machito? Venga, pégame, payaso.

Apreté con fuerza el brazo a Rafa para que no hiciera nada. Conseguí tirar de él hacia atrás y me metí en medio.

—Ya está, Claudia. Nos vemos mañana –intervine para que no fuera a más.

Me abrazó mientras no dejaba de mirar a Rafa con mala cara. En parte porque como ya había dicho no tenía ninguna intención de acompañarme, al igual que los otros dos.

—Vale, pero la próxima vez no nos toques los cojones, chaval –respondió señalando a Rafa–. A mí los machitos me coméis el coño, te aviso.

—Dios me libre –contestó Rafa riéndose y renegando con la cabeza.

—¡Ya está! –respondí mirando enfadada a Rafa.

Se encogió de hombros y me esperó a dos metros mientras me despedía de mis amigos. Todavía no me había ido cuando Mario comenzó a vomitar, Rafa le miró con cara de repugnancia y tiró de mi brazo en dirección contraria hacia su coche.

Tenía un Polo rojo, por suerte lo tenía aparcado más o menos cerca del Potitos, me ayudó a meterme en el coche y luego se introdujo él. Salió a la rotonda de la comisaría y de allí recto por la calle Sabatini hacia mi casa. No dije una sola palabra en todo el viaje, no quería que nadie me diera la chapa. Aparcó frente a los cubos de basura que había justo delante de mi puerta. Bajé con mucho cuidado y me dio una arcada: vomité. Menos mal que no lo hice un instante antes, le hubiera dejado el coche bueno a Rafa.

—¿Necesitas algo, Alba? –se preocupó Rafa acercándose a mí, le detuve con la mano.

—Ya me apaño yo, ahora que lo he echado me siento mejor que antes.

Me eché el pelo para atrás y fui a sentarme en el banco de la placita de mi casa. Rafa me siguió.

—¿Me haces compañía un rato hasta que me recomponga del todo, Rafa?

Se sentó junto a mí, no sin antes quitarse el abrigo negro que llevaba y pasármelo por encima de los hombros. Hacía un poco de frío y estaba medio tiritando.

—Alba, no quiero molestarte, pero tus amigos dejan mucho que desear.

Me acurruqué contra su hombro y me pasó el brazo por encima. Estuve a punto de no contestar, pero al final lo hice.

—Lo sé, van a su rollo. Es lo que hay, todo el mundo lo hace. Tampoco son tan malos como te piensas. –Froté mi cabeza un par de veces contra su hombro. Rafa no era una mala almohada.

—Claro que no. La mayoría de la gente no es así –hizo una breve pausa–, bueno, hay gente que no es así, y es de esa gente de la que deberías rodearte. Te mereces algo mejor, cualquiera se merece algo mejor.

—Si tú lo dices –contesté.

Me estaba entrando un poco de sueño. Pasé mi mano por el pecho de Rafa y pude sentir como se tensaba. Hombres… eran todos iguales ante el roce de una mujer. Al sentirlo no pude hacer otra cosa que sonreír, decidí hacérselo pasar un poco mal. Continué acariciándole, levanté un poco la cabeza y le di un beso en la mejilla. Pude notar como se ponía rígido y se quedaba con la vista fija mirando hacia adelante.

—Alba…

Levanté la cabeza y le miré, era guapo, tenía una barbita de una semana y estaba duro. Si no fuera amigo de mi abuelo me lo habría tirado, pero pasaba de historias. Tenía un rechazo fuerte a todo lo que pudiera tener algo que ver con el cromañón que tenía por pariente.

—Me voy a ir, Rafa. Ya me encuentro mejor. –Levanté ambos brazos estirándolos mientras bostezaba y me incorporé para ir a mi casa.

—Vale –contestó pegando un respingo y levantándose como si tuviera un muelle en el culo–, si necesitas lo que sea…

Abracé con las dos manos su cara, le miré fijamente y cuando más vulnerable estaba le bajé la cabeza y le di un beso en la frente. Estaba paralizado. Disfruté ese momento, me di la vuelta y me fui para mi puerta. Ya había recuperado el sentido del equilibrio, por lo que me alejé de él contoneándome, solo para girarme de forma fugaz unos pasos más adelante y decirle que gracias por todo. Le guiñé un ojo, le mandé un beso y seguí andando hasta la puerta. Allí se quedó de pie sin moverse hasta que entré en casa. Intenté hacer el menor ruido posible para no despertar a mis padres, me encontraba mejor, pero aún estaba algo perjudicada. No pasaría la prueba ante un escrutinio de mi madre.

Unos instantes después estaba tumbada en bragas en mi cama con una vieja camiseta de Siniestro Total. Antes de quedarme dormida pensé en Rafa. Al final me había parecido majo.

* * *

—¿¡Que hicieron qué!? –preguntó alterado y gritando Pepe–. Me cago en la puta, Rafa. ¿No les pegaste? –Medio Lizarran se dio la vuelta, alarmado por las voces.

—A sus amigos no, a los acosadores los empujé y le di una patada a uno –intenté justificarme–, aunque a su amiga la ravera ganas me dieron.

—Joder, Rafa. Tenías que haberles pegado de hostias. ¿En qué coño piensas? Es mi nieta, cojones –dijo golpeando la mesa e inclinándose hacia mí, atrayendo de nuevo todas las miradas.

—Lo sé, Pepe. Por eso me metí a defenderla. Hice lo que pensaba que era mejor para ella. Era muy tarde para llamarte.

—La próxima vez les das una paliza por mí, ¿entendido? –me tocó con el índice el pecho dos veces.

—Sí, Pepe. Aunque espero que no haya una próxima vez.

—Esos amigos de mierda que tiene no han hecho otra cosa que joderle la vida. Con lo lista y aplicada que era. Tenías que haberla visto. Era un amor de chica, y ahora no hace más que el imbécil con su vida y no para de juntarse con chusma de lo peor. Mejor no te digo lo que haría con esa gente. –Dio una palmada violenta y apretó ambas manos con fuerza mientras contraía el rostro.

—Sí, no me gustaron nada sus amigos. Debería cambiar de compañías. Su amiga era sin duda la peor de todos.

—A esa no la conozco, voy a preguntar a los chavales del club que tienen más o menos su edad. Seguro que la conocen. Tiene que ser una parásita perroflauta de primera.

Había bastante jolgorio en el bar, parecía que estaban celebrando una despedida o algo así, había un grupo grande especialmente ruidoso. Cuando llamé a Pepe se empeñó en que quedáramos cerca del centro.

—Pepe, quería pedirte que no le dijeses nada de que te lo he contado.

—¿Qué más te da? Si no tienes relación con ella, la conocías de hola y adiós hasta lo del otro día –repuso. Me dio la impresión de que lo decía con algo de retintín y me pareció captar durante un instante una mirada de desconfianza, pero sin duda serían cosas mías fruto de lo que viví el día anterior.

—Pepe, le dije que no te lo diría. Si lo hago es porque considero que es lo honorable, a mí me gustaría que me lo dijeran si me pasara algo así con un familiar –contesté mirándole a los ojos y llamando a su sentido del honor. Sabía que no fallaría.

—Vale, eso lo respeto –respondió con gesto serio. Me puso una mano en el hombro y continuó–: gracias por ayudarla, estoy en deuda contigo. No eres consciente de cuánto te lo agradezco, Rafa. Perdona si he pagado contigo mi frustración. Soy muy protector con mi familia.

—No se merecen. Sé que tú harías lo mismo por mí –respondí.

—Desde luego, no hay duda alguna de ello –añadió con gesto serio.

Amor

Cada

quince de diciembre la familia al completo íbamos al cementerio parroquial de Leganés a dejar flores en la tumba de Leonor, mi madre. Murió cuando yo era una niña, por un cáncer de mama, no tenía recuerdos de ella. Aun así, mi padre me había llevado cada año sin ninguna excepción a llevar flores y presentar mis respetos ante su tumba. Siempre estaba impoluta, mi padre iba cada poco tiempo a adecentarla. Era una tumba familiar de mármol, estaba enterrada junto a mis abuelos, y en el cabecero de la misma había una estatua de un ángel con una espada en alto.

El cementerio desde fuera era bonito, con su ermita de estilo austero junto a la entrada; pero en cuanto pasaba la puerta me ponía mala, los caminos adoquinados que llevaban a las tumbas eran bonitos, rosados y grises, y alrededor del perímetro de las sepulturas había cipreses de alturas variadas. A pesar de que estaba todo bastante cuidado no podía evitar sentir terror cuando empezaba a ver tumba tras tumba, algunas de ellas incluso con fotos en blanco y negro de los fallecidos. Veía las fechas de las muertes y se me empezaba a revolver el estómago. Tenía mucho respeto por los muertos y allí había demasiados.

Mi padre llevaba en las manos un ramo de grandes dimensiones de lirios blancos, las flores favoritas de mi madre. Llegamos ante la tumba de los García y nos pusimos alrededor de la misma, con mi padre justo enfrente. Se le veía emocionado, incluso tembloroso. Habían pasado décadas y todavía seguía emocionándose como el primer día. Unas lágrimas comenzaron a recorrer sus mejillas,

sobrias, escasas, pero allí estaban. En un hombre como mi padre no eran una cosa menor.

Mi hijo David y, para mi sorpresa, mi hija Alba estaban de pie, con las manos cruzadas por delante a la altura de la cintura con gesto serio, de respeto hacia su abuelo, sus antepasados y sus sentimientos. Se me escaparon un par de lágrimas de ver a mi padre tan sentido y a mis hijos haciendo piña familiar. Si no fuera por los bostezos inoportunos de Ramón hubiera sido todo perfecto. Se le notaba demasiado que no quería estar allí, que no le importaba lo más mínimo la familia que no fuera directa. Llevaba años centrado solo en sí mismo.

Suspiré con fuerza, veía el amor que tenía mi padre hacia mi madre y me emocionaba, era un amor de los de toda la vida, de esos amores que ya casi no hay, a los que todos deberíamos aspirar, pero que terminamos conformándonos con lo primero que nos cuadra, abandonando la lucha por encontrar a quien en verdad nos merecemos. Hubo una época en que pensé que yo también lo había encontrado, pero rápido me di cuenta que no era así; no obstante, el tiempo va pasando, te acostumbras y al final terminas aceptando por bueno cosas que no lo son.

Cómo envidiaba a mi padre, cada vez que me hablaba de mi madre se emocionaba, se le veía la ilusión en el rostro, era un amor puro, de los de novela. De hecho, este tipo de amor está hasta mal visto, algunos afirman que no existe, pero sin duda es que no lo buscan, no lo promueven y sus posiciones son más fruto de sus desengaños, complejos y frustraciones que de otra cuestión.

Mi padre me miró un segundo, sacó una sonrisa forzada y se inclinó para dejar las flores. Se mantuvo en cuclillas y en silencio por unos minutos. Acarició la base de la lápida y con la mirada gacha soltó en voz alta lo mismo que llevaba más de treinta años diciendo frente a aquella sepultura.

—Amor mío, tu familia te quiere y te recuerda. Así pasen los años seguiremos manteniendo vivo tu recuerdo. Hasta el próximo año, mi vida. –Volvió a acariciar la tumba con la palma derecha. Se levantó, se limpió las lágrimas e hizo un gesto para que fuéramos hacia la salida.

Salimos del cementerio y nada más hacerlo Ramón comenzó a estirarse y a bostezar de nuevo.

—Bueno, familia. Me voy a la librería que tengo cosas que hacer –dijo.

—¿No te vienes a tomar algo con el resto de la familia? –pregunté abriendo la mano señalando al resto de los presentes–. Es la tradición.

—Ya sabes que yo no soy muy de tradiciones, Sara –se encogió de hombros.

—Déjale Sara, nos quedamos los García –respondió mi padre poniéndome su mano en el hombro–. Si tiene que trabajar que vaya, España no se va a levantar sola.

Ramón puso cara de circunstancias cuando oyó la palabra España, pero se mantuvo en silencio. Vio la oportunidad de irse de allí sin dramas.

—¿Te acerco a algún sitio o te quedas? Tú tampoco eres de tradiciones –rompió el silencio Ramón mirando a Alba. Todas las miradas se centraron en ella. La mía en especial. Me miró de reojo y se metió las manos en los bolsillos.

—Ya, pero es la abuela. Prefiero quedarme un ratito –respondió Alba con la mirada baja.

—Pues ya está, me voy corriendo –contestó Ramón alegre mientras se iba–. Os veo en casa.

Fuimos a un viejo bar de San Nicasio y mi padre nos estuvo contando viejas historias de su juventud con mi abuela. Los niños, a pesar de que habían escuchado las historias cuarenta veces, seguían preguntando por si sacaban algo nuevo de los buenos tiempos, como le gustaba llamarlos a mi padre.

* * *

La fina llovizna me estaba dando en la cara, era tenue, pero cuando llevabas el tiempo suficiente bajo la misma empezaba a calar, lo que se ha llamado de toda la vida un «calabobos» de manual. Iba apurada, no me solía poner tacones, no se me daba bien andar con ellos. Llevaba unos vaqueros negros ajustados, una blusa roja y una chaqueta de cuero fina granate. Iba pasando un poco de frío. Tampoco solía maquillarme, pero Verónica había insistido en que fuera arreglada.

Llegué a la puerta del Nassau, saludé al portero y entré. Me froté los brazos y me dio un escalofrío. El local era pequeño, una barra larga a la izquierda y la cabina del DJ a la derecha. La sala resultante era alargada y estrecha, poco decorada, pero limpia y ordenada. Al final del todo había una diana, y enfrente de ella pegada a la barra estaba Verónica, con una falda marrón ajustada y corta, tacones y un top bastante provocativo.

Estaba con las piernas cruzadas en una banqueta alta, apoyada en la barra y tonteando con el dueño del bar, David. No sé por qué se molestaba, era evidente que era gay. No iba a conseguir ligárselo jamás, pero a ella le daba morbo intentarlo una y otra vez. Me saludó en la distancia y me acerqué sonriente a saludar a ambos.

Antes de que llegara, un chico alto y corpulento se chocó de espaldas conmigo.

—Uy, perdón, guapa –se disculpó.

—Nada, nada –respondí mientras me iba, ya me conocía yo los truquitos de los choquecitos sin querer. Era muy pronto para estar aguantando a nadie.

—Qué borde eres, Sara. Es un chico guapísimo –me dijo Verónica a modo de saludo–. Con esa barbita…

—Sí, es monísimo –añadió David.

Hice un gesto con la mano para desentenderme.

Al rato, David se puso a trabajar y estábamos bailando tranquilas, Verónica con su copa de whisky en la mano. En uno de lo que yo llamaba en broma sus pasos prohibidos le derramó parte de su copa a un chico bajito rubio que teníamos al lado. El chico se enfureció, gritó a mi amiga y le dio un empujón seco con la mano derecha. Vale que era una borracha, pero nadie le podía poner la mano encima, y menos por una nimiedad así.

Salté hecha un basilisco dejando mi cocacola cero en la barra y agarré de la pechera al sujeto, al que le sacaba cuatro dedos de altura. Pegué mi cabeza a la suya mirándole a los ojos.

—¿Qué haces, escoria? Vuelve a tocar a mi amiga y te arranco la cabeza, subnormal.

Se quedó impactado ante una mujer que actuaba con esa determinación. Lo zarandeé y lo empujé desplazándolo dos metros. Verónica seguía detrás de mí asustada. Uno de sus amigos se interpuso y fue a tocarme. Le di un manotazo y me encaré con él.

—¡No me toques! –grité empujándole. El chico resultó ser el mismo con el que choqué al principio, cambió su cara, arrugó la nariz y tensó su cuerpo.

—No vuelvas a empujarme –respondió con tono tranquilo pero duro–. No acostumbro a pelearme con mujeres –me señaló con el índice.

—Ten cuidado con ese dedo, no sea que tengas que pelear con una. Aquí y ahora –contesté encarándome. Me miró unos segundos con cara de pocos amigos para finalmente levantar ambas manos en señal de paz, darse la media vuelta e irse farfullando con su amigo el enano.

Al rato Verónica estaba a lo suyo de nuevo, zorreando con unos chicos jóvenes junto a la barra. Yo he de admitir que me quedé con ganas de pelear, una vez que me salía la agresividad me costaba guardarla, estuve de mal humor todo el rato que estuvimos en el bar. El baboso enano rubio ese no era quién para empujar a mi amiga por un accidente.

Al cabo de media hora necesité salir a que me diera el aire, la gente fumaba en vaper y en cachimba, el aire estaba un poco viciado. Estaba fuera apoyada en una barandilla cuando vi al personaje con el que había discutido antes junto a su amigo, eran un grupito de cinco tíos.

Empezaron a cuchichear y a mirarme. Me fui tensando, apreté los puños y empecé a mirarlos con cara de pocos amigos. No me había acobardado en la vida y no iba a empezar en aquel momento. El chico alto de la barba comenzó a sonreírme, no pude más. Me acerqué con rapidez a ellos.

—¿Te pasa algo conmigo, colega? –pregunté encarándome de nuevo con él. El portero se asomó a ver qué pasaba.

—Sí, que me encantas. Me gustan las mujeres con carácter. Aunque me quieras agredir por culpa del colega de mis amigos –sonrió sin un ápice de ironía ni agresividad.

Me quedé un poco descolocada por unos momentos, para volver a arrancar con furia.

—Tu amigo es un subnormal que ha empujado sin derecho a mi amiga –respondí alzando la voz y dándole un toquecito con el índice en el pecho.

—No lo sé, yo solo intenté separar. No tengo culpa de nada –volvió a sonreír.

La verdad es que tenía una sonrisa bonita y me estaba dejando sin argumentos en su contra. Resoplé y miré hacia la puerta. Cuando me iba a ir de nuevo con Verónica volvió a hablarme:

—¿Cómo te llamas? Yo soy Jesús.

—Yo soy Sara –respondí poniendo una mano para separarle de mí, pues fue a darme dos besos–. Eres muy guapo, pero estoy casada. Pasa buena noche.

—Eres una chica difícil, eh –comentó.

—Imposible, buenas noches –resolví.

La verdad es que era muy atractivo, pero esas cosas me daban igual. Estaba casada y punto. Cero tonterías.

Se quedó riéndose y mirándome mientras me alejaba y entraba por la puerta del bar. No me apetecía más fiesta por ese día, acabé lo que me estaba tomando, me despedí de Verónica y me fui a mi casa andando. Total, vivía a diez minutos más o menos.

Las calles eran bastante solitarias a esa hora, la gente estaba durmiendo o de fiesta lejos, iba pensando en los entrenamientos. Había empezado a hacer sparring duro con una chica que traía Antonio al gimnasio. Estaba volviendo a ser yo misma y a recuperar la forma. Estaba contenta, realizada, con la sensación de estar haciendo las cosas bien en mi vida después de mucho tiempo. Pronto podría darle una sorpresa a mi padre. Ya me lo imaginaba diciéndome lo mal que estaba, para entonces darle una agradable sorpresa.

Cuando ya estaba en la recta final hacia mi casa me llegó un mensaje de WhatsApp de un número que no tenía guardado. No podía creérmelo: «Soy Jesús, el chico con el que has estado hablando antes. Me ha dado tu teléfono Verónica por si cambias de opinión con respecto a mí. Un beso». Sonreí, pulsé encima del número de contacto y le di a bloquear. A todo el mundo le gustaba gustar, pero a mí no me hacían gracia esas tonterías. Era una mujer madura, no una niñata de tres al cuarto. Ya hablaría con Verónica acerca de ir dando mi número a nadie.

* * *

La Plaza de Extremadura estaba tranquila, mi abuelo y yo íbamos cargados hasta arriba con bolsas de la compra, mi madre nos había encargado llevar a casa la compra del mes. Veníamos del supermercado Hiber, junto a la comisaría de Policía Nacional. A mi abuelo le gustaba comprar ahí, decía que las aceitunas estaban muy buenas. Siempre que íbamos me compraba encurtidos a granel y nos los íbamos comiendo por el camino.

En la plaza había un parque infantil, que desde que ciertos sujetos en patinete rondaban por allí dejó de tener niños para pasar a tener gente fumando, en mayor proporción por las tardes y por las noches. En un banco a nuestra derecha había una pareja, el hombre le estaba gritando a la mujer, que no paraba de llorar. Le levantó la mano y miré a mi abuelo. Este suspiró y renegó con la cabeza.

—Sé que son novios y que ella lo va a defender como vaya, David, pero a veces un hombre tiene que hacer lo que su deber le marca.

Mi abuelo dejó las bolsas en el suelo y se dirigió hacia la pareja. No sin antes advertirme:

—Vete a casa con todo esto, no te quedes aquí.

Fue hacia la pareja y les preguntó educadamente que si estaban bien. Por supuesto, no iba a irme a ningún sitio sin mi abuelo. Me quedé esperando por si necesitaba ayuda.

—Cállate y métete en tus asuntos, viejo –respondió con agresividad el hombre–. Es mi mujer y en sus asuntos solo mando yo.

—Mi abuelo miró al suelo un segundo y respiró de forma pesada, armándose de paciencia. Levantó la cabeza y habló de forma lenta y pausada:

—Solo te lo voy a decir una vez, no sé de qué país eres…

—De Marruecos –interrumpió el hombre con altanería sacando pecho y dando un pasito hacia delante.

—… pero esto es España –continuó mi abuelo sin hacerle ningún caso–, y aquí se respeta a las mujeres. No puedes tratarla así.

—Estamos bien, señor –hipó y se sorbió los mocos la muchacha intentando hablar lo mejor posible.

—¡Que te calles, mujer! –respondió el hombre amagando con dar un guantazo a la chica.

No hubo más conversación, mi abuelo le dio una derecha seca al mentón y lo dejó tirado en el suelo inconsciente. La chica se levantó e intentó pegar a mi abuelo, una especie de tortitas o bofetoncillos con ambas manos como si fuera un perrito nadando. Mi abuelo tuvo que retroceder. Cuando lo hizo, ella se volvió y se arrodilló junto a su novio.

—Ay, Farid. ¿Estás bien? –le preguntó.

Farid seguía en el suelo sin conocimiento. Poco iba a decir en un buen rato.

—Deberías dejar a esa escoria, niña. No te quiere y te va a tratar como a una basura toda la vida –le dijo mi abuelo manteniendo la distancia.

—Fuera de aquí, viejo asqueroso –chilló con voz aguda ciega de ira. Tenía la cara roja de llorar, con el maquillaje corrido en líneas negras.

—Tú misma, ya no puedo hacer más –contestó mi abuelo levantando las manos y volviendo hacia donde estaba yo.

Me miró con una cara de reprobación, para terminar sonriendo.

—Vamos, chaval –dijo recogiendo la mayor parte de las bolsas del suelo–. Nos tenemos que ir ya, antes de que venga la policía.

Nos fuimos rápido, mi abuelo miraba de vez en cuando atrás por si nos seguía alguien que nos hubiera visto. Por suerte, no fue así. Llegamos en apenas dos minutos a la puerta, antes de entrar mi abuelo me detuvo.

—Si te digo que hagas algo es para que lo hagas –me dijo levantando las cejas e inclinándose hacia mí.

—No te iba a dejar solo, lo mismo podía haber aparecido alguien más –respondí sacando pecho, dispuesto a discutir con él. Para mi sorpresa, mi abuelo volvió a sonreír y me dio una palmada en la espalda.

—En la vida hay que defender a los tuyos, no cambies eso nunca. –Hizo una pausa y sin dejar de mirarme ni de sonreír continuó–: No digas nada en casa, que me la cargo, ¿eh?

—Soy una tumba, abuelo. Te doy mi palabra.

Asintió, se giró y abrió la puerta. Bajo ningún concepto diría nada, la palabra de un García valía más que cualquier otra cosa, pero me hubiera gustado decírselo a mi madre, aunque le riñera por estar yo delante del altercado, sabía a la perfección que nos habría apoyado.

* * *

El tiempo pasó desde el incidente del Stigma, me distancié un poco de mi grupo habitual de amigos. Claudia me había escrito un par de veces, y aunque hablamos de cosas intrascendentes, no quise quedar con ella a pesar de sus propuestas. Mario ni siquiera me volvió a escribir. Sin embargo, Tomás estuvo pesado en extremo. Me decía que se arrepentía mucho de todo y que quería quedar conmigo por encima de cualquier cosa. Así que terminé aceptando, a pesar de que no me apetecía mucho quedar.

Me acostaba con otros chicos, tenía un grupo con el que iba quedando, tampoco era como Claudia que estaba conociendo gente

constantemente. Era una relación abierta, pero no me gustaba acostarme con gente que no conocía, por lo menos de forma cotidiana. Tampoco me gustaba hacer tríos, aunque lo hubiera probado; ni acostarme con mujeres, aunque con alguna amiga lo hubiese hecho hacía tiempo.

Quedé con Tomás en Polvoranca para dar un paseo, no me apetecía meterme en un bar un día soleado. Desde que nos vimos no paró de excusarse y de intentar besarme. Después de verle con Claudia, no me apetecía liarme con él.

—Alba, de verdad que lo siento. No sabía que te podía molestar que me follara a Claudia. ¿Qué más da? Tenemos una relación abierta –intentó aclarar.

—Pues a mí sí me da que lo hagas delante de mí. Me parece una falta de respeto. ¿Te gustaría que te lo hiciera yo a ti? –le espeté a la cara subiendo un poco la voz.

—Me daría igual, pero si a ti te molesta no lo haré nunca más –respondió con aflicción y cogiéndome con dulzura la mano.

Respiré de forma profunda y me dejé llevar. Fuimos hacia un pinar que había cerca que me gustaba desde pequeña. Allí empezó a acercarse a mí, ya sabía lo que quería, pero después de disculparse así, también me apetecía.

Mientras me besaba comenzó a meterme mano por dentro del pantalón para luego desabrochármelo, gemí al sentir su tacto. Me agarró de la nuca y me hizo bajar hacia su pene, introduciéndomelo en la boca. Agarrándome fuerte del pelo comenzó a acelerar el ritmo, hasta que empezó a ahogarme, era algo que nos gustaba a ambos. Apretaba con fuerza tirando de mi cabeza hacia él. Pasado un buen rato me levantó, me bajó los pantalones y las bragas, me dio la vuelta y me lo metió sin más miramientos, pegué un respingo; empezó a follarme con fuerza y a azotarme mientras mantenía la presión tirando de mi pelo hacia atrás. Para mi desgracia, no tardó ni

dos minutos en correrse, gemidito ridículo incluido. No solo no había habido preliminares hacia mí, sino que además había sido corto no, lo siguiente. Me subí las bragas y el pantalón, me remetí la ropa y le miré con cara de decepción.

—¿Qué? ¿No te ha gustado? –me dijo mirándome extrañado.

—¿Un poco corto, ¿no? –respondí con una pregunta en el tono más seco que pude sacar.

—¿Qué quieres que haga en medio del campo? –contestó encogiéndose de hombros. Renegué con la cabeza por toda respuesta.

Volvimos andando al aparcamiento del parque. Fui meditando. Me acostaba con gente a la que por no importarle no se molestaban ni en lo más básico: darme placer cuando nos acostábamos, porque más relación no teníamos. El poliamor, las relaciones abiertas y estas cosas ya me estaban cansando. No sacaba nada bueno de ello y cada vez me sentía más sola. Cuando estábamos en el coche de vuelta a Batallas exploté.

—Creo que deberíamos de dejar de quedar, Tomás –dije sin quitar mi mirada del frente.

—¿¡Me quieres dejar porque no te ha gustado cómo hemos follado hoy!? –preguntó dando un pequeño bote en el asiento y girándose hacia mí.

—No, no solo por eso. Que el sexo contigo sea malo no es la cuestión principal.

—¿Mal sexo? –preguntó frunciendo el ceño.

—Para el coche, me bajo aquí –ordené con brusquedad.

Se detuvo y bajé sin duda ninguna, presta a irme a mi casa.

—Y yo que quería proponerte una relación poliamorosa de tres… –contestó desde la ventana bajada del lado donde había estado sentada yo, autocompadeciéndose.

—Búscate a otra. Yo creo que voy a probar algo nuevo: conocer a una persona y dejar de hacer estas cosas. Se acabaron las presiones sociales. Ahora voy a conocerme a mí misma. Adiós, Tomás. No vuelvas a llamarme. –Me di la vuelta y me fui a mi casa sin mirar atrás.

Navidad

Me

levanté como de costumbre la primera, dejé a Ramón durmiendo y me encaminé a la cocina. Me tomé un batido de proteínas y una fruta apoyada en la encimera. Suspiré y sonreí acordándome de tantas y tantas Navidades con mi padre, las que tuve con mi madre apenas me acordaba ya. Me froté los brazos, hacía frío, y me puse una sudadera ancha de las que tanto me gustaban para estar por casa.

Apenas pasaron unos minutos cuando sonó el timbre de la puerta. Fui a abrir y, para mi sorpresa, vi que era mi padre. Venía con una bolsa grasienta llena de churros y con una amplia sonrisa. Le abracé con fuerza y nos felicitamos la Navidad. Llevé la bolsa a la mesa del salón mientras mi padre iba a la habitación de David a despertarle para desayunar.

Como no podía ser de otra forma, armaron un escándalo y despertaron a toda la casa. David se levantó radiante, feliz de ver a su abuelo y pensando en qué le habría traído. Cuando vio los churros se le iluminó la cara, traje tazas para el chocolate y platos para los tres. Al rato salió Ramón arrastrándose y con cara somnolienta.

—¿Se puede saber por qué todo este escándalo, chicos? –preguntó entre bostezos y con la voz algo cogida.

—Feliz Navidad a ti también, Ramón –respondió mi padre con malicia, torciendo el gesto y renegando con la cabeza. Podía leer su mente, seguro que pensó: «Menudo despojo de yerno tengo». Le

conocía tan bien. Me lo quedé mirando para que se cortara y no dijera nada más. Mi padre me devolvió la mirada y suspiró.

Ramón me miró fijamente con cara de desconcierto.

—Sara… ¿de verdad tenemos que estar con estas cosas y encima a estas horas? –comentó.

—Hola –contestó mi padre moviendo su mano derecha enfrente de la cara de Ramón e inclinándose de forma leve hacia él–. Estoy aquí, justo a tu lado.

Ramón pegó un respingo hacia atrás, estaba adormilado, pero captó los aires amenazantes de mi padre.

—¿Las nueve de la mañana le parecen muy pronto al señorito para levantarse y pasar un día en familia? –preguntó mi padre mirando a Ramón con ira e intentando contenerse.

—Por favor, papá… –medié.

—No, Sara, está bien –dijo Ramón haciéndome un gesto con la mano para interrumpirme–. No voy a celebrar nada, la Navidad es algo cristiano y yo no celebro nada religioso, me voy a volver a la cama. Nosotros no creemos en estas tonterías, así que no deberías venir a mi casa a…

—Sí lo celebramos, Ramón. Y me gustaría que lo hiciéramos todos en familia. Seas creyente o no, es la tradición y… –paré de hablar, pues Ramón se había dado la vuelta y se estaba marchando hacia nuestra habitación ignorándome.

Mi padre hizo ademán de ir tras él, pero le detuve poniendo la mano derecha en su pecho, estaba respirando de forma acelerada, pero se relajó cuando le señalé a mi hijo David, que estaba observando todo.

Sonrió a David y señalando a la mesa con el desayuno nos invitó a sentarnos. Pasados unos minutos de shock por lo acontecido comenzamos a soltarnos, mi padre empezó a contar batallitas navideñas y David le miraba embobado mientras mojaba churro tras churro en su taza con chocolate. Mi padre había comprado cinco docenas de churros, dudaba de que nos los pudiéramos comer todos.

No eran las diez cuando se escuchó el sonido de unas llaves en la puerta, era Alba, pensaba que estaba en su habitación. Entró tambaleándose y oliendo a porros y a vodka, nos miró y sin ni saludarnos se encaminó a su habitación, apenas se tenía en pie.

Me quedé con la vista fija en la mesa con la cabeza apoyada en una mano pensando en qué podría hacer para enderezar a esa niña, fui a levantarme para hablar con ella, pero una mano fuerte me lo impidió apoyándose en mi muslo y empujando contra la silla.

—Hoy no, hija, vamos a celebrar la Navidad –dijo mi padre con voz seria y una media sonrisa triste. Sus ojos me mostraban la ternura con la que me veía y lo que le dolía la situación–. ¿Cómo es que no hay árbol de Navidad en esta casa? Ya estamos a 24.

Tanto David como yo le miramos dando un respingo y con caras de sorpresa. Levantó una mano abierta evitando que pudiéramos decir nada.

—Don sosito y doña pelirrosa no quieren celebrar la Navidad. ¿Qué os parece si nos vamos a dar una vuelta por el Madrid de los Austrias, montamos el árbol aquí por la tarde y vamos a cenar a mi casa? –propuso mi padre.

Sabía que me iba a crear nuevos problemas, pero ya estaba harta de hacer el tonto. David se moría de ganas de estar con su abuelo, y yo también, a quién quería engañar.

—He quedado con los del gimnasio para tomar algo en la Plaza de la Fuente a las doce –comentó David.

Mi padre sonrió, se alegraba de que David quedara con los chavales de su club para celebrar la Navidad.

—Pues quedamos entonces después de comer contigo para montar el árbol y yo me voy con tu madre a ver el centro. ¿Os parece? –propuso mi padre pasándome un brazo por encima del hombro y apretando con fuerza contra él.

Me quedé un segundo pensando mientras me aplastaba en su abrazo, me tocaría discutir con Ramón, pero la verdad es que hacía varios años que no hacíamos la tradición familiar de ir al centro de Madrid el día 24. Me apetecía estar un tiempo de calidad con mi padre, así que afirmé con la cabeza y no hizo falta más. En apenas veinte minutos estábamos saliendo los tres por la puerta.

* * *

El viento nos golpeaba de frente, la sensación de frío era intensa, mi hija Sara iba con un North Face de tres cuartos negro, guantes, gorro de lana y una braga nórdica al cuello. Llevaba las manos en los bolsillos y el mentón dentro del abrigo abrochado hasta arriba, y pegada a mí, con el brazo derecho enganchando el mío. Yo iba haciéndome el duro con una cazadora vaquera de borrego, intentando no temblar y con una sonrisa en el rostro. Me traía tantos recuerdos buenos la calle del Arenal…

Pasamos por la puerta de la Joy Eslava, en la puerta había dos degeneradas en minifalda tonteando con los transeúntes para que entraran a un evento que habían montado. No sabía quién en su

sano juicio entraría a ese antro a esas horas de la mañana. Nos miraron sonriendo, pero cuando vieron mi cara se giraron hacia otros transeúntes. Mi hija tiró de mí hacia delante, no me dio tiempo a preguntarles qué hacían con su vida.

Continuamos hacia la esquina con calle de Bordadores, estaba todo lleno de guiris y gente extraña, pero aun así también había familias de toda la vida, padres e hijos, viendo el centro en una de las mejores épocas del año. A mi derecha vi a una señora mayor vendiendo barquillos, un poco más adelante había unas castañeras con música a todo volumen, sonaban unas bonitas coplas. Miré alrededor y en una tienda había un bonito belén, en la siguiente había una decoración navideña esmerada, miré hacia arriba y vi un cielo desencapotado, agarré a mi hija con más fuerza y suspiré ante el recuerdo de tantos y tantos años con los míos. Recordé a mi mujer y no se me escaparon las lágrimas porque mi hija tiró de mí y señaló a nuestra izquierda.

Tenía 38 años, pero pude ver la cara de ilusión al ver la Parroquia de San Ginés. ¿Cuántas historias de duelos le había contado cuando era pequeña? Eran incontables. Su fachada era fruto de obras posteriores de reconstrucción, pero la torre se mantenía erguida, como recuerdo de épocas anteriores, de glorias y de aventuras. El chapitel madrileño seguía dejándome sin aliento, era verlo y que mi imaginación fluyera como nunca. Tenía ya sesenta años y, sin embargo mi niño interior seguía despertándose.

Giramos siguiendo la estructura de la parroquia y llegamos a la Plaza de San Ginés. Los recuerdos seguían aflorando, mi hija tiró de mí emocionada hacia una fachada de una casa.

—Mira, papá –señaló dando un saltito–. Es la casa natal del capitán.

Ver su cara de emoción me revolvía por dentro, qué bien lo había hecho con ella. Estaba tan orgulloso. Elevé la vista y pude volver a leer, como cada año, aquella placa: En esta rinconada de San Ginés

el militar y aventurero Frey Alonso de Contreras «El capitán Contreras» vivió y fue preso en 1608.

Caminamos hacia la Chocolatería San Ginés, y Marcial, uno de los mejores camareros que había conocido, de cuando la hostelería era un oficio y no un trabajo depauperado, nos coló y nos dio una mesa en la terraza. Es esas fechas había que esperar más de cuarenta minutos para conseguir una.

—Feliz Navidad, muchachos –saludó alegre, poniendo una mano en mi hombro–. ¿Qué os pongo?

—Para mí un café solo sin azúcar, corto. –Hice una leve pausa–. Para ella un colacao con la leche fría.

—No, yo quiero un café con leche, fría si puede ser –saltó mi hija quitándose los guantes y frotándose las manos.

—Pues eso, es lo que he dicho. El café se toma corto y solo, todo lo demás es un colacao. –Marcial y yo reímos a coro ante una fingida indignación de mi hija.

Nos tomamos el café recordando viejas historias juntos. Hacía años que mi hija no venía conmigo al centro por culpa del pesado de su marido. Pensaba en él y me hervía la sangre, me enervaba como pocas veces lo había hecho. Pero renegué en silencio y decidí olvidarlo por el momento, quería disfrutar al máximo de aquel momento familiar.

Terminamos tranquilamente el café, cayeron un par de churros, nos despedimos de Marcial y nos encaminamos a la Plaza Mayor por la calle de los Coloreros. La plaza estaba preciosa, llena de puestos de Navidad con todo tipo de artículos a la venta. El bullicio general era aún mayor que de costumbre, los caricaturistas estaban haciendo el agosto en su lugar habitual, había un par de ancianos muy abrigados con puestecitos vendiendo monedas antiguas y las cafeterías estaban llenas hasta los topes.

La plaza se construyó entre finales del siglo

xvi

y principios del

xvii

, en la época de esplendor de nuestra patria. Nunca fui un fanático del Barroco, pero el estilo de la plaza tras las reconstrucciones sí me agradaba. Las ventanas de las fachadas y los arcos de la plaza me trasmitían paz. El que más me gustaba era el Arco de Cuchilleros. La estatua ecuestre de Felipe III me parecía que daba un toque de clase a todo el conjunto, siempre me quedaba embobado mirándola.

Desde hacía años había vendedores ambulantes de artículos basura, sobre todo pakistaníes, que rompían un poco la magia tradicional del sitio, pero tampoco podía quejarme, en aquellos días la plaza recobraba su esencia. Mi hija compró un par de figuras para poner en casa y un bonito adorno dorado en forma de triángulo para el árbol que íbamos a montar por la tarde.

Cuando caminábamos por la plaza en dirección a Cava de San Miguel vimos a una anciana que iba con lo que parecía ser un regalo envuelto para alguien, posiblemente sus nietos. Un sujeto con pinta de delincuente, desde hacía años los jóvenes que se dedican a estas cosas parece que van uniformados, se acercó por la espalda a la mujer. Era un niñato lumpenizado de unos 19 o 20 años. Un tanto escuchimizado, con una sudadera del PSG, moreno de piel y con el pelo rizado. No me dio tiempo a avisar a la mujer. De repente, aceleró su ritmo, desde la espalda de la mujer hacia delante dio un tirón y le arrancó el bolso tirándola al suelo y echando a correr en nuestra dirección.

No me lo pensé, avancé en su dirección y cuando pasó por mi lado le golpeé con mi antebrazo en el mentón mientras avanzaba con fuerza. El golpe fue tremendo, su cabeza fue hacia atrás con

violencia mientras sus pies se elevaban según caía de espaldas. Pensaba que mi hija me iba a matar por pegar a alguien justo el día en que estábamos juntos en Navidad. Para mi sorpresa, no me dio tiempo a pensar mucho más, mi hija se echó encima del maleante y le propinó dos puñetazos en el suelo, se quedó medio tonto, recuperó el bolso y se lo devolvió a la mujer, que ya había sido levantada, no sin esfuerzo, por un par de transeúntes.

Me di la vuelta por si el sujeto que estaba en el suelo tenía amigos, efectivamente era así: otros dos maleantes se acercaron por mi espalda, cuando vieron mi determinación de atacarles se lo pensaron mejor, dieron media vuelta y se fueron por donde habían venido. Dejaron tirado a su amigo, esos lúmpenes eran como las hienas. Eran otros dos tísicos, que solo valían para atacar a gente indefensa.

Me acerqué a mi hija y mientras la anciana le daba las gracias por recuperar el bolso tiré de ella para llevármela de allí antes de que viniera la policía. Aunque pareciera mentira, la policía si nos pillaba allí nos tomaría los datos para que el mangui nos pudiera denunciar. El sistema protegía a estos elementos frente a la justicia popular. No era culpa de la policía, si por ellos fuera dejarían actuar a la gente, por lo menos la mayoría, pero los políticos que teníamos en España y sus leyes absurdas iban en nuestra contra.

* * *

La Plaza de la Fuente estaba llena de gente, habíamos quedado en el Melody para tomar algo. Era una cafetería-cervecería que estaba en la entrada de la plaza, que hacía esquina con la calle Mediodía. En esa calle había una tienda de ropa de unos pakistaníes y un locutorio de unos marroquíes. Mi abuelo siempre se estaba quejando

de que se estaba llenando el centro de tiendas de este tipo y que estaban cerrando los negocios de toda la vida, en especial se quejaba de una tienda de velos y ropa musulmana que había justo enfrente del Café Central, en la calle Butarque.

No había sitio libre, por lo que nos tomamos algo de pie, en unas mesas altas que había a lo largo de toda la fachada. Los chicos más mayores pidieron cerveza la mayoría, lo menores de edad que estábamos allí, refrescos.

Todo el centro de Leganés había sido peatonalizado desde hacía tiempo, era un lugar bonito para pasear, junto al Parque de Polvoranca posiblemente fuera lo más llamativo de toda la ciudad. En el centro de la plaza habían colocado dos árboles de Navidad, eran blancos y estaban llenos de luces, tenían unos cinco metros de altura. Un poco más adelante estaba la fuente que daba nombre a la plaza.

Tobías, uno de los hombres de confianza de mi abuelo y profesor en el gimnasio, levantó su botellín de cerveza.

—¡Por el club García! –bramó manteniendo la mano en alto.

—¡Por el club García! –contestamos todos a coro devolviendo el brindis.

Pasamos una buena mañana, algunos hablando y otros, como yo, escuchando las batallitas de los más mayores. Un hombre al que no conocía más que de vista, sabía que era un antiguo alumno de mi abuelo que hacía tiempo que no se pasaba por el gimnasio, preguntó a Tobías por mí. Era calvo, gordito y llevaba una chupa de cuero negra. Me puse a escuchar sin girarme hacia ellos, aunque en el transcurso de la conversación miré de reojo de vez en cuando.

—¿Qué tal se desenvuelve el chaval? Tiene sangre de campeones, entre el abuelo y su madre… –Hizo un gesto al camarero para que le trajera otro botellín.

—Acaba de empezar a entrenar, pero apunta maneras –respondió Tobías–. Si es constante puede llegar a hacer cosas grandes. Veremos si está a la altura del legado familiar.

—Sara era buenísima, una de los mejores pesos ligeros que he visto. 60 kilos de pura potencia. Me quedaba embobado mirando sus combates. Tenía más pegada que un mulo –hizo una pequeña pausa para beber–, increíble para su tamaño.

—Sí, era fajadora con gran pegada. Eso lo heredó de Pepe. El viejo tuvo 32 KO en 37 combates. Ella no le va muy atrás, 19 KO en 25 combates. Una pena que se lesionara y lo dejara, creo que le faltaba un buen combate para retirarse –añadió Tobías.

—Sí, yo también lo pienso, aunque el título WBO que consiguió no es nada desmerecedor.

—No, claro que no, joder. No cualquiera gana ese título, pero podría haber ganado más.

—A veces me pongo algunos combates del Pepe, menudas hostias pegaba, antológicas.

—Sí, ja, ja, ja. Aún tiene fuelle el cabrón –rio Tobías.

—Sí, desde luego, la última vez que fui me pegó. El día que vuelva me va a pegar más por no ir en tanto tiempo.

—Sí, de eso puedes estar seguro, ja, ja, ja.

No pude evitar sonreír al escucharlos, me había visto las peleas de mi abuelo y de mi madre cuarenta veces. Eso sí, a escondidas de ella, no le gustaba recordar esa época. Siempre he pensado que le daba añoranza.

Ya se estaba haciendo tarde y había quedado con mi abuelo y mi madre para decorar el árbol de Navidad en mi casa, tenía muchas

ganas, aunque me preocupaba la reacción de mi padre y, sobre todo, la de mi hermana. Fui junto al resto de chavales más jóvenes al Taco Bell que había junto al Goiko, cerca de donde estábamos, y nos pillamos algo para comer. Lo devoré todo rápido, en especial las patatas con pimentón, que eran lo que más me gustaba. Me despedí de todos y marché hacia mi casa.

* * *

Estaba harto de mi familia, especialmente de mi mujer, me costó mucho tiempo y esfuerzo alejarla de las estupideces tradicionales de su padre. El viejo era igual que un cromañón, no me cabía duda de que hubiera sobrevivido y prosperado en la antigüedad matando lobos y alces, vestido con un taparrabos.

Los tiempos habían cambiado y todos debíamos adaptarnos para no ser dinosaurios en extinción como él, tardé años en eliminar la Navidad y todas esas inmundicias de otro siglo de mi vida, y ahora Sara volvía a las andadas por la influencia de su padre. Necesitaba salir de casa y alejarme de todo, estaba yendo al gimnasio y por la tarde me iría a pasear para hacer tiempo e irme a la fiesta anti-Navidad que montaban Susi y sus amigos de Leganemos.

Llegué a la puerta del Sculpture y pude ver que habían puesto guirnaldas rojas en la puerta y un muñeco de los Reyes Magos, empezábamos bien…

—¡Feliz Navidad, Ramón! –me saludó efusivamente y sonriendo Javi, el preparador físico que llevaba el gimnasio, desde el mostrador. Me quedé un instante petrificado, parecía que la Navidad me

perseguía–. ¿Estás bien? –preguntó inclinándose de forma leve hacia delante–, estás como atontado.

Era un hombre corpulento, un atleta, tenía más o menos mi edad, pero parecía mucho más joven que yo, su brazo era más grande que mi pierna e iba muy tatuado: cabeza por detrás, cuello, piernas y brazos completos hasta las manos. Además, era ágil, era el profesor de boxeo.

Una sonora colleja me sacó del ensimismamiento.

—¡Podemita, cabrón! –dijo José. Amagó con darme otra colleja, me protegí y continuó hablando–: ¿Qué pasa, que los podemitas no celebráis la Navidad o qué?

—José, no soy de Podemos, me siento con más afinidad con…

—¡Podemita, guarro! –volvió a gritar mientras sonría y fintaba un golpe a mi estómago–. Felicita la Navidad.

José era agotador, siempre se estaba metiendo conmigo por simpatizar con Más País. Era bajito y corpulento y siempre estaba bromeando con todo el mundo. Al meterse con la gente también era blanco de burlas de los demás, pero parecía que le gustaba, nunca se molestaba, aunque para mí era un tanto cargante. Si le daba conmigo no paraba.

—No soy partidario de felicitar la Navidad –respondí. Pude ver como Johnnie se acercaba por detrás de mí al mostrador–, creo que es más adecuado felicitar el solsticio de invierno y no celebrar nada.

—Tú eres subnormal –me espetó Johnnie renegando con la cabeza.

Fui a hablar, pero me hizo un gesto con la mano para que no lo hiciera, me dio la espalda y se fue hacia la sala de pesas. José y Javi se rieron a coro y me fui hacia la zona de cardio a montar en bicicleta. No estaba siendo mi día, mejor que siguiera con lo mío.

Cuando terminé de calentar José me estaba esperando.

—¿Te metes a entrenar con los hombres de verdad, podemita? –preguntó.

—Prefiero entrenar solo –contesté serio–. Siempre me haces bullying y, además, me fuerzas a levantar más peso del que puedo y luego me hago daño.

—Así no te vas a poner fuerte en la vida, mira mi brazo. –Se puso a sacar molla–. No vas a tener esto en la vida. Hay que esforzarse, en caso contrario es como no hacer nada. Con ese cuerpo te va a dejar tu mujer –rio mientras volvía a la zona de peso libre.

Decidí ni contestarle, se pondría a meterse conmigo y se sumaría el resto de gente que tenía alrededor. Ese día no me apetecía levantar peso, así que me fui a la elíptica con la intención de estirar después e irme a dar un paseo por ahí. En el transcurso de tiempo que estuve en la máquina, José vino varias veces a hacerme bromas, estaba entrenando con un chico alto del que no me quedaba claro su nombre, la gente le llamaba Roberto, pero José le decía David. Con José nunca se sabía…

A mi lado había una chica joven, que era competidora de kick-boxing, era alta y delgada y siempre llevaba un ritmo infernal en lo que a cardio se refiere. Se llamaba Marina. Me gustaba, siempre intentaba hablar con ella, pero me despreciaba, me daba contestaciones cortantes y me miraba mal. Por mucho que lo intentaba no conseguía cruzar más de dos palabras con ella.

Javi tuvo a bien decirle a todo el mundo que llegó al gimnasio que vinieran a felicitarme la Navidad, debieron hacerlo unas cuarenta personas, además estimó oportuno venir a explicarme que estuviera tranquilo, que si me molestaba Papá Noel allí estaba a salvo, pues eran más de los Reyes Magos, por aquello de respetar la tradición española y esas cosas…

Cuando terminé me despedí de todos, me volvieron a felicitar la Navidad y me desearon que pasara un buen día en familia… y me encaminé hacia el coche, quería ir al Parque Sur a hacer tiempo para la fiesta de la tarde noche. Me apetecía comer en el Udón.

* * *

No sin perder veinte minutos, logramos aparcar en la calle de la Batalla de las Navas de Tolosa, junto al club de buceo. Había sido una mañana fantástica. Mi padre se bajó del coche y se abrochó la chupa, cerró metiendo la llave en la cerradura de su Polo Volkswagen gris, tenía estropeado el mando a distancia, y me hizo un gesto sonriendo para que nos dirigiéramos hacia mi casa.

Cuando entramos me di cuenta de que Ramón no estaba, David estaba sentado en el sofá con la caja donde guardábamos el árbol encima de la mesa del salón. Estaba inquieto, hacía años que no poníamos un árbol. Siempre me había encantado la Navidad, no sé cómo permití que mi marido consiguiera que dejara de celebrar esas cosas.

En la televisión sonaba un recopilatorio de canciones navideñas de Frank Sinatra, uno de los cantantes preferidos de mi padre. Los tres montamos el árbol y lo estábamos llenando de adornos de todo tipo. Mi padre puso las luces, mi hijo David lo llenó de bolas de todos los colores y a mí me dejaron poner la estrella roja en la cúspide del mismo. La verdad es que nos quedó muy bien. Era un árbol artificial de metro ochenta, pero cumplía con dignidad su cometido. Lo colocamos justo a la derecha de la mesa del comedor, en un lateral del salón.

Alba salió de su habitación con rapidez, con el ceño fruncido y con ademanes bruscos y violentos. Iba con una camiseta larga de Eskorbuto y sin pantalones.

—¿Te importa ponerte unos pantalones, Alba? No estás en tu OnlyFans –le espetó mi padre sin miramientos y con tensión, tanto en el gesto y la mirada como en las manos.

—Yo no tengo esa mierda, viejo –respondió con sorpresa. Le pilló tan de improviso que relajó de forma vivible su enfado y la predisposición de decir lo que fuera a espetarnos.

—De momento –respondió mi padre girándose a colocar una de las bolas del árbol.

—Papá… –intenté mediar.

Alba empezó a bufar, a amagar con irse para volver, mientras apretaba los puños y renegaba. Su mirada era de odio. Me daba miedo la barbaridad que pudiera soltar y la respuesta que le podría dar mi padre.

—¿Podéis bajar esa mierda de música? Algunas queremos hacer algo productivo que no sea estar celebrado una tradición de mierda que debería extinguirse. –Su tono de voz fue más alto de la cuenta.

Mi padre se giró con una sonrisa sardónica. Le agarré de un brazo con fuerza, pero me ignoró.

—¿Ligar y hacer la pedorra por internet y trabajar intensamente para que te peguen una venérea es algo productivo, nieta mía? –preguntó con una voz suave, sobre todo teniendo en cuenta cómo de grave era su voz real, pero cargada de veneno.

—¡Papá! ¡Joder! Para ya… –Intenté mediar.

—He visto tu Instagram, no te hagas la indignada, deberías aplicarte lo que dices y hacer algo productivo con tu vida –continuó mi padre.

—¡Eres un puto fósil, déjame en paz! Hago lo que quiero con mi cuerpo –gritó Alba echada hacia delante encarándose con mi padre por unos segundos. Apretó los puños de pura rabia mientras se le caían unas lágrimas por las mejillas. Se dio la vuelta, fue hacia su habitación y tras pegar un portazo se quedó en su interior.

La verdad es que yo también había visto su Instagram, dejé de seguirla porque me ponía enferma, me daba pena que mi hija perdiera el tiempo haciéndose daño a sí misma. Lo peor era ver a mi marido alentándola a que hiciera este tipo de tonterías absurdas.

David se estaba riendo por lo bajo y miraba de vez en cuando a mi padre con complicidad. A los dos minutos no pudieron evitarlo y se rieron a coro, los reñí, pero eran incorregibles. Además, para qué voy a engañar, yo estaba bastante de acuerdo con ellos, por dentro no pude evitar alegrarme.

Cuando terminamos de decorarlo todo decidimos marcharnos a casa de mi padre, íbamos a cenar allí para evitar problemáticas con Ramón y Alba. Si no querían venir que no lo hicieran, pero nosotros íbamos a celebrar la Navidad en familia por todo lo alto. Ramón siempre hablaba del respeto a lo diferente, pues que se lo aplicara él con nosotros.

Mi padre y David salieron, yo iba detrás de ellos, antes de cerrar la puerta decidí volver a entrar. Me dirigí a lo largo del pasillo hacia la habitación de Alba, llamé y no encontré respuesta. No me importó, entré y me encontré a Alba frente al ordenador, con los cascos puestos y jugando al WoW. Le puse las manos en sus hombros y, a pesar de que me ignoraba, decidí hablarle.

—Hija, aunque me ignores sé que me escuchas. Si no quieres venir no vengas, pero estás invitada a la cena. Tu abuelo te adora, aunque estés en una fase rebelde y choques mucho con él. Vamos a hacer

cochinillo, que sé que es tu plato favorito. Aunque ya no te guste la Navidad, puedes venir a disfrutar de una buena cena con tu familia. –Ni se inmutó, me agaché y le di despacio un sentido beso cariñoso en la parte superior de su cabeza–. Te quiero hija. –Me di la vuelta y me marché sin mirar atrás.

* * *

Ya eran las ocho pasadas, caminaba alegre, sonriendo, mientras pensaba que por fin iba a estar con gente que me comprendiera, con sensibilidad hacia las cosas que eran importantes de verdad. Me sentía extraño con mi familia, cada vez más distante, muchas veces me arrepentía de haber tenido hijos. ¿Cuántas cosas me había estado perdiendo por la paternidad? Me dejé embaucar por Sara, no conseguí que abortara cuando se quedó embarazada de Alba y no pude escapar. A los años llegaría David, y ya no hubo forma de huir.

Quería a mis hijos, en especial a Alba, que por lo menos había salido como yo, una persona de progreso y de izquierdas de verdad; pero mi hijo era harina de otro costal, estaba muy influenciado por el tarugo de su abuelo, lo había intentado, pero admiraba a su abuelo, y no podía competir. Aun así, ¿cuántas fiestas me había perdido? ¿Con cuántas mujeres me había perdido acostarme? ¿Cuántos viajes había dejado de hacer? Públicamente no estaba bien visto afirmar que te arrepentías de ser padre, pero era una realidad de la que cada vez era más consciente. Además, había sobrepoblación en el mundo, lo responsable era no tener hijos.

Tardé más de lo habitual en llegar al local de Leganemos, pues habían cambiado hacía poco de lugar. Antes estaba en el casco viejo de Leganés, en la calle Butarque, y ahora lo habían trasladado a la

calle Nuestra Señora de Begoña, relativamente cerca de la Plaza Mayor de Leganés. Enfilé la calle del local y, en la acera, junto a la puerta había varias personas fumando, pude apreciar para mi fortuna que Susi estaba entre ellas.

—¿Qué tal, compañeros? –saludé a voz en grito y emocionado avanzando a abrazarme con ellos.

—Y compañeras –contestó un señor con barba de mediana edad que no conocía señalando con el dedo índice hacia el cielo en señal de advertencia.

—Uy, sí, perdón, compañeras también –respondí ruborizándome y un tanto avergonzado por mi borrado de las mujeres presentes. Había cuatro hombres y una mujer, Susi.

—Aquí hay dos mujeres, amigo –volvió a responder el señor de la barba con un tono osco, tenía el semblante torcido y renegaba con la cabeza–. La compañera Susi y yo –se señaló el pecho con el índice.

—Pido perdón, no debería haberme dirigido al grupo de forma no inclusiva, ha sido un desliz, no volverá a pasar –respondí afligido. No pensé que pudiera haber mujeres trans en el grupo, les asigné el género sin preguntar.

—Tranquila, Margaret. Ramón es de los nuestros. Una confusión la tiene cualquiera –intentó suavizar la situación Susi, pasando un brazo por encima de la persona ofendida.

Por suerte para mí, Margaret entró al local renegando, pero dejando pasar el tema. Susi me sonrió y me abrazó con fuerza. No podía decir que oliera de una forma especial o agradable, pero el olor de su palestino gris y de su pelo con rastas me traía gratos sentimientos a mi cabeza.

—Feliz anti-Navidad –saludó un muchacho que llegó en bicicleta.

—Feliz anti-Navidad –respondimos todos a coro.

Dentro del local sonaba música árabe, éramos unos punkis y esta era la mejor manera de demostrarlo. Al fondo del local había unos chicos marroquíes de una asociación por la cultura islámica con los que colaboraba Leganemos desde hacía bastante tiempo, por lo menos tres años que yo recordara. Con ellos montaban también una fiesta anti Reyes Magos. Para que luego mi suegro dijera que la inmigración actual y de contextos musulmanes no traía nada bueno. Sonreí para mis adentros mientras me llevaba el tercio a la boca.

Las conversaciones, a diferencia de las que tenía en mi entorno familiar o en el gimnasio, se centraban en temas interesantes. Hablamos del mal que hacían a la sociedad los que negaban a los trans que el cambio de sexo existía, de la importancia del activismo ecologista, de los derechos humanos de los animales y de la necesidad de que el feminismo siguiera avanzando y cambiando el mundo a mejor. Por supuesto, también hablamos de la importancia de la deconstrucción del hombre y del fomento de las nuevas masculinidades, alejadas de la masculinidad tóxica tradicional. Les puse de ejemplo a mi suegro, las risas que nos echamos a su costa, Susi estaba realmente interesada en que le contara las anécdotas de cromañón de Pepe.

El local tenía una barra de bar al fondo, estaba llena de pegatinas políticas de grupos de música y de organizaciones políticas de izquierdas de todo el país. El baño estaba a la derecha, aunque la mitad de las veces estaba embozado, por lo que era bastante impracticable. Además, limpiarlo era una tarea odiosa, por lo que solíamos ir a un bar que había en la misma calle cuando la bebida empezaba a hacer sus efectos. Las paredes estaban engalanadas con pintadas de grandes personalidades feministas. La pared de detrás de la barra tenía un lema dibujado que decía: «Golpea al patriarcado» con un símbolo transfeminista gigante. El local era bastante diáfano, en un lateral tenían apiladas las mesas y las sillas

para poder realizar las reuniones. Principalmente se usaba para montar fiestas y barras libres para financiar a la organización.

En un momento dado de la fiesta se acercaron a hablar con Susi y conmigo dos chicos marroquíes, debían tener más o menos mi edad. Estaban tomando un refresco, ya que, por lo visto, eran musulmanes rigoristas.

—¿Qué tal chicos? Feliz anti-Navidad –saludó con alegría Susi.

—Feliz anti-Navidad –respondieron al unísono. A mí me dieron la mano, pero a Susi no. La dejaron con la mano en el aire. Negaron con la cabeza ante el ofrecimiento.

—Uy, perdón. No quería ofender –contestó ruborizada.

—¿Qué os parece la fiesta, amigos? –pregunté para intentar acabar con la tensión del momento.

—Bien, odiamos todo lo cristiano y occidental, nos gusta que haya gente dispuesta a conocer nuestra cultura –contestó uno de ellos.

—Sí, Occidente ha hecho mucho daño a los países en desarrollo –contesté dándole la razón.

—Las cosas deben cambiar, espero que algún día abracéis el islam. Es solo cuestión de tiempo que seamos mayoría en España –afirmó el otro marroquí.

Me quedé un poco impactado, no sabía muy bien qué decir.

—Bueno, la libertad de culto permite que todos prosperemos, creamos o no –respondí intentando no molestar. Aunque la verdad es que me sonaba un poco raro lo que acababa de decirme.

—La gente sin fe son personas muertas por dentro, amigo.

–Hizo una inclinación leve de cabeza, se dio la vuelta y se fue a la otra punta del local con el resto de marroquíes.

—Lo único que no me gusta de la fiesta es la suciedad del local, deberíais ser más ordenados e higiénicos –dijo el otro marroquí. Realizó otra leve inclinación de cabeza y se marchó con su compañero.

Susi y yo nos miramos sin saber muy bien qué decir ante lo que acababa de pasar. Siendo honestos, el local no estaba muy limpio, aunque el compañero marroquí no había visto lo peor, había ratas en el edificio, pero en la última asamblea decidieron que eran compañeras y no podían eliminarlas. No creo que le hubiese gustado mucho saberlo. Susi me dio un golpecito en el hombro para sacarme de mi ensimismamiento y me indicó con una sonrisa cautivadora que saliera con ella fuera.

Hacía frío, pero estar junto a Susi hacía que la sangre corriera en mi interior. Era bajita, castaña y un tanto rolliza. Levaba unas gafas de pasta fina y el pelo lleno de rastas. Las orejas las tenía llenas de pendientes y siempre vestía con pantalones de campana y zapatillas. Se acercó a mí y nos quedamos a poca distancia mirándonos.

—¿Qué tal con tu mujer? –preguntó rompiendo el silencio. Antes de que pudiera contestar nada siguió hablando–. Yo no creo en las ataduras, creo que tenemos el deber de acabar con las uniones patriarcales. Yo lo veo así al menos.

—Si te soy sincero mi relación es como una cárcel. Llevo tiempo queriendo dejarla, porque ella jamás aceptaría que abriéramos la relación –contesté con tristeza mirando hacia al suelo.

—Yo creo que deberías llevar una política de hechos consumados –me respondió mientras se acercaba más a mí y me besaba. Fue un beso largo, en parte sucio, que fue acompañado en segundos de un manoseo intenso por ambas partes. Cuando me separé se me quedó mirando y sonriendo–. Ahora ven a mi casa a rematar y ya mañana

le dices que o relación abierta o ruptura. No puedes seguir así, te veo y me duele verte reprimido e infeliz.

Volvimos a besarnos tórridamente, para irnos después sin despedirnos de nadie a su casa, vivía en una okupa cerca del centro.

* * *

La casa de mi padre parecía de otra época, llena de trofeos y fotos de cuando peleaba, aunque la mayoría era de cuando lo hacía yo. Los muebles eran viejos, pero nobles, y en toda la casa había un orden que saltaba a la vista, la pulcritud siempre había sido una característica de mi padre, por no haber no había ni una mota de polvo. Siempre había sido un hombre disciplinado para todo, la casa no era la excepción. Una de las frases que más repetía desde que yo era una niña era que a un hombre se le empieza a conocer por el lugar en el que habita.

A pesar de que vivía solo había montado su propio árbol de Navidad. La mesa del salón era rectangular y se había esmerado en prepararlo todo. Los platos estaban montados con los aperitivos y había un olor intenso y agradable a asado que impregnaba toda la casa desde la cocina. Nos sentamos en las viejas sillas de madera que había predispuesto para la ocasión y nos pusimos a comer. David estaba sentado justo enfrente de mí en uno de los laterales, mientras mi padre estaba presidiendo la mesa en la parte más cercana a la cocina, para levantarse a por cosas si fuera necesario.

Apenas habíamos comenzado a comer cuando sonó el timbre, mi padre se levantó y fue a abrir: era mi hija Alba. No dijo nada, sonrió, se apartó y dejó entrar a su nieta. Cerró la puerta y fue a por una

silla para ella, la colocó en el extremo de la mesa contrario a donde estaba él y trajo cubiertos y la demás parafernalia para que pudiera cenar con tranquilidad. Mi padre no dijo nada, pero estaba encantado con que Alba estuviera allí, intentaba disimular, pero le conocía demasiado bien. Estaba más contento que un niño la mañana de Navidad.

David la miraba con recelo y con cara de tener malas intenciones, pero mi padre le pegó una patada en la espinilla para que se comportara. David le miró sobresaltado, pero al ver la cara de su abuelo se dio cuenta de que sobraban ese tipo de actitudes en aquel momento. Se concentró en su plato y en atacar a los langostinos. A lo largo de la comida incluso fluyó la conversación, hasta el punto de que la propia Alba participó de vez en cuando en la misma.

Por supuesto evitamos hablar de ningún tema polémico o político, queríamos tener la fiesta en paz. Mi padre trajo el cochinillo y lo devoramos en poco tiempo, los García éramos de buen comer, y a mi padre le salía especialmente bueno este plato.

Al final de la cena mi padre levantó una copa, todos le imitamos, mi hijo David con un refresco, que todavía era menor, aunque posiblemente bebiera a escondidas de mí, yo también había sido joven y no era tonta.

—¡Por la familia! –clamó mi padre, mirando de forma fija a su nieta.

Viví un breve momento de tensión, pero para mi satisfacción vi que Alba levantaba la copa, un tanto desganada, con lentitud y tarde, pero lo hacía sin montar ningún espectáculo. «¿Quizá todavía quedara esperanza para ella? Ojalá», pensé. Era mi deseo de año nuevo, que mi hija volviera a ser ella misma. Aunque habría mucho que batallar y era difícil e improbable. Por lo menos podía disfrutar de aquella noche con ella en familia.

Nos disponíamos a irnos, los niños ya estaban fuera cuando mi mirada se encontró con la de mi padre. No hacía falta que me dijera

nada, pude leer en su cara lo que su fuerte abrazo me confirmó: «Todavía queda esperanza, hija». Cuando me separé pudo leer mi respuesta en la mía: «Lo sé, lo pelearemos».

Dimos un paseo los tres tranquilos hasta nuestra casa, disfrutando de las calles decoradas y con cada uno de mis hijos agarrados de un brazo. El frío era duro y seco, que hubiera viento no ayudaba, pero qué agradable era la sensación a su lado. Hacía años que no me sentía tan bien. Cuando llegamos, David se apresuró a entrar a casa, yo agarré a Alba para que no entrara todavía. La abracé con fuerza y la besé en un lateral de la cabeza.

—Gracias por venir, hija. Para mí era muy importante. Agradezco el esfuerzo –susurré en su oído.

Pensaba que podía hacer algunas de las suyas y que volvería a pelearse conmigo, pero tenía la necesidad de decírselo.

—No es nada, mamá –me devolvió el abrazo y se metió en casa.

Me quedé unos momentos sola en la calle, pensando y disfrutando del momento. Parecía que la Navidad ablandaba incluso los corazones más duros. Hacía mucho tiempo que no me sentía feliz, pero esa noche del 24 de diciembre volví a serlo.

Entré en casa y los niños ya estaban en sus habitaciones, el árbol seguía en su sitio con las luces puestas y no había nadie en el salón. Supuse que Ramón estaría en nuestra habitación, me acerqué a comprobarlo y vi que no. «Se habrá liado con sus amigos hippies», pensé. La verdad es que no me acordé de él ni por un momento hasta que llegué a casa. Me dio igual que no estuviera, no iba a permitir que nada ni nadie estropeara aquel momento mágico. Me tumbé en la cama y cogí la novela que estaba leyendo, Forastero en tierra extraña, de Robert A. Heinlein. A la media hora ya estaba durmiendo con una sonrisa dibujada en la cara.

Sobran palabras

La

Nochebuena fue curiosa para mí, no sé muy bien por qué, pero decidí en el último momento ir con mi familia a cenar. En las últimas semanas me estaba rayando bastante con muchas cosas de mi vida. Llevaba años odiando todo lo que sonara a familiar o tradicional, no cenaba con mi familia desde 2020; pero a pesar de todas las peleas que mantuve con cada uno de los que acudieron a esa cena algo me removió por dentro en el último momento y me hizo ir. Quizá los últimos acontecimientos con mis supuestos amigos y el miedo a estar en realidad sola me empujó a irme con mi familia. Aunque eran algo peculiares y bastante carcas siempre estaban ahí, nunca fallaban.

La relación con mi madre era difícil, tenía una depresión rara desde hacía años y pasaba de todo; sin embargo, desde hacía unos meses parecía que estaba mejor y según progresaba en su estado, más chocaba conmigo. Se metía en todo lo que hacía y en mi forma de pensar. Me regaló por Navidad una mochila llena de cosas para entrenar, cuando sabía a la perfección que hacía años que no entrenaba. Decidí no estropear la noche con discusiones. Le di las gracias y dejé la mochila llena de ropa de entrenamiento a un lado para llevármela a casa.

Mi abuelo era un auténtico cromañón, agresivo, chulo y dañino. Siempre me decía barbaridades sobre lo que hacía o dejaba de hacer. Se metía con mi forma de vestir, con mi productividad, con quién me acostaba y hasta con si me drogaba. Era un verdadero pesado y tenía a un ejército de frikis de gimnasio vigilándome siempre. No podía hacer nada en Leganés sin que se enterase.

Además, trataba a mi padre como a una mierda, eso es lo que más me disgustaba. Me compró por Navidad un libro de Robert A. Heinlein: Tropas del espacio. Tuvo los cojones de regalarme un libro de un puto fascista para que me lo leyera. Cuando me lo dio sonreí con mucha falsedad y lo puse junto a la mochila. También me regaló un bolígrafo de metal que en realidad era un kubotán. Eso sí me gustó, cuando tenía quince años entrenaba con él a menudo y me enseñó a usarlo. Hice un par de movimientos de golpeo al aire y lo guardé dándole las gracias.

Si algo definía la relación que mantenía con mi hermano David era la conflictividad permanente, era con quien más me peleaba. Era un niñato repelente en plena edad del pavo al que mi abuelo le había comido la cabeza. Era un cromañón en potencia, a pesar de ser un niño defendía cosas y usaba un lenguaje de viejo de las cavernas. No pensé que me iba a regalar nada, pero lo hizo. Me dio una cajita negra en cuya cubierta ponía «Scriveiner»: era una bonita pluma roja. Hacía años me encantaban, mi abuelo me enseñó a escribir correctamente y lo hacía con pluma y a ordenador. Escribía cuentos, sobre todo de ciencia ficción, que eran los que más me gustaban; pero eso era cosa de otra época.

Al igual que mi padre, odiaba la Navidad, y no supe hasta el último momento si iba a ir a la cena, por lo que no le compré regalos a nadie. No se lo esperaban así que no se decepcionaron, aunque no pude evitar sentirme un poco mal. Tendría que comprarles algo para Reyes.

Apenas había visto a mi padre desde la mañana de Navidad, era con quien más relación tenía de mi familia. La complicidad en temas políticos, culturales o sociales era plena. Era un hombre moderno, deconstruido y aliado, pero desde hacía tiempo estaba un poco cambiado, desnortado, me daba la impresión de que iba un poco a la deriva con su vida. Su relación con mi madre era casi inexistente, la veía sufrir, y eso no me gustaba nada.

Nochebuena la pasé en familia y Nochevieja fui a pasarla con mis amigos, a pesar de lo que había pasado no quería romper mis vínculos con todos. La cena era en casa de Mario e íbamos a ser más de veinte, pensaba que podría evitar la mayor parte del tiempo a Tomás y a Claudia sin problemas, por lo que decidí acudir. Mario vivía en Zarzaquemada en un piso grande, en la antigua casa de sus abuelos. Habían fallecido hacía unos años y los padres de Mario decidieron que podía quedársela él y así no tener que pagar alquileres, que en Leganés no dejaban de subir.

Hicimos un bote para la cena, pero casi todo se gastó en alcohol, por lo que la comida en sí fue a base de pizzas y patatas fritas. Aun así fue agradable, el ambiente era alegre y se fue animando la cosa según la gente iba bebiendo. Una amiga de Mario, Eva, estaba haciendo de DJ y ponía sobre todo música electrónica, apartamos la mesa del comedor tras la cena y todo el mundo se puso a bailar.

Claudia no paraba de mirarme mal desde lejos, debía estar picada por algo, pero, por suerte para mí, no se acercó en toda la noche. Tenía mal beber, acabó la noche vomitando y mareada en una esquina, sola y borracha. Con Tomás la cosa fue bastante diferente.

—Buenas, Alba –me saludó Tomás sonriendo y con una copa de vodka en la mano–. ¿Podemos hablar?

—Prefiero que no, Tomás. No quiero ninguna relación contigo –respondí negando con la cabeza.

—Pero Alba…

—¡He dicho que no! –respondí elevando el tono–. Quiero que me dejes en paz.

La gente comenzó a mirarnos, por lo que decidí alejarme de él e ir a otro punto del salón.

Se quedó unos momentos petrificado, humillado ante la mirada de todos. Eva subió el volumen de la música y poco a poco todos volvieron a estar centrados en sus cosas: de forma especial en el baile, en ligar y en el alcohol. Tomás, con cara de pocos amigos, se marchó a una esquina con Pedro y Jaime, otros dos colegas míos, que estaban metiéndose rayas de farlopa en una pequeña mesa de cristal. Todos iban pasando por esa mesa, yo me abstuve, prefería el «eme» y el whisky, tenía mi bolsita y no quería compartirla con nadie.

Sobre las cuatro de la mañana Jaime intentó liarse conmigo, me lo había tirado un par de veces, pero desde el incidente del otro día con Tomás no quería tener nada que ver con la gente del grupo con la que ya había tenido sexo. Ya me había aclarado y quería conocer a alguien de verdad, y ninguno de los allí presentes servía para lo que yo quería. Así que de forma no muy cortés aparté a Jaime y le dije que no quería nada con él.

Al rato se puso pesado y comenzó a tocarme por la espalda de improviso. Me di la vuelta y le pegué un sonoro bofetón. No quería que nadie me metiera mano de esa forma. Se quedó petrificado, al igual que el resto de mis colegas. Se mantuvo con la mano pegada a la cara mirándome con los ojos exorbitados. El ambiente estaba demasiado viciado, sin mediar palabra y ante la atenta mirada de todos los presentes cogí mi bolso y me fui. Nadie intentó detenerme, yo iba borracha, pero el resto estaba mucho peor.

Salí a la calle y me puse la chaqueta negra, a juego con mi vestido corto y mis Air Max, hacía frío, pero quise ir mona a la fiesta. «¿Quién me mandaba venir?», pensé riéndome para mis adentros. Saqué el bolígrafo metálico que me regaló mi abuelo y me lo colgué del enganche que tenía en la solapa de mi chaqueta. Me encantaba, tanto su tacto metálico como su función. Me puse los cascos y me fui andando para casa.

Cuando iba por una callejuela del centro alguien me empujó contra la pared, forcejeé para liberarme, pero no pude. Noté una cara pegada a la mía, olía a alcohol.

—Hola, putita. ¿Te acuerdas de mí? –Era la voz del chico que me acosó junto al Potitos.

Me quedé blanca, no pude ver si estaba solo, estaba inmovilizada. Presionaba con fuerza, empujando con su antebrazo mi cuello contra la pared. Soltó la otra mano con la que me agarraba del abrigo y comenzó a subirme el vestido. La sensación de asco y de impotencia se apoderó de mí, en un último acto de valor aproveché cuando aflojó un poco el agarre para sacarse la polla y metérmela para girarme. No conseguí apartarme para salir, solo quedarme frente a frente. Con horror pude ver que no estaba solo, sus dos amigos del otro día estaban a su espalda, riéndose de mí y esperando su turno. No había un alma que pasara por allí, pero la calle Juan Muñoz estaba justo al lado.

Me agarró con violencia de los hombros contra la pared, con el pantalón bajado y el pene erecto al aire. Agarré su pequeña polla con la mano y tiré con todas mis fuerzas hacia la derecha. Pegó un grito y se agachó agarrándose sus partes. Me dio el tiempo justo para engancharle por la pechera y pegarle con el bolígrafo en la cabeza. Le golpeé dos veces y salí hacia la izquierda. Grité como una loca y lancé golpes al aire, sus amigos, evidentemente drogados y medio atontados, dudaron el tiempo justo para que pudiera salir corriendo mientras su amigo se dolía agachado de los golpes.

Salieron corriendo detrás de mí, pero en cuanto llegué a la calle Juan Muñoz dejaron de perseguirme. No dejé de correr hasta llegar a mi casa. Estuve a punto de vomitar del esfuerzo cuando paré. Estaba muy mal físicamente, pero el miedo me espoleó. Avisé a mi madre según conseguí alejarme sin parar de correr. Me estaba esperando junto a mi hermano en la calle cuando llegué.

Me abrazó sin saber qué había pasado, ya que, entre los jadeos, las lágrimas y todo el ajetreo tampoco les pude explicar bien lo que acababa de ocurrir. Estuve llorando en los brazos de mi madre unos minutos sin decir nada. Me hicieron entrar en casa y sentarme en el sofá. Pasé un buen rato hipando y llorando de forma desconsolada. Mi hermano estaba de pie con los brazos en jarra desesperado por saber qué había pasado. Mi madre me acariciaba la cara y no dejaba de abrazarme. Mi abuelo entró por la puerta alterado, vivía más o menos cerca y antes de que consiguiera contar lo sucedido ya había llegado.

—¿Qué ha pasado, mi niña? –me preguntó con una voz dulce impropia de él, poniéndose en cuclillas y apoyando una mano en mi pierna.

Tardé unos segundos en hablar. Suspiré de forma pesada y mirando al suelo por fin conseguí explicarme. Les dije que me habían intentado violar en el centro, los mismos chicos con lo que tuve problemas hacía poco tiempo.

—¡Argh! –gritó mi abuelo enfurecido poniéndose de pie y a golpear muebles. Tras hacerlo se volvió a acercar y me preguntó–: ¿Pero estás bien? ¿Te han hecho algo? –preguntó intentando parecer estable, pero con una respiración alterada que movía su pecho de forma visible, con los puños apretados y con una mirada contenida, pero asesina.

—Sí, conseguí zafarme de ellos gracias a tu bolígrafo –contesté casi sin voz señalando el kubotán sobre la mesa. Me di cuenta de que estaba manchado de sangre.

—Menos mal –respondió mi abuelo poniéndose a andar de un lado para otro–, menos mal.

Mi madre estaba petrificada, con una mano apoyada en mi regazo. A mi hermano se le resbalaban lágrimas de pura rabia, despacio, pero sin dejar de fluir.

—¿Y sabes quién ha sido? –preguntó mi abuelo volviendo a ponerse en cuclillas junto a mí.

—La otra vez pregunté por ese chico y me dijeron que se llama Hasán, y que es de San Nicasio –me encogí de hombros–. No sé si será suficiente información para la denuncia.

—¿¡Denuncia!? –elevó la voz mi abuelo–. Claro que va a ser suficiente, pero no para ninguna denuncia. –Se levantó y en un ataque de furia salió por la puerta. Mi hermano salió detrás de él.

Mi madre me miró con ternura y volvió a abrazarme. Cuando estuve tranquila, pensé en ese momento, mi madre puso una cara que me dio a entender que ella tampoco quería denunciar como primera opción.

—¿Sabes algo de papá? –pregunté recostada sobre mi madre.

—No, hija. Está ilocalizable. Ha salido de fiesta.

Fue lo último que escuché, estaba cansada, poco a poco me fui apagando hasta quedarme dormida en el regazo de mi madre.

* * *

Costó averiguar quién era ese tal Hasán de San Nicasio, el único moro de mi gimnasio no le conocía, así que tuvimos que ir preguntando a algunos elementos de su zona. Tras apretarle las tuercas a algunos chicos con patinete conseguimos averiguar que vivía en la Plaza de la Mancha, número uno. Llevábamos varias horas por las inmediaciones. Al ser invierno podíamos estar

embozados sin levantar sospechas, estábamos sentados en un banco de madera que había justo a la derecha de su portal.

Olía a guiso, alguno de los vecinos de Hasán había estado cocinando, parecía algo de cordero. Estábamos solos en la Plaza, algún vecino salió o entró, pero en general no había mucho movimiento. Había un silencio general solo roto por alguna voz aislada y lejana desde algún piso y el sonido de algún grillo que había en la pequeña zona con césped que había justo detrás de nosotros.

No teníamos foto, pero sí una descripción bastante aproximada, me llevé a dos buenos amigos conmigo por si se complicaba la cosa: Antonio y Rafa. Desde la calle Río Manzanares llegó andando con tranquilidad un sujeto vestido con un chándal negro del PSG, pelo rizado y cara de no haber trabajado en su vida: encajaba con nuestro sospechoso.

Me acerqué andando despacio y de forma despreocupada, según me vio se tensó sobremanera. No echó a correr, era lo que más temía, pero a punto estuvo de hacerlo del sobresalto.

—¿Eres Hasán? –pregunté preparado para intentar placarle si echaba a correr.

—No, no me llamo así –respondió con cautela echándose la mano al bolsillo y temblando.

Su reacción no me gustó, estaba seguro de que era él. Saqué la mano de mi bolsillo y desplegué mi porra extensible. Hasán sacó una navaja, pero según intentó esgrimirla solté un golpe a la mano en que tenía el arma, haciendo que esta saliera volando; para continuar con un golpe certero a su cabeza antes de que iniciara la huida. Cayó al suelo redondo. Me puse sobre él y le pegué dos puñetazos. A mi alrededor estaban Rafa y Antonio prestos a meterse en la pelea. No hizo falta.

Estaba inconsciente, palpé en sus bolsillos y busqué su cartera, la tenía en su bolsillo derecho. Tenía documento nacional de identidad, se habría nacionalizado, regalaban la nacionalidad a gente que ni era española ni la merecía. En el documento ponía Hasán Bennani, era él.

—Vámonos rápido, antes de que nos graben o nos vea alguien –me habló Antonio acercándose y zarandeándome de un brazo.

—Espera, coño –respondí enfadado.

Me volví a poner encima, le hice una llave de brazo y le partí con un sonido quejumbroso y grimoso el brazo derecho; recuperé la posición e hice lo mismo con el brazo izquierdo. Me levanté y dejándolo en una posición un tanto antinatural en el suelo nos fuimos corriendo hacia donde teníamos el coche. Fuimos callejeando y controlando que no nos siguieran. A una relativa distancia de seguridad nos esperaba otro amigo presto a arrancar y salir pitando del lugar de los hechos.

Ese día salimos a celebrar por todo lo alto que la acción había salido bien. Ese despojo inmundo, ese infraser, se lo pensaría dos veces antes de volver a hacer algo como lo que intentó hacerle a mi nieta en mucho tiempo.

* * *

A pesar de que fue mi hija la primera que habló de denunciar el intento de violación que sufrió en Nochevieja tardé cuatro días en conseguir que fuera a la comisaría. Tenía miedo de volver a encontrárselo y, mi marido, Ramón, le había puesto la cabeza como un bombo: que si al denunciar iba a saber quién era, que si no había

pasado nada al final era mejor evitar problemas futuros y más tonterías por el estilo. Tuve que esmerarme al máximo para convencerla y eliminar la influencia tóxica de los comentarios de Ramón. Nunca había sido un hombre valiente, pero la fase miedica que tenía ahora era algo fuera hasta de su normalidad.

Fuimos a poner la denuncia a la comisaría de la Policía Nacional del centro. Era un complejo de grandes dimensiones que hacía unas décadas había sido el cuartel de la Legión. La entrada la habían reformado y estaba limpia y con aspecto de nueva. Subimos las escaleras y tras pasar el control de seguridad nos llevaron a mano derecha a la zona de poner las denuncias. Ramón se había empeñado en venir y estaba pesadísimo.

El policía que nos atendió era un hombre mayor un tanto regordete que debía estar cerca de jubilarse, fue simpático e intentó que Alba se sintiera cómoda en todo momento. Tras relatar los hechos mi hija, el semblante del policía cambió. Se le veía molesto, no con Alba, por supuesto, sino con los agresores.

—¿Descripción del sujeto en cuestión? –preguntó con los dedos puestos en el teclado del ordenador.

—Eran moros –contestó Alba.

—No creo que eso tenga importancia, hija –interrumpió Ramón.

—¿Puede callarse? –preguntó el policía cortante–. Usted no estaba allí y por supuesto que es relevante.

—Perdón, es la costumbre de rechazar los prejuicios de la gente –contestó un tanto avergonzado Ramón.

—¿Es usted tonto? –volvió a preguntar el policía con el ceño cada vez más fruncido.

Ramón explotaba con estas cosas, se estaba enfadando por momentos, pero en aquella ocasión no iba a permitirle que hiciera el gilipollas o el pedante. Cuando se disponía a hablar no se lo permití.

—¿Te puedes callar, Ramón? No hemos venido aquí a escuchar tus gilipolleces de siempre. Estamos aquí por tu hija. Si no sabes comportarte vete de aquí –le dije elevando la voz y mirándole de forma directa a los ojos.

Ramón sabía que si decía lo más mínimo me pondría a decirle de todo, así que se tragó su orgullo y se mantuvo callado poniendo caritas y resoplando de vez en cuando.

Pude ver cómo el policía se estaba aguantando la risa, se le escapaba la sonrisa. Tras escuchar de forma detallada la descripción, apuntando hasta el último detalle, nos preguntó si estábamos conformes con la denuncia después de leérnosla. Alba dijo que sí y la firmó. Una vez terminamos nos dispusimos a salir. Cuando llegamos a la sala previa a la entrada de la comisaría el policía que tomó declaración a Alba nos llamó.

—Ahora que hemos terminando ya puedo enseñaros esto. –Tenía una foto de un chico marroquí en la mano, impresa en un folio.

No estaba segura de que esto fuera ortodoxo ni incluso legal, pero todo lo que fuera en favor de mi hija me parecía bien. Pude adivinar las intenciones de decir algo de Ramón, con solo ver mi cara se abstuvo de decir nada.

—Es ese, es él –respondió Alba afectada. La agarré con mi brazo izquierdo abrazándola.

—Pues ya lo tenemos –sonrió el policía–. Te llamarán para la rueda de reconocimiento. Tenemos fresca su cara porque ha venido esta mañana aquí a poner una denuncia.

—¿Una denuncia de qué? –pregunté alarmada por si era una estrategia contra Alba por miedo a que tomara acciones legales.

—Alguien le ha dado una paliza, le ha roto la nariz, dos dientes y los dos brazos. Teníais que haber visto cómo ha venido con las escayolas. Ha sido un descojone –el policía se estaba riendo a más no poder–. Ha debido de meterse en algún otro lío –afirmó guiñándonos un ojo.

—Pero no le da vergüenza ser un puto racis…

Un sonoro bofetón acalló a Ramón. Me ardía la mano. Se echó hacia atrás con una mano en la mejilla izquierda, desubicado y avergonzado en cuanto comprendió lo que había pasado.

—Ramón, eres un puto gilipollas, está tu hija presente y te vas a poner a defender a quien ha intentado violarla, pedazo de subnormal. –Estaba ciega de ira, el policía tuvo que sujetarme porque me tiraba a volver a pegarle.

Mi hija estaba indignada, se mantuvo a mi lado todo el tiempo. Se metieron varios policías por el medio y se llevaron a Ramón a otra sala. Al no querer él poner denuncia nos dejaron irnos. Se fue el primero, sin ni mirarnos a la cara.

—¿Pero qué coño le pasa? –preguntó el policía de la toma de la denuncia.

—Pues que es un subnormal, ya lo ha visto –respondí sin ninguna intención de defenderle–. Vámonos hija, gracias agente.

El policía se despidió amablemente de nosotras y nos recordó que nos llamarían.

La rabia me consumía, ¿cómo se le ocurría sacar sus mierdas de puto progre con la situación que estábamos viviendo? Más si cabe cuando era con respecto a quién había intentado violar a nuestra

hija. Valiente excremento de persona. Seguía absorta en mi enfado con Ramón cuando mi hija me abrazó con fuerza.

—Gracias por todo, mamá –me dijo mientras las lágrimas corrían en abundancia por sus mejillas con voz temblorosa–. De verdad, gracias por todo lo que haces por mí. –Mantuvo el abrazo por largo tiempo.

—No se merecen, hija. –La apreté con fuerza contra mi pecho–. Es mi obligación como madre, para eso está la familia.

—¿Por qué papá ha actuado así, mamá? –preguntó cuando nos separamos con un tono de tristeza que me dolió en el corazón.

—Por sus tonterías de progre, hija. Pero no quiero discutir –levanté las manos en señal de paz–. Solo quiero que estés bien.

Para mi sorpresa no hubo réplica por su parte, se quedó pensativa, no salió de ese estado hasta llegar a casa.

Allí me esperaba una buena después de lo que había pasado, encima mi padre si no estaba allí con David poco le faltaba para estarlo. Solo pedía que no estuviera presente cuando discutiéramos, si yo estaba calentita con el tema no me quería imaginar cómo estaba mi padre. Tenía más peligro que yo. Además, sospechaba que el incidente que había tenido el hijo de puta violador ese no nos era tan ajeno como a simple vista pudiera parecer.

* * *

Fuimos tranquilas dando un paseo hasta casa, incluso paramos a tomar un café por el camino en la Cafetería Eiffel para que Alba se relajara. Sus toldos azules me recordaban a un buen café antes de

que me viniera el olor al entrar. Parecía que había surtido efecto, Alba estaba más tranquila, pero me daba miedo que en cuanto llegáramos a casa se desatara la tormenta.

Abrí la puerta resignada a lo inevitable, me esperaba una explosión de reproches y gritos, pero solo encontré silencio y rostros de expectación: los que estaban en el salón de casa eran mi padre y David.

—¿No ha venido Ramón? –pregunté extrañada.

No dio tiempo a que contestaran, la puerta del dormitorio se abrió y Ramón salió hecho una furia, respirando por la boca de forma ahogada, con las manos temblorosas y con la mirada fuera de sí.

—Contigo quería hablar yo… –dijo a modo de saludo.

Mi padre empezó a observarle con una mirada torva, levantándose poco a poco de su silla. De la incertidumbre que había sentido hasta ese momento no quedó nada, según le vi la cara me vinieron los recuerdos de cómo se había comportado. Me envaré y torcí el gesto, dispuesta a bajarle los humos rapidito.

—David, llévate a tu hermana a dar una vuelta –dije señalando hacia la puerta sin mover ni un ápice mis ojos de la cara de Ramón.

David cogió de la mano a su hermana y se la llevó a dar un paseo. Alba nos miró con cara de preocupación, pero obedeció sin rechistar. Salieron por la puerta a los pocos segundos.

—Tú también puedes irte –añadió Ramón indicando a mi padre la puerta. La respuesta de mi padre fue diferente a la de los niños a mí.

—Yo no me muevo de aquí sin saber qué coño ha pasado –respondió con determinación cruzándose de brazos.

—¡Que te vayas de mi casa, joder! –gritó Ramón escupiendo perdigones.

Mi padre se descruzó de brazos y amagó con dar un paso hacia Ramón, este en un gesto cobarde retrocedió achicándose, solo para volver a sacar pecho cuando vio que no había peligro inminente.

—Sois tal para cual, Sara. Estáis fatal –volvió a gritar Ramón. Mi padre estaba a punto de pegarle, y eso que no sabía ni lo que había pasado–. Me voy de esta casa de locos. Espero que seas muy feliz con tu familia, Sara. Yo ya no te aguanto un minuto más aquí.

—Tanta paz lleves como descanso dejas, imbécil –contestó mi padre airado cerrando ambos puños y agitando el derecho hacia delante, en dirección a Ramón.

Se le cambió la cara, tragó saliva y en un intento de salvar su dignidad levantó la cabeza y se dirigió a la puerta. Solo cuando la tenía abierta y se encontraba fuera añadió girándose:

—Sé que has sido tú el de la agresión a ese chico. Eres igual de delincuente que él o más.

Ramón cerró dando un portazo, mi padre avanzó para ir detrás de él y pegarle, le sujeté de la cintura e intenté detenerle.

—¿¡Qué haces!? Suéltame –exclamó indignado.

—Ya le he pegado yo hoy, no es cosa tuya ya. Para, por favor –respondí intentando frenarle con todas mis fuerzas. Ya estábamos ante la misma puerta.

—¿Qué? –preguntó parando de forcejear–. ¿Cómo que le has pegado?

—Sí, por subnormal –contesté ya de pie y con mi padre más relajado–. Ahora no me apetece hablar de ello, papá.

—Bien merecido se lo tiene. A saber qué te habrá hecho esta vez.

—No lo quieras saber –contesté y expiré intentando relajarme–. Lo importante es que la denuncia está puesta y Alba está más tranquila. Ramón ya volverá si tiene que volver, y si no, pues que no vuelva. Me da igual ya.

—Olé, qué alegría oírte decir eso. ¿Entonces si lo veo le puedo pegar? –preguntó poniendo carita de inocente.

—Papá…

—Bueno, pues nada. Entonces no pegaré a nadie –respondió con tono de burla abriendo los brazos y mirando al cielo.

—Por cierto, papá. Ya que hablas de pegar. No tendrás nada que ver en lo que le ha pasado a ese bastardo violador, ¿verdad? –pregunté cruzando las manos y mirando a mi padre con la cabeza ladeada.

—¿Qué le ha pasado? –preguntó.

Ahí fue cuando le pillé y supe que había sido él. Su cara era la confirmación de mis sospechas. Puso cara de intrigado, pero a mí no me engañaba, le conocía demasiado bien. Renegué con la cabeza y sonreí. Abrí los brazos y le di un buen apretujón.

—Sobran palabras, papá.

—Sobran palabras, hija.

Reencuentros

El

piso que me alquilé en San Nicasio no estaba mal, aunque era uno de los barrios donde los precios estaban más bajos en Leganés seguía siendo elevado, más para pagarlo yo solo. Pero necesitaba salir y alejarme de mi familia, en especial de mi mujer. Me tenían hartos, hasta mi hija me había decepcionado. Las últimas veces que hablé con ella por teléfono la noté distinta. Esa experiencia traumática que tuvo le había afectado, estaba rara y yo no tenía tiempo de estar pensando en los demás, debía centrarme en mí mismo.

Pasaba los días trabajando, al medio día después de comer iba a la okupa de Susi a acostarme con ella, volvía al trabajo y al salir o bien me iba a descansar o iba al gimnasio. Algunas veces hacía planes con Susi después del trabajo, pero uno o dos días a la semana, no más. Ella no era gran cosa en la cama y tenía peor cuerpo que Sara, pero la novedad de acostarme con otra mujer me encendía el ánimo. Había recuperado el deseo.

Llevaba mes y medio sin pasar por mi anterior casa, un periodo en el que no discutí con nadie ni tuve que hacer cosas que no quería. La vida sin mi familia estaba siendo una segunda juventud, me sentía pleno y feliz. Al cabo de veinte días dejé hasta de llamar a mis hijos, si querían algo que me llamaran ellos: no lo hicieron. Debían de estar resentidos conmigo, malmetidos por su madre o su abuelo. De David me lo podía esperar, pero de Alba…

Me dediqué a lo mío, la librería estaba más ordenada que nunca, seguí yendo al gimnasio y tenía más sexo del que había tenido en

muchos años. ¿Se podía pedir algo más?

Una tarde fui a ver a Susi y para mi sorpresa vi salir a un chaval de su okupa, debía tener más o menos su edad, incluso un poco menos. Cuando me vio miró de golpe hacia otro lado y se marchó. Llamé al portal y Susi tardó en abrirme. Entré y me la encontré despeinada, acalorada y medio vestida.

—Siéntate mientras me termino de preparar –dijo sonriendo mientras intentaba recolocarse el pelo.

Me entretuve mirando las ratas que tenía en una jaulita junto a la mesa del salón, olían un poco fuerte, a almizcle y amoniaco. Al rato salió de su habitación vestida como para irnos. Me acerqué y la besé con pasión, a la vez que intentaba desvestirla. Sujetó mis manos y se echó hacia atrás.

—Prefiero hacer otra cosa hoy, Ramón. Acabo de follar y no me apetece repetir tan pronto.

Un golpe me recorrió todo el cuerpo. ¿Me acababa de decir que se había acostado con otra persona? ¿Con el crío con el que me acababa de cruzar? Mi cara debió de ser un poema porque me preguntó si estaba bien.

—¿Te has acostado con otro hombre? –conseguí balbucear.

—Claro –respondió levantando las cejas, sorprendida–. ¿Pensabas que no me acostaba con nadie más? Somos amigos, Ramón, somos almas libres sin restricciones. Estoy flipando. ¿No te acuestas con nadie más? Qué mal rollo.

—Pues no, pensaba que estábamos juntos, o por lo menos en exclusividad. Acabo de besarte y has estado ahora mismo con otro hombre –contesté arrugando el ceño tocándome con los dedos la boca.

—Primero, no seas homófobo ni tengas masculinidad tóxica –me señaló con la mano derecha mientras con la izquierda ponía el brazo en jarra–; segundo, ni siquiera tenemos una relación poliamorosa, solo amistad con sexo. No hay exclusividad ninguna.

—No me lo puedo creer –respondí echándome las manos a la cara con la cabeza gacha–. Dejé a mi mujer por ti.

—Ya no estás con ella, pero aun así no deberías decir «mi». Nadie es posesión de nadie, Ramón. Me parece muy fuerte que estés hablando en esos términos patriarcales.

—Se la has estado chupando a un crío y luego me has besado…

—¡Ramón! Esto es ya una red flag –me encaró y elevó la voz–. No pienso permitirlo. Estás siendo posesivo y homófobo. ¿Qué más da lo que haya hecho antes? Además, Richi es mi amigo.

No me lo podía creer, renuncié a todo lo que tenía por una persona con la que tener sexo ocasional. Muchos pensamientos vinieron a mi cabeza, comencé a ahogarme, a sentir mareos. Me sujeté en una silla e intenté tranquilizarme.

—Estoy flipando contigo. Pensaba que no eras un cromañón como la mayoría de los hombres. Eres un puto machista como todos los varones.

Exploté:

—¡Cállate! Deja de insultarme –levanté un poco la voz–. Me has jodido la vida.

—¡Fuera de aquí, tarado! No quiero volver a verte, y ya informaré de esto a las compañeras –gritó señalándome la puerta para después echarme a fuertes empujones.

Salí de allí enfurecido y dejando la puerta abierta. Subí por la Avenida de Fuenlabrada para volver hasta mi casa en San Nicasio. Cuando se me pasó el calentón reconsideré la situación. La había vuelto a pifiar, ahora por no tener no tenía ni siquiera una amante ocasional. «¿Qué iba a hacer ahora?».

De repente, comenzó a sonarme el móvil. Era Nicolás, no me atreví a cogerlo. Llamó varias veces y, tras un breve parón, me llegó un mensaje. Me decía que querían hablar conmigo, que Susi los había llamado y que mis actitudes no eran permisibles. Que tenía dos opciones: ir a una reunión para hablar o me echarían de todo. Me armé de valor y le llamé.

—Buenas, Nicolás, ¿qué tal estas? –pregunté a modo de saludo.

—Lo que has hecho es imperdonable, Ramón. –Su tono era osco, poco amigable.

—¿Lo que he hecho? –pregunté extrañado.

—Sí, esas actitudes no se pueden permitir. No admitimos maltrato hacia las mujeres de ningún tipo.

—No he maltratado a nadie, Nicolás. Nos conocemos de hace mucho tiempo. Hemos discutido fuerte, pero no soy un maltratador. Deberíais escuchar mi versión antes de hacer esas afirmaciones.

—Las mujeres no mienten cuando señalan a su maltratador. No tienen ningún motivo para inventarse nada –hizo una pausa larga que me resultó bastante incómoda–. Nos ha dicho que la has empujado; es decir, que has usado la violencia física contra ella.

—¿Violencia yo? No es verdad. He hecho cosas mal, lo admito, pero no he usado la violencia.

—Ya, pues nosotros la creemos a ella. Y vista tu actitud negacionista creo que no deberías volver nunca a ningún espacio social de

Leganés. Estás vedado. –Tras sentenciarme colgó el teléfono.

No podía creérmelo, mis amigos de los últimos años también me daban la espalda. Con todo lo que habíamos hecho juntos y por solo un desliz me fusilaban. No entendía nada, seguí caminando, arrastrando los pies hacia mi casa. Intenté llamar a Susi y me había bloqueado, intenté llamar a Nicolás y el resultado fue el mismo. No podía entender cómo me daban todos la espalda.

Pasaron los días y nadie me cogía el teléfono, nadie quería saber de mí. Cansado del aislamiento decidí ir a La Libre a hablar con Nicolás. Me echó de malas formas volviéndome a recordar que tenía los espacios sociales de Leganés cerrados. Solo me quedaba el trabajo y el gimnasio, y en la librería dejaron de venir algunos clientes, con los que sin duda Susi o Nicolás habrían hablado.

* * *

Al principio lo pasé mal, a pesar de todo habían sido muchos años, más de veinte, pero con el paso de los días empecé a remontar. Las primeras semanas miraba el móvil cada poco tiempo esperando alguna llamada o mensaje de Ramón. Le llamé varias veces cuando estaba todo reciente, después decidí no volver a hacerlo más. Si quería algo que me llamara, no iba a ir detrás de él, y menos después de lo que había hecho. La vida era rara sin él, la casa estaba distinta; sin embargo, estreché lazos con mis hijos, en parte empezamos a ser una familia unida de nuevo.

Estaba haciendo la limpieza grande semanal de la casa cuando comenzó a sonar Cadillac solitario, de Loquillo. Era el tono que tenía mi teléfono. Miré y vi que era Ramón. Suspiré y no me apeteció

cogerlo, pasados dos meses no tenía ganas de hablar con él: había sido un cretino. Tiré el móvil al sofá y seguí haciendo mis cosas.

Cuando terminé todo fui a mirar la hora y vi que me había llamado tres veces y que me había escrito un mensaje al WhatsApp. Quería quedar, me lo pensé unos segundos y le respondí. Al final acordamos quedar en el bar de la esquina de casa, no me apetecía estar con él a solas en mi propio hogar. Había decidido irse y no quería que volviera a estar allí más.

Estaba menos nerviosa de lo que hubiese supuesto si me hubieran preguntado en cualquier momento anterior a ese instante. Estaba en el bar de Yuan, sentada al fondo para que nadie me molestara, tomando un café con leche. A esas horas no solía haber nadie en el bar, excepto los chicos que estaban todo el día en la terraza. No recordaba lo sucio que estaba todo, desde que dejó el bar el señor Izquierdo se había echado a perder. Él nunca hubiera permitido que el suelo estuviera lleno de restos de comida, servilletas arrugadas y negro de no fregar.

Ramón llegó tarde, cuando le vi me dieron ganas de levantarme e irme, odiaba la impuntualidad, más aún con cuestiones de importancia. Me dio dos besos y se sentó enfrente. Yuan le trajo un tercio y nos dejó solos.

—Una vez pasado el tiempo mínimo creo que deberíamos hablar de lo nuestro –me dijo yendo directo al grano y pasando su dedo índice haciendo movimientos circulares sobre la boquilla de su tercio.

—¿Lo nuestro? –pregunté echándome hacia atrás en la silla y cruzando los brazos sorprendida.

—No me interrumpas –me paró abriendo la mano hacia delante–. Ese ha sido uno de nuestros problemas.

Quería acabar con esto cuanto antes, así que me contuve y no le contesté a nada. Solo mantuve la mirada fija en su cara para incomodarle, aunque no hizo mucho efecto, se tenía en alta consideración como orador y seductor. Continuó con su exposición.

—Quiero saber si estás dispuesta a retomar nuestra relación bajo ciertas condiciones, Sara. –Tras una pausa, se puso a asentir con la cabeza. Me daban ganas de meterle un puñetazo–. Nuestra relación estaba seca, por lo que creo que deberíamos apostar por una relación abierta.

Casi me atraganté, tuve que escupir el café que estaba bebiendo de vuelta a la taza, tras lo cual me puse a toser. Me enderecé mirándole con los ojos fuera de sí y enrojecidos. Él se echó hacia atrás sorprendido.

—¿Relación abierta? ¿Estás loco? Por no estar no estamos ni juntos –le señalé con rabia–. Tú me dejaste, así que ahora ya no hay más.

—Nunca hemos llegado a dejarlo, no hemos tenido esa conversación. Eso es interpretación tuya –respondió juntando las yemas de los dedos. Odiaba cuando se hacía el interesante. No lo era.

—¿No lo hemos dejado? –pregunté con una sonrisa cruel–. Pues te dejo yo ahora. Haz tu vida, Ramón. Lejos de mí. Solo he aceptado esta reunión porque creo que deberíamos tener una relación sana como padres por los niños, nada más.

Su cara estaba descompuesta, estaba claro que las cosas no estaban saliendo como él quería, estaba pálido y tragó saliva con dificultad antes de hablar.

—No sé qué decir, pero no me gusta tu actitud, Sara –reprochó intentando echar balones fuera.

—Haz tu vida, Ramón. Tú y yo hemos terminado.

—Llevo tiempo haciendo mi vida, Sara –afirmó elevando la voz y asintiendo mientras sonreía.

—¿Me has estado engañando, puto subnormal? –Me levanté y se echó hacia atrás asustado–. No te parto la cara porque no mereces ni el esfuerzo. No vuelvas a escribirme en tu vida, basura.

Fui hacia la puerta no sin antes decirle a Yuan que pagaba él. Salí y fui directa hacia mi casa. Por suerte para él, no me siguió, no hubiera podido controlarme. Ese cucaracho, despojo social, ¿cómo podía haberme engañado? Me sentía sucia. Fui a casa, cogí mi mochila y me fui directa al gimnasio.

Me costó digerir todo lo que había pasado con Ramón, no me hundí porque me centré en mí misma y en mi familia. Me pasaba el día trabajando, leyendo y entrenando. Había recuperado la mejor forma que había tenido nunca. Antonio cada vez era más exigente conmigo, parecía que me estaba preparando para un campeonato mundial en Las Vegas.

Tuve un problema con un paquete que debía llegar a mi casa, tuve que ir a por él a la oficina de Correos, en la Plaza del Salvador, junto a la parroquia. Eran unos materiales de oficina que necesitaba desde hacía días, así que me tocó ir hasta allí. No tardé más de quince minutos.

Como me temía, en Correos había una cola de espera considerable, cuando tocó mi turno estaba ya que me subía por las paredes. Encima el oficinista fue un borde y tardó un buen rato en gestionar la entrega. No entré al trapo, quería salir de allí cuanto antes.

El centro estaba menos transitado que de costumbre, esos días eran los mejores para dar un paseo por la zona. Cuando estaba volviendo a mi casa con el paquete en las manos pasé por La Taberna de

Quique, en su puerta estaba Jesús sonriéndome y esperando a que pasara para hablarme.

—Es el destino, Sara. Quiere que nos encontremos. Además, un pajarito me ha dicho que te has quedado soltera –me dijo invitándome con un gesto con la mano a que me uniera a él en la pequeña mesa alta en la que estaba tomándose una cerveza, supongo que haciendo tiempo para algo, pues estaba solo.

Me lo pensé un segundo, pero tampoco iba a sentarme mal tomarme un agua con limón con él. Dejé el paquete encima de un taburete que estaba al lado de la mesa y me quedé de pie junto a él.

—Voy a enfadarme con Verónica por hablar tanto de mí –respondí. El camarero se acercó y le pedí el agua con limón.

—Bueno, soy yo el que le pregunta. No es culpa suya. –Bebió de su tercio y continuó–: ¿Entonces me vas a desbloquear ya? –Tocó con su mano derecha la mía, acariciándome.

—No, aún no quiero tener citas –contesté retirando la mano despacio, sin brusquedad–. Es demasiado pronto. Es mejor estar bien y estable antes de dar ese paso.

—Bueno, esperaré entonces –sonrió recogiendo su brazo–. No tiene ninguna importancia.

—Puede que te toque esperar para siempre –contesté riéndome.

—Soy un conquistador, esperaré lo que haga falta.

La verdad es que era simpático y agradable. Sin duda lo prejuzgué. Estuvimos hablando mínimo media hora. Los amigos con los que había quedado vinieron y les dijo que se fueran a otra mesa a hacer un poco de tiempo, que ahora estaba ocupado en algo importante. Me sacó la sonrisa. Hablamos de boxeo, resultaba que era

aficionado, y de historia de España. Parecía un hombre culto, para mí eso era algo importante. Me estaba ganando poquito a poco, pero aún no estaba para esas cosas. De ese encuentro saqué risas, una buena conversación y dejar de pensar en cosas feas por un momento.

—Me tengo que ir, Jesús. Tengo que ponerme a trabajar –le dije cuando fui consciente de todo el rato que llevaba allí. Se me pasó volando el tiempo.

—¿Me vas a desbloquear? –preguntó levantando las cejas y señalándome de forma graciosa.

—Me lo pensaré. –Le di dos besos y me fui.

Fue galán, no intentó nada, no insistió en quedar y tampoco intentó forzar la situación.

Me fui de allí con una sonrisa y un poco tontita, pero en ese momento me tenía que centrar en mí. Yo era una mujer hecha y derecha, tenía que ir paso a paso en mi reconstrucción. «Quizá le desbloquee más adelante, ¿quién sabe?», pensé con una media sonrisa.

* * *

Con el paso de los días y de las semanas me fui tranquilizando. Perdí el miedo a ir por la calle sola, también he de admitir que iba preparada por si pasaba algo. Cambié el bolígrafo de mi abuelo por un táser que me regaló mi madre. Dejé de juntarme con mis antiguos amigos, y por extensión con los de mi facultad, que eran más o menos del mismo estilo en cuanto a gustos, actitudes y vicios.

Volví a escribir y a leer. Me leí el libro que me regaló mi abuelo por Navidad y resultó que me gustó, con lo que me había quejado… Estaba en un periodo amplio de reflexión, según me di cuenta de que algunas cosas de las que hacía y pensaba no eran correctas fueron cayendo una detrás de otra como fichas de dominó hasta el punto de haber entrado en una crisis general.

Me teñí el pelo de castaño, del color más parecido a como era al natural, adiós a los colores llamativos y a las rastas. Empecé a hacer algo de deporte por mi cuenta, salía a correr y hacía algunos abdominales y sentadillas. No quería ir aún a un gimnasio, pero quería hacer algo.

Al dejar de juntarme con malas compañías dejé de drogarme, o casi, solo me fumaba algún canuto de vez en cuando. Comencé a quedar de tanto en tanto con Rafa para tomar algo y charlar, para nada más. Era el único con el que me apetecía estar, estaba muy agradecida por todo lo que hizo por mí. Mi abuelo me acabó confesando lo que pasó en San Nicasio y que Rafa estuvo en todo el meollo. Con él me sentía segura y cómoda.

Estábamos en la terraza del Ohlala, un bar de la calle Juan Muñoz con grandes cristaleras. La terraza consistía en unas mesas metálicas decoradas con bonitos manteles con las típicas sillas bajas sobre una alfombra que imitaba al césped. Yo me estaba tomando un helado, Rafa estaba con un batido.

—Me alegro de que hayas vuelto a entrenar, Alba. Se te ve más contenta.

—Sí, aunque creo que voy a ir pronto al gimnasio, en casa termino vagueando. También te digo que tengo unas buenas agujetas, eh. Mi madre está contenta, está flipando conmigo –respondí apoyando la cabeza en su hombro.

—Normal, el cambio es evidente. Estás guapísima con el pelo así.

Disfruté del momento. Le miré con malicia sonriendo mientras me metía una cucharada de helado en la boca.

—Así que estoy muy guapa, Rafa.

Pegó un respingo en la silla y se recolocó nervioso.

—Eh… sí… claro –consiguió responder.

—Vaya, vaya –respondí riéndome e intentando meterle una cucharada llena de helado de coco en la boca. Se resistió entre falsas quejas y risas.

Terminamos y tras pagar fuimos hacia mi casa, siempre me acompañaba, aunque no vivía cerca de mí. Me gustaba dar paseos con él. Anudé mi brazo en el suyo y me pegué a él. Pude notar como se tensaba. Continuamos andando pasando por el campus universitario y continuando por Batallas. Cuando llegamos a la Plaza de Navarrevisca se soltó de mi brazo.

—Bueno, Alba. Un placer como siempre –se despidió acercándose para darme dos besos.

Le agarré de la pechera y de un fuerte tirón le acerqué ante mi cara, nos quedamos inmóviles mirándonos a un centímetro de distancia, frente a frente. Volví a tirar de él con fuerza y le besé con pasión, primero lento y luego de forma más acelerada. Cerró los ojos, qué tierno era, yo siempre besaba con los ojos abiertos, no me gustaba perderme ni un detalle. Cuando nos separamos estaba nervioso, sonreí y le volví a besar.

—No te preocupes por nada, me encantas y quiero probar por una vez conocer a alguien especial y quedarme solo con él. Esto que ha pasado ya ha sido pensado hasta el extremo. No te voy a hacer ningún daño, chico tímido –le dije acariciándole con la mano derecha el pecho sin separarme de él.

—Uf, solo quiero que estés segura de esto –respondió sin moverse ni un centímetro, con ambas manos en mi cintura.

Sonreí y choqué sin fuerza mi cabeza contra su pecho, ante lo cual me abrazó. Me sentía en una nube.

—Estoy segura del todo –susurré en su oído mientras me fundía en su abrazo. Esperé unos segundos para volver a hablar–. Hasta a mi abuelo le va a gustar esto. –Pude notar como se tensó, comencé a reírme sin poder parar–. De verdad que le va a encantar, no te preocupes.

Juntos pero solos

La

pobre Verónica estaba indignada, no paraba de quejarse de la poca suerte que tenía en las entrevistas de trabajo. Llevaba como nueve años en paro, vamos, que no es que hubiera trabajado mucho nunca. Sus padres eran rentistas y le pasaban dinero, nunca había tenido necesidad de nada. Quería trabajar para poderse pagar más caprichos de los que ya de por sí tenía.

Por descontado, no quería «trabajos de pobres», siempre optaba a puestos de poco esfuerzo y mucha remuneración. Con su ajustada formación, su poca predisposición al trabajo disciplinado y su «gran» experiencia no solían designarla como la persona indicada para ocupar puesto vacante alguno.

Llevaba más de dos horas sin parar de cotorrear y de hacer aspavientos de lo dura que era la vida para las mujeres empoderadas. Me estaba exasperando, no soportaba las chácharas feministas desde la niñez. No la contrataban por incompetente, no por nada relacionado con ser mujer o la dureza de la vida.

—¿Te puedes creer que me han pedido nivel de manejo de inteligencia artificial, tía? –Pegó un sorbo del whisky que tenía en la mano para tomar fuerzas antes de proseguir. Era el tercero que se tomaba–. Voy a tener que hacer algún curso o algo.

—Ahora se están empezando a usar para todo –contesté con pesar–. Son muy útiles para muchas cosas –hice una pequeña pausa–, pero para otras van a ser dañinas en extremo.

—Anda ya, ahora todo es mucho más fácil. Yo juego a preguntar curiosidades a ChatGPT y uso Craiyon para hacer memes –respondió riéndose de lo antigua que yo parecía ser–. Nos facilita la vida. Solo hay que formarse.

—Grandes tareas, sin duda –reí para mis adentros–. ¿Y cuando la IA pueda hacer el trabajo con el que tú podrías, porque tú no haces nada, colaborar en algo productivo? ¿No crees que serás prescindible? Bueno, en realidad estás ya en situación de paro crónico, ya eres prescindible.

—¡Tía! ¿No crees que te has pasado un poco? –preguntó alterada y mirándome con su cara de caniche enfadado.

—Perdona. –Era verdad que me había pasado, se lo mereciera o no–. Solo quería decirte que sin un desarrollo sostenible se va a sustituir a las personas con una celeridad que, si no se buscan alternativas, va a traer problemas, y no solo de ámbito laboral.

—Pues así dicho me ha sonado muy diferente a como lo has dicho antes –respondió aún enfadada.

—Además, hay otros problemas. Esto también va a afectar a la enseñanza, en especial a los niños. Como lo están enfocando, en vez de fomentar la capacitación de las personas y el uso de la tecnología como una forma de amplificarla, van a establecer dependencias y la gente cada vez va a ser más incompetente y menos inteligente.

—Anda ya, tía –me interrumpió haciendo un gesto despreciativo con la mano suelta agitando los dedos.

—Por no hablar de los sesgos que contienen y que se usarán para condicionar y controlar a la gente, que será cada vez más sumisa –continué tras su interrupción. Vi en su cara como no le interesaba nada lo que estaba diciendo, pero no iba a pararme con algo que me preocupaba tanto, que aguantara mi chapa–. Además, hay que tener en cuenta los problemas de seguridad y de suplantación de

identidad; sin dejar de tener presente que hay muchos más peligros en su desarrollo. Si nos dejamos la humanidad por el camino no hay progreso –finalicé mi larga intervención dando un golpecito con las manos abiertas sobre la mesa.

—Menuda chapa infumable me acabas de soltar, casi me duermo, tía. Eres una plasta. Madre mía qué paranoica. Lo mismo decían de las máquinas y mira. Ves demasiada televisión.

—La sustitución se va a dar en lo creativo e intelectual, matando… –continué.

—Para, ya. Por favor –hizo un gesto airado y amagó con levantarse–. Te juro que me voy. Menuda conspiranoica eres. No puedo más, vamos a cambiar de tema. Me estás matando.

—Cuando hablamos de temas que te afectan a ti los hablo contigo sin rechistar, aunque no sean de especial interés para mí. –Apuré lo último que quedaba de mi cocacola cero de un trago y la dejé con un golpe en la mesa–. Me parece un poco injusto.

—Bueno… pero vamos a ir cerrando el tema. Me agobias. ¿Y qué haría nuestra Sara Connor predilecta?

—Regulación y uso de la IA en provecho de la sociedad y no de las grandes empresas. Primar lo humano y proteger sobre todo a los jóvenes. Al igual que haría con las redes sociales.

—Claro, Eva Braun. Vas a decidir tú por los demás. Eso que dices es imposible –rio demostrando su más completa ignorancia. Verónica nunca había sido el lapicero más afilado del estuche.

—¿Acaso no se han llegado a acuerdos para controlar la clonación humana? –pregunté empezando a alterarme.

—No sé nada de esos acuerdos.

—Ese es el problema: no sabes de nada –contesté con tono áspero y cruzándome de brazos.

Verónica puso cara de que le había sentado mal, pero debió de observarme y darse cuenta de que la situación no iba a mejorar para ella. Decidió ignorar mis afrentas y cambiar de tema lo antes posible.

—Bueno, señorita. Un pajarito me ha contado que te has vuelto a encontrar con Jesús. –Repiqueteó con los dedos en la mesa cambiando de tema–. Después de lo que te hizo ese cerdo de Ramón no sé cómo no te lo has tirado todavía. Todos los hombres son iguales.

Apagó el cigarrillo casi terminado en el cenicero. Odiaba el olor a tabaco, pero el de Chesterfield de Verónica más que ninguno.

—Si todos fueran iguales tampoco quedaría con Jesús –reí mientras llamaba al camarero para que me pusiera otra.

—Ya me entiendes, tía. ¿Por qué no te fuiste con él? Yo si fuese tú me hubiera ido de cabeza. Con ese y con tres o cuatro más.

—Ese es tu problema. Llevo más de dos décadas con el mismo hombre. He de mirar por mí y no caer en dinámicas que me hagan daño. Lo primero es sanarme, luego ya conoceré a quien tenga que conocer –contesté con firmeza.

Lo que menos falta me hacía era entrar en una obsesión con acostarme con gente que ni conocía ni me iba a aportar nada bueno más que sufrimientos, recuerdos malos y un rato de dudoso placer.

—¿Tengo un problema, Sara? –preguntó haciéndose la indignada, levantando las cejas.

—Sabes que pienso que sí.

—¿Y tú sabes que yo pienso que el problema lo tienes tú? –preguntó apoyando ambas manos en la mesa y acercando su cara a la mía, a escasos centímetros–. Creo que estás un poquito mal follada.

—Según cuentas tú, a ti no te va mucho mejor, aunque folles mucho –respondí aguantándome la risa.

—Touché –respondió volviendo a su posición inicial mientras se descojonaba.

La tarde estuvo a punto de acabar mal, pero para mi sorpresa todo se reorientó y acabamos pasando una tarde bastante agradable. Me insistió por activa y por pasiva en que quedara con «el pobre Jesús». Por supuesto, no le conté que en realidad sí que me gustaba y que era posible que en el futuro pudiera ser que quedáramos. La plasta que me habría dado hubiera sido antológica.

* * *

No me podía creer que un lunes a las siete de la mañana estuviera despierta. No había ido a la primera hora de clase en todo el año. El profesor de Teoría del Estado iba a sorprenderse mucho de que con el curso tan avanzado tuviera una alumna nueva.

Llevaba dos semanas intentando levantarme pronto, me había acostumbrado a dormirme tarde y nunca me levantaba antes de las doce. Intenté hacerlo progresivo, pero no me levantaba antes de las once jamás. Ponía alarmas, pero las posponía una y otra vez: se estaba tan a gusto en la cama…

Empecé a acostarme más pronto, pero me quedaba dando vueltas o mirando al techo hasta las cuatro de la mañana. No había manera.

Pero aquel día decidí que lo iba a hacer por las bravas. Me dio igual lo tarde que conseguí dormirme, no me importó el cansancio, ni di oportunidad alguna de quedarme en la cama. Me bajé con fuerza y salí de mi habitación hacia el comedor. Estaba que me caía, me duché con agua fría para espabilarme, me tomé un café cargado y sin desayunar, ya que no me daba tiempo, salí de mi casa con mi carpeta en la mano.

Ya en el autobús iba dando cabezazos, apunto de dormirme, resistiéndome con todas mis fuerzas. Incluso tuve que pegarme pellizcos con fuerza en el brazo para no caer rendida. No iba a dar mi brazo a torcer. Una vez, mi abuelo me dijo que la fuerza de voluntad era una de las cosas que más importancia tenían en el desarrollo de una persona. Ese era el día de romper con todo lo que llevaba arrastrando durante tanto tiempo. No iba a permitir que nadie me quitara aquella oportunidad: era mi momento. Ese día, la fuerza de voluntad que tenía iba a marcar la diferencia.

Entré por las puertas naranjas de la entrada principal. No había casi nadie, subí a la segunda planta y entré en el aula de Teoría del Estado. El profesor entró a las ocho y media por la puerta, no éramos muchos en clase. Me senté al final por la vergüenza de que se sorprendiera al verme. Me preocupó un poco no conocer a ninguno de mis compañeros.

Aguanté la clase sufriendo, me apoyaba en mis manos, suspiraba y rascaba mis ojos enrojecidos. Sufrí la hora y media que estuve allí. La siguiente clase fue aún peor, cuando terminó a las once y media decidí ir a la cafetería a tomar un café doble. No aguantaba más.

Cuando llegué al pasillo vi de nuevo la facultad en que me había movido hasta entonces: gente fumando, jolgorio y caras conocidas.

—Ey, Alba –me saludó extrañado Julio ante mi nueva estética. Era un punki larguirucho, con mallas rojas y una camisa gris medio rota con el que me llevaba–. Tómate una litrona con nosotros, tronca.

—No puedo, voy con prisa a por un café, que tengo clase –intenté excusarme ante su cara de extrañeza sin detenerme ni por un segundo.

Delante de mí, junto a la puerta de la cafetería estaba Patri, la encargada del puesto de chuches. Intenté pasar sin ni mirarla, pero ella sí me vio a mí, y se interpuso en el camino que llevaba.

—Joder, Alba. Menudo cambio de look más duro –me dijo señalando mi pelo y mi ropa.

En su cara se veía preocupación. ¿Desde cuándo ir normal era algo preocupante o malo?

—Ya, necesitaba un cambio radical, tía. Estaba cansada de ir siempre igual –contesté bordeándola sin parar–. Luego te veo, que voy con mucha prisa a por un café, que tengo una clase importante.

Se quedó extrañada, mirándome en la distancia. Cuando pasé a la vuelta estaba despachando en el puesto de chuches a dos chavales y no pudo interceptarme de nuevo, vi que se me quedaba mirando fijamente. Si llego a haber tardado un poco más me hubiera vuelto a parar sin ninguna duda. Volví con rapidez al aula donde comenzaba Sociología.

En total fui a cuatro clases, lo pasé mal de verdad, pero ya se me había pasado el sueño. De hecho, estaba en el momento más activo del día. Evité pasar por la cafetería y me fui por una puerta secundaria. Caminé hacia la parada del autobús y comencé la vuelta a mi casa.

Saqué fuerzas de flaquezas y decidí dar el siguiente paso en mi recuperación. Puse mi móvil en modo avión, abrí mi carpeta y saqué un libro: La vieja guardia, de John Scalzy. Me costaba concentrarme, me entraba sueño, pero yo ya había tomado una determinación. La lectura como tantas otras cosas de la vida era un hábito, y yo iba a recuperarlo, costase lo que costase.

Las drogas las había dejado en gran parte, pero lo del alcohol me estaba costando más. Necesitaba desintoxicarme antes de poder volver a beber de forma responsable y de vez en cuando, no de forma diaria, mañana y tarde todos los días. Veía a alguien tomar alcohol cerca y me daba ansiedad. Me moría de ganas de beber, pero al igual que con los horarios había tomado una decisión: la iba a respetar y a llevar a término por encima de cualquier cosa.

Empecé a entrenar en casa, pensé que me ayudaría; pero no era suficiente. Necesitaba volver al gimnasio o volver a boxeo. Estuve practicando en el club de mi abuelo desde los catorce a los dieciséis, pero pronto empezaron a interesarme otras cosas y me di a la mala vida y el vicio. Sabía a la perfección que si no entraba en una dinámica sana de entrenamientos no conseguiría alejarme del mundo en el que había estado metida los últimos tres años.

Tomé la decisión de empezar a ir cuando me sintiera en forma, esperaba poder hacerlo en un par de meses. Me daba respeto por mi abuelo, pero estaba segura de que se alegraría. Solo se enfadaría si veía que me iba a otro sitio a entrenar, eso sí que no me lo perdonaría. Se lo tomaría como una traición a la familia, el club llevaba mi apellido.

* * *

El tobillo derecho me dolía de forma aguda cada vez que notaba que iba a cambiar el tiempo, estaba estirando la pierna en el sofá de casa de mi hija mientras veía con David una vieja película de Clint Eastwood: Harry el Sucio. Desde que el inútil de Ramón no estaba pasaba mucho más tiempo allí.

Había dos sofás negros alargados haciendo una especie de ele, separados por una mesita pequeña rectangular. La televisión parecía la de un cine de mi época. Siempre me sorprendía al mirarla, la mía no tenía más de veintidós pulgadas. David y yo estábamos en el mismo sofá, justo enfrente de la pantalla; a nuestro lado derecho, estaba sentada Alba, en el otro.

Estábamos viendo la película, pero no podía evitar observar que Alba no paraba quieta. Pillaba el móvil, renegaba y lo volvía a dejar. Lo volvía a mirar y volvía a hacer lo mismo, resoplando y haciendo aspavientos. Cuando vi que repitió más de cincuenta veces el mismo proceso decidí parar la película.

—¿Estás bien, Alba? ¿Alguna mala noticia? –pregunté irguiéndome.

—Ojalá, abuelo –respondió tirando el móvil al otro lado del sofá–. Tengo un problema con las redes sociales. –Se encogió de hombros frustrada.

—¿Problema de qué tipo? –pregunté pensando que la estaban acosando o chantajeando.

—No puedo parar de mirar el móvil. –Se echó las manos a la cara y bajó la cabeza hasta sus piernas–. Es como un tic, es superior a mí.

—Déjame tu móvil –pedí haciendo un gesto hacia donde estaba. Para mi sorpresa, cogió el móvil y me lo dio desbloqueado.

Fui a Bienestar digital y control parental y pude ver cuántas horas al día estaba con el móvil: ocho horas. Resoplé y la miré torciendo el gesto. Volví a respirar y me esforcé por hablar con dulzura y sin recriminarle nada.

—Alba, tenemos que hacer algo con esto –le devolví el móvil.

—Pues he bajado ya casi tres horas de uso diario, pero estoy atascada –me miró desolada y esforzándose por no llorar.

—Bueno, esto vas a poder con ello cien por cien. Eso seguro. De todas formas, creo que podemos ayudarte si te dejas –respondí con cautela por miedo a que reaccionara mal.

—¿Y qué puedo hacer aparte de lo que ya estoy haciendo?

–preguntó con una voz rota que me revolvió por dentro.

—Pues deberías hacer actividades que te impidan coger el móvil. Además, podrías darle a tu hermano el móvil cuando estés en casa y que solo te lo dé cada tres horas para mirar si hay algo importante –señalé a David a mi lado con el pulgar.

—Yo estoy dispuesto –respondió David con gesto serio.

—Podría ayudar, sí –contestó ella. Las lágrimas comenzaron a recorrer sus mejillas.

Me levanté y la abracé con fuerza, David se levantó y, en cuanto me separé, la abrazó él. Comenzó a hipar y las lágrimas se dispararon.

—Claro que sí, te vendrá bien. Primero necesitas desintoxicarte y luego ya establecer una relación sana con las malditas tecnologías. Debes primarte a ti misma, cariño –respondí emocionado.

—Sí, no queda otra –contestó recuperando un poco su tono de voz y frotándose los ojos.

—David –le di una palmada en el hombro–, ve a cambiarte, nos vamos a correr los tres.

—Voy, abuelo –respondió pegando un brinco y marchándose a la habitación.

—¿A correr? Llevo años sin correr. –Alba estaba cruzada de brazos, empequeñecida y cabizbaja.

—Pues llevas años de retraso. Estate tranquila que vamos a ir despacio. Cuando te canses seguimos andando. Dame el móvil, Alba.

Me dio el móvil y fue a cambiarse, por suerte su madre le había regalado ropa adecuada. En apenas cinco minutos estábamos corriendo en dirección a Zarzaquemada. Corrimos durante diez minutos y tuvimos que parar y ponernos a andar. Alba estaba asfixiada, pero daba igual, fue un paseo agradable en familia. Alba iba haciendo bromas y metiéndose con su hermano, se la veía tranquila. Yo intenté esconder cómo me sentía, por fuera no mostré mucho, pero por dentro estaba exultante. Era feliz de ver cómo iba mejorando en todos los aspectos mi nieta. Cualquiera lo hubiera dicho hacía unos meses.

* * *

En apenas un mes conseguí bajar las horas de móvil a tres al día, más de la mitad de ese tiempo era para cuestiones productivas: cosas de la facultad, buscar información que necesitaba y llamadas a Rafa o a mi abuelo. El tiempo que pasaba en redes sociales era nimio. Se me pasaron los tics de mirar el móvil y me sentía libre. Pude volver a concentrarme cuando leía y entrenaba casi todos los días.

Me hice amiga de una vecina, pasaba bastante tiempo con Rafa y en la facultad comencé a parar y relacionarme con gente diferente, más en la tesitura de sacarse la carrera y menos en la de vivir en una fiesta permanente.

Aún no iba al gimnasio, pero corría una hora cinco días a la semana, y hacía circuitos espartanos. Me sentía en forma, me sentía bien.

Salí a correr la primera semana con mi abuelo y David, pero tuve que dejar de hacerlo. Siempre los dejaba atrás y necesitaba esforzarme al máximo, tenía que dar lo mejor de mí misma. El último día que corrimos juntos, mi abuelo me cogió al final de la carrera del brazo y me dijo que era el último día que lo hacíamos, que había hablado con mi madre y que iba a empezar a ir con ella. Cuando dijo que estaba a otro nivel no pude evitar sonreír: me sentía orgullosa.

Las carreras con mi madre eran otra cosa, no sabía que corría tanto. Estaba en una forma increíble. Era incapaz de seguirle el ritmo, los primeros veinte minutos se adaptaba a mi capacidad, pero luego apretaba y me dejaba atrás. Es cierto que según pasaban los días lo hacía mejor, pero aun así no había manera. Lo máximo que conseguí fue aguantarle el ritmo de verdad los primeros veinte minutos, después era intratable. No podía igualarla.

Ese día fuimos desde la comisaría de Policía Nacional hasta el Parque Sur, ida y vuelta dos veces. Unos doce kilómetros. Cuando cruzamos el campus de la Universidad Carlos III andando hacia nuestra casa mi madre me pasó el brazo por encima del hombro.

—Has mejorado mucho, hija. ¿Por qué no vuelves a boxeo? El abuelo me ha pedido que vayas varias veces. Es insistente como solo él puede serlo –rio apretándome hacia ella para después soltarme.

—Cuando vayas tú –respondí chocando mi hombro contra el suyo y moviéndole unos centímetros hacia su izquierda. La verdad es que ya tenía pensado ir desde hacía tiempo.

—Ten cuidado con lo que deseas, lo mismo vuelvo un día y te cargo las pilas –me devolvió el empujón con el hombro mientras reía. Me desplazó más que yo a ella. Iba a tener que hacer pesas si quería revertirlo algún día.

Irrupción

Ocho

de la tarde, bastante tranquilidad por la calle, no podía decir lo mismo de lo que sentía en mi interior. Llevaba meses yendo a entrenar a escondidas, pero al ver la fachada del gimnasio no pude evitar sentir un escalofrío. Ese día veía a mi padre, todo era diferente en extremo.

Me planté en la puerta, respiré profundamente varias veces y armándome de valor fui hacia delante, embistiendo todas las dudas, pisando con fuerza. Nada más entrar me encontré a Antonio, sonrió sorprendido, pues no le dije nada, y vino corriendo a saludarme.

—Vamos, fiera. Valor y al toro. Ve a cambiarte. –Me zarandeó por los hombros para animarme y me dirigió hacia el vestuario.

Cuando salí pertrechada para entrenar vi que Antonio estaba con mi padre junto al ring.

—¿Cómo va a venir a entrenar el primer día con los competidores? Antonio, tiene que volver a clases normales para pillar el tono –oí decir a mi padre mientras llegaba desde su espalda.

—Anda ya. Tiene que venir aquí, no con las marujas de tus clases de después de comer. No seas así, Pepe –me defendió Antonio deseando que mi padre me viera entrenar.

—Casi una década dándome el coñazo para que volviera a entrenar y ahora no quieres que venga –me introduje en la conversación.

—No es eso, hija. Pero esto no son tus entrenamientos fitness. No estás preparada para esta clase. Deberías ir a las clases de introducción hasta coger físico. Además, hoy hay sparring, te van a pegar todos. Es mejor que vuelvas mañana a primera hora –respondió señalándome la puerta.

—Estoy en una buena forma, puedo hacer sparring sin problema –contesté aparentando estar enfadada.

Mi padre se puso serio y sacó una media sonrisa.

—Tú verás, las chicas no van a tratarte de forma especial. Luego no te quejes –respondió mi padre dándose la vuelta y dando un par de palmadas para llamar la atención de todos y empezar con el calentamiento.

Antonio se acercó a mí y cogiéndome del brazo me susurró al oído:

—Es el momento de darle una sorpresita a tu padre. –Me dio un golpe amistoso en el hombro y se mantuvo cerca observando todo.

La clase empezó con un asalto de comba, dos de sombra y un par de asaltos de saco ligeros. Fui tranquila, sin ahogarme ni parecer cansada, pero tampoco apretando. Mi padre me miraba con curiosidad, me veía aguantando bien, pero no lograba ver nada más, no iba a ponérselo fácil.

—¡Protecciones todos! –gritó.

Todo el mundo fue a por cascos y bucales. No tardamos ni un minuto en estar todos preparados. Mi padre se acercó y me puso con Susana, una chica que estaba compitiendo y aún no había pasado a profesional, aunque tenía bastantes peleas en amateur. Pesaba cinco kilos menos que yo.

—No creo que aguantes ni un asalto con ella. Estás fuera de forma. Ponte el casco, hija –dijo mi padre señalando hacia mi bolsa de

boxeo.

—Soy una García, no entreno sparring con casco –contesté mientras daba unos saltitos preparándome.

—¿Vas de listilla? Vas a acabar con una conmoción. Aquí le bajamos los humos rápido a la gente, Sara.

—Llevo toda la vida entrenando aquí, no soy una novata

–contesté con firmeza sin quitarle la vista a Susana de encima.

—Tú verás. –Se acercó al reloj y con un grito dio al botón verde y dio inicio al asalto de tres minutos.

Susana era más alta que yo, comenzó lanzando jabs, no me lo pensé, esquivé hacia la derecha entrando en su guardia. Empecé con un gancho al estómago para proseguir con una volea de derecha que entró de lleno a su cara, echándose hacia atrás. Vi como cambió su cara al recibir el golpe. Ahí se acabó su iniciativa.

No paró de retroceder en todo el asalto, intentaba mantenerme alejada con el jab, pero yo era más rápida. Esquivaba y entraba en su guardia, castigándola sobre todo en el cuerpo.

Mi padre estaba de brazos cruzados y con semblante serio a los pies del ring, la voz de Antonio llegaba desde mi derecha animándome sin parar. El ring era mío y cada vez tenía más acorralada a Susana. Mi padre le gritó indicaciones, pero de nada le iban a servir.

Conseguí arrinconar a Susana en la esquina, estaba desinflada y ya no tuvo fuerzas de cubrirse y escaparse, tuvo que entrar al intercambio de golpes y tras una combinación por mi parte, una derecha pesada entró al mentón: cayó al suelo redonda. Me di la vuelta y esperé a que mi padre y Antonio la ayudaran a levantarse. Se quitó el caso e indicó que el sparring se había acabado aquel día para ella.

Al minuto sonó el aviso del reloj de que el asalto concluía. Tras el minuto de descanso mi padre me puso con Cristina, una profesional con más de diez peleas. Era la mejor peleadora de mi padre, de chicos había más competidores y bastante mejores en mi opinión.

—Has tenido suerte porque le has ganado antes de que tu falta de fondo apareciera. A ver qué haces con alguien con más experiencia y sin ser el primer asalto –apuntó mi padre.

Mi respuesta fue sonreír, no dije ni una palabra. Antonio se acercó a felicitarme con los brazos levantados ante la mirada de reprobación de mi padre.

—Ya estás de vuelta, qué alegría verte así de bien. Se nota que es tu hija, Pepe –dijo señalando hacia él, riéndose.

A mi padre no le estaba sentando muy bien. A Antonio parecía darle igual, estaba disfrutando.

Cristina era más o menos de mi peso y tampoco usaba casco, me chocó los guantes y con una sonrisa maliciosa me deseó suerte. Siempre me había parecido un poco engreída, esta vez iba a hacer que para la próxima se lo pensara mejor.

El asalto fue un intercambio de golpes desde el principio, cuando llevábamos un minuto empezó a flojear su ímpetu, el mío iba in crescendo. La adrenalina recorría mis venas, no le daba ni un segundo de descanso, no dejé de agobiarla ni de golpearla ni un instante. Iba de esquina en esquina intentando huir. En una combinación le entró un golpe seco al bazo, se agarró el cuerpo y cayó de rodillas. Mi padre no daba crédito. Tras preocuparse por Cristina vino directo a hablar conmigo.

—¿Dónde has estado entrenando? Es obvio que llevas tiempo haciéndolo. A mí no me engañas. –Mi padre cerró los puños, enfurecido y elevó la voz hasta el punto de que casi estaba gritando. Tenía el cuello tenso y su mirada era torva–. No me puedo creer que

me hayas traicionado e ido a otro sitio en vez de venir conmigo, a tu club de toda la vida.

—Te juro que no he ido a otro sitio a entrenar, papá.

—Me juras, me juras, ¿entonces cómo es posible que…? –interrumpió la pregunta y se giró con brusquedad hacia Antonio al darse cuenta de lo que había pasado–. ¡Tú! –le señaló con agresividad–. ¡Has sido tú, hijo de puta!

—Le di mi palabra, Pepe –Antonio levantó las manos en señal de paz–. ¿No llevas diciendo cuarenta años que la palabra de un hombre es lo primero? No puedes enfadarte porque sea consecuente con ello.

Mi padre fue de un lado a otro enfurecido, mirándonos de forma airada a los dos, iba de uno a otro. Estaba tan enfadado que no articulaba apenas palabras. Solo insultos, hacía también gestos airados.

—No me lo puedo creer, joder.

—¡Pepe! –le interrumpió Antonio interponiéndose en su camino y agarrándole por los hombros–. ¿Preferirías que hubiera ido a otro gimnasio?

—No, claro que no. Hostia puta. Al final pretenderás que encima te dé las gracias –respondió con un poco más de sosiego.

—Deberías, pero como eres un zoquete orgulloso…

Mi padre sonrió y volvió a su ser cotidiano.

—Puto fósil –respondió soltándose de Antonio–. Encima seguro que la has mal entrenado. Sara, ahora voy a tener que arreglar el desaguisado que te haya creado esta vaca cretácica.

Ya volvían a estar igual que siempre, eran como un matrimonio de viejos. En verdad, fuera del calentón mi padre estaría agradecido. Que volviera a entrenar al club era un sueño para él. Mientras no hubiera ido a otro club de boxeo a sus espaldas todo era superable.

—Pues por ahí hay un rumor de que este fósil del cretácico todavía te pone las pilas, Pepe.

—¿Ah sí? –entrecruzó las manos mi padre–. Pues lo mismo debería de desmentirlo aquí y ahora con unos guantes.

—Vamos a ello –respondió Antonio riéndose.

A los dos minutos estaban zurrándose de lo lindo. Quien tuvo, retuvo. Esos dos eran buen ejemplo de ello. Aunque eran amigos insuperables desde hacía cuarenta años se zurraban de lo lindo en cuanto tenían la oportunidad. Eso sí, el fondo lo habían descuidado un poco, lo daban todo en un solo asalto. La edad no perdonaba, pero aun así era increíble verlos. Cuando terminó, se dieron un abrazo de oso y siguieron tal como habían empezado.

—Bueno, aquí se ha demostrado quién es el mejor –dijo con esfuerzo mi padre.

—Sí, yo –contestó Antonio provocando una risa general en todos los presentes.

La verdad es que había estado igualado. Cuando eran jóvenes pelearon tres veces. La primera, ganó mi padre a los puntos; la segunda, Antonio de igual forma y la tercera fue nulo. Con la edad seguían estando a la par.

Desde que pasó lo de Ramón, mi padre estaba más encima de mí, aparte de verle en el gimnasio, pasaba más por casa y me hacía

quedar con él. También pasaba más tiempo con los niños, pero sobre todo estaba pendiente de mí.

—¿Te ha vuelto a escribir el parásito de Ramón? –preguntó dando un sorbo a su cerveza.

—No, no desde que quedé con él –contesté mientras agarraba con ambas manos la taza calentita de café. Estábamos en la cafetería preferida de mi padre: el Café Central.

—Mejor, era un gilipollas. Sigues en firme con lo de no volver con él, ¿verdad? Dime que sí –quiso saber.

—Sí, papá. No insistas más, por favor. No voy a volver nunca con él –respondí con cansancio en la voz.

—Menos mal –resopló–. Ahora que he conseguido librarme de él no quiero que vuelva en plan Cristo Redentor.

—Yo ya estoy a lo mío, papá. Paso de hombres por un tiempo. –Ante su cara de alarma añadí–: de forma especial de él.

—Uf, menos mal –volvió a resoplar–. Tengo hasta pesadillas con que vuelve.

No pude evitar reírme, se apuraba mucho con el tema.

—¿Otra ronda, Pepe? –preguntó Julián, el camarero, acercándose a la zona de la barra en donde estábamos.

—Sí, para mí otra cerveza y para ella…

—Un té, ya he tomado bastante café por hoy –completé antes de que mi padre me pidiera lo que no quería.

—Marchando –respondió Julián dando media vuelta tarareando una vieja canción de Manolo Escobar.

—Bueno, Sara. Vamos a hablar de cosas importantes. –Me agarró con fuerza del trapecio, haciendo que me girase hacia él–. ¿Has pensado en quitarte la espinita y volver para hacer una última pelea?

Casi me atraganté, no lo había pensado ni por un momento con anterioridad a aquel instante. Solo había considerado volver a entrenar, sin más pretensiones de ningún tipo.

—Estoy demasiado vieja ya para estas cosas, papá –respondí escapando de su agarre.

—Yo me retiré con cuarenta y uno. Tampoco has de disputar un título si no quieres. Ja, ja, ja. –Hizo una pausa e insistió–: Imagínate ver de nuevo a un García en el ring, sería tan bonito. Porque a tu hijo aún le falta.

—Deja a mi hijo en paz. No incentives que quiera pelear –repliqué.

—Ya me lo ha pedido él, va a hacer un interclub.

—Anda que perdéis el tiempo, ¿eh?

—No estamos para perder el tiempo. ¿Entonces qué? ¿Te busco una pelea para dentro de seis meses? –volvió a insistir con una voz que transmitía su ilusión y optimismo.

Me quedé en silencio mirando absorta hacia las botellas tras la barra. La verdad es que siempre había querido salir de mi estado depresivo y quitarme la espinita de cuando lo dejé sin hacer una pelea de despedida, pero estaba mayor ya. Aunque la verdad es que ahora tenía tiempo para entrenar y no tenía a nadie para que me desanimara. Yo entrenaba por necesidad, mi salud mental dependía de ello, desde que volví había desterrado de mi vida todo aquello que me lastraba.

El silencio fue largo, suspiraba a cada rato, muchos recuerdos afloraron a mi cabeza. Mientras, mi padre aguardaba a que mi

cabeza decidiera por dónde salir, pues sabía que no debía interrumpir el proceso mental.

Me picaba el gusanillo, pero era tan mayor… Treinta y ocho años eran muchos. Aunque otros boxeadores volvieron a pelear en una segunda etapa con una edad avanzada. Foreman volvió con treinta y ocho años en 1987, y no se retiró hasta diez años después. Además, su parón fue mayor que el mío, estuvo diez años retirado.

—¿Al estilo de Vinny Pazienza? –pregunté con una sonrisa de pronto.

—¡Hostias! –se sorprendió mi padre pegando un brinco de su silla–. Siempre, hija –me abrazó con fuerza.

—¿Te parece si me buscas una pelea para probarme y luego vamos viendo? Si va bien podíamos buscar una buena para retirarme.

—Esa es la actitud, hija. Qué alegría me estás dando. ¡Julián! –llamó al camarero–. Cóbrate de aquí –puso un billete de veinte euros encima de la mesa–. Quédate con el cambio, que voy con prisa a hacer unas gestiones.

—Pero papá, no hay prisa ninguna.

—Uy que no, voy a empezar a moverlo ahora mismo –me agarró con fuerza de ambos brazos–. Qué ilusión, joder –me zarandeó. Me dio un beso en la frente y salió pitando de la cafetería.

Me quedé absorta en mis pensamientos mientras apuraba el té. Julián se acercó a hablarme.

—No he podido no escucharos. –La verdad es que mi padre gritaba mucho–. Muchas felicidades por tu decisión, cuando pelees iré a verte, Sara.

—Muchas gracias, Julián. Espero no decepcionarte.

—Eso es imposible, Sara. Tú nunca decepcionas. Además, habéis nombrado al gran Pazienza, estás obligada a cumplir con tu historia de redención.

—Desde luego que sí, a él no se le puede nombrar en vano. –Reímos a coro.

Vinny Pazienza era el héroe de mi padre desde que tuvo el accidente y le dijeron que no podía pelear, y demostró al mundo entero que sí podía. Pasó de que le dijeran que le iban a soldar las vértebras a ser el campeón mundial ganando al gran Roberto Durán «Manos de Piedra». Era el símbolo de la fuerza de voluntad para Pepe, le inspiró durante gran parte de su larga carrera e hizo que fuera también nuestro modelo a seguir.

* * *

Los días se me hacían largos, sufría de sobrepensamiento. Solo salía de casa para trabajar y para ir de vez en cuando al gimnasio. Muchos días no sacaba fuerzas ni para ir hasta allí. Llevaba la barba larga y desaliñada, tenía ojeras marcadas por la falta de sueño y había descuidado aún más mi alimentación. Pedía mucha comida para llevar. Mi casa estaba hecha un desastre, con una pila de platos sucios que rebosaba por todas partes. Apenas tenía ropa limpia y el desorden era general.

Iba con una camiseta blanca arrugada y con un chándal viejo y descolorido, cuando entré al Sculpture ni siquiera saludé al otro monitor que no era Javi, Jesús creo que se llamaba. Era otro de esos fortachones a los que odiaba con todo mi ser, de los que estaban siempre bromeando.

Estaba en la zona de las mancuernas entrenando en una esquina, intentando no mezclarme con nadie. Para mi desgracia, comenzó a llegar gente en cuanto pasaron las cuatro de la tarde. A pesar de que no solía saludar a nadie nunca siempre venía algún pesado a hacerlo. De repente lo oí.

—¡Coño! ¿Dónde te has dejado a Wilson? –preguntó José señalándome y exponiéndome delante de todo el mundo–. Pareces un puto vagabundo, podemita cabrón.

—No soy de Podemos, eres muy pesado –respondí sin ni mirarle.

—Estás escocido, ¿eh? Ya me han dicho que te ha dejado la mujer. Seguro que se la están trajinando unos cuantos. Ja, ja, ja –rio José.

Respiré intentando controlarme, la furia recorría mi cuerpo. Decidí no contestarle.

—La estarán poniendo fina, no vas a volver a follar en dos años con esas pintas que tienes –volvió a reírse de mí.

—¡Cállate ya, memo! –respondí gritando con ambos brazos estirados hacia atrás.

—¡Eh!, ¿qué pasa aquí? –preguntó Javi metiéndose en medio.

Le expliqué detalladamente todo, a pesar de lo nervioso que estaba. Junto a la puerta de la sala de boxeo pude ver a José con otros del gimnasio riéndose y cuchicheando de mí. Por lo que cesé en mi explicación.

—Mira, Javi, no aguanto más. Voy a dejar el gimnasio –sentencié intentando poner la voz más grave y seria de la que era capaz.

Para mi decepción, Javi me contestó que era lo mejor, que la gente estaba harta de mis estridencias y borderías. Además, por lo visto alguien se había quejado de mi higiene personal en los últimos días.

Estaba seguro de que era cosa de José. No me dejaba en paz ni un minuto.

Fui al vestuario dando rápidos pasos a recoger mis cosas, cuando salí nadie me estaba mirando. José y sus esbirros ya no estaban a la vista. «Menos mal», pensé. Pasé delante de recepción con la cabeza alta, sin girarme y sin despedirme. Salí y me encontré a José con otros tres habituales sentados en las escaleras que había previas a la puerta del gimnasio.

José se me quedó mirando, miré hacia otro lado y procedí a irme lo más rápido que pude. Al no estar pensando ni en dónde ponía los pies tuve un tropiezo, no llegué a caerme, pero casi. Pude oír las risas a mis espaldas, no me giré. Ya eran historia para mí.

* * *

—Buenos días, señorita –saludó Antonio desde la recepción del club de mi abuelo con cortesía. Me vio hacía unos meses yendo con mi madre, pero con el cambio de imagen no me reconocía.

Me quedé unos segundos mirándole y sonriéndole. Al cabo de unos instantes entrecerró los ojos y empezó a pensar en quién podía ser.

—Me suenas de algo, pero no sé… ¡Coño! –Me reconoció de pronto–. Eres Alba –me señaló sorprendido.

—Sí –reí mientras le daba dos besos.

—¡Pepe! –llamó a gritos–. Este gimnasio parece ya un programa de reencuentros familiares –me dijo con alegría–. ¡Mira quién está aquí! –volvió a gritar mirando hacia donde venía mi abuelo.

Mi abuelo venía sonriendo, sin parar ni un segundo me abrazó y me levantó del suelo como si fuera una pluma.

—¡Qué alegría, Alba! ¿Vienes a entrenar? –preguntó ya sabiendo de antemano la respuesta.

Señalé mi mochila como única respuesta.

—Menudo cambio has pegado, Alba. Estás genial –me halagó Antonio con mucho respeto.

—¿A que ahora está mucho mejor? Todavía parece una fresca, pero estoy contento de que ya no haya colores extraños ni rastas mugrosas como antes –dijo señalando mi pelo con la mano.

—Menudo cromañón estás hecho, abuelo. No soy ninguna fresca –contesté sin indignarme, pero firme–. Pero sí, estoy mejor.

—Qué pesado eres Pepe. Deja a la niña en paz de una vez –renegó Antonio con la cabeza.

—Bueno, que da igual eso, yo soy feliz con como eres y como estás ahora. Me alegro de lo que has conseguido, Alba. Y tú cállate, Antonio, más cromañón que tú no lo hay.

Guardé silencio, pero estaba satisfecha con sus palabras. Al final me iba a hacer con este cromañón que tenía por abuelo.

—Pues venga, a cambiarse, que Pepe se entretiene con el paso de una mosca –ordenó Antonio dando un par de palmadas metiéndome prisa.

Me dirigí hacia el vestuario no sin antes oír lo que Antonio le dijo a mi abuelo:

—Quién lo iba a decir, ¿eh?

—Sí, quién lo iba a decir, Antonio –reconoció asintiendo con la cabeza.

Mi abuelo puso a Antonio a dar la clase, él se puso a entrenar conmigo durante toda la sesión. Tenía que parar cada dos por tres porque me ahogaba, pero mi abuelo era paciente conmigo. Me animaba y bajaba el ritmo cuando yo lo necesitaba. En uno de los descansos me dijo algo que me hizo subir la autoestima.

—Lo haces bien, Alba. Aún recuerdas de cuando entrenábamos. Verás como en nada de tiempo coges fondo y recuperas más la técnica. Pero tienes buena base, ya te lo digo yo.

Tras sonar el reloj volví al trabajo, cuando terminé la clase quería morirme de agotamiento. Al día siguiente me costaría un poco menos, lo más importante era empezar.

—¿Qué tal ha ido, Alba? –preguntó con cariño Antonio.

—Yo creo que bien, ¿eh, abuelo? –Miré hacia él riéndome.

—Nada mal para ser el primer día, niña –respondió orgulloso guiñándome un ojo–. Anda a ducharte y cambiarte, no quiero que pilles frío. Deja aquí a este dinosaurio, cuando salgas seguirá aquí –se metió con Antonio señalándole.

—Mira quién fue a hablar –respondió Antonio riéndose–, el fofinosaurio rex.

Perdí su conversación según avanzaba hacia el vestuario, los dejé allí metiéndose el uno con el otro.

Fanatismo y barbarie

El

centro de salud Santa Isabel estaba atestado de gente, por todas partes había personas quejándose de sus problemas o de la larga espera para ser atendidos. Tenía una cita, pero pasó más de una hora sin que nadie me atendiera y decidí irme. Necesitaba unas pastillas para la alergia, pero había quedado y no podía estar perdiendo más tiempo allí.

Salí y volví hacia la Plaza Mayor por los jardines exteriores: árboles cuidados, fuentes limpias y parejitas paseando con sus perros. Debía ser lo único en que se gastaba dinero el Ayuntamiento o la Comunidad de Madrid, no tenía claro a quién le tocaba poner los billetes, porque en médicos desde luego que no. Los pobres doctores estaban desbordados, no había capacidad material de atender a todo el mundo en condiciones y, sobre todo, en tiempo y hora.

Me encaminé a la Plaza Mayor, pasé por al lado del Ayuntamiento y continué hasta el restaurante El Padrino, no llegué a entrar: Antonio estaba en la terraza. Ese día no hacía mal tiempo, así que vi con buenos ojos quedarnos fuera.

—Vamos, Pepe, cabrón –saludó sin moverse de la silla–. Llegas tarde, jodido impresentable.

—¡Una hora esperando a que me viera el médico! Y me he venido sin que me vean –respondí encogiéndome de hombros. Aparté una silla de la mesa y tomé asiento a su lado.

—Está buena la sanidad… –afirmó dando un trago largo a su cerveza.

—Ya me veo que van a intentar privatizar todo. No hay otra explicación a tanta incompetencia. –Observé que el camarero venía y levanté la mano para pedir–: Ponme una doble por aquí, por favor.

La plaza estaba tranquila, no eran las cinco de la tarde, la gente que había ido a comer ya se había marchado y aún era pronto para que vinieran los que hacían tardeo de cañas y tapas. Sobre las siete la plaza se convertía en un hervidero de gente, era impracticable tomarse algo con tranquilidad.

—¿Has visto lo de las noticias, Pepe?

—¿Lo del atentado en Francia? –pregunté molesto, recolocándome en la silla.

—Sí, ha sido horrible. Más de veinte muertos. Asesinados a tiros en una discoteca. –Hizo un gesto con las manos simulando que tenía una metralleta.

—Francia está muerta, Antonio –suspiré con resignación–. La inmigración masiva y el islam están acabando con todo.

Aunque había pasado la hora de comer había un fuerte olor a fritanga que salía tanto del restaurante en el que estábamos como de los que había por alrededor. En la plaza solo se oía a un grupito de niños jugando a los pistoleros en los bancos que teníamos más cercanos.

—¿Crees que aquí vamos a acabar igual? –preguntó Antonio mirándome.

—Aquí estamos a marchas forzadas para igualarles. Vivimos en una distopía. Además, lo que me pone de peor humor es la gente

acomplejada española a la que le parece estupendo lo que está pasando. Es a los primeros que tiraría al medio del océano Atlántico.

—Bueno, si gana el PP a lo mejor cambian algo.

—Desde luego que no. –Hice un gesto despectivo con la mano desechando lo que había dicho–. Todos los partidos grandes son iguales, en esencia son lo mismo. No van a cambiar el modelo migratorio ni van a confrontar con el islam.

—Es que lo de la inmigración ilegal es un tema complicado, sin duda –dijo asintiendo con la cabeza.

—No es solo un problema de inmigración ilegal, sino del modelo migratorio en su conjunto. No es normal que el año pasado vinieran más de 600 000 personas con visado. Si eso se mantiene en el tiempo vamos a desaparecer.

—Uf. Da miedo el futuro.

—Y el presente. Mira como está Leganés. San Nicasio o Batallas son buen ejemplo de ello. Lo extraño es ver a españoles por la calle –lamenté.

—En esos barrios, sí. Desde luego. ¿Crees de verdad que España puede llegar a ser islámica?

—Si seguimos como hasta hora y no estalla ningún conflicto, sí. Claro que sí. De hecho, es lo que defienden los islamistas. Tienen más hijos, no paran de venir y les regalamos la nacionalidad por el mero hecho de nacer aquí, aunque no tengan nuestra cultura. Además, la gente puede solicitar la nacionalidad después de estar diez años residiendo en España. ¿Cómo no va a ser posible?

Nos quedamos unos segundos meditativos, a ninguno de los dos nos hacía gracia la situación que teníamos en España. Llevábamos toda

la vida juntos y todo había ido a peor desde entonces, por lo menos en esos aspectos.

—Ha cambiado todo mucho estos últimos veinte años

–rompió el silencio Antonio con la vista perdida hacia el Ayuntamiento–. No me gusta nada esa idea que comentas, Pepe.

—A mí tampoco –reconocí.

—¿Y lo ves como algo irremediable?

—Claro que no, yo creo que no va a suceder.

—¿Y eso? –preguntó con sorpresa enarcando las cejas–. ¿No se contradice con lo que me has dicho antes?

—He dicho si hay un desarrollo pacífico de las cosas, y yo no creo que se vaya a dar. –Hice una pequeña pausa–. Van a pasar cosas antes de que la islamización se complete. Sucesos graves, de conflicto social y violento, en el que espero y deseo que pierdan y se tengan que marchar de aquí. Cuanto antes pase, mejor. Yo quiero vivir ese conflicto, quiero poder luchar. España no va a desaparecer sin más.

—Bueno, pues si tú vas a ese conflicto tendré que ir también. No va a hacer más por España un alfeñique viejo como tú que yo. –Reímos a coro, aunque el tema no podía ser más serio.

* * *

Una mujer joven grita, forcejea con el atacante cayendo al suelo, es pateada durante más de un minuto. Estaba hecha un ovillo, llorando y gimoteando. Su hermana pequeña aparece en escena y golpea al agresor; este, de un revés, la tumba también. Sigue golpeando a la mujer, está quieta, temblando y llorando. El agresor va a la cocina, vuelve a la escena del crimen.

Lleva un cuchillo en la mano y apuñala a la mujer. Esta intenta evitar el ataque: no puede. Sufre más de una decena de puñaladas, la niña sigue inconsciente, se ha golpeado con fuerza la cabeza contra el suelo.

La mujer muere desangrada antes de que llegue el operativo policial, el sujeto espera con tranquilidad a que lleguen sentado en el sofá. El arma homicida está en el suelo. La niña ha muerto asfixiada, tras la muerte de la mujer decidió estrangular a la niña. Abdul Uddin, el asesino, era el tío de ambas víctimas. La motivación de los asesinatos fue que la mujer joven se negó a casarse con su primo de Pakistán. Fue un crimen de honor debido a la negativa de la mujer joven a llevar a buen puerto un matrimonio forzoso.

—¿Qué lees? –preguntó Alba al ver que ponía mala cara mientras me concentraba en la pantalla de mi móvil.

—Un fragmento de informe de una catástrofe que ha sucedido en Barcelona. Es de una página de Instagram de policías, no oficial, claro –dije guardando el móvil, no quería que mi hija leyera sobre esa cuestión, y menos abrir un debate al respecto. No sabía por dónde podía salir.

Habíamos ido al cine a ver una reposición en el cine de una de mis películas favoritas, Gran Torino. Fuimos a verla a Parque Sur, y al término pretendíamos ir al Macao, un restaurante fusión que me gustaba desde hacía tiempo.

—¿Qué decía? –insistió Alba haciendo gestos para que sacara el móvil y se lo enseñara.

Me lo pensé unos segundos, pero Alba era de naturaleza curiosa como yo y no paró de insistir hasta que volví a echar mano al móvil y se lo dejé para que pudiera leerlo. Torció el gesto y me temí lo peor. Era un tema que me hacía saltar y desde hace un tiempo me llevaba bien con mi hija, no quería estropearlo.

—¿Crees que esto es verdad? –preguntó mirándome con desconfianza y devolviéndome el móvil.

—Sí, conozco al hombre que lo lleva. Es un buen policía. Filtran informes para que se sepa de verdad.

—¿Y no ha salido nada en las noticias de esto?

—Sí, han dicho que ha habido un crimen machista.

—¿Nada de que era pakistaní ni del crimen de honor?

Se quedó unos momentos meditativa, con la mirada pegada al suelo, mientras continuábamos avanzando hacia el Macao. El Parque Sur, como de costumbre, estaba abarrotado de gente, apenas se podía andar, y había un barullo general que era incluso molesto.

—Se nos está yendo un poco de las manos con la inmigración, en especial con el islam –soltó de pronto para mi sorpresa.

No dije nada, no quería estropearlo, pero el cambio que estaba dando mi hija era abismal. Los sucesos que sufrió cuando la intentaron violar la habían cambiado por completo. Jamás pensé que esas palabras pudieran salir alguna vez por su boca.

—Creo que desde el feminismo se cae en un error al ser permisivos con el islam, sobre todo con determinadas costumbres. La mujer no tiene cabida en sus sociedades, solo como sirvientas –se encogió de

hombros y sacudió la cabeza–. No quiero ni pensar en esto, me pongo mal.

—A mí es un tema que me preocupa bastante también. Lo hablo mucho con el abuelo. La gente de a pie aún no está preparada para este debate. Solo los que vivimos en barrios deteriorados.

—Sí, nosotros lo vemos cada día, sobre todo con el tema del velo.

Llegamos a la puerta del Macao, con sus amplias cristaleras. No quise seguir con el tema. Estaba impactada de todo lo que dijo mi hija. Me daban ganas de llorar de la emoción, pero decidí hacerme la tonta y que no se viera ningún indicio en mi rostro o actitudes que delataran lo sorprendida, para bien, que estaba. Parecía otra persona diferente a la niña contestona, hippie y progre que había sido hasta hacía pocos meses.

El Macao no estaba lleno del todo, al tener reserva nos tocó una buena mesa junto a la puerta. La barra larga en forma de herradura siempre me había gustado, alguna vez me hubiera gustado tener una cita allí. Las camareras eran bastante majas y el menú degustación de cuatro platos y un postre estaba bien en relación calidad-precio. Había ido más de una veintena de veces a aquel local, el sushi y los tartares eran de lo mejor que había probado. Por lo menos en un centro comercial.

Fátima era una niña encantadora, llevaba viniendo al gimnasio más de dos años, sus padres eran marroquíes, musulmanes rigoristas. La obligaban a vestir de largo y a no quitarse el velo ni siquiera para entrenar. En verano era algo enfermizo, en algún entrenamiento llegó a marearse hasta el punto de casi desmayarse.

Mi padre fue varias veces a hablar con el suyo a la salida de clase, pues venía casi siempre a buscarla. Nunca entraba a razones, «el islam es el islam», decía siempre tocándose el pecho. A lo mejor su

hija estaba harta del islam y quería hacer su vida. A mí, personalmente, me daban ganas siempre de pegarle un puñetazo. Esto era España, no Rabat. Si no quería integrarse que volviera a su país, las mujeres españolas no queríamos volver a la Edad Media.

Según me dijo ella misma, la habían intentado casar dos veces, pero como estaba estudiando se había librado de momento. Por suerte, tenía un tío que no vivía en 1237 y convenció al padre para que lo pospusiera un tiempo. La pobre Fátima tenía 19 años y no era libre para decidir nada sobre su propia vida. Era una chiquilla entrañable, con la que muchas veces ponían conmigo a entrenar por el tema del peso. Siempre me decía: «Sara, no te preocupes. Cuando acabe los estudios encontraré un trabajo y podré separarme de mi familia y hacer mi vida, solo tengo que esperar un poco». A mí, esperar tres o cuatro años mínimo para tener esperanza, pues certeza no tenía, de poder empezar a tomar sus propias decisiones me parecía un tiempo demasiado largo.

Me hacían gracia algunas feministas diciendo que la mujer musulmana tenía libertad en España para elegir si llevar el velo o no, me gustaría que se lo preguntaran a Fátima. El velo es un elemento de control y sumisión de la mujer, un símbolo religioso arcaico que debería desaparecer. Un símbolo impuesto por la fuerza de la tradición musulmana que no admitía discusión alguna.

Un día Fátima vino a entrenar y tenía moratones por toda la cara, incluido el labio roto. Mi padre se acercó y le preguntó sin ningún miramiento:

—¿Fátima, te han pegado en la calle? –preguntó acercándose.

—No –respondió cabizbaja intentando marcharse y ocultar sus lesiones. Mi padre le agarró del brazo y le dio la vuelta mirándola de cerca. Intentó soltarse, pero la presa de mi padre era fuerte. Me acerqué, pues me preocupaba qué le podía haber pasado y quería enterarme de todo.

—¿Qué ha pasado entonces? Porque en el gimnasio no ha sido –insistió.

—Nada, no pasa nada –respondió en el mismo tono seco y bajo de antes.

—Déjame a mí, papá. –Me acerqué e intenté que la soltara del brazo para llevarme aparte a Fátima y que me contara en confianza. De chica a chica. No hubo manera, mi padre no quería ceder.

—Aquí somos una familia, Fátima –dijo señalando su pecho–, y me vas a contar lo que pasa o te vas de aquí y no vuelves. No podemos ayudarte si no nos lo cuentas.

Fátima rompió a llorar, mi padre la soltó y me lancé a abrazarla. No quería que saliera corriendo, pretendía saber qué le habían hecho. Fuimos hacia el despacho que había junto a recepción para que las miradas del resto de alumnos de mi padre se alejaran de ella y pudieran comenzar a entrenar. Antonio se encargó de la clase.

Tardó un buen rato en tranquilizarse, se quedó sentada con las manos tapándose la cara y sin parar de llorar. Cuando se repuso nos miró y volvió a llorar con la misma intensidad. Mi padre se estaba exasperando.

—¿Quién te ha hecho eso, Fátima? ¿Ha sido tu familia? –preguntó mi padre señalando a los posibles culpables.

La respuesta llegó sin que una sola palabra saliera de sus labios. Solo afirmó con la cara tapada y meciéndose adelante y atrás. Mi padre salió enfurecido del despacho dando un portazo. Yo me quedé un rato con Fátima esperando a que se calmara. Cuando lo hizo me contó que su padre había decidido que debía casarse ya y dejar los estudios. Se había opuesto y su padre se puso agresivo y le pegó.

Mi padre tardó en mitigar la furia que tenía en su interior, siempre había sido de gatillo fácil, con las injusticias más que con cualquier

otra cosa. Se fue con Antonio a supervisar el entrenamiento. Fátima no quería volver a su casa y tampoco quería ir a la clase. Me quedé con ella la hora entera esperando a que mi padre volviera y viéramos qué podíamos hacer. Cuando terminó el último asalto mi padre vino con Antonio al despacho.

Fátima estaba mucho más tranquila, pero una voz más alta que otra podía volver a hacer que se derrumbara. Hice un gesto con la mano derecha abierta para que se relajara al empezar a hablar. Mi padre asintió sin decir nada. Se acercó a Fátima que volvía a estar mirando al suelo y se acuclilló justo enfrente de ella.

—Oye, no quiero presionarte, y sé que es tu familia –hizo una breve pausa–, pero nosotros también. Tienes diecinueve años, Fátima. Debes poder escoger tú lo que quieres hacer o no.

Fátima levantó la mirada con gesto serio, y para sorpresa de todos sacó una voz fuerte y decidida.

—Es muy fácil decirlo, no me gusta la cultura de mis padres. Pero hay más impedimentos que los emocionales –contestó Fátima señalándose los golpes de la cara.

—Lo entiendo –respondió mi padre–. Por eso creo que debes alejarte.

—No puedo hacer eso hasta que termine los estudios y tenga un trabajo –contestó Fátima volviendo a bajar la cabeza.

Mi padre agarró el mentón de Fátima despacio y con cariño lo elevó hasta que sus miradas se cruzaron.

—¿Quién te ha dicho eso? –preguntó con la voz más dulce que le había oído a mi padre en años–. ¿Si te busco una habitación y un trabajo para mañana te alejarás de tus padres hasta que entiendan que te tienen que respetar?

—Sí, supongo –respondió Fátima encogiéndose de hombros.

—Supongo no, ¿sí o no? –preguntó mi padre con un gesto de la cabeza hacia delante.

—Sí –respondió Fátima volviendo a bajar la mirada.

Antonio y yo no habíamos ni abierto la boca, estábamos impactados con el derrotero que estaba teniendo la conversación. Mi padre me miró, ya sabía lo que quería, asentí y mi padre se dio por contento.

—Pues ya tienes trabajo, Fátima. –Mi padre señaló hacia mí para hacerlo un segundo después hacia Antonio –. Y casa.

Le ofrecí un trabajo de secretaria en mi consulta, llevaba tiempo buscando a alguien. Me iba bien en el negocio y tenía más trabajo del que podía abarcar. Necesitaba a alguien que me quitara el trabajo administrativo. Al pobre Antonio le tocó acogerla en su casa. Estaba divorciado y su hija se había emancipado hacía tiempo. Tenía un piso grande con varias habitaciones que estaban vacías. Decidimos unirnos todos para ayudar a la pobre Fátima. Pensábamos que merecía la pena.

Nos llamaron poco después de comer para avisarnos de que Antonio había sido detenido. Nos sorprendió sobremanera. Era un hombre bondadoso que siempre evitaba los problemas. Llegamos a la comisaría a buscarlo, pero nos dijeron que hasta el día siguiente no le iban a llevar a declarar y a soltarle si el juez lo estimaba. «¿Si el juez lo estimaba?», repetí en mi cabeza. Estábamos impactados.

Un amigo de mi padre, policía nacional, nos vino a contar todo lo que había pasado, estuvo en la detención y también era amigo de Antonio y había podido hablar con él. Nos dijo que el padre de Fátima había ido a casa de Antonio a buscarla y que este pensaba que algún chaval marroquí del barrio se habría chivado. El padre la

esperó en el portal y cuando bajó la atacó. Ante los gritos de Fátima, nuestro amigo bajó y noqueó al agresor. Ante lo cual vino la policía y se llevó a Antonio detenido por golpear al padre de la chica.

Nos quedamos de piedra al enterarnos que Fátima se había ido con su padre. La llamamos desde todos nuestros números y descubrimos que nos había bloqueado sin excepción. Fuimos a casa de Antonio y allí no había ni rastro de las cosas de Fátima. Había vuelto con su familia y había decidido romper todo contacto con nosotros.

Mi padre llamó a su abogado, que por lo visto era un amigo suyo de sus rollos políticos: un tal Pau Botella. Era un hombre simpático que siempre estaba de buen humor y haciendo bromas. Mi padre me dijo que antes de ser abogado fue un rapero famoso. Yo no le conocía.

No pudo ver a Antonio hasta la mañana siguiente. Salió del juzgado con una sonrisa y con su enorme maletín negro.

—Le van a soltar en un rato, chicos. Además, el fiscal no ha ido a por él. Va a quedar en libertad sin cargos –anunció.

—Menos mal –contesté soltando un suspiro.

—¿Por qué le dejan en libertad sin cargos, Pau? –preguntó mi padre.

—Por suerte, el juez ha entendido el contexto en el que se dio el conflicto de Antonio y, al no tener lesiones graves el padre de Fátima, ha decidido dejar en libertad sin cargos a nuestro amigo.

A la media hora salió Antonio por la puerta, con las zapatillas sin cordones y sus pertenencias en una bolsa de plástico. Fuimos hacia él para abrazarle.

—¿Todo bien, Gañán? –preguntó mi padre riéndose.

—Tengo mucha hambre, la comida ahí dentro es un asco. Invítame a comer. –Se frotó la tripa con la mano derecha.

Fuimos a comer al Ribs, Antonio insistió en que necesitaba proteínas de las buenas. Estábamos contentos porque no le había pasado nada en lo legal, pero apenados profundamente por lo que había hecho Fátima. Mi padre intentó quitarle hierro al asunto mientras esperábamos a que trajeran los costillares.

—Es su cultura, Sara. No es fácil romper con todo. Hay que ser valiente para ello, y esa no es una característica de Fátima. Le hemos dado la oportunidad, si no la ha querido aprovechar es cosa suya.

—Ya, pero después de todo lo que le ha pasado… –respondí con tristeza poniendo ambas manos encima de la mesa.

—Hemos hecho lo que hemos podido –respondió Antonio guiñándome un ojo–. Yo más que tu padre, por supuesto. Pero todos hemos aportado.

—Serás capullo –contestó riéndose mi padre.

La comida fue agradable, invitamos a comer a Pau, ya que se negó a que le pagáramos por sacar a Antonio del calabozo. Amenizó la comida y nos hizo pensar en otra cosa gracias a sus chistes metiéndose con los ingleses. Mi padre me contó que el abogado nació accidentalmente en la ciudad francesa de Pau y que por eso tenía ese nombre. La verdad es que su padre era un poco cabrón, pero teniendo en cuenta que siempre estaba de bromas le pegaba que le hubieran hecho eso. Al final de la velada, y por insistencia mía, nos hizo un poco de freestyle.

Pasado bastante tiempo nos enteramos por dos chavales del gimnasio de que Fátima había dejado los estudios y ahora era ama de casa, vivía con su nuevo marido y no tenía contacto con nadie de los que habían sido sus amigos. Todo lo que supieron de ella fue a través de gente en común con su nuevo marido.

Cada día que pasaba me reafirmaba con más fuerza en mi pensamiento de que su cultura era antitética a la nuestra. Que si no cambiaba el rumbo de las cosas el choque iba a acabar en algo catastrófico.

De todas formas, la mala experiencia con Fátima no me iba a detener. Como mujer era mi deber ayudar a todas aquellas chicas que quisieran romper con las ataduras de tradiciones arcaicas extranjeras y liberarse de la opresión del islam. Con los años ayudé a decenas de ellas, con unas salió mal y con otras, a pedir de boca. Mi padre me enseñó desde pequeña a no dar mi brazo a torcer si consideraba que lo que defendía era lo justo. En este caso pensaba que era mi obligación moral y, por lo tanto, rendirse no era una opción.

Amistades y desencuentros

Desde

que comencé a ir a clase, en los pocos momentos en los que me cruzaba con mis antiguos amigos había bastante tensión. Alguna vez había pasado en los pasillos, pero, por lo general, sucedía cuando iba a la cafetería. Algunos tenían allí fija su residencia, estaban todos los días, a todas horas. Excluyendo las que conllevaran tener que madrugar, por supuesto.

Intenté evitarlos al máximo, pero algunas veces venían a recriminarme que ya nunca iba con ellos, siempre ponía la excusa de que ahora estaba entrenando y tenía menos tiempo libre; también que quería salvar el semestre y tenía que ir a clase. No veía positivo estar con gente que solo fumaba porros y bebía a todas horas, no me venía bien.

Ese día había una conferencia en el salón de actos de una escritora crítica con el feminismo, el acto tendría lugar a la una de la tarde. Nada más entrar pude observar que no iba a ser un día tranquilo. En el vestíbulo principal había una pancarta de cinco metros en la que ponía: Muerte al fascismo. Terf muerta, antifa contenta.

En un lateral junto a los ascensores estaban mis antiguas amigas, con Patri a la cabeza. Se las veía inquietas, agresivas. La mayoría de ellas estaban con los brazos cruzados contra la pared mirando mal a la gente que pensaban que podría asistir a la charla. Estaban intimidando a los estudiantes e incluso a los profesores que no seguían la tendencia general de la facultad de postración ante el feminismo. Hacía no mucho tiempo yo hubiera sido una más de ellas.

Patri se acercó sonriendo en mi dirección, intenté hacer como que no la veía, pero empezó a llamarme a gritos y corrió tras de mí para alcanzarme.

—Alba, tía –me llamó agarrándome del brazo–. Si no es por los tatuajes y la ropa hardcoretilla no te reconozco. Cada día vas más cambiada. Dentro de un tiempo vas a parecer una borjamari.

Seguía yendo con el labret, llevaba una camiseta de tirantes lisa negra, unos pantalones Dickies algo anchos y unas Vans negras. Excepto por el color del pelo y que me puse las uñas negras, abandonando los colores chillones, no había cambiado mucho más; por lo menos en lo que a estética se refiere, en otros ámbitos menos visibles el cambio había sido más drástico.

—Qué va, tía. –Hice un gesto con la mano quitándole importancia–. No he cambiado tanto.

—¿Te has enterado que viene la zorra de Miles Neurot a dar una charla? –preguntó poniendo los brazos en jarra y frunciendo el ceño.

—Sí –respondí titubeando ante el miedo a cómo pudiera reaccionar–, tengo intención de ir a ver qué dice. –Intenté disimular que me llegó su olor, debía de haber dormido en la facultad y no se habría ni cambiado de ropa en un par de días. Un fuerte olor a sudor acumulado me golpeaba con fuerza.

—¿¡Qué!? –respondió sobresaltada–. Es una puta terf [3], no puedes ir a verla. Hay que hacerle boicot –continuó volviéndose y señalando con un movimiento del brazo al resto de chicas junto a los ascensores.

—No es terf –contesté de forma acelerada por si no me dejaba responder–, es directamente antifeminista. Creo que puede ser valioso escuchar opiniones diferentes y…

—¿Ya no eres feminista, tía? –Parecía que le iba a dar un ataque. Tenía la cabeza ladeada, los ojos entrecerrados y movía con nerviosismo las manos.

No me dio tiempo a contestar, las chicas salieron disparadas hacia una estudiante que iba con una carpeta marrón. La conocía de haber discutido alguna vez con ella, era una feminista radical. La rodearon y empezaron a chillarle y zarandearla. Patri fue hacia el grupo y la agarró del pelo tirando hacia atrás. La radfem recibió todo tipo de insultos y amenazas, además, le escupieron. Consiguió salir aterrada del círculo y marcharse por donde había venido. Ese día no era el mejor para que estuviera en la facultad, los nervios estaban a flor de piel.

Había mucha gente mirando, pero nadie quiso hacer nada. Además de las chicas, también había varios chicos de la asamblea de la facultad en un lateral, vigilando por si pasaba algo.

Todavía no se había acabado el revuelo por la agresión a la feminista radical cuando entró a la facultad un chico repeinado con mocasines. Era Aitor, uno de la asociación de estudiantes afín a Vox. El proceso se repitió y las chicas fueron hacia él gritando. En esa ocasión los chicos corrieron por un lateral para intentar evitar que se escapara del escarnio que tenían preparado.

Aitor comenzó a recular mientras le gritaban «¡Fuera fascistas de la universidad!», se llevó un par de empujones, pero no se dejó rodear, se puso a retroceder hasta salir de la facultad. Una vez fuera, algunos le siguieron, increpándolo en su camino de vuelta hacia su casa u otro lugar alejado de allí. Sin embargo, la mayoría de los de la asamblea se quedaron dentro del vestíbulo principal esperando a más gente, según ellos, inapropiada para la naturaleza de la facultad. Se habían propuesto que nadie pudiera acudir al acto de la una de la tarde.

Patri volvió hacia mí con andares violentos, no se había quedado nada contenta con cómo se había desarrollado nuestra conversación. Pude haberme ido, pero vivir esa experiencia desde fuera me estaba haciendo comprender, aún más, la naturaleza de esa gente. A la cual, para mi vergüenza, había pertenecido mínimo durante un año y medio. Cuando llegó se medio encaró conmigo antes de decir ni una sola palabra. Me puse tensa y la afronté, lista para lo que fuera necesario. Ya me estaba hartando de tonterías. Pero no llegamos a hablar, alguien de la lista negra de inapropiados de la asamblea entró en la facultad.

Era Julia, durante mucho tiempo había sido mi archienemiga, siempre la había visto como a una facha, friki de los entrenamientos y una autoritaria. Ahora la veía con otros ojos, me daba pena lo que iba a sucederle. Había compartido con ella algunas asignaturas en primero, y nuestros enganchones en clase habían sido legendarios. Era una chica mona y alta que siempre vestía como si estuviera en el gimnasio. Iba con el pelo castaño suelto y liso, y siempre iba demasiado alegre para mi gusto.

—¡La del Frente Obrero, vamos a por ella! –gritó Laura, una de las feministas del grupo. Dando pie a que todo el mundo se acercara a increparla. Patri se giró, y sonriendo fue a sumarse al resto del grupo.

La reacción de Julia fue diferente a las de los dos agredidos anteriores. La cara le cambió en un momento, su habitual sonrisa se tornó en un ceño fruncido y una mirada afilada. Comenzaron a gritar y no se amilanó. Contestaba a lo que decían, firme, sin retroceder, y con una posición corporal que recordaba a una guardia de boxeo, sin llegar a serlo. Tenía el pie izquierdo adelantado, el derecho en puntilla, tensión corporal como para saltar hacia delante y las manos un poco por debajo del pecho, semicerradas.

Una chica de la asamblea intentó agarrarla, todo pasó muy rápido, demasiado para apreciar los detalles de lo que sucedió. Julia apoyó

la mano izquierda en una de las manos que la agarró, metió su brazo derecho por debajo de su atacante haciendo un giro y con un movimiento eléctrico proyectó a la chica por los aires, cayendo esta contra el suelo. El sonido seco del golpe paralizó por un instante a todo el mundo. Se quedó postrada, retorciéndose y quejándose del dolor en el suelo.

Julia volvió a encarar a los atacantes que se le echaban encima. En aquel momento solo eran las chicas. Dio una frontal en el estómago a otra que se acercaba de frente y la impulsó hacia atrás, hecha un ovillo. El jaleo era espectacular, se oían gritos e insultos por todas partes.

Patri jugaba al rugby y era bastante bruta, intentó acercarse para agarrarla, pero Julia le dio una derecha a la nariz que la echó para atrás. El sonido de su nariz crujiendo volvió a paralizar a todo el mundo, solo para desatar un movimiento frenético a continuación. Su nariz tuvo una explosión sanguinolenta. Se echó las manos a la cara y desapareció de la primera línea.

En ese momento se metieron los chicos. Óscar, un skin de la asamblea enganchó con fuerza a Julia con la mano izquierda y comenzó a abofetearla con la mano derecha. No golpeó dos veces, Julia agarró de los hombros a su agresor y le propinó una fuerte rodilla en los genitales. Hubo un grito demasiado agudo para ser hombre de Óscar y quedó doblado agarrándose sus partes de rodillas en el suelo. Cuando ya se le echaban encima a Julia llegaron los de seguridad y comenzaron a separar. Se la llevaron hacia la cabina de seguridad y llamaron a la policía.

Cuando vi que la metían en la cabina aproveché para irme, no estaba el ambiente favorable a continuar la charla que había iniciado con Patri; subí las escaleras hacia la planta superior con la decisión tomada de acudir a la charla que se iba a hacer a la una.

Miles Neurot llegó escoltada por la policía, después de todo lo que había pasado a primera hora no estaba la situación para andarse con tonterías. Al bajar por las escaleras que llevaban a la planta en la que estaba el salón de actos se encontraron con una densa barrera de gente detrás de dos pancartas gritando y bloqueando el paso. La policía fue empujando, sin excesiva violencia, y fue moviendo poco a poco a la gente para que la conferenciante pudiese acceder a la sala.

Junto a ella entraron unas cincuenta personas que estaban esperando a que se despejara el paso. Dentro de la sala había ya unas decenas de asistentes, no sabía cómo habrían logrado pasar. La gente de la asamblea y sus amigos no pararon de armar gresca durante toda la charla, al estar la policía presente no pudieron entrar en masa, aunque algunos entraron de tapadillo, interrumpiendo a gritos en varios momentos la intervención de Neurot. Todos fueron expulsados por la policía en cuanto empezaron a dar la nota.

Desde fuera se oían cánticos en contra de la escritora. Era una señora mayor, elegante y de pelo rubio, que demostró mucha entereza en todo momento. No se dejó intimidar, fue paciente y consiguió dar su discurso crítico con el feminismo y el pensamiento único del sistema. Cuando terminó le dimos una gran ovación, aunque no compartía algunas de las cosas que decía me pareció una exposición interesante que, además, me reforzaba en los cambios que había tenido en los últimos tiempos sobre el movimiento y la ideología feminista.

La escritora estuvo firmando ejemplares de sus libros y, solo cuando terminó de atender a sus fans, permitió que la policía le sacara por otra puerta distinta a la que estaba ocupada por sus críticos. Los asistentes tuvimos que salir por la misma puerta por la que habíamos entrado.

Algunos policías se quedaron para controlar el orden, pero cuando salió el grueso de la gente del salón de actos les fue imposible evitar

el conflicto. Gritos, amenazas y forcejeos. En medio de uno de estos, unas chicas sobrepasaron a los policías y agarraron del pelo a una feminista radical, la arrastraron hacia dentro del grupo y le pegaron patadas. «Esto ya es el colmo», pensé, y me tiré en plancha a ayudarla. Forcejeé con un par de mis antiguas amigas y conseguí levantar a la feminista y ayudarla a salir. Cuando estábamos casi fuera del alcance del grupo atacante noté que alguien me agarraba del pelo y me llevaba hacia atrás.

—¡Traidora! –gritó Patri mientras tiraba de mí.

Me di la vuelta y no me lo pensé. Le di un puñetazo en la nariz, echó la cabeza para atrás y volvió a sangrar. Me soltó y desapareció entre la gente. Un chico que había al lado me soltó un puñetazo y me dio en plena cara. Me desplazó un poco para atrás y casi logró tirarme, llegué a marearme un poco. Antes de que pudiera hacer nada más, me llegó una patada de otro chico que había más a la derecha, estuvo a punto de volarme la pierna y tirarme al suelo.

Otro chico me agarró del pelo, pero antes de que le diera tiempo a nada, Julia se echó encima de él con un torbellino de puñetazos que nos sorprendió a todos. El agresor me soltó y retrocedió cubriéndose. Julia se enzarzó con otro chico, pero no le dio tiempo a nada más, la policía sacó las porras y nos separó.

Julia me agarró de la mano y me llevó hacia las escaleras, estaba un poco atontada por el primer golpe que me llevé. Me dirigió por una de las salidas de emergencia de la planta cero, continuando luego hacia la parada del autobús.

—Vete a casa, no se ha quedado el día para quedarse aquí.

–Puso una mano en cada uno de mis brazos–. Mañana será otro día. Ponte hielo en ese ojo –dijo señalando con un gesto de su cabeza mi cara–. Se te va a hinchar.

Me toqué el ojo y noté que estaba ardiendo, lo notaba raro, se me cerraba y comenzaba a no ver bien. Asentí con la cabeza y le di las gracias. Después de lo estúpida que había llegado a ser con ella me sorprendía que se portase así de bien conmigo.

—Hoy por ti y mañana por mí. –Me abrazó sonriendo–. Bienvenida a la resistencia. –Me guiñó un ojo, se giró y salió a paso acelerado de allí.

Al día siguiente del incidente no quise ir a clase, pensaba que era mejor dar unos días para que la cosa se calmara. Aunque dudaba mucho que Patri se fuera a olvidar del puñetazo que le di en la nariz. Ni intenté maquillarme, tenía el ojo hinchado, morado y entrecerrado. Era indisimulable. En cuanto salí de la habitación mi madre se dio cuenta.

No coló que dijera que fue en clase de boxeo, ella entrenaba en el mismo sitio y sabía que no era cierto. Al final, debido a su persistente insistencia, le tuve que contar lo que me pasó en la facultad. A mi madre le dio un subidón de preocupación y llamó a mi abuelo. La paliza que me iban a dar entre los dos iba a ser pequeña…

Mi abuelo, a pesar de la situación, no podía parar de sonreír y de reírse a ratos según le contaba mi madre lo que había pasado. Ella estaba enfadadísima y le miraba cada poco tiempo con cara de reprobación. Andaba enfurecida de un lado a otro del salón, solo paraba para soltar insultos, cada vez peores.

—Resumiendo –interrumpió mi abuelo los paseos de mi madre de un lado a otro del salón y dando una palmada–, te han pegado tus antiguos amigos perroflautas por hacerte una mujercita hecha y derecha y no dejar que pegaran a una pobre mujer indefensa.

—Sí –asentí con los brazos cruzados sentada en una silla.

—Bien –respondió mi abuelo sonriendo–. Ya sabes lo que tienes que hacer la próxima vez.

—¿El qué? –respondimos mi madre y yo al unísono. Aunque nuestro tono fue bastante diferente. A mi madre le consumía la rabia.

—Ir con amigos, así si os tenéis que pegar por lo menos ganáis –respondió encogiéndose de hombros.

—Papá… –regañó mi madre.

—¿Qué, hija? Es la pura verdad –respondió mi abuelo sin dar opción a más–. ¿Y quién es esa tal Julia que te ha ayudado?

—Pues antes era mi archienemiga…

—Eso es bueno –interrumpió mi abuelo–, sin duda. Eso significa que puede ser una buena amiga ahora. Nadie de tu entorno antiguo vale para nada. Dile que se venga un día al gimnasio a boxeo, le quiero dar las gracias en persona.

—Pero ¿no tendrá Alba problemas en la facultad ahora? –preguntó mi madre mirándome.

—Por eso quiero hablar con esa tal Julia, para saber cuál es el ambiente en la facultad y si tenemos que preocuparnos –respondió mi abuelo.

Mi madre enarcó una ceja cuando mi abuelo terminó de hablar. A mí también me sonó raro, tanto su tono como lo que dijo, era como si estuviera planeando alguna de las suyas.

—¿Y mientras tanto mejor que no vaya a la facultad? –preguntó mi madre volviendo a mirarme. Me estaba poniendo nerviosa de tanto clavarme la mirada cada vez que proponía algo sobre mí.

—Sí, yo creo que es lo mejor, Sara– contestó mi abuelo suspirando de forma pesada–. Aunque sea solo unos días. Así puede venir más a entrenar. Pero luego tienes que apretar en la facultad, eh –dijo mientras me señalaba haciéndome burla poniendo caras.

—Hombre, claro. Después de lo que ha costado que retome de forma adecuada la carrera no pienso permitir que la tire por la borda otra vez –repuso mi madre con tono serio.

—Tranquila, mamá. Voy a sacar todo bien este semestre.

Me levanté y me fui a mi habitación a descansar. Me dolía mucho el ojo y necesitaba tumbarme un rato, aunque fueran diez minutos. Sabía que tanto mi abuelo como mi madre estaban preocupados por lo que pudiera pasarme en adelante. De hecho, antes de irme del todo pude observar que se quedaban a hablar del tema con más seriedad de la que habían mostrado, por lo menos mi abuelo, durante la charla que mantuvieron conmigo.

* * *

Esa Julia era tremenda, vino a mi clase de boxeo al día siguiente y cuando Alba no miraba hablé con ella en serio sobre lo que había sucedido y lo que necesitaba saber para poder solucionarlo. Habían pasado solo dos días y nos estaba brindando una gran oportunidad. Nos dio hasta los nombres y fotos de los que habían pegado a mi nieta. Incluso nos dijo cuándo tenían una reunión para hablar de lo que había pasado el día de la charla de Miles Neurot.

Pusieron la reunión a las seis de la tarde, en un local tiñoso que tenían junto a la cafetería de la facultad. Estimamos que llegarían antes, por lo menos algunos de ellos, y que estarían fumando o

bebiendo cerveza en los bancos que había cerca del parking de la facultad. Por lo visto, algunos de esos piojosos iban al turno de mañana y otros al de tarde. Por lo que los del turno de mañana harían tiempo para que llegaran los otros. Dos de tres de los que agredieron a mi nieta iban de mañana, incluido el del puñetazo.

Mandé a Rafa y a unos chavales amigos suyos a realizar el apercibimiento a esas ratas deshonorables y cobardes. Según me contó el propio Rafa, llegaron andando y tapados, pero discretos: con una mascarilla, manga larga y con un gorro cada uno. Aparcaron el coche fuera del campus para evitar las cámaras y se encaminaron hacia la facultad.

Tal y como me había dicho Julia, estaban en un banco bebiendo en uno de los laterales de la facultad. Eran cuatro y había dos de los que pegaron a Alba. Rafa y sus amigos pasaron por su lado haciéndose los tontos y antes de que pudieran reaccionar se les echaron encima. Rafa se lanzó a por el chico del puñetazo, comenzó a golpearle sin remisión alguna. Sus dos amigos empezaron a golpear al resto de perroflautas, que no dudaron en salir corriendo en dirección contraria, dejando tirado a su compañero.

Tuvieron que sujetar a Rafa porque el cobarde que pegó a Alba estaba reventado en el suelo, corriendo riesgo de que si seguía golpeándole pudiera pasar algo de una gran gravedad.

Consiguió zafarse de sus amigos y acercarse al cobarde que estaba en el suelo, pudiendo ver que se había cagado y meado encima. Le garró de la pechera y le levantó un poco, al mismo tiempo que él se inclinaba para estar más cerca. Le amenazó diciéndole que sabía quién era, mencionando su nombre, apellidos y dirección (menuda santa era Julia). Vio el miedo en su cara, le soltó con violencia contra el suelo y dejándolo dolorido y abatido corrieron por la ruta de escape hasta su coche.

A las dos horas, Rafa estaba en mi gimnasio contándomelo todo entre risas. «Me encanta que los planes salgan bien», pensé con una amplia sonrisa.

* * *

Estábamos en el Derry, un bar irlandés y rockero en la Avenida Rey Juan Carlos I, en Zarzaquemada. Solía abrir todos los días, y yendo a una hora decente estaba tranquilo y sin mucho jaleo. Solo música de rock antigua en un volumen aceptable. Estábamos frente a unas Guinness en una mesa al fondo del local, junto al pequeño escenario en donde hacían a veces conciertos y monólogos.

El bar tenía forma de cubo, tenía dos dianas de último modelo, una barra en ele gigantesca y una zona central de mesas dentro de otro cuadrado, separado por una estructura de madera del resto del local. Alrededor del mismo había más mesas; junto a la barra, había múltiples taburetes altos de madera y desperdigadas por el local, también había varias mesas altas. Estaba todo bastante decorado, destacando una gran cantidad de bufandas de futbol.

Alrededor de la mesa estábamos Rafa, Julia y yo. La inflamación de mi ojo había bajado, pero a cambio se había puesto más morado que nunca. Tardaría varios días en que se me quitara del todo. Rafa llevaba desde el primer momento diciendo que parecía un oso panda.

Ese mismo día había vuelto a la facultad, pensé que me pegarían según me vieran, pero no sé qué pasó que me dejaron en paz. Hubo cuchicheos y miradas de odio, pero no fue a más. Ni siquiera hicieron ademán de venir a por mí. Al ir con Julia a todas partes fui

más tranquila de lo que hubiera logrado estar si hubiese ido sola o acompañada por alguien menos resolutivo.

Si de mí hubiese dependido no me hubiera acercado a la cafetería en ningún momento, pero Julia insistió. Me dijo que cuando hay tensión con alguien, lo mejor es demostrar que no le tienes ningún miedo. Así que pasamos por delante del puesto de chuches, Patri tenía la cara aún más morada que yo, y entramos en la cafetería. A mí me daba cosa mirarlos, pero Julia pasó poniéndoles cara de asco y con una actitud bastante agresiva. Nadie dijo ni hizo nada.

Nos tomamos un café tranquilas y volvimos a salir, repitiéndose la misma escena que unos minutos antes. Fuimos cada una a nuestra clase y, cuando salí, Julia ya me estaba esperando en la puerta. Con todo lo que habíamos pasado hacía tiempo y al final nos estábamos haciendo amigas. Era obvio que era posible porque Rafa resultó que la conocía y eran amigos por rollos de política desde hacía años. Fue una suerte para mí, me allanó el camino.

Rafa me pasó el brazo por encima del hombro y me sacó de mis pensamientos. Levantó su copa de cerveza y nos llamó a brindar.

—¡Por nosotros! –Sonrió apretándome con fuerza.

—¡Por el comienzo de una bonita amistad! –Levanté mi copa mirando a Julia. Esta asintió con la cabeza y chocó su copa con la mía.

—Por las nuevas amistades –correspondió con voz alegre.

En la vida hay gente que te da de lado y otra a la que te ves obligada a alejar de ti por sus comportamientos. Es ley de vida, no todo el mundo es como parece, ni te viene bien llevarte con ellos. La amistad es algo demasiado importante para darle ese estatus a gente que no se lo merece. Quien no está en los momentos difíciles es mejor que no esté, para tomar una cerveza te vale cualquiera. La amistad es algo más.

Desde luego, podía darme por satisfecha con la gente que estaba conociendo gracias a los cambios que se habían producido en mi vida. Hasta había vuelto a llevarme con mi abuelo y con mi hermano, me parecía increíble que esto hubiera podido llegar a suceder.

—Alba –me llamó Julia volviendo a sacarme de mis meditaciones–. Te presento a mi amiga Alicia.

Me giré y me encontré justo enfrente de una chica con gran atractivo, rubia y con ojos azules. Era más bajita que yo, pero al igual que Julia era una de esas personas que dan la sensación de ser fuertes. Me acerqué y le di dos besos y un abrazo. Pude ver como Rafa y Julia la trataban con mucho respeto y cariño. Siendo amiga suya no tenía ninguna duda de que sería alguien más que interesante para conocer. Para como había comenzado la semana me estaban saliendo bien las cosas. Podía darme por más que satisfecha.

3. Trans Exclusionary Radical Feminist (TERF). Es el término con el que el feminismo más mainstream se dirige a las feministas de siempre.

Nuevos rumbos

La

Plaza de la Fuente Honda estaba llena de gente, en los bares, en las terrazas, sentados en bancos y transitando de un lado para otro. Verónica se había empeñado en ir a la terraza del Melody y parecía que no había sido una buena idea. Cuando ya estábamos para irnos, una pareja se levantó de una de las mesas altas junto a la fachada y Verónica corrió como alma que lleva el diablo a sentarse. Casi se le adelantó un grupito de chicas jóvenes, pero ella fue más rápida.

Ese día los vinos cayeron uno detrás de otro. Yo llevaba un ritmo pausado, aunque iba un poco achispada; pero Verónica era harina de otro costal: estaba colorada y comenzaba a costarle hablar con corrección. Siempre que se ponía así en tan poco tiempo se excitaba de más y montaba un espectáculo. Miedo me daba, aunque me prometió que se iba a comportar después de la última que lio.

Verónica escrutaba el terreno, o el ganado, como solía decía ella. No debía haber buen material, porque estaba todo el rato renegando. «Demasiado joven», «muy viejo», «calvo», «seboso», «ya me lo he tirado», entre otros epítetos con los que iba rechazando a sus posibles candidatos.

Me estaba riendo, aunque cauta, con las caras y locuras que decía Verónica. De repente, alguien me tocó la espalda, pegué un respingo y me di la vuelta con un enfado considerable. Al ver la cara sonriente de Jesús se me pasó de golpe el cabreo. Era tan apuesto y tan alto.

—¿Qué tal, preciosa? Veo que el destino sigue jugando a mi favor – me saludó y me dio dos besos.

—¿Qué tal tú, guapo? –le devolví el saludo.

—Uy, «guapo». Eso es que me vas a desbloquear –respondió levantando las cejas y apoyándose en nuestra mesa, cerca de mí, y buscando con sus ojos el contacto directo con los míos.

Saqué el móvil, busqué los números bloqueados, y le saqué de aquella lista. Nada más hacerlo, Jesús se puso a escribir. A los pocos segundos me llegó un mensaje, era suyo, pidiéndome una cita. La verdad es que me hacía reír con esas tonterías. Sin embargo, parecía que a Verónica no le estaba gustando nada. Tenía cara seria y estaba sentada rígida contra el respaldo de la silla, como demasiado estirada. La ignoré y seguí con lo que tenía entre manos.

—¿Estás aquí y me pides una cita por mensaje? –pregunté girando la cara en la dirección contraria a donde estaba él, fingiendo estar indignada.

—Es que soy un romántico. Al no tener papel y pluma para una carta he tenido que digitalizarla.

—Pues menuda basura de carta, con menos de dos líneas.

—Soy un maestro de la síntesis. Eso es una virtud.

—Venga, vale. Voy al baño y concretamos cuándo –respondí mientras me levantaba para entrar al bar e ir al aseo.

Cuando volví Verónica estaba cerca de Jesús, demasiado encima de él. Le tenía contra la pared, tocándole el brazo y el pecho e intentando acercarse más aún. Él estaba tenso y echado hacia atrás al máximo, intentando separarla sin ser brusco. No dijo nada cuando me acerqué, solo me miró con cara de pedir auxilio.

—¿Qué coño haces, Verónica? –pregunté aun sabiendo la respuesta. Deseaba de corazón que no fuera verdad.

—Pues aprovechar lo que tú no quieres –respondió con altanería.

—Mira, estás borracha. Sepárate de Jesús y tengamos la fiesta en paz. –Me daban ganas de pegarle, pero la verdad es que Verónica estaba bastante bebida y con la autoestima por los suelos.

—Si quieres podemos compartir –respondió poniendo esa voz de zorra sensual que tanta rabia me daba, e intentando toquetear más aún a Jesús.

—¿Qué? –respondió este con cara de extrañeza.

—Sí, los tres. Yo soy muy divertida, le voy a dar el toque picante. –Hizo un gesto de desdén hacia mí con la mano suelta–. Ella lleva mucho sin follar, ya ni se acuerda. –Mientras lo decía se tambaleó varias veces.

No aguanté más. Me acerqué y con brusquedad la agarré y la giré hacia mí. La zarandeé para que espabilara, pero me levantó la mano para pegarme. Le di un bofetón que le giré la cara y chocó contra Jesús, que seguía justo detrás. La gente comenzó a mirarnos, pero me dio igual.

—Me tienes harta, estás enferma –grité señalándola. Verónica estaba en shock, con la mano justo donde le había pegado–. No quiero saber nunca nada más de ti. ¡En la puta vida! –Volví a gritar.

Me di la vuelta y me fui airada sin ni despedirme de Jesús. Que se quedara con ella si quería.

No había llegado a la calle Juan Muñoz cuando Jesús me alcanzó y se puso a andar a mi lado. Tras acompañarme un trecho, me habló:

—Yo no he tenido nada que ver, yo quiero la cita contigo. No tengo nada que ver con ella –aseguró.

No le contesté, seguí andando con rapidez hacia mi casa. A la altura de la calle Madrid se puso delante a andar de espaldas. No bajé el ritmo y estuvo a punto de chocarse varias veces, una de ellas con un banco. Me hizo gracia y consiguió que sonriera. Me había calmado un poco.

—Bueno, es verdad. No has tenido mucho que ver.

—Eso es. Mantengamos nuestra cita.

—A ti solo te importa lo tuyo, ¿eh? –respondí girándome hacia él, riéndome.

—Me importas tú.

—Mi amiga me saca de quicio. Ya no puedo más. No voy a permitir…

—¿Por qué no hablamos de otra cosa? –me interrumpió pasando su brazo derecho por encima de mi hombro–. No creo que sea lo más idóneo que te retroalimentes en lo que acaba de pasar –señaló con el pulgar hacia atrás.

Tenía razón, suspiré con rabia e intenté tranquilizarme de nuevo. Agarré la mano del brazo que tenía encima de mí con la mano derecha, caminamos en silencio hacia el campus universitario.

—Al final me estás cayendo bien, Jesús. –Giré un poco la cabeza de nuevo para mirarle–. Pensaba que eras un gilipollas.

—Vaya, gracias por el cumplido –respondió asintiendo de forma graciosa, poniendo caritas.

Me gustaba, mucho. Pero no iba a permitir que se lanzara, mucho menos que viniera a mi casa. Estaría sola a esas horas, pero no era el momento. Yo elegiría cuándo, si es que decidía hacerlo. No quería rollos de un día.

—Jesús, vamos a tener que ir dejándolo por hoy –rompí el silencio soltándole y separándome de él.

—¿Tan pronto?

—No seas caradura. Si quieres quedar otro día nos escribimos y lo cerramos de una vez –respondí sonriendo y acercándome a él.

Estábamos a pocos centímetros, enfrentados, cara con cara. Antes de que pasara nada más le agarré con cariño la cara, se la giré y el di un beso lento y largo en la mejilla. Me separé y le guiñé un ojo. Di media vuelta y me fui para mi casa.

—Nos escribimos, eh –respondió desde donde le había dejado.

Levanté la mano sin girarme y le grité que sí, que por supuesto.

Durante el camino a casa ni me acordé de Verónica, solo pensaba en Jesús y en lo que me apetecía una cita con él. Quería conocerle bien, no quería estar haciendo el tonto, no quería acostarme con un tío que luego me diera asco y no me valiera para nada de lo que yo quería. Me gustaba conocer bien a la gente y tener pareja. Ya era mayor para estar haciendo el tonto.

Los días de lluvia tenían algo especial, la gente solía odiarlos, no poder salir de casa por lo visto era un gran impedimento. No para mí, desde luego. No solo salía a pasear bajo la lluvia, sino que, además, cuando volvía me daba una buena ducha calentita, me ponía el pijama y me liaba a leer arropada con una manta en el sofá. Si ibas bien equipada tampoco te mojabas tanto, me gustaba la sensación de tranquilidad y de melancolía de la lluvia, me invitaba a reflexionar y a aclarar mis pensamientos. También me recordaba a mi niñez, mi padre siempre me regañaba cuando salía a pasear y volvía empapada. A pesar de sus broncas, nunca me impedía que

me fuera, sabía que era una cosa que me encantaba, que me hacía sentir libre.

Esa tarde estaba leyendo El maestro de esgrima, de Arturo Pérez-Reverte. Si no me lo había leído diez veces a lo largo de mi vida no lo había hecho ninguna. En ese libro daban una visión del honor, de la entereza, de la caballerosidad y de no rendirse jamás ante la adversidad que me removían por dentro. Esa sensación no había disminuido según fui leyéndomelo más veces.

Página a página fui avanzando en las aventuras y desventuras de don Jaime Astarloa en su permanente búsqueda de la estocada perfecta. Hasta que llegué a la escena final. Siempre se me aceleraba el ánimo cuando llegaba a esta parte. «Ay, don Jaime», pensaba cada vez que llegaba a aquel momento. «Ya no quedan hombres como tú».

Cuando acabé, cerré el libro y observé la portada acariciando sus tapas duras. Era una edición antigua, de 1993. En la portada solo había un cuadrado negro en el que salía en letras claras el nombre del autor y el título. El resto de la portada correspondía a un dibujo marmóreo de varios colores. Era una portada de otra época, sin imágenes retocadas ni intención de ser la más llamativa de la librería. Me encantaba por su sencillez, su elegancia y por lo diferente que era a todo lo que se sacaba en la actualidad. Además, estaba firmada por el autor, era sin duda uno de mis libros favoritos de todos los que tenía en casa, que no eran pocos.

Durante mi paseo bajo la lluvia pensé mucho en Jesús, llevábamos varios días intercambiando mensajes de WhatsApp, por la noche nos llamábamos y hablábamos de todo tipo de cosas. Resultó que tenía un gran sentido del humor, bastante negro, y que era un buen conversador: sabía de arte, de historia, de cine, le encantaba leer… Compartíamos muchas aficiones. Había estudiado comunicación y trabajaba para una empresa de ropa de esquí: Atomic, según él conocida.

No había ido a esquiar en mi vida, mi padre nunca mostró interés por llevarme a practicar, ni siquiera me permitió ir cuando hubo excursión del colegio. Tenía miedo de que me rompiera una pierna. Jesús intentó convencerme de que probara a ir a esquiar con él, mis negativas hicieron que desistiera y cambiáramos de tema.

Estaba aún con el libro encima de las piernas cuando mi móvil empezó a vibrar, fui a cogerlo emocionada pensando que sería Jesús, pero no lo era. En la pantalla salía el nombre de Verónica, me lo pensé un par de veces y decidí cogerlo.

—¿Sí? –respondí con tono seco y áspero.

—¿No te vas a disculpar? –preguntó Verónica sin más preámbulos con un enfado evidente en su voz.

—¿Qué quieres, Verónica? Te dije que no volvieras a ponerte en contacto conmigo. Nuestra amistad se ha roto, búscate a otra para que aguante tus excentricidades. No quiero saber nada de ti.

—O sea, ¿de verdad no te vas a disculpar, tía? Me has puto pegado en la cara, sabes. Es algo muy fuerte.

—Lo tienes más que merecido. No vuelvas a llamarme, Verónica –sentencié elevando la voz.

—Pero…

No le dio tiempo a terminar, colgué. Pinché en su contacto y la bloqueé antes de que pudiera volver a llamarme. Había acabado con ella, no volvería a arrastrarme en sus tonterías. Le deseaba lo mejor, pero lejos de mí. No iba a perdonarle lo que me intentó hacer con Jesús. Había traspasado una línea roja y ya no había marcha atrás posible. Me daba pena, pero al igual que había dicho por activa y por pasiva a mi hija que debía romper con algunas amistades que tenía que solo eran un lastre, yo debía aplicármelo a mí. No me lo había

dicho veces mi padre… pues tenía razón. Me acordé de bloquearla también en Instagram. Contacto cero era contacto cero.

Aunque tuve muchas proposiciones para nuestra cita (restaurante Chirón, Trattoria Fratelli, entre otras, por las que cualquier mujer hubiera apostado antes que por mi contrapropuesta), decidí que fuéramos a las recreativas del X-Madrid. Me apetecía un día de risas y de comer una hamburguesa o un burrito.

Me puse una falda corta negra, una camiseta de Loquillo, una chaqueta vaquera ceñida y unas Air Max negras. Me maquillé sin excesos y salí, llegaba tarde a pesar de que habíamos quedado en la misma plaza de mi casa. Allí esperaba Jesús con su coche.

—Estás preciosa –me saludó mirándome de arriba abajo, con una sonrisa bobalicona y dándome dos besos. Él iba con unas botas Timberland negras, vaqueros grises y una camisa vaquera remangada bastante ajustada. Además, olía muy bien, me pareció reconocer que llevaba el perfume Givenchy: era un olor amaderado, con un ligero toque a vainilla. Era una friki de los perfumes. Me encantaba cómo iba Jesús, sonreí para mis adentros.

—Anda ya, zalamero. Tira para Alcorcón –contesté haciendo un gesto hacia delante con mi cabeza.

Jesús no había estado nunca en aquel centro comercial, entramos por la parte de abajo, desde el parking interior. Nada más llegar a la zona comercial se quedó impactado de que hubiera una instalación para hacer buceo. Era una piscina de veinte metros de profundidad, para estar dentro de un centro comercial era grande. A todo el mundo le impactaba la primera vez que la veía.

—¿Esto es una broma? ¿Viene la gente a bucear a un centro comercial? –preguntó señalando a la piscina, cuyo frontal era una cristalera gigantesca y se podían ver las actividades.

—¿No ves que sí, tonto? –me agarré a su brazo y tiré de él hacia la zona de tiendas entre risas–. Te quiero enseñar un par de sitios antes de ir al Ozone, a las recreativas –puntualicé cuando vi que no entendió a qué me refería con ese nombre.

Le obligué a ir a varias tiendas, mis preferidas eran la de los funkos, llevaba años coleccionando esos pequeños muñecos cabezones, y la tienda de cómics. Mi padre me había trasladado su afición, y yo a mi hijo. Algunos negocios me parecían un tanto extraños, sobre todo a nivel de viabilidad económica. En cada local había una música diferente puesta, en los espacios que no correspondían a ninguno de ellos, por así decirlo en las «zonas comunes», sonaba una lista de reproducción o una cadena con música rock que me resultó agradable.

Cuando subimos de planta lo hicimos por las alargadas escaleras mecánicas, eran las más grandes que había visto nunca. Vimos desde arriba que en un extremo de la planta baja unos chicos estaban preparando una exhibición con espadas láser de Star Wars. Para mi sorpresa, Jesús me pidió que nos quedáramos a verla. No duró mucho, a mí me parecía demasiado friki, pero a él le pareció estupenda. La verdad es que alguno de los espadachines tenía aptitudes acrobáticas, pero otros no tenían mucha capacidad escénica.

Vimos todas las tiendas de la primera planta, le hice estar un buen rato en el Callejón Madriagón, el espacio dedicado a Harry Potter. Tenía tantas cosas sobre la genial saga de J. K. Rowling que me podía tirar una hora mirándolas todas.

—¿Ravenclaw? ¿Quién compra algo de Ravenclaw? Vamos, no me jodas. Lo único peor que hay que Ravenclaw es Hufflepuff –señaló Jesús mirando con cara de indignación uno de los expositores.

—No seas así –respondí riéndome y tirando de su brazo hacia delante–. Yo soy de Gryffindor o de Slytherin –continué mientras le

llevaba de un lado para otro viendo muñecos y curiosidades. Tras nuestro periplo compré un par de figuritas y bajamos de nuevo para ir al Ozone.

Como de costumbre, estaba abarrotado. Especialmente de adolescentes y de padres con niños. Las citas de adolescentes en un lugar como aquel me producían una gran nostalgia, me recordaban a películas de mi niñez como Karate kid. Saqué mi tarjeta y la rellené en una de las máquinas automáticas situadas cerca de la entrada. Jesús se sorprendió de que no aceptaran monedas.

Era un espacio amplio en el cual había máquinas recreativas por todas partes, modernas y bien cuidadas. Al fondo había una bolera y a su derecha una pista de autos de choque. Algunas máquinas, no todas, te daban tickets que, una vez conseguido un número considerable de ellos, podías intercambiar por premios en un mostrador que había entre la bolera y la zona de recreativas. Detrás de este, había una pared en la que estaban colgados la mayoría de los premios a los que podías acceder. Para poder optar a estos, tenías que meter tus tickets rosados en una máquina que los introducía en tu cuenta a través de tu tarjeta.

Hicimos de todo: jugamos a encestar, le gané; a tirar sacos a unos agujeros, me dio una paliza; a derribar muñecos, esto confirmó que tenía mejor puntería que yo; a golpear topos, fui más rápida; al aero-hockey, gané por los pelos y a disparar a botellas con una pistola de rayos, me volvió a ganar. En total conseguimos un buen número de tickets, aunque en honor a la verdad gastamos mucho dinero en ello.

—¡Vamos allí a pegar tiros! –le dije gritando emocionada y tirando de él hacia una cabina biplaza que había junto a la entrada.

Era de un videojuego de matar extraterrestres. En vez de pistolas tenía una especie de torretas con las que ibas disparando, tuvieras un personaje con pistola, con fusil o el mando de una nave espacial.

Se podía jugar de dos en dos. Seleccionamos la primera misión y no tardamos mucho en que nos mataran a los dos.

—¿No dan tickets? –preguntó Jesús inclinándose buscando la ranura por la que pensaba que podrían salir.

—No, en esta máquina no –contesté encogiéndome de hombros–. Vamos a canjear los puntos y luego a comer.

Fuimos al final de la sala e introdujimos la tarjeta y los tickets, habíamos conseguido 850 puntos. Hicimos cola ante el mostrador solo para que Jesús descubriera, yo sabía que eran poca cosa, que solo podíamos conseguir un muñeco bastante pequeño. Los grandes costaban más de 2000 puntos. Jesús eligió un muñeco de algo que parecía un gremlin y me lo dio.

—Mejor esto que nada –sonrió agarrándome por la cintura y dirigiéndome hacia la salida.

Fuimos al Williamsburg, en mi opinión el único establecimiento de restauración que merecía la pena de todo el centro comercial, la comida dejaba bastante que desear en el resto de sitios. Lo que más me gustaba de esa hamburguesería era el pan de las hamburguesas y los batidos. Lo conocí por una vez que me llevaron mi padre y sus amigos del gimnasio. De otra cosa no, pero de comer eran unos expertos. La gente que ha hecho dietas estrictas durante mucho tiempo es la que más se esmera en ir a sitios buenos para comer cuando se las puede saltar.

Durante el tiempo que estuvimos de compras y en las recreativas Jesús estuvo cercano, pero sin que me sintiera incómoda en ningún momento. Bromas, piques competitivos, complicidad y una agradable conversación. Pero en cuanto fuimos a cenar comenzó una aproximación gradual, que se fue intensificando según avanzaba la cita.

Salimos del Williamsburg y nos dirigimos hacia el parking subterráneo, cada vez estaba más encima de mí y más tocón. No me sentía incómoda, pero tampoco quería que pasara nada de momento. Cuando llegamos al coche me giró hacia él, ya veía lo que iba a pasar, por lo que le puse una mano en el pecho poniendo resistencia, ya había comenzado el amago de lanzarse, pero le frené en seco, evitando que llegara a hacerlo y ese momento se convirtiera en algo bastante incómodo.

—Jesús –le llamé la atención con media sonrisa.

—Qué dura eres conmigo –se rio mirándome a los ojos, pero sin moverse ni un ápice. De mis ojos pasó a mis labios. Mi mano se deslizó un poco hacia abajo tocándole todo el pectoral.

Cuando comenzó a retirarse, sin dejar de mirarme, algo me hizo clic en la cabeza. «Un beso no le hacía daño a nadie», pensé. Con la misma mano que había tenido en contacto con su pecho, justo antes de que se distanciara más hacia atrás, agarré su camisa y le traje hacia mí con un movimiento firme. Me lo quedé mirando un segundo ante su sorpresa y le planté un beso en la boca. Se inició con fuerza, para pasar a ser lento y sentido. Me separé un segundo, nos quedamos mirándonos y le volví a besar, en esa ocasión fue más pasional, más sucio. Cuando Jesús empezó a sobreexcitarse y comenzó a tocar de más, me separé y le volví a poner la mano en el pecho.

—No vas a tener más por hoy, Jesús –le dije con una sonrisa con algo de maldad, pero con tono firme.

—Bueno –me contestó yendo hacia la puerta del conductor del coche–, me doy por más que satisfecho con esto. Como pintaba la cosa hace un momento, me ha salido todo bastante bien –rio alegre.

La verdad es que fue una tarde maravillosa, ya le daría otro día lo que quería, aún no me apetecía hacerlo. Quería conocerle un poco más. La verdad es que Jesús nunca me ponía una pega a nada.

Cuando me dejó en la puerta de casa le volví a besar, de forma más breve que las anteriores, y me bajé para ir hacia mi puerta. No se fue hasta que no me vio introducirme por ella. Era todo un caballero.

* * *

Doble de veinte, triple de veinte y, un poco desviado, le di al uno. Le metí cien puntos ante su mirada de sorpresa y le dejé con la boca abierta haciendo aspavientos de mal perdedor. La diana se puso a emitir luces y en la pantalla salió mi nombre junto a la palabra winner junto a mi media por turno, le saqué un punto entero. La paliza fue sonada, era la reina del Cricket Cut Throat.

—Desisto –resopló Rafa dejando los dardos encima de la mesa que teníamos a nuestra derecha–. No entiendo cómo eres tan buena.

—Siempre he tenido una habilidad especial para esto –reí pinchándole con las plumas de mis dardos en un costado y haciendo un gesto hacia la diana para que echáramos otra.

—Ni de coña, prefiero escuchar música tomándome una cerveza.

En ese momento sonaba Celtas Cortos. Por las tardes ponían música más rockera española en el Derry, pero por las noches cambiaba el asunto. A partir de las doce me dejaba de gustar la música y solía irme a otro sitio.

Lo bueno que tenían las tardes en el Derry, además de la música, era que había poca gente y las dianas solían estar vacías. Me gustaba pasar la tarde allí con Rafa. Aunque nunca conseguía que jugara más de un par de partidas conmigo, tenía bastante mal perder.

Ya éramos novios oficialmente y las cosas no podían irme mejor. Me sentía valorada y apreciada. Era una relación sana, que me permitió recuperar mi autoestima, lo cual repercutía en todos los sentidos, en el sexo también. Antes me acostaba con mucha gente, pero la mayoría de las veces ni siquiera acababa, era un consumo estéril de cuerpos que nada me aportaba. Ahora tenía a una persona que se preocupaba de mis necesidades, de lo que me gustaba y de lo que quería. Gran parte de mi tiempo lo pasábamos juntos, haciendo planes interesantes, siendo un equipo para lo bueno y para lo malo, así le gustaba definir a la relación a Rafa.

Estaba sentada en la mesita que había junto a las dianas besándome con Rafa cuando vi que Claudia entraba al bar con Mario y Tomás. Resoplé y me puse a disimular para que Rafa no los viera y, a poder ser, ellos a mí tampoco. No fue así, el bar era grande, pero estaba vacío.

Claudia se acercó con sus peculiares andares hombrunos, le gustaba ir de dura, aunque en realidad fuera alguien poco aguerrida. Siempre había sido perro ladrador poco mordedor. En todos los problemas que se le habían presentado siempre había tenido que defenderla yo cuando la cosa iba a mayores.

—¿Qué? ¿No vas a volver a hablarme o qué? –me dijo a modo de saludo con chulería.

—No, no tengo ningún interés, Claudia. Nuestra amistad ya hace tiempo que terminó –contesté sin levantarme y apenas mirándola.

—Pues yo no estoy de acuerdo con eso –señaló con un gesto poco amistoso–. Levántate si estamos hablando.

—Cállate y lárgate de aquí, pesada de los cojones –saltó Rafa levantándose con brusquedad.

—¿Ah sí? Oblígame, payaso. Machirulo de mierda. –Claudia levantó y abrió ambos brazos encarándose con Rafa.

Mario y Tomás se mantuvieron a una distancia prudencial por si les salpicaba la historia. Sabían que ellos no tenían ningún tipo de inmunidad como Claudia por ser una chica y que Rafa les pegaría a la mínima que le dieran una excusa. La situación me desbordaba, y sin pensarlo actué.

Me levanté con rapidez y me acerqué a Claudia, la cogí por el cuello con la mano izquierda y la empujé contra la pared, la mantuve contra ella y acerqué mi cara a la suya, señalando con mi mano libre su rostro. Se quedó blanca, su semblante pasó de la chulería al pánico en un instante.

—No quiero volver a verte, puta asquerosa. Como vuelvas a molestarme a mí o a mi novio te voy a agarrar de los cuatro pelos que te quedan y te voy a reventar la puta cabeza. ¿Te queda claro, zorra de mierda?

No dijo nada, solo temblequeaba. La agarré con más fuerza del cuello y la lancé contra unas mesas.

El camarero vino corriendo para ver qué pasaba. No hizo falta que separara a nadie, Claudia se levantó y salió indignada, pero con el susto en el cuerpo, junto con Mario y Tomás. Llegaron a hacer un amago de meterse cuando agarré por el cuello a Claudia, pero ante la mirada de Rafa de irse a por ellos en cuanto dieran un paso más se lo pensaron dos veces.

Ricky, el encargado del bar nos preguntó qué había pasado, le contamos que Claudia y los demás estaban muy borrachos y que no sabían comportarse. Me echó un poco la bronca por el lío, pero como no había gente en el bar lo dejó pasar. «Menos mal», pensé. Era uno de mis bares favoritos. Nos quedamos un rato más, Rafa, que estaba de buen humor por pararle los pies a mis antiguos amigos cedió y nos echamos un par de partidas más a la diana. El resultado fue el mismo, yo no hacía prisioneros en cuestiones de dardos. No había piedad ante el enemigo.

Consecuencias

La

pila rebosaba de platos y en la encimera tenía múltiples bolsas y envoltorios de comida para llevar, sobre todo cajas de pizza y bolsas de cartón de hamburguesas. Debido a los restos de comida habían empezado a aparecer cucarachas y hormigas. «Ramón deberías ir a por trampas», pensé, pero me daba mucha pereza salir de casa. Estaba en un periodo de mi vida en el que no me apetecía hacer otra cosa que ver series, por una vez le estaba sacando provecho a Netflix y a Amazon Prime. Empecé viendo películas del Oeste, pero acabé viendo todo tipo de series, algunas de más de siete temporadas. Las conseguía ver en apenas unos días, me estaba enviciando a los maratones.

También me había aficionado al alcohol, empezaba ya de buena mañana con la cerveza, bebía a lo largo del día de forma recurrente y acababa las noches tomándome un par de copas de whisky. Me ayudaba a soportar los últimos reveses que me había dado la vida.

Solo salía de casa para trabajar, el resto del día se me pasaba rápido. Lo peor de la vida sedentaria fue que engordé, en apenas unos meses pillé más de quince kilos, se me puso la cara redondeada. Cuando perdí a mis amigos del club y a Susi, decidí no buscar nuevos, decidí que debía disfrutar de mí mismo.

Otra cuestión que conllevó mis muchas horas en casa y la frustración por mi familia fue que volví a fumar. Quería bajar a por tabaco, pero me encontré que no tenía nada de ropa limpia. Llevaba unos calzones negros desde hacía tres o cuatro días y una camiseta interior que me había puesto a principios de la semana. No me

quedó más remedio que rebuscar entre la ropa sucia y sacar unos pantalones vaqueros arrugados y una sudadera un tanto húmeda, no sabía muy bien por qué. No tenía calcetines, así que me fui sin ellos. La ropa olía un poco fuerte, como agria, pero tampoco la necesitaba para lucirme ante nadie.

Bajé tarareando a la calle, «ya iría a la lavandería un día de estos». El estanco estaba cerca, por lo que apenas tardé tiempo en ir y volver con un cartón de Marlboro bajo el brazo. Aparté ropa y restos de comida del sofá y me dejé caer con fuerza tras desvestirme. Enchufé la tele y comencé a fumar. Al estar solo podía quedarme en calzones con total tranquilidad.

Cuando se fue haciendo de noche volvieron los pensamientos negativos, cada noche me ponía a sobrepensar y acababa en bucles dañinos para mí mismo. Comencé a llorar y a babear tapándome el rostro y poniéndome en posición fetal. Solía autoengañarme a lo largo del día, pero cuando llegaban las noches me golpeaban con fuerza. Podía llegar a estar llorando más de una hora. Cuando me recompuse pude volver a lo que hacía cada noche para desquitarme: poner porno.

Por lo general, tardaba una media hora en encontrar algo que me excitara, pasaba página tras página, cuanto más porno veía más concreto tenía que ser el vídeo para excitarme. Exigía calidad. Solía masturbarme tres o cuatro veces al día: mañana, tarde y noche.

Estaba repanchingado en el sofá, con el porno puesto con un papel doblado por la mitad encima de mi estómago. Lo único bueno de estar gordo es que podía sacarle una utilidad a tener barriga. Cuando ya me había tocado varias veces, los pañuelos usados y pegajosos me rodeaban. Algunos llevaban un par de semanas por ahí, no me apetecía aún hacer una limpieza. Me recosté y me quedé dormido sin pensar en nada más.

No era feliz tampoco en el trabajo, tenía una desgana general. Aunque las ventas de libros apenas bajaron, me dejó de gustar trabajar en la librería. Día a día estaba más frustrado, habían pasado meses desde los incidentes que me llevaron a aquella situación. Decidí dar un paso adelante para no quedarme en la posición en que estaba en ese momento ni un instante más. Llamé a mi familia y les pedí reunirnos sin demora.

Llegué puntual, un tanto nervioso, pero bastante seguro teniendo en cuenta mi situación. Lavé ropa para ir más o menos aseado, pero me negué en rotundo a planchar. Un par de arruguitas no iban a hacer ninguna diferencia, y yo era tremendamente malo planchando, podía tirarme una hora para dejar lista una camisa y un pantalón.

Mi mujer, o exmujer, aunque aún no nos habíamos divorciado de forma oficial, consintió en que nos reuniéramos en un bar, más teniendo en cuenta que los niños iban a estar presentes. Lo mejor de esa reunión es que no iba a estar Pepe, por motivos evidentes.

Según entré en el bar pude ver la cara de sorpresa de mi hijo, me acerqué y le di un abrazo, no me esperaba que se quedara medio pasmado. Mi hija Alba estaba irreconocible, ya no llevaba el pelo rubio y se la veía bastante cambiada en general, mantuvo la distancia conmigo. Mi mujer tenía cara de aterrada, estaba como en shock, solo me miraba con los ojos como platos.

No me esperaba esa reacción, las primeras palabras que salieron por sus bocas fueron: «¿Por qué llevas esa barba desaliñada?», «¿Y ese pelo?», «Has engordado mucho», «¿Pero estás bien?» No me sentaron bien, comenzó a darme ansiedad y me puse nervioso de verdad. Había esperado un recibimiento diferente, mucho más cálido y de añoranza. Tuve que sentarme y beber agua.

—Bueno, familia –hice una pausa para respirar con fuerza–. Os he pedido reunirnos para solventar la situación en la que nos encontramos –intenté dar solemnidad a lo que decía elevando el

tono y sacando pecho. Solo recibí miradas de asombro, aunque por lo menos había logrado captar su atención.

—Con respecto a que veas más a los niños… –comenzó a desarrollar Sara.

—No, no hablo de eso. Hablo de volver a casa. A nuestra situación anterior –respondí haciendo un gesto hacia delante abriendo las manos.

—¿¡Qué!? –gritó Sara dando un respingo hacia atrás–. Se te va la cabeza, Ramón. Esto tendríamos que hablarlo sin los niños. No entiendo cómo montas esto para decirnos esta locura.

—¿Es una locura que quiera volver a mi casa? –pregunté mirando uno por uno a mis hijos.

—Sí –respondió Alba.

—¿Tú también, Alba? –respondí dolido.

—Sí, yo también –volvió a hablar Alba–. Engañaste a mamá. No tienes sitio en casa ya. Me parece bien que nos veas, pero vivir en el piso con ella no –me contestó cruzándose de brazos con cara de enfado. Mi hijo David me miraba aún peor. No entendía cómo mis propios hijos me rechazaban de aquella manera.

—Estoy impactada de que vengas aquí a humillarme de esta manera, Ramón. –Me señaló de forma amenazadora Sara–. Si no estuvieran aquí mis hijos te lo diría de otra manera. No quiero saber nada más de ti. Si quieres saber algo de David y de Alba ya tienes su teléfono. Ya son mayorcitos para saber lo que quieren o no.

Me quedé unos segundos pensando, con la cabeza baja y con lágrimas resbalando por mis mejillas, entrecruzando los dedos de ambas manos. Me estaba conteniendo, en caso contrario caerían a

raudales. Me las controlé y saqué la ira y la frustración que tenía en mi interior desde hacía tiempo.

—Con que estas tenemos. Muy bien –dije mientras me secaba las últimas lágrimas de mi cara–. Que sepáis que si no tengo una respuesta distinta en veinticuatro horas –los señalé a los tres con gesto serio–, cerraré la librería y me iré con mis padres a Sevilla a reconstruirme. Si me dejáis tirado ahora me iré y no sabréis nada más de mí nunca más.

Mis hijos se quedaron perplejos, Sara no.

—¡Fuera de aquí, puto chantajista! –gritó mientras me llevaba a empujones hacia la puerta del bar.

Todo el mundo nos estaba mirando. Era más pesado que ella, pero no me resistí, tenía miedo de que me pegara. Alguna vez habíamos hecho guantes en el pasado y era capaz de apalizarme si quería. No me dio ninguna opción, intenté explicarme, pero abrió la puerta con violencia, me agarró de la pechera y me empujó fuera. Intenté acercarme, pero me cerró la puerta con un sonoro golpe en mis narices. Encima vi que el camarero del bar se acercó a preocuparse por Sara y mis hijos, pasando de mí.

Me quedé un rato mirando a la puerta del bar, sin saber qué hacer. Estuve tentado de entrar de nuevo, pero la reacción de Sara podía haber sido aún peor. Pensé en mis hijos, y no entendía por qué me hacían esto. Deberían ponerse de mi parte, era su padre, sin mí no existirían.

A los diez minutos decidí regresar a mi piso, ellos se quedaron dentro esperando a que me fuera. Lo que dije sobre irme de allí y cerrar la librería no fue un farol. Por lo menos una parte. Había hablado con un chico para asociarme con él hacía tiempo. Él se quedaría la librería de Leganés e iríamos a medias como socios. Yo podía empezar de cero en Sevilla, e incluso abrir algo literario. Empezaría viviendo con mis padres, pero quién sabía si podía

montar algo interesante por allí. Tenían veinticuatro horas, si no rectificaban y se disculpaban me iría. A mí no iban a tomarme por tonto.

Pasaron las veinticuatro horas y no obtuve respuesta. Los llamé a los tres y ninguno me cogió el teléfono. Por lo visto debían de seguir enfadados conmigo. Lo veía todo tan injusto, con lo que yo había hecho por ellos. Torné mi decepción estando furioso. En un ramalazo de ira llamé a Raúl, el chico al que le podía dejar la librería y concerté una reunión.

No fue en un día, pero a la semana ya había entregado las llaves y me estaba preparando para marcharme. Hablé con el casero del piso en el que estaba y le dije que me iba, se quedó con la fianza por no avisarle con un mes de antelación y se enfureció por el estado del piso. Me dijo que me cobraría la limpieza extra y los desperfectos que hubiera ocasionado. Le dije que vale para que me dejara en paz y me dispuse para comenzar el primer día de mi nueva vida. No había marcha atrás, ya se arrepentirían de haberme dejado ir.

Cuando avisé a mis padres de que iba a pasar una temporada y los motivos por lo que lo hacía mi madre me apoyó en todo momento, era su único hijo, ¿cómo no iba a ayudarme? Sin embargo, a mi padre no le gustó tanto la idea. «¿Cómo te vas a venir a vivir con nosotros si tenemos setenta años?» y «¿Te vas a ir lejos de tus hijos?» fue todo lo que dijo en reacción a la noticia, lo siguiente que obtuve de él fue su silencio. Me pude imaginar su cara de decepción al detalle hasta por teléfono.

La mayoría de mis pertenencias las mandé mediante un transportista, en el largo viaje en autobús que tenía por delante solo llevaba encima una maleta de pequeñas dimensiones. Me agobiaba viajar con muchos bultos. No quería estar pendiente de nada.

Los asientos eran pequeños y el autobús estaba a rebosar. Partió de la estación de Méndez Álvaro con destino a la Plaza de Armas en Sevilla. Me ajusté la almohada cervical, me puse los cascos y me ajusté un antifaz negro para pasar todo el viaje durmiendo. Esperaba que el viaje fuera para mí un instante y que de paso descansara, llevaba unos días algo complicados.

Estaba intentando dormirme cuando noté un zarandeo de mi asiento y a alguien recolocándose en el asiento que tenía al lado. Yo estaba en ventana y la persona que me estaba molestando, en pasillo. Tanto por arriba como en la zona de las piernas comencé a sufrir una presión por parte de mi vecino de asiento. Me subí el antifaz para ver quien era y, para mi desgracia, era una mujer corpulenta, bastante gruesa, que apenas cabía en el asiento. Tenía tanta papada que parecía que se iba a ahogar. Su cara era redonda como una pelota y parecía que le costaba respirar.

En vez de sonreírme y ser amable se puso a mirarme mal. «Lo que le faltaba, encima borde», pensé. Me bajé el antifaz con resignación para intentar dormirme y me pegué todo lo que pude a la ventana, me estaba aplastando y dejando un espacio bastante reducido.

No pasaron ni cinco minutos y comenzaron a oírse fuertes y graves ronquidos, no me lo podía creer. Encima también roncaba. Todo el autobús nos observaba, estábamos sentados al final, pero se oía desde la primera fila. Sus ronquidos parecían los de un búfalo, parecía que se iba a ahogar y morir en cualquier momento, sonaba agónica. Varios pasajeros comenzaron a chistar, pero no hubo manera de que parara en su «sinfonía». Se tiró todo el viaje durmiendo, como un ángel, pero del infierno. Yo no pude pegar ojo, comprimido contra la ventana y torturado por sus continuos fuertes resuellos. Para colmo de males, tenía sueños inquietos. De vez en cuando se movía y daba golpes con los brazos. Me debió de golpear como veinte veces en el transcurso de todo el viaje.

Cuando llegamos a Sevilla estaba más agotado que antes de subir al autobús, la señora tuvo que pedir ayuda para poder levantarse. En vez de agradecer el soporte de varios usuarios del autobús nos miró mal, cogió su pequeño bolso gris y se fue molestando a todo el mundo a su paso.

La verdad es que cuando me bajé del autobús y la perdí de vista sentí un gran alivio. En la puerta de salida de la estación me esperaban de pie mis padres. Fui a abrazar a mi madre y me mantuve unos momentos pegado a ella. Todas las emociones reprimidas salieron a flote y rompí a llorar como nunca antes lo había hecho. Debí de tirarme como diez minutos sin poder parar mientras intentaba consolarme acariciándome la cabeza. Mi padre puso cara de decepción y se fue a esperarnos al coche sin decir ni una sola palabra.

Mi padre estuvo días sin hablarme, apenas pasaba por casa. Yo en cambio no salía de mi antigua habitación, mi madre me hacía la comida y me lavaba la ropa, eso fue una mejora sustancial; pero no tenía ganas de nada, solo veía series y fumaba. Pensaba mucho por las tardes, se me hacían largas, eternas. No entendía cómo mis amigos y mi familia podían haberme hecho algo así. Comencé primero a llamarles, pero nunca cogían el teléfono; después empecé a escribirles mensajes, la respuesta fue la misma. ¿Cómo podían ser así de malos conmigo? No entendía nada. Ni que hubiera hecho algo terrible.

Cada día estaba más deprimido y desganado, empecé a aborrecer a mi familia, sobre todo a Sara, todo era culpa suya, era la que me había empujado a mi situación. La odiaba con todas mis fuerzas. Sí, era la culpable de todo. Fue la que me forzó a tomar determinadas decisiones, las que me trajeron a vivir en Sevilla con mis padres. No se lo perdonaría nunca. Me parecía increíble que no quisiera volver conmigo, ni que fuera un apestado. Me había destrozado la vida sin oportunidad de arreglar nada, me había condenado a sufrir para su disfrute. Era una mala persona, se había convertido en un monstruo.

Sí, yo no era el malo de la película, empezaba a tenerlo claro. Me tapé bien con la manta y me tomé otro Lexatin, el tercero del día. Me ayudó a relajarme y me dormí poco a poco, sin pesadillas de ningún tipo. Llamarían a mi puerta unas horas después, pero no en aquel dulce momento.

Asumir las consecuencias

—S

eñorita…

—Verónica –completé sonriendo y pasándome la mano por el pelo.

—Señorita Verónica, debe usted dejar esa maleta en el portaequipaje –me indicó un morenazo alto con camisa ajustada azul marino. Era uno de los azafatos de la compañía.

Del Aeropuerto Internacional de Mercedita en Puerto Rico fuimos a hacer escala al JFK Kennedy, allí tuvimos que esperar cerca de tres horas para embarcarnos en un vuelo de Iberia de vuelta a Madrid. Dejé la maletilla en su lugar, justo encima de mi asiento y cerré la puerta del compartimento. El azafato guapo me sonrió y me senté con las piernas cruzadas.

Habían sido unos días espectaculares por la capital y por Ponce. En los diez días y medio que estuvimos en la isla pasamos la mayor parte del tiempo concentrado en esas dos bonitas ciudades. Fuimos a hoteles de pulsera, con todo incluido, aunque salimos a ver algunas cosas, especialmente discotecas, hicimos mucha vida en los resorts.

Al final solo fuimos cuatro chicas: Laura, Silvia, Lucía y yo. Hubiera querido que viniera mi antigua amiga Sara, pero tuvimos un incidente bastante feo y rompimos relación justo antes de venir. Ella se lo perdió, fue un viaje espectacular. Además, era un poco frígida, nos habría cortado un poco el rollo, aunque lo mismo se hubiera soltado y dejado de ser una malfollada. ¿Quién podía saber?

Las cuatro éramos mujeres de bandera, por lo que hicimos una apuesta amistosa de a ver quién follaba más. Por las mañanas mientras desayunábamos nos poníamos al día todas y Lucía iba apuntando las conquistas de cada una. Por supuesto, nos contábamos hasta el último detalle. Lo más gracioso fue que, como los chicos que curraban en el hotel fueron cayendo, llegamos a compartir a algunos. Lo que nos podíamos reír por las mañanas cuando esto sucedía. Menuda pandilla de primera éramos.

Salimos de fiesta a las zonas de marcha la mitad de las noches, la otra mitad no lo hicimos, pero nos fuimos de jarana a la discoteca del hotel. Yo me llevé todas las noches que pude uno distinto a la habitación. No sé por qué gustaba allí más aún que en Madrid, debía de ser por probar lo diferente. Los hombres me rodeaban según me ponía a bailar. Los días que nos quedamos acabé siempre con algún empleado del hotel, me gustaban sobremanera los animadores. Luego los veía trabajando y me entraba la risa. Eran como mi bufet particular.

Un día llegué a montarme un trío con dos chicos que trabajaban en el hotel, y otro me acosté con una chica dominicana que se alojaba en la misma planta que nosotras. La tonta de Silvia se folló a un español de un grupito que estaba también de vacaciones. Menuda pringada era, ya podría acostarse con todos los españoles que quisiera cuando regresara. Menuda pérdida de tiempo y de oportunidades.

Nuestra vida allí se resumía en desayunar tarde, hacer una actividad por la tarde cada dos días, beber y salir de fiesta. La noche era nuestro momento. Disfrutamos como nunca, lo dimos todo en todas partes. Estos viajes te enseñaban lo que era la verdadera amistad: diversión, alegría, fiesta y placer. No pensaba volver a tener amigas plastas ni pepitos grillos. Ya había tenido bastante con Sara. Quería estar con mujeres guerreras como yo.

El último día, en el aeropuerto de Mercedita hicimos el recuento final. Silvia se acostó con dos, fue la perdedora suprema del viaje; Lucía con tres, no tuvo ninguna opción; Laura se acostó con seis, merecido segundo puesto y yo, la clara ganadora del concurso: con siete hombres y con una mujer. El premio a la más seductora me lo llevé yo.

Estaba pensando en los buenos momentos que había tenido en el viaje cuando el avión comenzó a descender poco a poco. Para haber estado más de ocho horas en el aire no se me había hecho todo lo pesado que, por ejemplo, se me hizo la ida. La mayor parte del tiempo la pasé viendo películas y pensando en mis cosas. Cuando bajamos del avión fuimos a recoger las maletas grandes, las recogimos y fuimos a la zona de taxis. Nos despedimos efusivamente y marchamos cada una para nuestro hogar.

Cuando llegué a casa me desnudé, tiré la ropa por el suelo y me tiré encima de la cama. Me quedé dormida hasta las doce del día siguiente. Me gustaba remolonear y llevaba mucha fiesta encima. Ni un solo día me había acostado antes de las seis de la mañana.

Otra cuestión que tenía que hacer de forma urgente era desintoxicarme unos días de tomar alcohol. No hubo una noche en que no me pillara una borrachera a base de Ron Don Q. Menos Lucía que bebía solo cerveza en cantidades industriales, las demás le dimos fuerte al ron.

Me levanté desganada y con dolor de cabeza. Siempre que me desmelenaba un poco me sentía mal después. Llevaba tiempo pensando que era por culpa de mi ex, Enrique. Siempre me hacía sentir mal por las veces que salía de pendoneo con mis amigas. Es cierto que le engañé muchas veces, pero es que era muy pesado. La culpa la tenía él por no darme lo que yo necesitaba.

Estaba con mi batín corto blanco de seda, descalza andando por mi casa de un lado para otro con cierto nerviosismo. Eran más de las tres de la tarde, no era muy amiga de madrugar. La señora peruana de la limpieza no vendría ese día, no me apetecía aguantarla, que viniera después de que hubiera descansado un día de tanto viaje y estrés.

Me senté en una silla de la cocina tomándome un café de cápsula mirando el móvil y me salió una foto de mi ex. «Puto Enrique, pesado de mierda. Qué más le daba que pudiera salir y hacer lo que quisiera, al principio de la relación todo iba mucho mejor», pensé un poco melancólica. En poco tiempo empezó a dejar de gustarle que le pasara mis modelitos de fiesta, solo quería un poco de aprecio, tanto suyo como en general. ¿A quién no le gusta gustar? Se le iba la cabeza. Un día me montó un pollo porque se enteró de que fui a un club de striptease. ¿Qué más le daba?, si solo hice vídeos, ese día ni siquiera toqué ni hice nada con nadie.

Tampoco le gustaba que me fuera de viaje con mis amigas, es cierto que alguna vez me acosté con gente, pero él ni siquiera se enteró, no tenía razón para ponerse así. Además, a saber lo que debió de hacer él mientras tanto. No había razón para tanta pesadez. Estaba obseso, qué harta estaba de sus inseguridades.

Lo habíamos dejado y vuelto muchas veces. En esos lapsos de tiempo me di a la vida alegre, si no quería que lo hiciera que se hubiera esforzado él en no dejarlo. El muy pringado me decía que me había estado esperando, no se lo creía ni él.

El problema que tenía era que cuando estaba un tiempo sin Enrique le echaba de menos y quería estar con él, pero cuando estábamos juntos me apetecía follarme a otros en seguida. Era una encrucijada de la que no sabía escapar, terminaba sin remedio siempre ante ella, hiciera lo que hiciera.

Tras muchas vueltas, decidí escribir a Enrique y decirle que necesita urgentemente hablar con él. Al principio se negó, ya lo había hecho otras veces, pero yo sabía que tenía debilidad conmigo y me aproveché. Quedamos esa misma tarde en el Lizarran del centro de Leganés. Pegué un saltito de alegría y corrí a prepararme. Pensaba estar despampanante.

Fui con un vestido verde oliva, escotado y ajustado; con taconazos, bien peinada, perfumada y con una cadenita de oro. Por supuesto, la bisutería no faltó, al igual que mi magnífico maquillaje. Anduve hacia el Lizarran con una amplia sonrisa, con la cabeza bien alta y contoneándome. Cuando vi a Enrique no pude evitar torcer el gesto: ¡iba en chándal!

—¿Qué haces viniendo en chándal a una cita? –pregunté con tono seco justo antes de acercarme a la mesa alta donde estaba sentado a darle dos besos, menos amistosos de lo que hubieran sido si hubiera venido bien vestido.

Para colmo, no se había arreglado la barba y estaba despeinado. Guapo, pero desarreglado.

—Esto no es una cita, Verónica. He venido porque me has dicho que era urgente. –Mantuvo la distancia.

—Anda, Enrique, guapo –respondí acercándome a él–. No te pongas tontito conmigo.

Para mi sorpresa, su expresión no cambió en absoluto. Estaba con los brazos cruzados y echado hacia atrás en su silla. No dijo nada, solo me miraba con desaprobación.

—Vamos a tomarnos algo, acabo de volver de viaje y me apetece una tarde tranquila –le dije sentándome en el taburete que había enfrente de él.

—Ya has estado poniéndote fina en tu viaje y ahora quieres volver, ¿no? –preguntó mientras renegaba con la cabeza mirando al suelo con la cara desencajada y moviendo de forma continua su pierna derecha.

—No, qué va. Ha sido un viaje tranquilo –mentí, poniéndome roja. Se me daba fatal ocultar cosas, se me notaba todo.

—No me cuentes historias. Dime qué era tan urgente, Verónica. –Se apoyó en la mesa y se levantó, amagando con irse.

—A mí no me hables así –levanté el tono con nerviosismo.

—Ahora tengo novia, Verónica. No tengo tiempo paras tus tonterías. –Dio una palmada en la mesa y se marchó a paso rápido.

Intenté seguirle, pero con los tacones no pude. Le llamé primero a gritos y luego al móvil, en ambos casos no conseguí que me dejara de ignorar. La gente me estaba mirando y, de repente, me sentí avergonzada, por lo que decidí irme de allí y volver a mi casa. Llamé a un Uber y esperé a que llegara.

Mientras esperaba me llegaron pensamientos muy negativos sobre Enrique. Maldito bastardo, ¿quién pensaba que era? No iba a encontrar una mujer mejor que yo en su vida. Estaba segura de que su nueva novia era una fea. Se iba a arrepentir de lo que me había hecho, antes de lo que se imaginaba estaría mendigándome volver.

Llegué a casa y me puse a llorar, no me merecía que nadie me tratara así. ¿Qué culpa tenía yo de sus inseguridades? Si era mucha mujer para él no era mi problema. Cuando fui al baño noté un ligero escozor al mear. «La verdad es que le he dado mucho trabajo estos días», pensé sonriendo y cortando el mal rollo que traía de la cita con el imbécil de Enrique.

Esa vez fui sola a la consulta, para una cosa así es necesario tener confianza y saber que la otra persona no va a decir nada y te va a apoyar sin juzgarte. Ya no tenía amigas de ese tipo, para estas cosas Sara era la mejor compañera posible. El escozor al orinar continuó y empecé a pensar que lo mismo podía tener una infección.

Volví al Hospital Universitario Severo Ochoa, en urgencias ya me conocían de otra vez que tuve que ir por un problema con un herpes que pillé. Me daba tanta vergüenza. Ese día no había mucha gente y me pasaron rápido a la consulta. Entré y me senté en la fría silla frente a un doctor a punto de jubilarse en bata blanca que me sonrió y me recibió con las manos entrecruzadas. En las paredes había muchos posters y dibujos de niños. Parecía la consulta de un psicópata con tanto dibujo extraño. No me sentía nada cómoda.

—¿En qué puedo ayudarle, señorita? –me preguntó.

—Verá, doctor. Siento un leve escozor al orinar y creo que puedo tener una infección.

No me sentó nada bien que el doctor frunciera el ceño según terminé de hablar.

—Pueden ser más cosas. Prefiero hacerte unas pruebas para salir de dudas. –Comenzó a escribir en una hoja.

—¿Pruebas? –Me alarmé. Tuve la sensación de que se me cerraba el estómago.

—Sí, de enfermedades de transmisión sexual. Por si fuera una clamidia o una gonorrea.

—¿¡Qué!? –Mi sorpresa iba en aumento.

—¿Ha mantenido relaciones sexuales de riesgo en las últimas semanas?

—¿De riesgo? –Me empezaron a temblar las manos y las piernas.

—Sí, sin preservativo. Incluyendo sexo oral –puntualizó señalando con el índice hacia arriba.

El mundo se me caía encima, otra vez iba a estar en el sinvivir de estar pensando todo el rato que me podían haber pegado algo hasta el momento en que leyera los resultados. El momento previo a hacerlo era el peor de todos, me daban ganas de vomitar.

—Sí, he tenido alguna.

—¿Cuántas?

—Dos –mentí, me daba vergüenza contar la verdad.

—Eso está mal, debería ser más responsable. Es su salud la que está en juego –renegó con la cabeza mientras volvía a escribir–. Tome, vaya al fondo del pasillo a la derecha y entregue este papel. Le harán las pruebas pertinentes. Pida cita en dos días para venir a ver los resultados.

Salí alicaída, ese médico no debió ser tan borde conmigo, ya tenía bastante con lo que me estaba pasando. Su tono fue demasiado serio, de regañina a una niña pequeña. Ya tenía una edad para que me tratara nadie así. Estaba tan preocupada que no me salió decirle nada ni protestar de forma alguna. Me hice las pruebas y me fui para casa. Me sacaron sangre y me tomaron secreciones de la vagina. Me parecía algo vejatorio, además la enfermera me dio la sensación de que me miraba con condescendencia o pena. Me hacían sentirme sucia, eso no era justo, me sentía juzgada.

A los dos días me tocaba recoger los análisis, aquella noche no pegué ojo, me presenté en la consulta de mi médico habitual por la mañana, a las doce, a la primera hora disponible. Entré hecha un flan, con la cara descompuesta y despeinada. No tuve ánimo de arreglarme. Cuando me llamaron a consulta tardé unos segundos en

reaccionar. Me quedé mirando al suelo, agarrando con ambas manos la base metálica del asiento en el que estaba sentada. Me armé de valor y entré a ver al doctor Hernández.

—Buenas tardes, doctor –saludé con un hilo tembloroso de voz.

—Buenas tardes, Verónica –respondió mientras miraba el motivo de mi consulta–. Vaya, aquí tengo el resultado de unos análisis.

Pasó más de un minuto mientras los abría en su ordenador y los revisaba, para mí fueron como seis horas de intenso sufrimiento. Estaba a punto de ponerme a llorar cuando levantó la vista de la pantalla con gesto de preocupación.

—Bueno, pues he de comunicarle que tiene un par de problemas, Verónica. –El tono me pareció de ultratumba. Seguro que me habría rebrotado el herpes.

—¿Herpes? –Pregunté empequeñeciéndome.

—No, me temo que no. Según los informes tiene usted clamidia…

—¿Clamidia? Uf – interrumpí al doctor resoplando aliviada. Dentro de lo que cabía era de lo menos grave que me podía pasar. Una amiga mía las tuvo y le mandaron unos antibióticos y se le quitó del todo en poco tiempo.

—… y sífilis –continuó para mi desgracia.

El mundo se me derrumbó encima, me quedé mirando al aire absorta, me estaba mareando. Notaba como si una losa me hubiera aplastado y no fuera capaz de hacer nada en absoluto. El doctor se preocupó y se acercó a mí, me agarró de los hombros y me zarandeó con cuidado.

—Verónica, ¿se encuentra bien? Tranquilícese. Todo tiene solución. Respire hondo y expire. Venga, poco a poco.

Tras un rato intentando respirar como me mandaba el doctor recuperé un poco la compostura. Él volvió a su silla.

Me estuvo explicando que debía tratarme con Doxiciclina, dos dosis diarias durante catorce días. Iba a ser el periodo más largo sin que tuviera relaciones sexuales desde que perdí la virginidad. No lo iba a pasar nada bien. Estaba preocupándome por ello cuando el doctor dijo algo que me hizo polvo: debía avisar a todo el mundo con el que me hubiese acostado de que podía haberle contagiado. Ni siquiera tenía los contactos de la los puertorriqueños con los que estuve, no iba a poder avisar a nadie. De repente, recordé que en realidad tenía solo el de uno, pero antes la muerte que decirle algo así, me hubiera muerto de la vergüenza. Me sentí mal, pero no dije nada. Afirmé con la cabeza y salí de la consulta para comprar los medicamentos.

A los pocos días el karma volvió a llamar a mi puerta. Tampoco avisé a mis amigas del viaje de lo que me había pasado, me daba vergüenza que supieran que había pillado dos venéreas al mismo tiempo. Pero no caí en que algunas nos habíamos acostado con la misma gente durante el viaje. Lucía pilló sífilis; Laura, clamidias y Silvia tuvo suerte y no pilló nada. Me llamaron para informarme y me vi obligada a contarles la verdad. Se enfurecieron conmigo y me dejaron de hablar. Me sentía mal, pero la culpa no tenía por qué ser mía. Ellas podían habérmelo pegado a mí, pero, aunque se lo dije, no lo dieron por válido. Según ellas, yo me empecé a acostar con gente antes que ellas y con más. No hubo manera de arreglarlo, las tres decidieron darme puerta y echarme de sus vidas.

* * *

Estaba leyendo con tranquilidad sentada en mi sofá, disfrutando de cada página de la novela que tenía entre mis manos: La princesa prometida de William Goldman, o de Morgenstern, según se mire. Era la tercera vez que me la leía en mi vida. Iba por la página 257 cuando el sonido de mi móvil me sacó de la historia. Era un número que no conocía…

—No me cuelgues, Sara, por favor –sonó la voz de Verónica cuando descolgué. Estuve tentada de finalizar la llamada, pero esperé.

—Te dije que no volvieras a ponerte en contacto conmigo –respondí con brusquedad. Apreté con fuerza mi móvil, me daba mucha rabia que volviera a perturbar mi paz.

—Necesito tu ayuda, me ha pasado algo terrible –farfulló.

—¿Te ha pasado algo de verdad o te has vuelto a quedar sola? –pregunté dando por hecho que sería la segunda opción.

—Las dos cosas –contestó con una voz ahogada–. He pillado sífilis y clamidia.

—¿A la vez?

—Sí –respondió rompiendo a llorar.

—Bueno, Verónica. De verdad que lo siento mucho. –Estuve tentada de compadecerme, pero ya no era asunto mío–. Espero que tengas suerte y que se te quite pronto todo.

—Gracias, Sara. Quería hablar contigo para solucionar lo que pasó y…

—Es tarde ya para eso, Verónica –interrumpí con firmeza–. Hace tiempo que tú y yo no pegamos en nada. Es hora de asumir que cada una siga con su camino. No hay otra opción.

—Pero mis amigas me han dado de lado, necesito tu ayuda –insistió.

—No, Verónica, necesitas la ayuda de un buen profesional. No vuelvas a llamarme. Yo estoy recorriendo mi propio camino. Que te vaya bien –colgué sin dar opción a nada más.

Me afectó la llamada, había sido mucho tiempo juntas, también le di vueltas a que había sido demasiado dura. Me apenaba su situación, pero mi relación con ella me hacía daño, no me aportaba nada bueno y por muchas oportunidades que le diera nunca rectificaba, nunca cambiaba. Estaba cansada de sus faltas de respeto. Era una amiga pésima. Siempre había luchado por ayudarla, pero ya me había cansado. Tendría que apechugar y asumir las consecuencias de sus actos. Ya no estaba en mi vida ni volvería a estarlo.

Atentado musical

Estábamos

todos en familia pasando la tarde sentados en el salón. Mi abuelo, mi madre, mi hermana y yo. Desde que se fue mi padre, la familia, lejos de disgregarse, se había unido como nunca antes. La prueba era que estábamos todos una tarde de domingo juntos hablando de la música que nos gustaba y poniendo vídeos en YouTube comentándolos.

—No hay nada como el rock –afirmó rotundo mi abuelo–. Decidme una canción de música de ahora que pueda competir con Suspicius Minds, de Elvis o con Cruzando el paraíso, de Loquillo. –Negó con la cabeza–. Nada, no lo intentes –dijo señalando a mi hermana Alba–. Ni te molestes.

—Yo tampoco soy de música de ahora, pero me gusta Bad Religion o Agnostic Front. Sus canciones no tienen nada que envidiar a las tuyas –respondió mi hermana riéndose.

—Eso tampoco es de ahora, aunque sigan tocando –repuse–. Yo soy de la opinión del abuelo. También pienso que son mejores sus canciones que las que propones tú, Alba.

—A mí me disgusta especialmente el mensaje que se da ahora en la música. ¿Quieres que te ponga una canción que está triunfando mucho en los últimos días, papá? –preguntó mi madre con una sonrisa de malicia y poniendo en el buscador de YouTube mientras hablaba «Lola Índigo. Yo tengo un novio».

—Vale –respondió mi abuelo con inocencia. Mi hermana y yo nos miramos conteniéndonos la risa. Conocíamos la canción, te la ponían

hasta en la sopa en todos sitios, y a mi abuelo estaba seguro de que le iba a impactar.

Mi madre puso el videoclip luchando con fuerza por no tener una explosión de risa. A mi abuelo se le salían los ojos de sus órbitas, renegaba con la cabeza y soltaba todo tipo de improperios.

Cuando llegó a esta parte de la canción se sulfuró del todo:

Yo tengo un novio

Que me come el coño

Que me dice sucierías

Y me agarra del moño

Tengo otro novio

Que lo uso en otoño

Con él me gusta hacerlo

To' el día en el baño

Hay otro que me lo hace raro

Y es que con solo mirarlo, yo se lo paro

Al cuarto le saco los cuartos

Me lleva pa' su casa y me pone en cuatro

Ay, mami, qué descaro

Pa' que no se maten tengo que atarlos

Ay, Mimi, vaya lío

A veces me confundo y no sé si es

Diego, Juan o Carlos [4].

—Quítalo – mandó mi abuelo haciendo un gesto con la mano hacia delante en dirección a mi madre–. Por favor, no puedo más. Es un atentado musical, no tiene calidad ninguna. Tiene todo lo malo de nuestra sociedad comprimido y mezclado. Es una tortura.

—Anda, papá. No seas carca. –Mi madre se estaba descojonando. Mi hermana y yo estábamos llorando de la risa, se nos caían gordos lagrimones por la cara.

—Menudos valores de depravación dan en estas canciones. Solo saben hablar de tener sexo o de drogarse. Esa letra tiene la misma complejidad que la tapa de un boli BIC. No me jodáis

–repuso mi abuelo dando voces y gesticulando con los brazos de forma frenética–, esto ni es música ni es nada.

—Y esta por lo menos sabe bailar, papá. Lo normal es que los más famosos de todos ni canten, ni bailen y, por supuesto, que tampoco compongan –dijo mi madre sin poder parar de reírse.

Me gustaba tanto verla tan feliz después de tantos años de tristeza profunda. Sonreí para mis adentros mirándola.

—¿Y entonces qué saben hacer, hija?

—Vender imagen y tener un buen equipo de marketing. Son gente moderna, papá. Usan métodos más actuales que tú con el gimnasio.

—Vamos, no me jodas. Están borrando a la gente con talento, hija. Esto es el reflejo de la decadencia de nuestra sociedad.

—Bueno, abuelo. Que te enrollas mucho –dije quitando el mando a mi madre–. Te voy a poner una cancioncita de las que te gusten para que no te enfades más.

Puse Chueca es genial, de Kika Lorace. Según empezó a sonar la canción mi abuelo comenzó a perseguirme para collejearme. Me puse a correr haciendo zigzags y pasando por detrás de los sofás para protegerme. Al final mi abuelo me atrapó y me tiró al suelo para hacerme cosquillas y hacer como que me pegaba. Tiré justo antes de que me atrapara el mando a mi madre para que cambiara la canción. Mi hermana se sumó a mi abuelo para pegarme de broma, aunque estaba seguro de que le había hecho gracia que pusiera esa canción.

Mi madre puso Cadillac solitario en la televisión a todo volumen y mi abuelo dejó de atacarme y se puso a cantar. Todos nos pusimos a hacerlo. Fue una tarde muy agradable. Terminamos cantando una canción tras otra, montamos un buen karaoke familiar.

Había quedado con mi abuelo para que me invitase a merendar. Me apetecía tomarme una palmera de chocolate y algo más. Fuimos a un Granier que había en la calle Juan Muñoz, en el casco antiguo de Leganés. Unas señoras muy simpáticas nos atendieron y fuimos con todo lo que quise a una mesita que había un poco más delante de los mostradores junto a unas neveras. Mi abuelo se pidió un café corto solo y un croissant.

Estaba devorando la palmera mientras mi abuelo agarraba con ambas manos la tacita de café sintiendo el calor, soplando para que se enfriara. Era su ritual para tomar el café, después se lo tomaba en un instante, lo saboreaba y dejaba la taza vacía en la mesa. Había bastante ruido de ambiente, el local estaba lleno de grupitos de gente charlando y tomando bollos, cafés y refrescos de todo tipo.

El olor de ese tipo de cafeterías era muy característico, olía a bollería recién orneada, le habría el apetito a cualquiera.

—¿Has visto la nueva polémica musical, abuelo? Es sobre un tema que te gusta mucho: las IA. –Mi abuelo resopló y me miró de reojo mientras seguía con la cabeza orientada hacia la puerta de la cafetería–. ¿Te la cuento?

—Dale –respondió girándose hacia mí.

—Pues alguien ha hecho una canción con la voz de Bad Bunny y de Bad Gyal…

—Menudos nombres de mierda –interrumpió con cara de asco.

—Sí, bueno… lo que te decía… Han hecho una canción con IA imitando sus voces y como se supone que son sus canciones. A Bad Gyal le ha gustado, pero Bad Bunny se ha enfurecido, porque por lo visto en un principio la gente pensaba que era él de verdad.

—¿Me la pones en el móvil?

—Sí, claro. – Mientras la ponía continué hablando–: Se ha enfadado porque dice que lo que él hace es de mucha calidad y genuino y que lo de la IA es una basura. Que la gente que ha creído que era él debería de dejar de seguirle.

—Encima es un altanero. No sabe hacer nada y además se enfada.

Le puse la canción y puso la misma cara de asco que ponía siempre que escuchaba canciones de este tipo. La canción era corta y la escuchamos completa. Cuando acabó, mi abuelo hacía rato que estaba deseando hablar.

—Letra de mierda inconexa, mensaje repulsivo, complejidad cero, música simplona y voces hechas con máquina, sea una IA o con

autotune. Yo no veo diferencia alguna con lo que suele hacer esta gente.

—Eres un hater, abuelo –bromeé riéndome. Yo también pensaba que era una basura sin arreglo.

—La IA son capaces de hacer mucho contenido mediocre, no sé de qué se sorprende gente como esta, que solo producen basura que haría un mono con un palo, de que pueda imitarles a la perfección e incluso superarles. Hemos endiosado a personas que no valen para nada como famosos y referentes para la gente. Así nos va.

—Pues sí –respondí acabándome el último bocado de mi palmera de chocolate. Me había sabido a gloria.

—Te encanta hacerme de rabiar. Abusas de un pobre anciano. –Me empujó mientras lo decía desplazándome medio metro. Tenía mucha más fuerza que yo, y que la mayoría de la gente con la que me relacionaba. Quien tuvo retuvo, o por lo menos eso decían.

Fuimos dando un paseo juntos hasta la Avenida de la Universidad, allí nos separamos. Él fue hacia el club y yo me fui a mi casa, tenía que terminar un trabajo del instituto. Si no lo hacía el tirón de orejas de mi madre iba a ser de otra época. Tenía que sacarme todas las asignaturas sin excusas de ningún tipo ese trimestre.

* * *

El abuelo y mi madre no lo sabían, yo me enteré un par de años antes que ellos. Mi hermano David tenía un grupo con unos amigos un tanto pajeros del instituto, siempre que me veían me miraban con cara de salidos. Ensayaban los jueves por la tarde en un local

viejo del Ayuntamiento que lo cedía gratis a los jóvenes. No habían hecho un concierto en su vida, pero ensayar lo hacían sin faltar un solo día. Además, David se apuntó a clases de guitarra desde el principio, yo le había escuchado y no lo hacía nada mal.

Su grupo se llamaba Avispaos, deseaba que no fuera en honor a Despistaos. Los odiaba con todas mis fuerzas, era un grupo de poperos infumable. Nunca se lo pregunté por si acaso sí era por ellos.

No sé muy bien por qué, pero mi abuelo descubrió que tocaban en la Sala Estigma al siguiente sábado. Menuda turra nos dio a todos con que teníamos que ir. Ya me veía con medio gimnasio viendo el concierto, lo cual no me desagradaba, ya que era bastante posible que mis antiguos amigos estuvieran por allí.

Fui con Rafa y con mi familia a ver a mi hermano, entramos al bar y el camarero vino a saludarme y a decirme que hacía mucho que no iba. Puse unas excusas poco creíbles y pasamos a la sala supletoria del local, que es donde se hacían los conciertos. Ya estaba casi todo montado, saludamos a mi hermano y fuimos a hacer tiempo a la sala principal del bar.

Vino Antonio y alguno más del gimnasio, el local se fue llenando y la hora de ir al concierto se estaba aproximando. Cuando quedaba poco para empezar entraron al bar Claudia y el resto de su grupo. Tomás me saludó desde lejos con cara seria con un gesto con la cabeza. Me di la vuelta y pasé de él, me incomodaban. Rafa estaba mirándolos mal de vez en cuando, pero estaba más pendiente de mí. Me di la vuelta un segundo y pude apreciar que mi abuelo y Antonio se habían acercado a ellos, estaban a apenas dos metros. Pude oír perfectamente la voz de mi abuelo a gritos:

—Fuera de aquí, pandilla de mugrosos. Hoy no es un día para que estéis en este bar.

Me acerqué para ver mejor qué pasaba.

—Tú te callas, pimpín. O vas a ser el primero en cobrar

–amenazó mi abuelo a Tomás clavándole el índice en el pecho y empujándole.

—¿Pero quién coño te crees que eres, puto viejo de mierda? –respondió gritando Claudia.

No le dio tiempo a decir más, nadie iba a meterse con mi abuelo en mi presencia. La cogí del cuello con la mano derecha y de la cara con la izquierda y la saqué fuera del bar empujándola. Una vez fuera la tiré al suelo. Me di la vuelta y volví a entrar. Fue todo tan rápido que el camarero ni se dio cuenta. Había mucha gente y la música estaba muy alta. El resto del grupo salió sin oponer ninguna resistencia. Aquel día el Stigma era nuestro.

Comenzaba el concierto y fuimos a la sala contigua, para gozo de mi abuelo hicieron versiones de los Burning, de Loquillo, de Rosendo y de los Ilegales. Tocaban mejor aún de lo que me esperaba. Mi hermano no solo había aprendido a tocar la guitarra, sino que además era el que cantaba, y lo hacía bien.

Empezaron con Esto es un atraco, de los Burning. Mi abuelo estaba emocionado cantando con Antonio en primera fila a grito pelado junto a los amigos quinceañeros de mi hermano. Estaban para hacerles una foto, y debí de hacerles como ochenta, vídeos también unos cuantos.

Me giré y vi a mi madre con el que tenía pinta de ser su nuevo novio, me alegraba por ella, se merecía estar con alguien que la apreciase. Siempre pensé que ella era la mala de la película, y no, era justo al contrario. Cantaba mientras imitaba al aire que tocaba una guitarra. Cuando llegó la parte de la canción de «Esto es un atraco, nena, ya no ocurrirá jamás…» corrió junto al escenario y se puso a cantar con Antonio y mi padre. Eran el club pureta total, pero qué felices se les veía.

Dejé el móvil y me uní a ellos, esa canción me la había cantado mi madre desde niña. Me traía muchos recuerdos, todos buenos, para variar. Mi madre siempre decía que esa canción era de la época en que se hacía música de verdad.

Esto es un atraco, nena,

Ya no ocurrirá jamás

Si este sale me retiro,

Por favor no dudes más [5].

4. Lola Índigo. Yo tengo un novio, 2023.

5. Burning. Esto es un atraco, 1984.

Mujeres y mujeres

Era

impresionante lo que había mejorado David en poco tiempo, sin duda el arte de la familia García lo heredó él. Desde luego, yo no lo hice. Me defendía, pero no estaba al nivel. Estaba entrenado con las chicas en la sala de pesas y podía ver los cambios de ritmo, la precisión y la velocidad con la que pegaba mi hermano. Encima tenía un fondo increíble, en unos años no me podía imaginar cómo se iba a poner. Toda la familia estaba orgullosa de él. En no mucho tiempo hacía su primer interclub, estaba segura de que no tardaría mucho en estar compitiendo.

Éramos tres para hacer pierna, el entrenamiento lo dirigía Alicia. Era pequeña, pero matona. Nos tuvo a un ritmo infernal casi dos horas. «Las agujetas al día siguiente iban a ser cosa de otra galaxia», pensé. Prensa, jaca, extensiones de cuádriceps, femoral, gemelo y ejercicios que no sabía ni cómo se llamaban, pero que picaban en las piernas como un demonio.

—¡Vamos, Alicia! Aprieta a esas flojas, que sepan cómo entrena una leona –animó mi abuelo asomándose por un lateral.

—Lo que faltaba –contesté exhausta–, que la animes.

Alicia se acercó a la máquina de hacer gemelo para preguntar a una chica si le faltaba mucho para terminar. Llevaba quince minutos haciéndose fotos y poniendo morritos sin hacer nada.

—Me queda la mitad aún –respondió sonriendo y peinándose. Iba con un top enseñando las tetas, unas mallas ajustadas, maquillada como una puerta y con unas bonitas zapatillas.

—¿La mitad de qué? –preguntó Alicia tensa y malhumorada–. Si es la mitad de hacerte una sesión de fotos apártate y deja a la gente que quiere entrenar.

Julia y yo nos miramos asombradas, con lo maja que era Alicia guardaba un carácter fuerte y directo que sacaba cuando era necesario. La chica no sabía dónde meterse, guardó su móvil, arrugó la cara y se fue enfadada a la otra punta del gimnasio. No sabíamos bien a hacer qué exactamente. No tardó en que la viéramos hacerse fotos posando frente a un espejo. Alicia estaba que se subía por las paredes.

—Cómo odio a las petardas de gimnasio que solo vienen a moñiguear y a dar por el culo a los que queremos entrenar de verdad. Ya se podía ir a un McFit o una mierda de gimnasio comercial de viceversos de tres al cuarto. Uf, qué rabia me dan –dijo apretando un puño hacia delante.

Sinceramente, creo que tenía toda la razón. Ese tipo de chicas me recordaba de alguna forma a mis antiguas amigas con todo el rollo feminista del empoderamiento, que en realidad no era más que dejarse utilizar y seguir una moda estúpida.

—Pues sabéis que me he enterado de que aquí la amiga está opositando para policía nacional –señaló Julia con el pulgar hacia atrás de forma disimulada señalando a la chica de las fotos.

—¿¡Qué!? –se sorprendió Alicia levantando la voz–. Si esa ni siquiera hace flexiones por si se rompe una uña. Es imposible que se saque la plaza, por favor.

—Con los cupos si se lo curra un poco yo creo que sí –interpelé mientras me colocaba en la máquina de gemelo para comenzar a tirar.

—Putos cupos de mierda, nos desmerecen como mujeres. Con la de mujeres que habrá que quieren entrar a la policía, que entrenan,

que se preparan y para rellenar un cupo fijo meten a pura carroña del tipo de esa petarda –explotó Alicia señalando con la mirada a la amiga de las sesiones de fotos.

—Es verdad, yo antes defendía los cupos. –Pude ver como Alicia pegaba un respingo y me miraba con los ojos fuera de sí–. Hasta que comprendí que es desvalorizar a la mujer que se esfuerza, además de injusto, nunca he visto a las feministas pidiendo que se instauren cupos en los trabajos donde los hombres son la minoría. Ahora me parece un despropósito que habría que eliminar.

—Uf –resopló Alicia–. Este es un tema que me pone negra, pero negra de verdad. No soporto a las feministas.

No pude evitar reírme cuando llegó a la sala de pesas una amiga de la fotógrafa del gimnasio de similares características y se abrazaron. Alicia estaba que echaba bilis. Se fue malhumorada al vestuario a por la mochila para entrar en boxeo. Había cambio de clase a en punto y teníamos que prepararnos. Si ella no hubiese estado me hubiera ido con Julia a tomar algo, pero cualquiera le decía a Alicia de saltarnos boxeo. «Si hemos venido a entrenar no hay opción para el vagueo», había repetido varias veces. Así que Julia y yo seguimos a Alicia y comenzamos a vendarnos. Los de la clase de mi hermano dejaron la clase vacía y se fueron, David se quedó haciendo el tonto para hacerse el guay delante de Julia, esta me miró, me encogí de hombros y me reí. Estaba en la edad, qué le iba a decir, los hombres siempre han sido así.

—Venga, deja de molestar, David. No te vas a ligar a nadie. Sigues siendo un niño. Hale, hale –le solté empujándole con cariño hacia el vestuario. Se sonrojó y no sabía dónde meterse, por lo que facilitó que le moviera.

Estábamos con las combas preparadas esperando a que terminara de llegar el resto de gente a la clase. Por detrás llegó mi madre

sonriendo. Saludó de forma efusiva a Alicia y a Julia. A mí solo me dio un puñetazo en el hombro y me guiñó el ojo.

—Vamos, chicas, ¿estáis mentalizadas para hacer sparring conmigo? –Mi madre comenzó a vendarse a toda velocidad–. Hoy doy yo la clase con Antonio. Vais a flipar las tres, queridas.

Tragamos todas saliva con dificultad, mi madre se estaba preparando desde hacía tiempo para volver a pelear y estaba en una forma increíble. Había reducido su volumen de trabajo contratando a una chica para que hiciera parte de lo que hacía antes. Entrenaba mañana y tarde, de lunes a sábado. Boxeo, físico, pesas y salía a correr. Parecía Jane Sagan reventando alienígenas en su mejor momento. Esperaba y deseaba que estuviera bromeando y no se pusiera ni a pegarnos ni a hacernos entrenar hasta vomitar. Estaba a otro nivel. Mi abuelo decía que había recuperado el toque, que había rejuvenecido diez años.

—¿Cómo lo llevas, jefa? –preguntó mi madre con gran amabilidad a Alicia.

—Bien, gracias por invitarme a entrenar con vosotros.

—Por favor –abrió las manos y se encogió de hombros sonriendo–. El placer es nuestro por tenerte aquí. Estoy muy agradecida de que hayas apadrinado a mi hija. Eres una influencia inmejorable para ella.

—Mamá… Estoy delante. –Terminé de recolocarme la venda de la mano derecha, tenía el velcro un poco desgastado.

—Da igual, hija. La verdad es la verdad. –Miró el reloj y dio dos palmadas–. ¡Todos dándole a la comba! Vamos.

Hicimos dos asaltos de comba, dos de sombra, uno con pesas, y comenzaron los sacos. Nos puso en parejas, uno sujetaba el saco y el otro pegaba, esquivaba los golpes del que sostenía e iba

escalando el ejercicio. Solo hicimos seis. Mi madre se empeñó en hacer sparring. Llamó a Antonio para que vigilara los asaltos.

—Todos con casco –ordenó mi madre gritando con voz aguda.

Estábamos poniéndonos el casco todos cuando Antonio me llamó la atención entre risas desde un lateral.

—Los García no se ponen casco, es el lema familiar –dijo señalando al que tenía en la cabeza ya puesto–. Me voy a chivar a tu abuelo, y ya de paso me voy a reír de él.

—Deja a la niña en paz, Antonio. A ver si te voy a cargar las pilas yo a ti. –Mi madre chocó ambos guantes con gesto duro.

Antonio levantó las manos en señal de paz, pero cuando vio que mi abuelo acaba de llegar no pudo evitar volver a la cuestión y meterse con él.

—Mira, Antonio. Tu hija deja a tu nieta ponerse casco –señaló Antonio con un dedo acusador–. Los García ya no son lo que eran, ¿eh?

Mi abuelo sacó una media sonrisa, nos saludó a todos y se fue hacia la sala de pesas. Yo no era boxeadora como ellos, pero me salió el orgullo de raza.

—¡Eh, abuelo! –llamé mientras mi casco iba por el aire hasta acabar en el suelo, justo enfrente de él.

Mi abuelo no cambió el gesto, recogió con lentitud el casco, lo miró unos segundos en su mano y se lo tiró a la cabeza a Antonio con un movimiento eléctrico. Consiguió cubrirse en el último segundo. Antonio tenía buenos reflejos y mi abuelo, buena puntería.

—Esto es casta guerrera, Antonio –gritó mi abuelo agitando un puño–. Tu hija era bailarina, ¿no?

—Pero buena, es una profesional.

—Eso sí, no lo vamos a negar. –Ambos rieron a coro.

Sonó el reloj y nos dividimos en parejas. En el primer asalto mi madre se puso con Julia, a mí me tocó con Alicia. Fuimos tranquilas, queríamos ahorrar energías para cuando nos tocara con mi madre, nadie quería allí hacer el ridículo. Intercambiamos golpes, pero ni pegábamos fuerte de verdad ni le metimos toda la velocidad que podíamos haber desarrollado.

Julia no lo estaba pasando bien, mi madre estaba jugando, pero aun así iba a un ritmo imposible de seguir. Hacía muchas esquivas obligando a Julia a moverse y a golpear. En cuanto dejaba de hacerlo, mi madre achicaba distancia y le daba golpes en el cuerpo, que, aunque no eran a plena potencia, eran lo suficientemente fuertes para que Julia tuviera que sentarse a recuperar. Llevaba el casco, pero mi madre apenas le tiró golpes arriba. Julia acabó reventada, escupiendo el bucal y sentada en el suelo, jadeando de forma acelerada. A los treinta segundos sonó el reloj que indicaba el inicio del minuto de descanso. En el siguiente asalto me tocó guantear con mi madre. Volvió a sonar el reloj y empezamos.

Me mantuvo a raya todo el asalto con el jab, de vez en cuando me esquivaba algún recto y me entraba con una volea. Por suerte medía su fuerza y aunque dolían los golpes no tenía mayores consecuencias. Me tuvo moviéndome hasta que no pude más y me convertí en un zombi arrastrándome por el ring. Cuando me quedé sin fuelle me cubrí y me dediqué a retroceder. En aquel momento me empezó a apretar, pegándome sobre todo abajo. Hasta que entró un buen gancho a la boca del estómago y me tuve que sentar dando bocanadas de aire y ahogándome. Ahí acabó mi asalto, todavía quedaban segundos, pero yo ya había acabado. Mi madre me felicitó y me dio un beso en la cabeza. Mi abuelo desde lejos asentía con los brazos cruzados. Me di por satisfecha.

Sonó el reloj y comenzó el siguiente asalto, a Alicia le tocó por fin con mi madre. Fue la que más se defendió. Se movía y contratacaba cuando mi madre lanzaba golpes, aguantó bastante bien el primer minuto. Realizó un gran esfuerzo y eso la desgastó para poder seguir aguantando el ritmo que marcaba mi madre, aunque estuviera jugando seguía yendo a más velocidades que nosotras.

Alicia empezó a ir más lenta y a comerse más manos, mi madre tenía un jab criminal. En uno de los intercambios de golpes a mi madre se le escapó un poco de más una derecha que impactó en la cara de Alicia con fuerza. Se resistió a caer y retrocediendo se defendió como pudo. Yo pensaba que la iba a tumbar, pero aguantó. Mi madre se disculpó, pero Alicia negó con la cabeza, indicando que siguieran. Tuvo suerte, el casco que llevaba tenía protección en la nariz, sin él se la hubiera roto con toda seguridad.

Antonio avisó de que quedaban treinta segundos. Mi madre se acercó a Alicia, golpeó con la izquierda arriba mostrando mucho el golpe y remató con un movimiento eléctrico cuando esta subió las manos impactando en el hígado. Alicia cayó de rodillas sujetándose el lugar en donde había recibido el golpe. Ni siquiera fue fuerte, fue preciso. Cuando sonó el reloj mi madre se acercó a nosotras y nos felicitó a las tres.

—Podéis parar ya, chicas. Yo voy a hacer unos asaltos con ella –señaló a Marta, otra de las competidoras del equipo de mi abuelo.

Nos quedamos a verlas un par de asaltos, luego nos fuimos a duchar y a tomarnos algo por ahí. Mi abuelo me contó después que hicieron ocho asaltos. Hasta que Marta no pudo más. Mi madre estaba en la última recta final antes de su vuelta a competir, y se le notaba. Había vuelto a ser un portento físico.

Andábamos por la calle de Butarque, íbamos a la terraza del Bar Abanades. Era una zona agradable y nos apetecía dar un paseo

desde el gimnasio. Julia me presentó a Alicia unas semanas después de los incidentes de la facultad. En el tiempo que pasó desde entonces se convirtió en una persona imprescindible para mí. Era una mujer recta en la vida, hablaba con ella de política, historia o incluso de cosas que me afectaban, durante horas y horas.

Siempre me atendía con una sonrisa y una empatía que más le gustaría a más de una que yo me sé. Mi abuelo la conocía de sus rollos de política, al igual que a Julia, y era el que más se alegraba de que me juntara con ella. Era más mayor que yo, tenía unos veintiséis años. En un periodo bastante convulso de mi vida fue quien terminó de meterme en vereda y ejerció de brújula para ayudarme a dirigirme por el camino de construir mi futuro y no perderme en viejas amistades y vicios. En cierto modo, fue mi mentora. Yo poco tenía que ofrecer a cambio, solo mi amistad, pero a Alicia parecía que le sobraba con ella.

Llegamos y había una mesa libre, Julia anduvo lista y antes de que algún universitario que viniera del campus ocupara el sitio –estábamos a unos cientos de metros del mismo– se sentó en una de las sillas metálicas. El camarero se acercó y le pedimos dos tercios de Mahou y una cocacola cero, Alicia no bebía alcohol.

Estábamos hablando de nuestras cosas cuando unos chicos más o menos de nuestra edad se acercaron a ligar con nosotras, llevaban un buen rato mirándonos.

—Buenas, chicas. ¿Por qué no juntamos las mesas y nos tomamos algo juntos? –saludó un chico moreno y delgado con el pelo corto.

Otro chico, rubito y bajito, se acercó a mí y me tocó el pelo esperando que le hiciera caso. Aunque hubo una invitación de que nos acercáramos, la verdad era que los que se estaban acercando a nosotras eran ellos. Alicia y yo teníamos novio, y Julia no estaba interesada en esos chicos, eran demasiado pequeños y niñatos para ella. Estaba de brazos cruzados con el gesto torcido.

—Chist, chist –chistó Alicia al que me había tocado el pelo–. ¿Tú sabes contar, chaval? –preguntó con tono poco amigable y con una mirada que indicaba de todo menos cercanía. El chico se quedó un tanto perplejo.

—Sí…

—Pues no cuentes conmigo, y con ella tampoco –completó Alicia y le puso una mano abierta delante de la cara–. Venga, a tomar por el culo de aquí.

—Oye, tranquilízate… –respondió el chico que nos había entrado el primero.

—Tú te callas y te largas de aquí también. Puto baboso pesado. No queremos veros ni de lejos. Aire de aquí ya. –Alicia hizo un gesto con ambas manos hacia la mesa de la que vinieron e hizo un amago de levantarse.

Los chicos eran jóvenes y Alicia, aunque fuera de pequeño tamaño, imponía mucho. Se quedaron con cara de sorprendidos, sin saber qué hacer. Ante la mirada de todo el mundo que había alrededor, fruto del tono alto de Alicia, decidieron regresar a su sitio sin decir nada más. Alicia se recolocó en su silla mientras los seguía mirando mal desde lejos.

—En tres semanas se pega tu madre, Alba –habló Julia para destensar el ambiente tocando mi brazo.

—Sí, me parece increíble que mi madre vuelva a boxear. Estoy muy orgullosa de ella. Ha superado una depresión fuerte y graves problemas familiares.

—Es una auténtica historia de redención, espero que noquee a su rival –respondió Alicia mirándome.

—Al estilo de Vinny Pazienza, como dice siempre mi abuelo.

—Gran boxeador –añadió Alicia asintiendo–. Tengo un amigo que me hizo ver la película que sacaron de él. Después busqué algunos de sus combates y los vi. Fue épico lo que hizo contra Roberto Durán «Manos de piedra».

—Dos veces, además –añadí con emoción.

—Sí –respondió Alicia–. Era increíble como boxeador. Pero bueno, ahora toca brindar por tu madre –levantó el vaso de cristal de su cocacola. Julia y yo nos unimos levantando nuestros tercios.

—Por Sara «La Jefa» García –dijo Alicia manteniendo su vaso contra nuestras cervezas.

—Por La Jefa –respondimos a coro.

—Por cierto, Alba. Tengo una cosa para ti. Te la doy antes de que se me olvide. –Sacó una bolsa de plástico con algo dentro. Metió la mano en su interior y sacó un libro: Resistencia y lucha contra el posmodernismo–. Toma, sé que te va a gustar. Trata sobre lo que hemos estado hablando estos últimos días.

—Hostias, muchas gracias. –Lo cogí y la abracé. Me había hecho mucha ilusión. Me lo empezaría a leer esa misma noche.

—Una cosa, chicas –llamó nuestra atención Julia–. ¿Al final vamos ir mañana al Museo Naval?

—Claro –contestó Alicia–. Si propongo un plan es para hacerlo.

—Me apetece mucho, chicas. ¿A las once en Leganés Central entonces? –pregunté para que no hubiera malentendido posible.

—Sí, siendo sábado yo creo que llegamos bien –respondió Alicia tras apurar lo poco que le quedaba de su cocacola.

Estuvimos un poco más de tiempo en la terraza y nos fuimos cada una a nuestra casa, estábamos agotadas de tanto entrenamiento. Al día siguiente íbamos a andar bastante, era mejor que descansáramos un poco.

El Museo Naval estaba junto al Paseo del Prado, nos bajamos en Atocha Renfe y fuimos dando un paseíto hasta allí. Julia llegó un pelín tarde y nos retrasamos, llegamos sobre la una de la tarde. Tras pasar por el control de seguridad entramos de lleno a conocer parte de nuestra historia. Nada más entrar vi lo que me llamó más la atención de todo lo que había al inicio del recorrido: un casco apuntado español del siglo

xvi

que me transportó a esos años de conquista y de aventura. Me decepcionó que en el museo no tuvieran mucha cosa de la época dorada de la que tanto me hablaba mi abuelo.

Estuve años odiando a España y a todo lo que estuviera relacionado con ella, pero entre mi abuelo y, sobre todo, Alicia me habían hecho reconciliarme con la historia de mi país. Me entró añoranza de todas las viejas historias que me contaba mi abuelo de pequeña, y me acordé de lo que llegué a odiarle durante mi época woke por ello. No podía arrepentirme más. Pero como decía siempre Alicia: «lo hecho, hecho está. Ahora solo queda ir para delante».

Seguimos andando hacia el interior del museo y justo enfrente nos encontramos el motivo por el que fuimos al Museo Naval: una maqueta gigante de la defensa de Cartagena de Indias por parte de Blas de Lezo y los intrépidos hombres a su servicio. Había tenido una vida digna de un aventurero de novela. Mi abuelo siempre se quejaba de que no se le daba el mérito que merecía.

Me quedé embobada pensando en los muchos recuerdos que tenía con mi familia debido al Museo y a las historias de mi abuelo. Estuve a punto de ponerme a llorar. Si no lo hice fue porque Alicia se puso a explicarnos cosas sobre cómo se desarrolló la batalla y sobre la propia figura de Blas de Lezo.

Aunque a la gente lo que más solía gustarle eran las maquetas de barcos o la reconstrucción gigantesca que había hacia el final del museo, a mí, con permiso de la parte del Imperio y de Blas de Lezo, lo que más me llamaba la atención era la parte de la Guerra Civil: las banderas, las armas, todo, absolutamente todo. A Alicia y a mí nos tuvo que sacar de esa parte Julia, preocupada de que pasáramos más tiempo allí que en todo el resto del museo junto. Era un vistazo al pasado que te atrapaba. Fue una época convulsa, pero en extremo interesante.

Cuando llegué al final del museo no pude evitar volver a recordar a mi pobre abuelo, qué paciencia había tenido conmigo. Me había llevado a ver tantas cosas desde que era una niña pequeña… menuda forma de pagárselo tuve durante los últimos años. Alicia me vio mal y me abrazó. Sentí su cálido apoyo y me repuse, limpiándome las lagrimillas que ya estaban empezando a asomarse.

¿Quién podía decirme en aquel momento que acabaría con Alicia y Julia viendo un museo sobre la historia de España? Mi padre lo habría desaprobado, le habría dado un infarto si me hubiera visto. Mi pobre madre había sido una santa, que me había tenido más paciencia que nadie. Nunca tiró la toalla conmigo, siempre tuvo una mano tendida para tirar de mí y sacarme del pozo de oscuridad en el que estaba. Menos mal que los García no éramos de los que se rinden.

Sonreí y miré al horizonte. Inspiré con fuerza, expiré y miré a Alicia, que andaba a mi lado, entre Julia y yo, mientras nos dirigíamos de nuevo por el Paseo del Prado hacia Atocha. La cogí de la mano y apreté con fuerza. Me devolvió el apretón con una mirada cómplice.

«Mundo, prepárate. Voy a por todas», pensé mientras una media sonrisa pícara comenzaba a asomar en mi rostro.

El último baile

Miraba

a mi hijo y no podía evitar sentir orgullo. Estaba entrenando bajo la estricta mirada de mi padre. Estaba algo frustrado, no le dejaban hacer mucho, al día siguiente tenía su primer interclub. Conocía bien esa sensación, yo había ido al gimnasio por lo mismo, necesitaba soltar los brazos y los nervios para mi pelea del domingo. Él tenía el interclub a partir de las doce del mediodía en la Escuela de Boxeo Osuna, en Leganés; yo a partir de las diez de la noche, en Vistalegre.

Antonio y mi padre regañaron varias veces a David.

—Tranquilo, chaval. Hoy es solo soltarte –le repitieron varias veces. –No te aceleres, chaval.

No pude evitar sonreír, hacía más de veinte años desde que realicé mi primer interclub, era un momento muy especial. Ver a mi hijo nervioso, expectante por que llegara el momento hacía que una dulce sensación de añoranza recorriera todo mi cuerpo.

Me vendé las manos observando a mi hijo, sin perderme ni un detalle. Cuando terminé el vendaje me coloqué mis cascos de música y comencé a hacer sombra. Esa misma mañana en el pesaje había dado los sesenta kilos que pactamos. Me costó bajar, tuve que hacer una bajada de diez kilos. Habían pasado muchos años desde que lo hice por última vez y me costó más que otras veces anteriores. Tuve que hacer corte de agua, deshidratarme y, el último día, me vi obligada a hacer entrenamientos con traje de sauna, alternándolos con baños de vapor. Me mareé varias veces, pero aguanté. En aquel momento estaba en proceso de recuperación de

todos los kilos posibles antes de la pelea. Mi rival, Andrea Ortuño, haría lo mismo.

En mis cascos sonaba En el cielo brillar, de Dolor García. Pegaba y me movía como un rayo, ensayando movimientos para el día siguiente. En mi cabeza lo tenía claro, me imaginaba bailando con mi rival, demostrando que aún podía, que todavía había fuego recorriendo mis venas. Había tenido una época dura, pero la había doblegado, había conseguido salir adelante, esquivar, fintar y golpear con fuerza a todo lo que me lastraba. Lancé un uno-dos, retrocedí y un golpe en mi cabeza por detrás me sacó de mi película.

Miré al suelo y vi un guante, miré hacia atrás y vi a mi padre haciendo aspavientos: me lo había lanzado él. Me quité un casco y me acerqué hacia el lateral de la sala, donde estaba con Antonio.

—No te enteras de nada, llevo medio minuto gritándote, hija.

—Estaba… –intenté responder.

—A tu puta bola, como siempre –me interrumpió–. Hoy solo sombra tranquila y un par de asaltillos suaves de saco. Nada más. –Hizo un gesto cortante con ambas manos.

—Bueno, tampoco… –quise continuar.

—¡Que no! –Me empujó con cariño Antonio–. Tienes que descansar. Eres peor que tu hijo pequeño.

—Bueno, bueno –respondí levantando ambas manos–. Voy suavecito.

Terminé dos asaltos de sombra y tres de sacos, más suaves imposible, bajo la atenta mirada de Antonio y de mi padre. No me pasaron ni una. Terminé, me fui a la ducha y, después, a comer. Tenía que recobrar todo el peso que pudiera, quería recuperar mi pegada.

Volví a mi casa dando un agradable paseo, subiendo por la Avenida del Rey Juan Carlos I hacia Los Cabezones, y con la música puesta en los cascos. Puse Bartleby & Co. de Tote King.

Un día siento que mi rap no tiene sustancia

Y otro día que yo le hago al rap el rescate de Bankia.

Iba tarareando, pensando en que me dieron ganas de dejarlo, y lo hice, pero volví. Esa canción me removía por dentro, te hacía apretar los puños cuando todo se iba al garete y querías arrojar la toalla. Aún quedaba Sara para rato, y tenía la firme determinación de demostrárselo a todo el mundo al día siguiente.

Al llegar a casa vacié mi mochila, pobre de mí si la dejaba con la ropa sudada dentro en un olvido, y me fui a ver si estaban mis hijos en casa. Alba estaba leyendo en su cama, en la habitación de David no había nadie. Debía de haberse ido a dar una vuelta con sus amigos. Para mi sorpresa, vi que tenía encima de la mesa de su escritorio todas las cosas preparadas para el interclub del domingo: pantalones cortos negros, botas Adidas de boxeo, calcetines largos, camiseta de tirantes roja, guantes, vendas enrolladas y limpias, y su bucal.

Me resultó enternecedor, mi hijo era un auténtico desastre, no sabía dónde tenía la cabeza en ningún momento. Sin embargo, en lo referente al boxeo parecía otra persona. La disciplina y el orden lo poseían. Sonreí para mis adentros y expiré con fuerza asintiendo con la cabeza mientras cerraba la puerta de su habitación. Fui a mi cuarto y me tumbé en la cama a leer. En mis manos tenía un libro blanco con detalles dorados: El Corsario Negro, de Emilio Salgari. Solo una buena lectura podía hacer que dejara de pensar en lo que me esperaba al día siguiente por la noche.

La Escuela de boxeo Osuna estaba llena a rebosar. Las familias y amigos de todos los participantes llenaron el gimnasio. Descolgaron sacos y reordenaron todo para hacer hueco y poder meter sillas alrededor del ring. Yo estaba sentada en primera fila con mi hija Alba y su nuevo novio, Rafa. Gracias a Dios era un chico normal y no un rarito con los que solía juntarse mi hija. A nuestro alrededor estaban los chavales del club jaleando a los nuestros.

Hubo un total de diez combates, cada uno era de dos asaltos de dos minutos. Todos los participantes eran niños de entre catorce y diecisiete años, todos eran chicos menos una pareja de niñas. No valía pegar fuerte, no queríamos a ningún niño lesionado o noqueado, y había un árbitro pendiente en todo momento de que fuera así. Mi padre y Antonio hacían de esquina a los niños del club.

Cada vez que salían dos chavales al ring todo el mundo gritaba, se levantaba y animaban desde el público. El ambiente de esos interclubs era muy alegre y amistoso. No solía haber una mala palabra, y los piques, si los había, eran solventados rápido. De nuestro club solo peleaban David y Juan.

Salieron las dos niñas a guantear, eran pequeñas, no debían de tener más de catorce años. Llevaban guantes rojos las dos: una con calzón blanco y la otra con uno negro. Empezaron tímidas, con extremada cautela, pero según comenzaron a lanzar golpes se fueron soltando. Eran rápidas y tenían buena técnica. Una era del Osuna y la otra de un club que estaba en el polígono de Leganés. Cuando sonó el reloj dando por terminado el segundo asalto se abrazaron. El árbitro, que era el dueño del Osuna, levantó las manos de ambas chicas, recibiendo una calurosa ovación por parte de todos los presentes. En esos interclubs no había vencedores ni vencidos, solo eran una forma de iniciar a los chicos en el noble arte del boxeo. Un ejemplo de deportividad y de amistad.

Cuando le tocó el turno a Juan todo nuestro sector se activó, yo me puse en pie a dar gritos como una loca. Antonio sacó la bandera del club, un aspa de borgoña roja sobre un fondo ocre, por encima del aspa ponía Team García y por debajo prohibido rendirse, en letras negras. La colocó en las cuerdas junto a su esquina. Era la misma bandera que me había acompañado en todas mis peleas y, antes que a mí, a mi padre. Tenía más de treinta años, pero aunque era obvio a simple vista que no era nueva, se mantenía en buen estado, había sido cuidada con mimo.

Juan subió al ring ayudado por mi padre, que le sujetó las cuerdas. Se puso a botar serenando los nervios. El rival subió por el lado contrario. El árbitro los llamó al centro del ring, se situó en medio de los dos y dio las últimas órdenes referente a las reglas. Les hizo chocar guantes y dio inicio al asalto. Juan iba más suelto que su rival, tuvo que aflojar un poco para que no se acabara todo antes de tiempo. Desde la esquina mi padre le ordenó ir despacio, quería que se terminaran los dos asaltos. En el segundo asalto, el rival de Juan tiró la toalla a la mitad, le falló el fondo y no pudo más. El árbitro los juntó a ambos y levantó sus manos. Los chicos se chocaron los puños y fueron a saludar a los entrenadores del adversario.

Se sucedieron los combates uno tras otro hasta que llegó el último: el de David. Mi padre le ajustó el casco. Le dio una tortita en la cara con cariño y pude intuir cómo, sin oírle, le decía al oído la frase que tantas veces me había dicho a mí y a varios centenares de peleadores: «Vamos, valor y al toro». David chocó sus guantes contra las palmas de mi padre, se giró y se encaminó hacia el árbitro y su rival. En unos segundos ya estaban intercambiando golpes. Me levanté y no paré de gritar durante todo el asalto, era el niño de mis ojos, era un gran orgullo que estuviera allí de pie boxeando.

David iba suelto, moviéndose por todo el ring y manteniendo al rival a distancia con su jab. Estaba ante un adversario más bajito, pero más fuerte. Le hizo sudar, mientras David estaba más o menos fresco, el rival estaba asfixiado, no podía ni moverse. En el segundo

asalto salió ciego de ira contra David. Le tiró una andanada de golpes, incluida una volea bastante fea. Mi padre gritó al árbitro desde la esquina. Este dio un aviso al chico fornido, pero no hizo ni caso, volvió a atacar con toda la fuerza que tenía. Terminó atrapando a mi hijo en una esquina y lo golpeó con fuerzas redobladas, parecía que con las últimas. David lo agarró y lo giró en un movimiento rápido, dejándolo contra las cuerdas, y comenzó a golpearle con todo. El chico se resbaló y se cayó de culo. El árbitro se metió en medio y pudo ver como el chico fornido no podía seguir, le falló el fondo de forma estrepitosa, lo cual era normal en chicos tan jóvenes, pasó en la mitad de los combates. Le ayudó a levantarse y le llevó al centro del ring. Allí levantó la mano a ambos contendientes y los forzó a saludarse, aunque ninguno de los dos estaba por la labor.

—Bien hecho, chaval –dijo mi padre dándole una palmada en la espalda a David–. Has salido bien de esa encerrona. Si hubieses sido un combarte hubieras ganado. Estoy orgulloso.

No terminó de decir la última palabra cuando me lancé encima de mi hijo a abrazarle y a darle besos. Según terminó el asalto fui corriendo y me subí al ring.

—¡Qué orgullosa estoy, hijo! –le agarré con ambas manos la cara y choqué mi frente con la suya.

Abajo del ring esperaba Alba, su novio y todos los del gimnasio. No paraban de gritar y jalear. Los chavales del club estaban viviendo lo que significaba pertenecer a un equipo, la fraternidad con los compañeros y el apoyo mutuo. Era todo tan bonito. Ellos se fueron a comer al búrguer para celebrarlo y yo me fui a descansar un rato antes de ir con mi padre y con el resto del equipo a Vistalegre. Se acercaba mi momento, iba a vivirlo con intensidad. El último baile…

* * *

Llegué con mi hija y Antonio bastante temprano, nos gustaba hacer las cosas con calma. Prepararse para un combate era algo que tenía un ritual para nosotros, no se podía hacer deprisa y corriendo. Llegamos por la Avenida de la Plaza de Toros y nos plantamos ante las largas escaleras que se adentraban en lo que había sido la plaza de toros de Vistalegre. Dos testigos enormes nos miraban desde las alturas, dos estatuas de metal de toros de lidia. Me traían tantos recuerdos… Había peleado tres veces en aquel templo del toreo y del boxeo.

Sara peleaba en peso ligero contra Andrea Ortuño, una boxeadora más baja que ella, pero ancha y fuerte. Iba a intentar noquearla, además era diez años más joven. Tenía un buen récord, 20-1-2 y todas las peleas que había ganado habían sido por KO. Por internet había sido bastante maleducada y provocativa, mi hija no usaba las redes sociales, por lo que la respuesta se daría en el ring.

Estábamos en nuestro vestuario esperando su turno. Había siete peleas antes y dos después. Todas profesionales, ellas eran las únicas chicas. Después de que Antonio le hiciera el vendaje reglamentario le hice hacer sombra, después le puse manoplas para que estuviera activa y presta para pelear. La unté bien de linimento y le puse vaselina en la cara.

Estaba botando y no pude hacer otra cosa que admirarla, estaba pletórica. Lo único que no me gustó es que se hubiera hecho trenzas «de negra» para la pelea, hubiera preferido que llevara el pelo recogido en firme sin más. Pero allí estaba, en plena forma, concentrada y preparada para la guerra. Se puso sus calzones blancos de antaño con el apellido de la familia grabado en la parte

de atrás. Llevaba un top a juego, al igual que los guantes, unos Cleto, y las botas altas.

Un miembro del personal de la velada vino a avisarnos de que íbamos a salir en breve. Le até bien los guantes y nos dispusimos a salir. Se oyó al presentador por los altavoces.

—Con todos ustedes, una mujer que viene a buscar su redención, la vuelta a la gloria. Tras más de nueve años retirada, ha vuelto para disfrute de todos ustedes… –el speaker hizo una pausa larga para dar emoción al nombre–. Sara «La Jefa» Gaaaarcía.

Mi hija salió con los brazos abiertos al paseíllo hasta el ring con la canción La fiesta del mariachi, de Luis Miguel. Apagaron todo el estadio menos el pasillo y el ring. Vistalegre estaba a rebosar, no cabía ni un alfiler en las gradas, era una buena noche para un buen baile. Gritos de ánimo sonaban por todas partes.

—Y su rival, una mujer que ya ha dejado claro que no le va a dar ni un respiro y pretende echar por tierra el regreso a «La Jefa». Hablamos de Andrea «La apisonadora de Saaants» Ortuño –gritó de nuevo el speaker.

Se oyeron voces animando, pero al no ser de Madrid fueron menos que a Sara. Había conseguido que viniera medio Leganés a verla, estaban la mayoría ubicados en la zona sur. Ortuño salió con una canción en inglés que no conocía. Hizo bailes raros y se puso a provocar a mi hija cuando subió al ring. Estaba deseando que Sara la mandara a dormir por prepotente.

Antonio enseñó nuestra bandera al público y se acercó conmigo a dar las últimas instrucciones a la esquina. Ortuño se reía y miraba haciendo burlas. Me puse delante de mi hija y le agarré la cara con ambas manos tras ponerle el bucal.

—Vamos, valor y al toro –le dije dándole una tortita en la cara. Dieron la señal de que el combate iba a empezar y nos retiramos a

nuestro sitio al otro lado de las cuerdas.

El árbitro les dijo las directrices de rigor justo antes de empezar la pelea. Pude ver desde la esquina que Ortuño decía algo a mi hija y le tiraba un beso. Sara se enfadó y amagó con irse a por ella. El árbitro las separó y tras realizar una advertencia dio inicio al primer asalto.

Sara fue a chocar el puño a Ortuño para comenzar y esta intentó conectarle una derecha a traición. Consiguió evitarla de milagro, retrocedió y comenzó a mantener la distancia. Ortuño la perseguía como un perro loco y desatado. Lanzaba voleas y se arriesgaba para intentar conectar y noquear a mi hija. Salió a tumbar desde el principio.

En una de sus arremetidas mi hija empezó a retroceder, o eso pareció, pero no lo hizo, esquivó una derecha por fuera y conectó abajo al hígado y con la derecha un crochet fuerte arriba. Ortuño cayó hacia atrás atontada y el árbitro empezó a contar. El público enloqueció, un ruido ensordecedor invadió todo el espacio. Mi hija se quedó dando saltitos a pocos metros, esperando cual pantera para ver si Ortuño se levantaba a por más.

El árbitro llegó a contar hasta ocho antes de que Ortuño estuviera lista para continuar. Sara esperaba ansiosa para entrar a golpear, en cuanto tuvo el camino despejado se tiró en plancha a por su rival. Descargó una lluvia de golpes, ante la cual Ortuño solo pudo retroceder e intentar cubrirse, seguía tocada. Pinchó abajo y la dejó de rodillas. El árbitro volvió a contar y Ortuño se levantó a los seis segundos, con la cara desencajada. Tuvo suerte, nada más reanudar, reculó unos segundos y llegaron a su término los tres minutos del primer asalto.

Antonio colocó la banqueta para que Sara se sentara a descansar durante un minuto. Yo me acuclillé enfrente para darle instrucciones

mientras Antonio le daba aire desde un lateral con una toalla. Le retiré el bucal y le di un poco de agua.

—Muy bien, hija. Ahora tienes que salir con cuidado porque se habrá repuesto un poco e intentará noquearte otra vez. Mantén distancia, cánsala y cuando no pueda más remátala –le di dos golpecitos en el pecho con mi índice.

Dieron señal de que el segundo asalto iba a empezar, regresamos a nuestro sitio nerviosos, se nos había escapado la victoria por los pelos en el primer asalto. No rematar a tu presa podía hacer que la cosa terminara torciéndose y que acabaras cazado tú.

Como había predicho, Ortuño salió con todo, a intentar noquear. Sara se vio obligada a esmerarse para esquivar y bloquear los golpes sin quedar arrinconada contra las cuerdas. A pesar de sus esfuerzos, Ortuño consiguió llevarla a nuestra esquina. Grité que saliera de allí, pero no pudo. La catalana empezó a golpear con todas sus fuerzas, por suerte para nosotros no eran muchas ya, el asalto llegaba a su fin. Sara recibió castigo, pero pudo agarrarse a su rival un par de veces y la cosa no fue a mayores. Ortuño sangraba por la nariz, recibió varios jabs en pleno rostro, el cansancio le estaba haciendo mella, y eso que solo llevábamos dos asaltos. Respiraba con mucha dificultad, demasiado ahogada.

—Está agotada, Sara, si la aguantas un poco al principio sin que te arrincone vas a tener la oportunidad de tumbarla en cuanto afloje. No la perdones.

La pobre estaba jadeando, no pude evitar medio sonreír, me sentía orgulloso. Volver a vivir esto con ella era un sueño hecho realidad. Dieron al señal y Sara tuvo que volver al ruedo.

—Es tu último baile, disfrútalo –grité desde nuestro sitio fuera del ring.

Sara no me hizo ni caso, vio la debilidad en su rival, vio su mirada de miedo ante lo que podía pasar. Se lanzó contra ella. Hubo un intercambio de golpes terrible en el que cualquiera de las dos podía haber caído. El público se emocionó, yo me desgañité gritando que no lo hiciera, pero el resto de la gente no pensaba igual. Querían espectáculo, y vaya que si lo tuvieron. Una derecha al mentón conectó en la mandíbula de Ortuño, trastabilló y cayó al suelo hacia atrás. Era la tercera cuenta, intentó levantarse, pero no pudo: el golpe fue certero.

Mi hija gritó con rabia, vino corriendo hacia mí, que ya había saltado dentro el ring y me abrazó con fuerza. Algo se me debió meter en los ojos, me empezaron a llorar sin sentido. Antonio se metió por debajo de mi hija y la aupó recorriendo el ring cargando con ella. Ortuño seguía en el suelo, cuando se recuperó se fue enfurecida a su vestuario. Tenía mal perder, levantaron el brazo a mi hija y el estadio explotó en gritos de reconocimiento, en especial la zona sur.

Alquilé el Bar La Cantina, en el centro de Leganés, para celebrar si Sara ganaba. Montamos una buena, pero ella se fue al poco tiempo a descansar, así que continuamos sin ella. La pobre tenía el cuerpo dolorido y mucho cansancio debido a todo el estrés acumulado, tanto del día del combate como de los anteriores. Las bajadas de peso eran complicadas.

Se fue con un chico que Alba me dijo que pensaba que era su nuevo novio. Le miré con cara de pocos amigos cuando se fueron, aunque luego lo pensé mejor, total, nadie podía ser peor que ese despojo de Ramón. Sonreí y me encogí de hombros. Me fui donde estaban Antonio y los veteranos del club a festejarlo por todo lo alto.

—Estarás contento, viejo bribón –me espetó Antonio poniéndome una cerveza en el pecho.

—Sí –sonreí aceptándole la cerveza–. Mi hija con 39 años sigue pegando mejor que tú, dinosaurio fondón –le di una palmada en la

tripa riéndome.

—Eso lo ha hecho desde siempre –respondió pasándome el brazo por encima del hombro y poniéndose a cantar El rey, de Vicente Fernández. Como la ponía siempre en el gimnasio todos los chavales nos acompañaron.

* * *

Ese día me levanté tarde y dolorida. Me dio un pinchazo en una costilla al intentar levantarme, aunque podía respirar bien, no llegaba ni a fisura. La boca me sabía a óxido, además notaba algo en el labio. Al ir a lavarme la cara pude observar que tenía el labio inferior hinchado y con una herida por dentro. Además, tenía un ojo morado. Sonreí y me fui a vestirme, había quedado con mi padre en la Cafetería Eiffel para almorzar.

Por suerte, estaba cerca de mi casa, salí a la Avenida de Fuenlabrada y llegué en apenas dos minutos. El barrio estaba tranquilo, cuando pasé por la placita que hacía esquina con calle Brunete vi a los yonquis en un banco de madera frente al chino bebiendo litronas y contando sus típicas historias, las cuales solían repetir hasta la saciedad. Alguno de ellos llevaba allí desde que yo era una niña, no fallaban ni un solo día en todo el año a su cita en aquellos bancos.

Llegué al Eiffel y mi padre ya estaba en la terraza, leyendo un periódico y con un café delante. El resto de mesas también estaban ocupadas, aquella mañana el barrio estaba más vivo de lo habitual.

—Buenas días, papá –saludé sentándome en una silla enfrente de él.

—Tardes, buenas tardes ya –me respondió cerrando el periódico y dejándolo a un lado de la mesa–. Menuda carita me traes, ja, ja, ja.

—¿Te han pegado? –preguntó Jenni, la camarera, desde mi espalda acongojada y tocándome con cuidado en el hombro.

—Tendrías que haber visto cómo quedó la otra –respondí riéndome y orgullosa.

Jenni se acercó y me dio un beso en la frente, me conocía de hacía más de quince años, y tras tomarme nota se fue para el interior de la cafetería. Era una mujer que debía rondar los sesenta años, era un amor y siempre me trataba con gran cariño. Le espantaba que pudiera boxear. «Con lo mona que es esta chica no sé cómo se puede dedicar a ese deporte de bárbaros», decía siempre. Era entrañable.

—Así que café con croissant –rio mi padre–. Cómo se nota que no tienes que hacer dieta ya.

—Hay que aprovechar la vida cuando se puede, papá.

—¿Puedo preguntarte lo que te dijo Ortuño al principio de la pelea, hija? Te alteraste mucho, y mira que tú no sueles perder los papeles nunca.

—Me dijo que iba a fregar el suelo con mi apellido. –Mi padre torció el gesto–. Pero bueno, no te puedes quejar, defendí nuestro legado y fregué el suelo con ella. –Ambos reímos a coro.

—Sí, lo que hiciste ayer fue impresionante, Sara. Estoy muy orgulloso –añadió. El semblante de mi padre lo decía todo, no hacía falta que dijera ni una palabra para saber cómo se sentía–. Menudo último baile.

—El último baile… –repetí.

Me quedé unos segundos pensando, me emocioné, un hormigueo extraño recorría mi cuerpo, desde los pies a las puntas de los dedos de mis manos. Aunque era una sensación agradable. Inspiré y expiré lentamente, pero con fuerza. Miraba hacia el horizonte, hacia el palacete del Gran Avenida. Muchos recuerdos afloraron a mi mente, antiguos y recientes. Habían pasado tantas cosas. Unos pájaros no paraban de cantar desde las ramas de un árbol cercano, miré al cielo, despejado y claro, y sonreí.

—Todo buen boxeador se merece ese último baile, ha sido una experiencia increíble para todos. Y nada menos que en Vistalegre.

—¿Pero es el último baile? Creo que mis entrañas no piensan lo mismo.

—¿¡Qué!? –se sobresaltó mi padre dando un golpe en la mesa con ambas manos al apoyarse e inclinarse hacia mí–. ¿Lo estás diciendo en serio? –La emoción le desbordaba. Conocía a mi padre, estaba que no podía contenerse.

—He hecho muchos esfuerzos para llegar al punto en el que estoy, yo creo que aún me quedan dos o tres peleas, creo que podemos buscar que el último baile sea por un título. Ya fui campeona una vez –sonreí–, creo que puedo volver a serlo. Eso sí que sería una retirada de película.

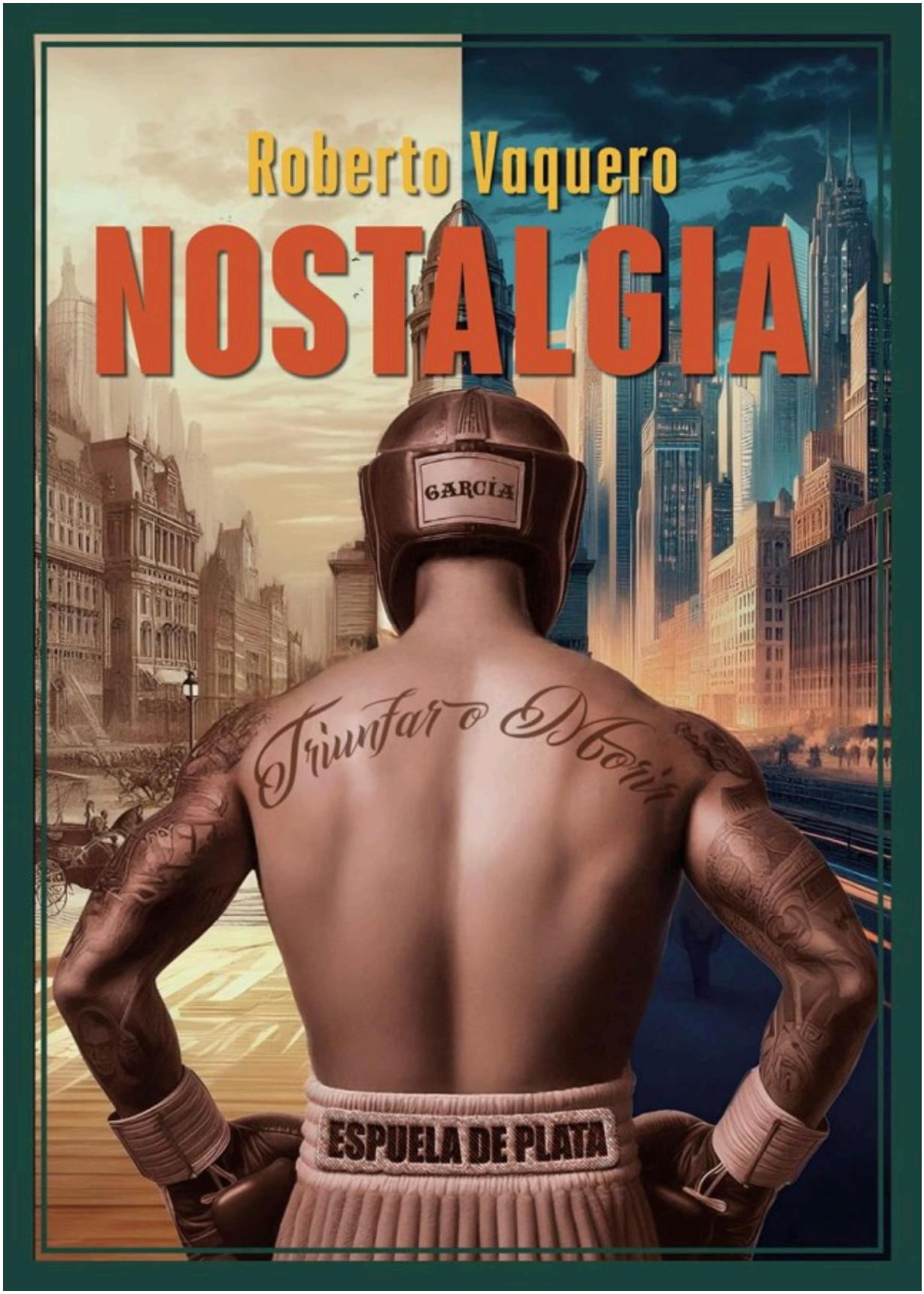
—Hombre, Ortuño es una aspirante al título –dijo mi padre asintiendo con la cabeza–. Después de la paliza que le diste estoy seguro de que si ganas una o dos peleas más puedo conseguirte la oportunidad.

—Lo sé, creo que es mi momento. Creo que ese debe ser el último baile. Además, ya es hora de que un García vuelva a conseguir un título.

—Sí, hay que hacer tiempo hasta que empiece a ganarlos David –afirmó mi padre.

—Al estilo de Vinny Pazienza –levanté la voz y mi taza de café. Mi padre levantó su taza y me respondió.

—Siempre. Al estilo de Vinny Pazienza.


Roberto Vaquero
NOSTALGIA
GARCÍA
Triunfar o Morir
ESPUELA DE PLATA